Mentira de Hielo

entre la Farsa y el Deseo



'Él quiere la verdad que ella no puede revelar.

SILVIE BASSET

Mentira de Hielo

entre la Farsa y el Deseo



SILVIE BASSET

Sumário

Portada del libro
Sinopse
Ficha Técnica
Todos los derechos reservados
Nota de la Autora
Ilustraciones
Dedicatoria
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10 - Maddie
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15

Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48

Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Epílogo
Epílogo 2
Agradecimientos
Sobre la Autora

Sinopse

JUGADOR DE HOCKEY X NERD INVISIBLE — FAKE DATING — FOUND FAMILY — NEW ADULT — GRUMPY X SUNSHINE — ÉL SE ENAMORA PRIMERO

Jordan Miller es el más rápido sobre el hielo. Ambicioso, sin miedo a nada y empeñado en ser drafteado por la NHL, no soporta quedarse atrás.

¿Madison Turner? Siempre fue invisible. La empollona que se esconde detrás de unas gafas enormes y secretos todavía más grandes.

Ahora ella le necesita.

Y él la necesita a ella.

Para escapar del juicio de sus padres, Jordan suelta otra mentira más para la colección de la jodida *Mad* Maddie.

La nerd que hacía lo imposible por pasar desapercibida acaba convertida en la novia del jugador de hockey más deseado de la uni.

Ella solo tenía que mentir un poco más.

Y rezar para no perder el control.

Él es pura velocidad.
Ella es puro cálculo.

Él juega para ganar.
Ella juega para sobrevivir.

Pero cuando los secretos empiezan a desmoronarse y la farsa se mezcla con la realidad, **Madison se da cuenta de que huir quizá ya no sea una opción.**

Ficha Tecnica

SILVIE BASSET – Copyright
© 2025 – 1ª Edición en Español

Autora: Silvie Basset
Traducción: Silvie Basset
Portada y Edición: Silvie Basset
Revisión: Camila Brinck
Lectura Beta: Flávia Diniz, Daiane Moraes y Gle Rodrigues

Obra original publicada en portugués (Brasil), 2025.

Todos los derechos reservados

Obra protegida por la **Ley n.º 9.610/98 (Ley de Derechos de Autor).**

Ninguna parte de este libro podrá ser reproducida, transmitida o grabada, por ningún medio electrónico, mecánico, fotocopia u otro, **sin la autorización** previa y por escrito de la autora.

Nota de la Autora

Otro Gladiador del Hielo ha llegado.

Otra historia que me arrolló… y me dejó completamente enganchada.

Y es que cada libro de esta serie me hace sentir algo distinto, algo que me remueve por dentro.

Por eso, antes de empezar, quiero daros la bienvenida.

¡Hola, lectoras y lectores de habla hispana!

Soy Silvie Basset, autora y traductora de esta historia.

Aunque el portugués es mi lengua materna, soy licenciada en español y lo aprendí con un enfoque en el español latinoamericano.

Por eso, puede que algunas palabras o expresiones conserven un ligero acento latino, pero he intentado adaptar el texto lo máximo posible para que sea un español universal, natural y cercano para todos los públicos.

Espero de corazón que disfrutéis de esta historia tanto como yo disfruté escribiéndola y traduciéndola.

Y dicho esto, aquí estoy otra vez, deseando que os enamoréis de otro de mis jugadores de hockey — y que os derritáis con nuestro tercer protagonista de la serie.

Si ya eres una Silvete de Patines, espero que te lances de cabeza en la historia de Jordan y Maddie, y disfrutes de cada jugada — dentro y fuera del rink.

Ahora bien, si este es tu primer contacto con mi forma de escribir, ¡bienvenida!

Gracias por darme la oportunidad de acompañarte durante unas horas. Ojalá te sientas como en casa, te dejes encantar por esta pareja (que es puro "los opuestos se atraen") y te quedes conmigo para siempre.

Jordan apareció de puntillas en los primeros libros, pero bastó con encontrar a su "reina" para convertirse en uno de mis gladiadores más intensos y apasionados.

De hecho, cuando entiendas el porqué de esa referencia, vas a sonreír sola.

Importante:

Si aún no has leído los dos primeros libros de la serie, ¡tranquila!

Puedes empezar perfectamente por este.

Sí que habrá algún spoiler, es verdad, pero nada que arruine tu experiencia.

De hecho, la historia de fondo de los dos primeros libros se cierra aquí, lo que nos lleva a la siguiente pregunta:

¿Tendremos el libro de Kyle y Brooke?

¡Claro que sí! Él es nuestro cuarto gladiador.

Y su historia promete ser tan intensa como las demás — con un toque especial de caos y renacer.

Confía y espera.

Triggers presentes en este libro:

1 – Abuso parental (su padre es un grandísimo cabrón).

2 – Duelo.

3 – Secuestro (es breve, pero pasa — así que mejor avisar).

Sobre el hockey:

No soy especialista, ¿vale?

Las jugadas, los campeonatos y el ambiente de la grada están llenos de emoción, pero mi foco siempre será el romance.

Si alguna jugada parece demasiado espectacular… simplemente disfrútala. Es ficción. Y está hecha para que te lo pases bien.

Otra cosa: Los protagonistas juegan a un videojuego llamado ***Crusader Kings III***, que existe de verdad y me sirvió de inspiración.

Pero hice algunas adaptaciones para que encajara mejor con la historia y la química entre los personajes.

Es el telón de fondo perfecto para esta pareja tan única.

Sobre el contenido:

¿Hay escenas calientes?

Sí. Y bastantes.

Hay palabrotas, alcohol y todo lo que mis lectoras más fieles ya esperan.

Y más que eso: hay emoción, humor, heridas que sanan y un amor que transforma.

Jordan y Maddie son polos opuestos.

Ella es cerrada, racional, un enigma.

Él es pura intensidad, con el corazón en la mano.

Pero cuando estos dos chocan… es imposible no animarlos, no reírte y no suspirar.

Gracias por estar aquí.
Y ahora… ¿nos vamos al hielo?

Con cariño,
Sil

Ilustraciones


12




VANE
LORENZI
Mentira de Deus
Ele quer a verdade que
ela não pode revelar.

Dedicatoria

Para toda chica que se quedó encerrada en su cuarto:

Que nunca olvides que existe un mundo más allá de esas paredes, y que salir de él no significa dejar de ser quien eres.

Y, para aquellas que todavía no han encontrado la salida...

que algún día lo logren, a su tiempo y a su manera.

Prólogo

Jordan Miller

Madison Turner se ha convertido en mi obsesión.

La friki de las gafas gigantes, que se viste con la misma sensualidad que mi abuela, se ha vuelto el centro de mi puto universo sin que me diera cuenta.

¿En qué momento pasó eso?

El día que me desafió.

Tengo la jodida manía de ser competitivo y, después de conseguir el beso que ella juraba que nunca me daría, quise más. Mucho más. Lo quiero todo.

Cada vez que me da la espalda, veo un nuevo incentivo para probar otra jugada. Un nuevo regate para esquivar su defensa, deslizarme por su hielo con más ímpetu y, en el momento justo, lanzar el disco con fuerza a portería.

Por cierto, la portería ha sido algo cubierto por su braguita.

Y no puedo negar lo mucho que la deseo después de haber probado un poco de esa maldita nerd.

Ha echado raíces en mi cabeza.

Está en todas partes adonde miro, hasta el punto de haber visto su cara en medio del entrenamiento, justo en la cara de mi capitán.

Juro que, para que eso pase, es que ya estoy en modo locura nivel hard.

Que se lo digan a Sebastian Maxwell.

La cosa se puso peor cuando descubrí uno de sus secretos:

Ella es la hacker que ha estado ayudando a mis colegas a escondidas.

Mi friki invisible quiere quedarse en las sombras por algún motivo.

Y viéndola engañar a todo el mundo, me di cuenta de que es una pedazo de actriz y sería la persona ideal para mi plan.

Matar dos pájaros de un tiro.

Primero, no aparecería solo en casa de mis padres en Acción de Gracias. No sería el hijo pringado que nadie quiere.

Segundo, conseguiría más tiempo con la friki para que al final aflojara y viniera a jugar al play conmigo.

Ese era el plan.

Pero después de ese finde, mi deseo por ella se volvió peor.

¿Y ella?

Siguió huyendo, lo que me sacó de quicio.

Pero no voy a rendirme con lo que quiero.

Y yo quiero a mi friki buena y mentirosa.

Madison puede contar todas las mentiras de hielo que quiera, pero su cuerpo… su cuerpo hierve bajo mi toque.

Esta vez, el juego está a mi favor.

Y Madison Turner va a ser mía.

Madison Turner

Él es todo lo que no podía querer.

Pero lo quiero.

El jugador de hockey más veloz de la liga se ha emperrado en que soy suya.

¿Por qué coño tuve que empujarlo en ese pasillo?

Si simplemente le hubiera seguido el rollo y lo hubiera besado, ya se habría cansado, como siempre hizo en estos años de uni.

Yo sería solo otro nombre más en su interminable catálogo de María-Patines, aunque no lo fuera.

Tenía miedo de vivir una vida que no era mía.

Por las mentiras que cargaba, por no ser del tipo de chica del tío popular… no lo sé.

Así que me compré unas zapatillas de correr y empecé a huir de sus avances.

Solo que un Gladiador del Hielo no se rinde fácilmente.

Me convertí en un desafío a superar.

Y para rematar su jugada, dio la estocada final…

Me obligó a ser su novia falsa a cambio de guardar uno de mis muchos secretos.

Mierda.

¿Qué hacer cuando tengo el coeficiente de un genio, pero en los brazos de Jordan Miller mi cerebro simplemente se derrite?

¿Sinceramente?

Ni puta idea.



La situación es muy seria.

Seriísima.

Es mi primer día en la Universidad de Míchigan.

Mi primer día como universitaria, y estoy hecha un manojo de nervios.

Hubo un tiempo en que pensé que jamás lograría cumplir este sueño.

Pero aquí estoy, caminando por el campus en dirección a la que será mi casa los próximos años, si todo sale bien.

Solo necesito encontrar un curro, y rápido.

No hackeo un sistema de seguridad bancaria desde que me largué.

Y pienso seguir así.

Fue la manera que encontré para aliviar la culpa por los delitos que cometí sin ni siquiera saber lo que hacía.

Intenté repetirme esa justificación durante años, pero la culpa es un sentimiento que no se va.

Pero hoy no.

Nada va a joder este momento.

Sacudo la cabeza para centrarme en lo que pasa a mi alrededor.

Me siento como en una de esas pelis de romance universitario, viendo a los protas llegar al campus.

Hay gente de todo tipo por todas partes.

Estudiantes que, en su mayoría, sonríen al volver a la facultad después de las vacaciones de verano.

Por un instante, deseo formar parte de la emoción que veo en cada cara que pasa a mi lado.

Cierro los ojos y entro en esa dimensión segura donde soy una hija ejemplar, tengo padres amorosos que están felices por mí y por mi futuro.

Alguien choca conmigo y la carpeta que llevaba en brazos cae, esparciendo mis papeles y el horario de clases por el suelo.

Me agacho deprisa, recogiendo todo y fijándome en la parte superior donde pone el nombre: Madison Turner.

Mi nueva identidad.

Sí… no puedo meterme en la burbuja y pensar que soy como ellos, al fin y al cabo.

Ellos entraron por la puerta grande, y yo…

Si dependiera de mi capacidad, también habría entrado.

Sin embargo, ciertas circunstancias hicieron que lo hiciera por la puerta trasera.

Tuve que usar mi especialidad para borrar mis huellas y entrar en una universidad de élite con datos falsos.

¿Quién diría que hasta mi GTA ha sido modificado, eh?

Gran coeficiente de genio… me digo con ironía.

Pero… si quería pasar desapercibida, tenía que ser del montón.

Nada de llamar la atención con expedientes perfectos.

Manipulé algunas notas, poniendo décimas de menos para mantener mi tapadera.

Un expediente impecable sería demasiado sospechoso.

En la última escuela a la que fui, me aseguré de fallar algunas respuestas.

Una vez entregué un examen en blanco solo porque vi que otra chica lo hacía.

Pensé que sería una buena forma de pasar desapercibida.

Fue un error.

La orientadora contactó con "mis padres" al instante, preocupada porque una alumna ejemplar no supiera contestar ni una sola pregunta.

La verdad es que nunca habló con mi madre.

Mucho menos con mi padre.

El número que figuraba en los registros era el mío.

Siempre el mío.

Alterar la voz y presentar documentos falsos era pan comido comparado con lo que yo hacía.

Vivo sola desde los quince años, siempre escondida, borrando mi rastro allá donde voy.

Debería haberme mantenido fuera del radar y de los institutos durante la secundaria.

Pero quise estudiar y asistir a clases.

Quise tener esa experiencia que me quitaron hace tiempo.

Un mínimo de normalidad dentro del caos.

Así que me matriculé en una escuela de Nueva York.

Era el escenario perfecto: exceso de alumnos, pocas cámaras, sistema de seguridad súper frágil.

Allí, mi nombre era otro.

La chica estudiosa que nunca tuvo vida social, con padres demasiado ocupados para acudir a las reuniones y avisos de la orientadora.

El COVID al menos me facilitó la vida en lo de las "reuniones presenciales".

Presenté un certificado diciendo que mi madre tenía un trastorno que le impedía salir de casa.

La pandemia sirvió de excusa para las situaciones más raras, pienso.

Aquella alumna ejemplar habría tenido un montón de cartas de recomendación para entrar en una universidad de élite.

Solo que ella ya no existe.

Pasó a formar parte del listado de fantasmas que he ido creando desde que me fui de casa.

Ahora, en la Universidad de Míchigan, soy Madison Turner.

Un nombre que espero que me dé suerte.

Miro la pantalla de mi móvil y me doy cuenta de que pronto sería la hora de presentarme en la hermandad de Kappa Kappa Gamma si quería mantener mi plaza en una de las habitaciones. Meto la carpeta en el lateral de la mochila y echo a correr hacia allí.

En cuanto me aceptaron, recibí el formulario para conseguir una plaza en las residencias del campus. Tal vez mi ropa gastada de segunda mano dejara claro que no tenía medios para vivir en una de las fraternidades caras de aquí.

Sin embargo, las residencias nunca fueron una opción para mí.

Demasiado control, cámaras por todas partes, identificación digital en la entrada… demasiada gente, demasiadas preguntas. No puedo darme el lujo de correr ese tipo de riesgo.

¿La Kappa, en cambio?

Bueno, las fraternidades tienen sus propias reglas.

Por lo que investigué, las chicas están más preocupadas por las fiestas temáticas, la ropa de marca y el estatus social que por una novata, y menos aún por una que jamás sería competencia para ellas.

Ninguna de ellas va a perder el tiempo husmeando en mi ficha de estudiante ni preguntando de dónde vengo. Y si lo hacen, la mentira saldrá fácil.

Si juego bien mis cartas, puedo pasar por una chica más en la hermandad de las pijas perfectas. Excepto porque seré la única que busque un trabajo.

Finalmente llego a la casa lujosa y veo a varias chicas saliendo por la puerta, riendo entre ellas. Todas van bien vestidas,

maquilladas, con sus conjuntos gritando diseñador.

Miro hacia abajo, revisando lo que llevo puesto. Todo en mí grita "intrusa".

Mis vaqueros desgastados, las gafas de montura ancha que esconden mi cara, las zapatillas destrozadas que ya deberían haberse jubilado.

¡Ay, Dios!

El miedo a que todo se vaya a la mierda me revuelve el estómago.

¿Y si la presidenta de la fraternidad me mira de arriba abajo y simplemente dice "no"?

¿Y si las demás chicas notan que no encajo aquí?

Ya he perdido demasiadas cosas en la vida.

No puedo perder otro nuevo comienzo.

Respiro hondo, acomodo la correa de la mochila y fuerzo una sonrisa antes de cruzar las puertas de la Kappa.

Doy un paso al frente, decidida a entrar, pero antes de que mi mano alcance el pomo, una pared de maletas choca contra mi pierna.

—¡Joder! —exclama una voz femenina, irritada, mientras una de las bolsas enormes cae al suelo con un golpe sordo.

Retrocedo un paso y levanto la mirada.

La chica frente a mí parece salida directamente de una editorial de moda. Morena, piel dorada, el pelo ondulado cayéndole perfectamente sobre los hombros. El vestido corto y ajustado resalta cada curva, y los tacones altos dejan claro que no tiene la más mínima intención de cargar sola con todo ese exceso de equipaje.

Por un momento, me siento aún más fuera de lugar.

Suelta un suspiro dramático antes de mirarme, como si estuviera a punto de soltar una queja. Pero al observarme mejor, frunce el ceño y me analiza de arriba abajo.

—¿Eres una de las nuevas?

El instinto me dice que la ignore y siga mi camino, pero para mi desgracia, bloquea la entrada con sus maletas esparcidas.

—Algo así —murmuro, ajustando la correa de la mochila en mi hombro.

Si fuera cualquier otra persona, quizá habría pillado la indirecta y me dejaría pasar. Pero esta chica claramente no funciona así.

—¡Genial! —dice con una sonrisa, ignorando por completo mi falta de entusiasmo—. ¿Me ayudas con esto?

Antes de que pueda protestar, empuja una de las maletas hacia mí.

Miro la bolsa. Luego la miro a ella.

—¿Te has traído la casa entera?

—Cariño, mi madre quería mandarme con un asistente personal —revuelve los ojos con una sonrisa divertida—. Pero le dije que soy una mujer independiente, perfectamente capaz de llevar mis propias cosas.

Mi mirada va de la maleta a sus tacones, y luego de vuelta a la maleta.

—Ah, claro. Muy independiente.

Suelta una carcajada como si hubiera hecho una broma. No lo hice.

Antes de que pueda responder, una voz femenina surge a nuestro lado, más curiosa que arrogante.

—Eres la hija del doctor Daniel Ross, ¿verdad?

Me giro para ver a una chica pelirroja de ojos brillantes y sonrisa dulce. Por el short y la blusa de tirantes perfectamente combinados con los accesorios, es fácil clasificarla en el grupo de las pijas. Pero su tono no tiene la presunción que esperaba.

La chica torpe suspira, apartando un mechón de su pelo rizado.

—Depende. Si ha hecho alguna cirugía mal, soy hija del panadero.

La pelirroja ríe, divertida con la respuesta.

—Soy Paige, vicepresidenta de la Kappa. —Le tiende la mano.

—Cameron Ross. —Se estrechan la mano.

—¿Y tú? —Paige me mira con la misma curiosidad educada.

—Madison. Madison Turner. —Y suena, sin querer, como una maldita peli de James Bond.

Ella no hace más preguntas, solo sonríe y señala hacia el interior de la casa.

—Dejad las maletas allí, en la sala común. Riley os explicará cómo funciona la elección de habitaciones.

Cameron y yo entramos, donde ya hay un grupo de chicas reunidas alrededor de una mesa. En el centro, una rubia de pelo largo y postura firme observa a todas con un aire de liderazgo natural.

—Esa debe de ser la presidenta —murmura Cameron a mi lado.

Riley da unas palmadas para llamar la atención.

—Bien, ahora que estamos todas aquí, vamos a decidir la distribución de las habitaciones. Como sabéis, este año tenemos diez nuevas integrantes y, para mantenerlo justo, haremos un sorteo.

Un murmullo recorre el grupo, algunas claramente nerviosas. Riley levanta un tarro transparente lleno de papelitos doblados.

—Las habitaciones tienen tres camas. Tenemos cuatro plazas en el segundo piso y seis en el cuarto. Cada una puede venir y coger su suerte.

Las chicas comienzan a presentarse y a coger los papeles. Cuando los abren, algunas celebran mientras otras resoplan por lo bajo.

Entonces escucho a Paige:

—Eh, novata, solo faltas tú. —Toma el tarro y me lo acerca para que coja el último papelito.

Le dedico una sonrisa torpe y me acerco.

En cuanto lo abro, veo la indicación del segundo piso y el número 22 a continuación.

Antes de que pueda reaccionar, oigo un bufido desanimado a mi lado.

—Ay, joder… pensaba que íbamos a estar juntas —comenta Cameron, haciendo un puchero raro.

—¿No te tocó en el segundo piso?

—No. Me mandaron al cuarto. Creo que estoy con esas dos de ahí. —Señala a un par de chicas que no paran de sonreír—. Una pena, ¿no? Pero seguro que puedo cambiar más adelante.

—¿Y por qué querrías eso? Ni siquiera sabes si ronco.

—¿Y qué? Entramos juntas a la fraternidad y mi intuición nunca falla.

—¿Intuición de qué, loca? —La pregunta me sale más seca de lo que quería.

—De que soy tu alma gemela. —Me guiña un ojo con una sonrisa ladeada—. Pero oye, aún puede ser, ¿no?

—Eh… bueno… —¿Cómo se le dice a alguien que no estás interesada y que, hasta donde sabes, te van los tíos?

—Como amigas, tonta. —Se ríe, borrando la expresión triste y mostrando de nuevo esos dientes perfectos.

—¿Quién tiene la habitación 22? —pregunta una chica alta con una sonrisa amable, alzando el cuello.

—¡Aquí! —Levanto la mano, deseando escapar de la morena que promete ser un problema enorme para alguien que solo quiere pasar desapercibida.

—Hola, ¿qué tal? Soy Ester, y aquella de allí —señala a una chica que me mira con desprecio— es Lauren. Somos tus compañeras de cuarto. ¿Lista para conocerlo?

—Ah… sí. Claro. —Ajusto la mochila sobre mis hombros y las sigo.

—¡Eh! —insiste Cameron, alzando la voz—. ¡Buena suerte, novata!

—Gracias. —Inclino la cabeza antes de seguir mi camino.

Cuando llegamos al segundo piso, la Kappa gruñona abre la puerta.

—Esa es mi cama. —Señala la del centro—. Esa de la ventana es de Ester. —Y añade con un gesto seco—. Te quedas con esa.

La cama era individual, cubierta con sábanas blancas y una colcha rosa pastel, muy en el estilo Kappa. Me quedaba con el rincón más bajo del cuarto, justo bajo el desnivel de la escalera. Por lo visto, las dos habían rechazado ese sitio antes, pero para mí era un lujo comparado con el asiento trasero de mi viejo Honda.

Tenía un techo sobre mi cabeza, y eso era lo único que importaba.

Media hora después ya estoy instalada, con todas mis cosas guardadas en las partes del armario que me dejaron.

Me tocaron los cajones de abajo y un hueco en el mini armario. Me da igual. Mi mayor interés estaba en la mesa de estudio. Ester, la simpática, fue la única que mencionó sus horarios para estudiar y me dijo que podía reorganizarlos para compartirla.

Estoy acomodándome con la almohada en la espalda cuando la puerta se abre de golpe.

—¡Wow! Este cuarto es mucho más pequeño que el de arriba. —Cameron aparece, analizando el espacio con mirada crítica de arquitecta.

—¿Te tocó el cuarto piso, eh? —Lauren Hamilton, la adorable gruñona dueña de la cama central, pregunta.

Cameron sonríe abiertamente, respondiendo sin palabras. Luego camina hasta mi pequeño refugio y se sienta sin pedir permiso.

—Estoy compartiendo cuarto con dos chicas súper majas. También son de primer año. —Me zarandea el brazo como si fuera a entusiasmarme. Me contengo para no soltar un "qué emoción".—Una se llama Brooke y la otra, Sidney. Mañana harán las pruebas para

entrar en el equipo de patinaje. He venido a preguntar si quieres venir conmigo a animarlas.

La forma en que lo dice suena más a orden que a invitación.

—Tengo clase muy temprano mañana. Mejor no cuentes conmigo.

—Oh… —Baja la mirada, con cara de perrita abandonada—. Pero por la noche es el bautizo. Así que mejor descansa, que nos toca beber a lo grande, ¿eh?

—¿Bautizo…?

—Sí, nena. El bautizo de las Kappas —responde Lauren, demasiado animada. En serio, el nivel de bipolaridad aquí es alto—. Es tradición. Tienes que conseguir una bebida de un desconocido o beber nuestra tequila.

Estoy jodida. Nunca he bebido en mi vida.

—No es para tanto, no pongas esa cara de susto —añade Cameron, y cuando las otras chicas están distraídas, me susurra—: Aprendí un truco. Solo tienes que pedirle un refresco al desconocido. Dijeron bebida, ¿entiendes?

El miedo me había dejado el cerebro en blanco, pero Cameron Ross disparó justo en el blanco para hacerme reaccionar.

—¿Ah, sí?

—Shhh… —chista ella, disimulando—. Nadie lo sabe, pero Brooke y Sidney se les escapó contarlo. Parece que sus madres fueron Kappas.

De repente, la idea de ver la prueba de las dos chicas que, gracias a Cameron, podrían salvarme la vida, ya no suena tan mala.

Quizá entender mejor cómo funciona ser una Kappa de verdad, de las que saben moverse en este mundo, sea una ventaja.

—Creo que mañana iré contigo a ver la prueba.

—¿En serio?

Asiento, sonriendo. Cameron tendrá intuición, pero yo tengo cabeza.

Por primera vez desde que crucé las puertas de esta hermandad, siento que tal vez no tenga que limitarme a sobrevivir aquí.

Tal vez, solo tal vez, pueda encontrar mi sitio.

Ya sea animando a dos desconocidas en una prueba de patinaje… o descubriendo los secretos de las Kappas.

Esta será mi oportunidad para entender mejor este mundo y, quién sabe, aprender a jugar con las reglas… o romperlas si hace falta.



Un mes sobreviviendo al caos de una universidad.

Lo que para algunas personas podría parecer poco tiempo, para mí es una victoria personal.

Hasta ahora, nada ha explotado. No he tenido que salir corriendo en mitad de la noche. Y nadie me ha hecho demasiadas preguntas… bueno, nadie excepto Cameron.

Aunque duerma en otra habitación, insiste en hacerse presente, apareciendo sin avisar y repitiendo que somos amigas. Ya sea para "comprobar" que sigo viva, arrastrarme a alguna nueva actividad o simplemente invadir mi espacio, Cameron tiene una habilidad irritante para ignorar cualquier intento mío de mantener las distancias.

Mis semanas han sido una mezcla de clases, trabajo en el bar y evitar interacciones sociales innecesarias… salvo con Cam. De esa, ya me rendí.

Conseguí el trabajo de camarera más rápido de lo que pensaba. Supongo que con tantos estudiantes, el dueño del bar necesita más personal.

Y el curso de música ha sido mucho más de lo que imaginaba. Vale que Historia de la Música Contemporánea es un tostón. Aunque tengo memoria casi fotográfica, prefiero Técnicas Avanzadas de Teclado.

Por supuesto, Cameron preguntó por qué había elegido música.

Le di una respuesta corta:

—Mi madre quería ser profesora de música.

Puso esa cara de "qué bonito" y no insistió.

Técnicamente, no es mentira. Mi madre tenía ese sueño, y yo lo estoy cumpliendo por ella. Es mi manera de sentirla cerca.

Y por obra del destino, descubrí que en el último piso de la fraternidad hay un estudio con dos salas, y en una de ellas hay varios instrumentos. Entre ellos, un piano donado hace años por una exalumna Kappa.

Solo de pensarlo, me hormiguean los dedos.

Tocar siempre se me ha dado bien, igual que cantar. Pero lo segundo… ya no lo hago.

Sigo analizando el terreno, intentando averiguar hasta qué punto puedo mostrarme en esta hermandad. Preferiría mantener mi talento oculto por ahora. Cuanta menos atención, mejor.

Lo que me lleva a otro gran reto de mi existencia actual: compartir habitación.

O mejor dicho, compartirla con dos personas.

Ester y Lauren son veteranas y estudian asignaturas parecidas. La primera es aplicada y pasa sus ratos libres estudiando, en la biblioteca o en su beca en el centro de *Ann Arbor*. Quiere ser abogada.

Lauren, en cambio…

Bueno, no parece tener un objetivo académico. Quizá su única especialidad sea odiarlo todo y a todos.

En serio, si alguien me dijera que Lauren nació con noventa años, me lo creería.

Se irrita con cualquier cosa.

¿Música alta? Le molesta.

¿Luz encendida después de las diez? Le molesta.

¿Que Cameron respire demasiado alegre? Le molesta.

Si hay algo en lo que Cameron y yo coincidimos, es en que quejarse de Lauren es un pasatiempo necesario.

—En serio, Lauren necesita un novio. O un hobby. O un retiro espiritual al Tíbet —refunfuña Cameron, hojeando una revista de moda que trajo para pasar el rato. Lo hace siempre. Mientras yo estudio o juego en mi portátil, ella encuentra un hueco en mi colchón para quedarse conmigo.

—Dudo que crea en el autoconocimiento. —Tecleo sin apartar la vista de la pantalla.

—Entonces, un novio.

—O una lobotomía.

Cameron suelta una carcajada escandalosa y se deja caer de espaldas.

—¡Dios mío, Maddie, eres la mejor!

La ignoro. Me llama así todo el tiempo, y ya me cansé de corregirla. Al fin y al cabo, el apodo coincide con mi nombre real. El mismo que escuché durante gran parte de mi vida. Así que aceptarlo fue más fácil que los otros nombres de mis identidades pasadas.

—Sabes que tienes una cama libre en el cuarto piso, ¿no? —bromeo, con tono sarcástico.

Finge horror y se lleva la mano al pecho.

—¡Pero qué desagradecida! Vengo a entretenerte y me pagas así. —Responde con burla.

—Mil perdones, oh querida distracción de mi aburrida vida. —Reímos.— Solo no entiendo por qué prefieres quedarte aquí conmigo, encogida en mi rincón, en lugar de estar en tu habitación enorme.

Cam respira hondo y luego me mira.

—No tienes ni idea del alivio que es poder hablar sin escuchar un "¿te acuerdas de aquella vez?". —Se apoya en los codos y suspira teatralmente.— En mi cuarto es como vivir en un episodio de Tres son multitud. Solo que, en este caso, tres es demasiado de verdad.

La miro con curiosidad y ella aclara enseguida:

—Brooke y Sidney son geniales, en serio. ¡Te lo juro! Pero son mejores amigas de toda la vida, tienen chistes internos, recuerdos de infancia… A veces siento que estoy intentando encajar en un puzle donde ya están todas las piezas.

—Dios, qué dramática. —Pongo los ojos en blanco.

—¡Estoy siendo realista! Son encantadoras conmigo, pero no sé… a veces parece que soy la invitada del capítulo especial que pronto desaparecerá.

—¿Y por qué no pasas más tiempo con otra gente, entonces? —pregunto, sin esperar realmente una respuesta.

Cameron sonríe y se encoge de hombros.

—Porque prefiero estar aquí. No me miras raro cuando llego hablando sin parar, no me haces sentir fuera de lugar… y, aunque seas una gruñona, en el fondo eres divertida.

No respondo. No soy de alimentar sentimentalismos.

Pero la verdad es que me está gustando tener una amiga, como ella dice.

También influye el hecho de que prefiere hablar de sí misma antes que escuchar. No es que oírla sea aburrido, para nada. Pero hay personas que nacieron para ser periodistas de investigación y otras que nacieron para subirse a un escenario. Cameron pertenece claramente al segundo grupo.

Lo que ella no sabe es que, antes incluso de abrir la boca para hablar de sí misma, yo ya tenía toda su información en la pantalla de mi portátil.

Mi cerebro procesa datos a una velocidad absurda. Así que, en menos de cinco minutos, ya había descubierto que Cameron es simpática, de buena índole y con un talento especial para las fiestas… y los chicos.

Muchos chicos.

En serio, la semana pasada salió con tres distintos.

Agradezco mentalmente no tener tiempo para ese tipo de cosas. Desde que empecé a trabajar en el Bar 213, hace diez días, tengo la excusa perfecta para esquivar sus preguntas insistentes.

Ella habla mucho. Yo contesto poco.

Pero eso nunca la detiene. Como ahora.

—Quiero saber qué tanto tecleas ahí… si al final estudias música. —Se sienta y cruza los brazos.— Pasas tanto tiempo en ese portátil que a veces pienso que eres una hacker profesional.

Levanto la mirada, impasible.

—Y yo pensaba que respetabas la privacidad. Mira tú… las dos estábamos equivocadas.

Se ríe.

—Entonces, si no eres hacker, ¿qué haces ahí?

—Juego.

Si Cameron fuera un perro, ahora mismo tendría las orejas tiesas.

—¿A qué juegas?

—Crusader Kings III.

Abre los ojos como platos.

—¿En serio? No tienes pinta de gamer.

—¿Y cuál es la pinta de un gamer?

—No sé… más rara.

Levanto una ceja, incrédula de que crea que yo no soy rara. Sigue mirándome como si toda mi armadura fuera invisible. Me empujo las gafas enormes hacia la nariz. Juro que a veces me gustaría lanzarlas lejos.

No las necesito, pero son la máscara perfecta para esconder una cara entre la multitud.

—¿Qué pasa? —pregunta la loca, con aire inocente.

Señalo mi portátil y a mí. Ella sigue con cara de póker. Suspiro, rindiéndome, y vuelvo la vista a la pantalla.

Cameron aún me observa, como si mi armadura fuera de cristal y estuviera a punto de atravesarla.

Se apoya en el cabecero a mi lado, demasiado curiosa como para soltar el tema.

—Vale, pero… ¿juegas en el portátil? —Señala la pantalla.

—Sí.

—¿Y de qué va ese juego?

La miro entre ofendida y divertida. No se rinde, joder.

—¿Nunca has oído hablar de Crusader Kings III?

—Suena a juego medieval lleno de gente con capas y espadas.

—Básicamente.

Abro el juego y, en segundos, el mapa aparece en pantalla. Líneas territoriales, familias nobles, intrigas políticas. Mi reino está en guerra, y yo, la Emperatriz de Ravenmere —más conocida como *GhostQueen*—, estoy a punto de acabar con un enemigo sin levantar una sola espada.

—Guau. —Cameron parpadea varias veces.— Esto parece… complicado.

—No lo es. —Mi respuesta sale automática, pero su expresión escéptica me hace poner los ojos en blanco.— Bueno, tiene sus cosas: estrategias, dinastías, alianzas, matrimonios arreglados, traiciones…

Suelta un silbido.

—O sea, un reality medieval.

Suelto una risa.

—Más o menos.

Cameron observa la pantalla unos segundos más y luego entorna los ojos.

—¿Esa *GhostQueen* eres tú?

—Sí.

—¿Y quién es *IceWarrior*?

Mis dedos se detienen un segundo sobre el touchpad.

—Un rival.

Y qué rival.

IceWarrior apareció de la nada en verano, conquistando territorios como una maldita plaga medieval. Es el emperador de Frosthold, un reino vecino que nunca me había llamado la atención.

Al principio pensé que era otro jugador arrogante intentando joderme el juego, pero entonces arrasó mi villa costera en menos de tres días.

Odio.

Odio absoluto.

Todavía recuerdo la sensación de ver mi dominio reducido a cenizas mientras él me mandaba mensajes por el chat llenos de provocaciones. Desde entonces, ha sido una guerra fría entre nosotros: ataques quirúrgicos, represalias implacables.

Aunque… tengo que admitirlo. El cabrón sabe lo que hace.

IceWarrior juega con estrategia, paciencia y una precisión que pocos tienen. Me irrita… y me reta.

Porque si hay algo que odio más que perder…

es tener que admitir que respeto a mi enemigo.

—¿Quieres tirártelo? —La voz de Cameron me saca del trance.

—¿Qué? —siseo, parpadeando varias veces.

—Esa cara es de estar cachonda, tía. La reconozco a kilómetros. —Aspira el aire y se da golpecitos en la nariz con el dedo.

—No es eso —murmuro, cerrando el portátil y mirándola con fastidio.— Ya has visto bastante.

Cameron levanta las manos en rendición.

—Vale, vale. No he dicho nada. Pero si te mola eso del sexo digital, sal con un chico que me habló de una LAN House con salas privadas y todo.

Lo pienso un segundo. No porque quiera sexo virtual, ni de coña. Pero, siendo realistas, ese tipo de sitio debe tener buenos PCs… y eso sí me interesa.

—¿Puedes conseguirme la dirección?

—¡Claro! —Se le ilumina la cara de una forma que me hace sentir un poco culpable. Se esfuerza tanto por acercarse a mí que a veces me pesa mantener la distancia.

Ay, chica… si fuera alguien normal, me encantaría ser tu amiga.

Respiro hondo y vuelvo la vista al reloj. Me quedan diez minutos antes de salir del juego y del cuarto. Tengo el tiempo medido para llegar al bar y empezar el turno hasta medianoche.

Hoy es jueves, día de partido de fútbol americano, lo que solo puede significar una cosa: clientes demasiado borrachos para mantener la cerveza dentro del vaso.

Si me dieran un dólar por cada vez que tuve que limpiar un charco de espuma del suelo, ya podría comprarme un PC decente.

Bueno… al menos el dueño paga cada semana. Y mientras pueda seguir lejos de mi antigua vida, seguiré aquí. No quiero volver a hacer nada que considere incorrecto.

Antes de levantarme, Cameron se estira en la cama con un suspiro.

—Bueno, yo también tengo que irme. Pero que sepas que, si no tuviera otros planes para esta noche, me iría contigo al bar.

Levanto una ceja.

—¿Otros planes?

—Una cita. O quizá dos. —Se encoge de hombros, como si aún lo estuviera decidiendo.

—Solo intenta no mezclar los horarios.

—Tranquila, tía. Tengo habilidades de organización impecables.

Coge el bolso, se acomoda el pelo y me guiña un ojo antes de salir del cuarto con un gesto despreocupado.



En cuanto entro por la parte trasera del bar, dejo la mochila en el armario y me ato el delantal, recogiendo el pelo en una coleta alta.

La música está a todo volumen. El olor a cerveza y fritanga impregna el aire mientras el lugar está lleno de gente riendo y gritando. Debe de ser tradición empujar vasos vacíos por la barra hasta que alguno acabe estrellado contra el suelo.

Hoy no tuve la suerte de quedarme sirviendo. Solo tengo que llevar las bebidas a las mesas y limpiarlas.

Agarro un trapo con una mano y empiezo a limpiar, equilibrando dos jarras en la otra.

El flujo de gente es intenso. Tanta información me provoca un leve dolor de cabeza: botellas, pedidos, cambio… demasiadas cosas.

En cierto momento, tengo que abrirme paso entre un grupo de tíos que parecen haber olvidado que el bar no es solo suyo.

El tiempo pasa rápido y, como predije, el suelo ya es una zona pegajosa de cerveza derramada. Quedarme detrás de la barra empieza a sonar como una gran idea. Respiro hondo, decidida a limpiar.

Pero entonces… lo siento.

Una mano tosca apretando mi culo.

No.

No.

Esto no me está pasando.

Mi cuerpo se queda rígido, congelado. Una oleada de furia me sube por el estómago.

Me giro, lista para defenderme —con alguna de esas técnicas que solo conozco en teoría— del imbécil que pensó que podía tocarme sin permiso. Pero antes de que tenga tiempo de reaccionar…

¡POW!

Un golpe seco corta el aire.

El capullo que me tocó da un paso atrás tambaleándose, sujetándose la cara donde un puño acaba de estamparse.

Todo el bar se queda en silencio por un segundo.

Mi mirada se mueve hacia el tipo que lanzó el golpe.

Es alto. Hombros anchos. Cabello castaño algo despeinado. Mandíbula marcada y un par de ojos marrones que lo observan todo con un brillo de puro desprecio.

—Tienes suerte de que no me apetezca ensuciarme las manos con un segundo puñetazo —dice, con voz firme pero sin alzar el tono.

El cerdo intenta recomponerse, pero antes de poder reaccionar, uno de los seguratas del bar aparece y lo agarra por el cuello de la camiseta.

—Hora de largarte, imbécil —dice, arrastrándolo hacia la salida sin miramientos.

Me quedo mirando la escena, aturdida.

Parpadeo varias veces, intentando asimilar lo que acaba de pasar.

—¿Eh, chica? ¿Estás bien? —Paty, una de las camareras, se acerca.

—S-sí. Estoy bien —respondo, girándome hacia ella, aunque sin apartar la vista de la puerta.— ¿No van a echar al que le pegó?

—¿Estás loca, tía? Claro que no.

Su respuesta me deja una arruga en la frente.

—Son los Gladiadores del Hielo, Maddie. Echarlos sería como echar a los príncipes del lugar, ¿me entiendes?

La miro, sintiendo que acabo de desarrollar un tic nervioso de tanto parpadear.

¿Y también me ha llamado Maddie?

Suelto el aire entre los labios, resignada. Ya es tarde para corregirlo.

—¿Todo bien? —pregunta una voz grave, poderosa, pero cuidadosa. Mi garganta se seca al instante.

Genial. El tic nervioso vuelve.

Al menos logro asentir, atrapada por el calor que me recorre el cuerpo al sentir su atención sobre mí.

Mis ojos viajan de un hombro al otro, calculando mentalmente su altura. Tardo más de lo normal en volver al rostro. Entendedlo… todo es cuestión de análisis, y por eso me cuesta apartar la vista de sus hombros, de su pecho marcado bajo la camiseta ajustada y de…

Suelto un suspiro largo. Y no solo por su belleza abrumadora.

Por primera vez en mucho tiempo, alguien me defendió sin que tuviera que hacerlo yo sola.

Y eso… me hace sentir especial.

—¿Quieres que te lleve a casa? —pregunta, su voz cargada de una amabilidad desarmante.

Mi cabeza grita que diga que sí. Que, por una noche, estaría bien dejar que alguien se preocupara por mí.

Pero no puedo.

—Estoy bien —murmuro, bajando el delantal para cubrirme.

Él me estudia unos segundos, como si intentara decidir si creerme o no.

—Si cambias de opinión, estaré aquí.

Y con una última mirada, se aleja, volviendo con sus amigos.

¿Gladiadores del Hielo… por qué me suena?

Probablemente son jugadores de hockey, ¿no, Maddie idiota? —mi cerebro genio grita dentro de mi cabeza.

Observo cómo el chico guapo camina hasta la mesa del rincón, donde están los demás. Han estado todo el tiempo viendo la escena desde allí.

El primero tiene el pelo y los ojos negros, una presencia fuerte, mirada calculadora, como si esperara la siguiente jugada.

El segundo lleva una gorra hacia atrás, ojos ámbar brillando con diversión.

Y el tercero, el más grande del grupo, es rubio, de ojos azules, relajado, como si nada en el mundo pudiera alterarlo.

—Mejor ni te acerques por ahí, ¿eh? —comenta Paty, chocando su hombro con el mío para traerme de vuelta—. Por cada uno de ellos hay una fila invisible de Marías-Patines. Y esas no juegan limpio.

—No estoy aquí para competir con nadie. Mucho menos para hacer cola —replico con la voz más firme que puedo.

Limpio las gafas rápido, intentando disimular el rubor que seguro me ha subido al rostro.

Luego agarro una bandeja vacía y me meto detrás de la barra. Mejor hacer cualquier cosa que me saque del foco.

Demasiada atención para alguien que se acostumbró a ser invisible.

Minutos después, sigo sintiendo miradas a mi alrededor, pero ninguna importa tanto como esos ojos marrones que, durante unos segundos, me hicieron sentir que era algo más que una chica perdida entre la multitud.

¿Qué sé sobre los Gladiadores del Hielo?

Hago una búsqueda mental y mi cerebro, como un motor de búsqueda, dispara distintos recuerdos. Pero nada concreto.

Nunca les había prestado demasiada atención.

Normalmente, los atletas no me interesan. Me dan la impresión de ser todo músculo y cero neuronas.

Pero por primera vez, mi curiosidad no viene de una necesidad estratégica ni de un impulso calculado para obtener ventaja.

Es algo distinto. Algo que todavía no sé descifrar.

Quizá porque, en un momento en que esperaba indiferencia… encontré protección.

Y eso, para mí, es algo completamente nuevo.



¿De qué sirve que me consideren el jugador de hockey más rápido de la NCAA Division I si dependo del puto despertador para llegar a tiempo al rink?

Mierda.

Bajo los tres últimos escalones de un salto para acelerar mi salida y llegar hasta la puerta, donde Austin ya me espera apoyado en el marco con su cara habitual: una mezcla de aburrimiento y juicio moral.

—Tío, en serio, ¿por qué cojones pones a la chica al lado de tu móvil? —Cruza los brazos, mirándome como si eso fuera el mayor defecto de carácter que un ser humano pudiera tener.

Me encojo de hombros, todavía intentando mantener los ojos abiertos mientras camino hacia la camioneta de Kyle.

—No las pongo yo. Simplemente… acaban ahí.

Austin pone los ojos en blanco.

—Acaban ahí, apagan tu alarma y hacen que llegues tarde. Tienes un patrón.

Y sé perfectamente de dónde viene ese patrón.

Anoche, después de pasar un rato en el Bar 213, una chica que ya conocía apareció en nuestra mesa y el destino tomó el rumbo predecible.

No es que no tuviera otras opciones.

Las tenía.

La camarera, por ejemplo.

Sí, porque antes de que esa segunda chica acabara en mi regazo, estuvo la primera.

La que vi siendo acosada por un imbécil cualquiera.

La que defendí.

Nosotros cuatro tenemos un código no oficial sobre eso. Cuando algún idiota cruza la línea, uno de nosotros siempre termina interviniendo. Vamos turnándonos quién será el Gladiador de turno cuando aparece un capullo.

Anoche me tocó a mí.

La camarera era guapa. De cara, al menos, porque sus vaqueros y la camiseta ancha no dejaban ver mucho más.

Me echó la mirada rápida, la típica. Esa que todas echan. Yo me avergonzaría si supiera lo que es la vergüenza. Pero soy un sinvergüenza profesional.

La gata evaluó la mercancía y estuve a punto de preguntarle si iba a llevársela.

Casi.

Si no hubiese tenido esa postura a la defensiva, si el momento hubiera sido otro, quizá le habría seguido el juego.

Pero estaba asustada, y no soy tan cabrón como para lanzarme sobre una chica después de ver lo que pasó.

Además, las chicas como ella dan trabajo.

Del tipo de trabajo que no me interesa.

Me gusta que me desafíen, conquistar algo difícil. Pero… cuando lo único que quiero es meterla en un sitio calentito por una noche, me quedo con lo clásico: alguna María-Patines.

Así que, al final de la noche, la elección fue simple.

Stefany.

Cuando se acercó y deslizó los dedos por mi brazo, ya sabiendo perfectamente cómo iba a acabar la noche, acepté.

El problema?

Apagó mi maldito despertador.

Otra vez.

Sinceramente, creo que tengo un fetiche con las chicas equivocadas. Y esta conclusión cobra más fuerza cuando pienso en mis últimas decisiones.

La peor de todas es una chica virtual que ni siquiera sé cómo es.

Una puta locura.

Antes de ayer me la machaqué en la ducha después de perder medio ejército contra ella en el Crusader Kings III, ese juego que adopté como terapia de supervivencia durante el verano.

Me hizo perder territorio, paciencia y cordura.

A veces pienso que necesito ayuda profesional.

La tía —porque quiero creer que es una tía, por favor, que lo sea— me está destrozando en cada partida.

Entré en ese juego por aburrimiento, y de la nada apareció como un puto huracán.

Si le contara a mis amigos que estoy pillado por alguien que me folla vivo en un juego, Austin me compraría un cinturón-polla y me lo regalaría por Navidad.

Ella es lista, con un humor ácido que me divierte. En uno de los chats mencionó algo sobre la universidad y le di gracias a Dios por el dato implícito: es mayor de edad.

Aun así… sigue siendo una elección equivocada.

Suelto un bufido, agotado, dejándome caer en el asiento trasero de la camioneta de Kyle, mientras Austin se sienta a mi lado y Sebastian va delante, con su eterna cara de pocos amigos.

Kyle, al volante, me tiende un vaso con tapa justo cuando cierro la puerta.

—Te he hecho un batido.

Lo agarro como si fuera oro líquido.

—Joder, Kyle, por esto te quiero.

—Y yo por eso te odio, porque tuve que esperarte —gruñe Sebastian, sin ni siquiera mirarme.

Pongo los ojos en blanco.

—Tranquilo, ya estoy aquí. Todavía tenemos tiempo.

—¿Crees que estoy cabreado porque casi llegamos tarde? —gira la cabeza y me clava la mirada—. Estoy cabreado porque perdí veinte minutos de mi vida esperando a un idiota que siempre llega tarde.

Austin bufa, uniéndose a la queja, lo cual es gracioso viniendo de él.

—Y yo estoy cabreado porque tuve que aguantarle quejándose todo ese rato.

—No es culpa mía —digo, bebiendo un trago del batido.

Sebastian suelta una risa seca.

—¿Ah, no? ¿Entonces de quién?

—De la tía que apagó mi despertador.

Austin cruza los brazos.

—Tío, tienes un problema.

—El problema es que siempre deja el móvil en el lado equivocado de la cama —resopla Sebastian.

—¿Qué puedo hacer si las mujeres tienen la extraña costumbre de dormir en el lado donde está la mesita de noche?

—Quizá porque ahí está el cargador, y nadie quiere despertarse con un dos por ciento de batería. —Austin suelta una risa baja.

—¿Y cómo eliges, eh? Es como… "¿te pone apagar el despertador de los demás?" —Sebastian imita mi voz, con un tono nasal que supongo pretende parecerse a la mía.

—Tío… yo no hablo así.

—Sí, Sebs… no habla así —confirma Kyle sin levantar la vista de la carretera.

Sebastian resopla.

—¿No sabía que tenías entrenamiento? —pregunta Austin.

—Todas lo saben. —Kyle interviene, serio—. Yo diría que lo hacen a propósito.

—Tenía pensado poner la alarma al volumen máximo —admito, recordando que estuve a punto de hacerlo. Incluso tenía el móvil en la mano… hasta que la chica se arrodilló frente a mí. Y, bueno, toda la sangre de mi cabeza se fue directamente a otra parte que la necesitaba más.

—Tenías. —Austin recalca, sacándome de mis pensamientos más calientes.

—Pero no lo hiciste. —Sebastian concluye, con otro bufido.

—Soy optimista. —Doy un trago al batido.— La próxima vez me despertaré primero.

—La próxima vez voy a patear tu puerta y despertar a todo el maldito equipo —murmura Sebastian.

—Sabía que tenías alma de niñera, Sebs —Austin no pierde la oportunidad.

—¡Cállate, Prince! —gruñe, girándose medio segundo hacia él.

Kyle gira el coche y toma la State Street, rumbo a la arena.

El silencio dura exactamente tres segundos.

—Solo recordad —dice Kyle, sin apartar la vista de la carretera—: si volvemos a llegar tarde, el *Coach* Williams nos va a arrancar la piel y usarla de alfombra en el vestuario.

—Y con razón. —Sebastian cruza los brazos.— El año pasado perdimos porque jugamos como un grupo de aficionados.

Austin asiente, pensativo.

—Sí. Quedarnos fuera de la final fue una patada en los huevos.

Y tienen razón. Nuestro primer año fue prometedor, pero no suficiente. Jugamos bien, pero la cagamos justo cuando más importaba y nos eliminaron en semifinales.

El *Coach* Williams no nos lo perdonó. Quiere el título.

Y, siendo sinceros, nosotros también.

Kyle gira a la izquierda por Hoover Avenue; la Yost Ice Arena ya se ve al fondo, majestuosa.

—Este año será diferente —dice Kyle, convencido.

—Sí, si alguien empieza a despertarse a su puta hora. —Sebastian me lanza una mirada cortante.

—Ya lo pillé, tío. —Levanto las manos en rendición.— La próxima vez pondré tres alarmas.

—Mejor contrata un guarda armado —Austin suelta una carcajada.

Ellos siguen hablando del campeonato, pero mi mente ya está en otro sitio.

O mejor dicho, en las últimas vacaciones de verano, hace unos meses.

La última conversación que tuve con mi padre antes de volver a Michigan:

"Deberías aprender de tu hermano Jordan. Él siempre supo lo que quería y no perdió tiempo con distracciones."

El mismo discurso de siempre. El mismo tono de decepción.

Mi hermano mayor, Dylan, juega en la liga profesional.

Consiguió todo lo que mi padre quería para mí.

Y no pierde oportunidad de restregármelo.

Mi otro hermano, Mark, tomó un camino completamente distinto. Se largó de la ciudad, abrió una cafetería en un pueblo llamado Traverse Bay, se casó y, por lo que supimos en verano, va a ser padre otra vez.

Su hija pequeña, Daisy, se convirtió en mi luz en medio de la sombra que era nuestra casa.

Y luego vino la parte jodida.

"Dylan tiene una carrera. Mark tiene una familia. ¿Y tú, Jordan? ¿Qué tienes tú?"

Nada.

Eso quiso decir.

No soy lo bastante bueno para ser como Dylan.

Ni lo bastante maduro para ser como Mark.

Solo soy… Jordan.

El aire se me queda atascado en el pecho un segundo.

Me obligo a tragar la rabia y a ignorar la voz de mi padre resonando en mi cabeza.

La Yost Ice Arena ya está justo delante de nosotros.

Este año voy a ganar ese maldito título.

Y mi padre va a tragarse cada palabra que diga sobre que mis hermanos son mejores que yo.



Empujo el agua con la escobilla hacia el desagüe más cercano, justo al lado de la puerta del baño.

De todas las tareas del Bar 213, esta es, sin duda, la peor: limpiar el baño de chicas.

Juro que me gustaría entender por qué algunas mujeres pueden ser incluso más guarrosas que los hombres.

Vale, entiendo que ellos tienen la manguera y nosotras tenemos que apuntar sin ver del todo, pero… no. Hay algunas que lo hacen a propósito. No existe otra explicación para semejante falta de puntería.

Suelto un suspiro agotado y paso el antebrazo por la frente, secando el sudor con el tejido suave de mi jersey nuevo. Si hubiera sabido que me tocaba esta misión hoy, habría elegido otra ropa. Cameron me lo regaló por Navidad; según ella, me veo "adorable en rosa té". El problema es que es absurdamente cómodo, lleno de pelitos suaves, y ahora está siendo sacrificado en el campo de batalla contra mi propio sudor.

Resoplo, frustrada. Luego me encojo de hombros. Qué remedio. Las opciones eran una sudadera vieja del armario de empleados o mi abrigo de invierno, y ni muerta iba a usar ese último para limpiar baños.

Ajusto la manga y vuelvo al trabajo, pero mi mente se escapa hacia una escena reciente con Cameron.

Ella siempre aparece cuando menos lo espero, rompiendo mi burbuja con una facilidad irritante.

Como aquella mañana antes del examen de Teoría de la Composición, cuando estaba más impaciente que nerviosa.

La verdad es que sabía que me iría bien. Siempre me iba bien.

Pero me frustraba cualquier posibilidad de error.

Mi mente funciona con patrones, lógica, ritmo. Y Teoría de la Composición exigía perfección.

No había margen para notas equivocadas ni escalas mal planteadas.

Si algo salía de lugar, todo se derrumbaba —exactamente como mi vida.

Y fue en ese contexto que Cameron apareció por el pasillo, corriendo como una loca, con un vaso de café en una mano y una bolsita en la otra.

—¡Maddie!

Me giré justo a tiempo para verla tropezar con sus propios pies mientras intentaba alcanzarme.

—Te olvidaste esto. —Empujó la bolsita hacia mí, todavía recuperando el aliento.

Miré dentro y encontré una rosquilla de nueces. Mi favorita.

—¿Cómo…?

—Siempre compras una cuando estás cabreada. Y como anoche pasaste la noche reescribiendo esas partituras sin parar, pensé que la ibas a necesitar.

La miré, sin saber qué decir. Nadie jamás se fijaba en esas cosas sobre mí.

—Cameron, no me pongo nerviosa por los exámenes.

—Lo sé. Pero te cabreas cuando las cosas no salen como quieres.

Ahora cállate y cómetela antes de que me arrepienta de ser tu amiga.

Me guiñó un ojo y se fue antes de que pudiera responder.

La palabra amiga resonó tantas veces en mi cabeza que tuve que sacudirla para dejar de pensar.

Nunca tuve una amiga.

No una de mi edad, al menos.

Cam es una buena chica, y por más que haya intentado mantenerla lejos, insiste en colarse cada vez más dentro de mi corazón.

Empiezo a sospechar que ya lo ha conquistado por completo en un ataque silencioso.

Sería una excelente capitana para mi ejército del norte si jugara Crusader.

Sonrío con la idea, pero enseguida recuerdo lo que pasó en la última batalla y mi cara se transforma en una mueca.

IceWarrior.

El cabrón.

Pasé tres días enteros construyendo una fortaleza en el Valle de Elarion.

Tres.

Días.

¿Y qué hizo el infeliz? Esperó pacientemente, dejó que bajara la guardia y, en plena noche, incendió mi almacén principal con un ataque sorpresa de caballeros de élite.

Y no solo eso.

Esperó a que mis defensas quedaran reducidas a cenizas para invadir mi castillo.

Conseguí retirar a la mitad de mis arqueros hacia la zona montañosa del sur, preparándome para contraatacar.

Pero el hijo de puta no me dio tiempo.

Una notificación parpadeó en mi pantalla antes de que pudiera reagrupar las tropas.

***IceWarrior*:**

¿Cansada, reina? Pensé que aguantarías más tiempo antes de rendirte ante mí.

La sangre se me subió a la cabeza.

***GhostQueen*:**
Se necesita algo más que una quemadura para hacerme rendir, maldito. Yo bailo sobre el fuego.

***IceWarrior*:**
Bien saberlo… tengo fuego de sobra, y me encantaría verte bailando encima de mí.

Idiota pervertido.

¿Y lo peor?

Lo peor fue que tardé dos segundos más de lo que debía en responder, lo cual, obviamente, lo animó a mandar otra.

***IceWarrior*:**
Si quieres más calor, puedo asegurarme de que salgas del próximo combate empapada en sudor.

Estuve a punto de lanzar el portátil por la ventana.

Podría haberlo ignorado. Pero Crusader Kings III no era solo un juego para mí.

Y por mucho que ese bastardo tuviera habilidad, no iba a dejar que me humillara así.

***GhostQueen*:**
Lo siento, guerrero de hielo, pero no eres más que uno del montón.

***IceWarrior*:**

Qué curioso. La multitud no te hace gemir de frustración como yo.

***GhostQueen*:**
No estoy gimiendo, idiota.

***IceWarrior*:**
Ah, claro... debió de ser otro de tus generales al que acabo de matar.

En ese momento, vi al pie de la colina, justo frente a mi fortaleza en llamas, un icono rojo parpadeando.

General Viktor, comandante de la Guardia de Elarion, ha sido capturado y ejecutado por el ejército de *IceWarrior*.

¿Qué?

Pero qué coño…

Parpadeé, intentando procesarlo, pero la pantalla no mentía.

Mi mejor general.

El hombre al que llevé semanas ascendiendo, entrenando, moldeando para que fuera el muro de mi imperio… simplemente muerto.

Evaporado.

Borrado de la existencia porque a ese imbécil le pareció un gran día para sacarme de quicio.

Y como si eso no fuera suficiente, otra notificación volvió a brillar en el chat.

***IceWarrior*:**
Perdona, princesa, pero él suplicó por piedad. Pensé que te gustaba oír a los hombres gemir por ti.

El ratón casi salió volando de mi mano.

***GhostQueen*:**
Eres un completo imbécil.

***IceWarrior*:**
Y aun así, soy el imbécil que te hace perder la paciencia cada vez.

La audacia de este tío.

Podría haberlo dejado pasar. Podría haber cerrado el juego, respirado hondo y seguido con mi vida.

Pero no.

Ese hijo de puta tenía que pagar.

Con las manos firmes sobre el teclado, empecé a organizar un contraataque. Estaba reagrupando unas tropas en marcha cuando… apareció otro mensaje.

***IceWarrior*:**
Por cierto, acabas de respirar hondo, ¿verdad?

Mis dedos se congelaron.

El cabrón.

Odio que me lea tan bien.

***GhostQueen*:**
¡Que te jodan!

***IceWarrior*:**
Acepto la invitación para después, reina. Por ahora estoy muy ocupado jodiendo con tu ejército.

Cerré el juego antes de que el portátil acabara volando por la ventana.

Y, cuando quise darme cuenta, también tenía los ojos cerrados del dolor porque me había golpeado el codo con la esquina de la pared al tirar del recogedor.

Joder… tenía que terminar la limpieza de una vez antes de que Johnny, el gerente, viniera a buscarme.

La semana pasada despidió a Paty porque pasaba más tiempo mirando el móvil que atendiendo.

La chica se molestó en el momento, pero luego ni le importó. Total, solo trabajaba para pagarse sus caprichos, no para sobrevivir.

Decía que este era el mejor sitio para encontrar novio.

Y quizá tenga razón, porque la vi salir con dos tíos distintos el semestre pasado.

Pero yo no puedo perder este trabajo.

No cuando mi plan depende de tener ingresos suficientes para mantenerme hasta el tercer año de universidad sin tener que recurrir a mi otra faceta profesional.

Por fin salgo del baño y voy al almacén para dejar el material de limpieza.

De camino, me ato de nuevo el pelo en una coleta alta.

Todavía necesito coger otro delantal de mi taquilla, porque el que llevo está completamente empapado.

Hago todo lo más rápido que puedo.

En cuanto abro la taquilla, mis ojos van directos a la mochila negra tirada al fondo.

Mi cuerpo se mueve en automático: abro la cremallera lateral y saco el sobre del compartimento oculto.

Siempre reviso.

Mi dinero nunca está todo en el banco.

No confío en las instituciones financieras… y mucho menos en el sistema.

Lo que yo sé, alguien más también lo sabe.

Y si algún día tengo que arreglármelas sin tarjetas ni cuentas, puedo hacerlo.

Cuento rápidamente los billetes del sobre y respiro aliviada al ver que todo está en orden.

La cantidad ha ido creciendo, porque suelo añadir las propinas que gano aquí.

Sostengo el dinero un segundo antes de devolverlo a la mochila y cerrar la cremallera, asegurándome de que queda bien escondido.

Luego suelto el aire despacio, cojo el nuevo delantal y cierro la taquilla.

Es hora de enfrentar el caos de otra noche de bar a reventar.

Los universitarios tienen sus rutinas, y llegar a clase un viernes con ojeras es una de ellas.

Cada jueves, después de cualquier partido del equipo de la Universidad de Míchigan, el lugar hierve de gente.

Lo confieso: a veces me gusta quien aparece por aquí.

Sobre todo cuando ese alguien tiene ojos marrones, hombros anchos y una sonrisa que no le cabe en la cara.

Él y sus amigos son clientes habituales y suelen sentarse siempre en los mismos sitios del bar: o en la mesa donde los vi por primera vez, o en la de billar del fondo, a la que bautizaron como la mesa de los Gladiadores del Hielo.

Entendí que son una especie de imán para la clientela.

No sé por qué, pero esos tíos tienen algo que atrae a todo el mundo.

Y no, no soy hipócrita al decir que no lo sé, aunque esté entre la multitud.

Simplemente… no lo entiendo.

Debe de ser eso que llaman encanto.

Uno solo ya llama la atención, pero juntos… parece que alguien ha encendido un imán gigante de gente interesada.

Totalmente cautivada, averigüé todo lo que quería sobre él.

Jordan Miller.

Ala izquierda del equipo de hockey de la Universidad de Míchigan.

Tiene un futuro prometedor por ser el jugador más rápido de la NCAA Division I, su categoría.

Quiere ser drafteado antes de terminar la carrera, igual que su hermano Dylan.

El talento debe venir en la sangre.

Como si los hubiera invocado con solo pensarlo, el ambiente cambia y cuatro gigantes con la misma camiseta deportiva del logo Gladiadores del Hielo entran directos hacia el fondo del bar.

Billar, por lo que parece.

Cojo la bandeja con varias jarras de cerveza y me dirijo hacia ellos, esquivando codos, risas y gente que ya va medio torcida de tanto alcohol.

El bar está a rebosar, y ni siquiera necesito mirar para saber dónde está Jordan.

Dejo los vasos sobre la mesa y, en el momento en que levanto la cabeza, mis ojos se encuentran con los suyos.

No está haciendo nada especial.

Solo apoyado en la mesa de billar, con el taco en una mano y la otra descansando sobre el borde, como si nada en el mundo pudiera sacarlo de su eje.

Pero ese es precisamente el problema.

Él es el eje.

De algún modo, todo parece girar a su alrededor.

Y cuando me lanza esa media sonrisa, fácil y sin esfuerzo, hago lo impensable.

Le devuelvo la sonrisa.

Y entonces viene el guiño.

Dios… ¿Jordan Miller acaba de guiñarme un ojo?

Mis mejillas se calientan al instante, resultado de la dilatación de los vasos sanguíneos en la epidermis; una respuesta fisiológica controlada por el sistema nervioso autónomo. Un reflejo involuntario del cuerpo humano ante un aumento repentino de la actividad del hipotálamo —el centro del cerebro responsable de las emociones.

¿En términos más simples?

Estoy sonrojándome como una idiota.

Mierda.

Antes de que alguien lo note, giro sobre mis talones y me alejo, con el corazón latiendo tan rápido que parece que acabo de correr una maratón.

Necesito hacer algo para disimular, y bajar la cabeza para esconder mi cara del mundo parece la mejor opción.

Busco atender otras mesas y, de la nada, me bendice un grupo que justo se levanta. Perfecto. Voy a limpiar esa mesa y a concentrarme en el maldito tablero de madera hasta que mi sanidad vuelva.

Pero cuando meto la mano en el bolsillo del delantal para sacar el trapo, descubro que no está allí.

Levanto la mirada con cuidado, repasando mentalmente mi recorrido y… genial.

El maldito trapo está justo debajo de la mesa de billar de los Gladiadores.

Suelto un gruñido bajo y resignado.

Tengo que volver.

Cierro los ojos un segundo, los aprieto con fuerza y reúno el valor.

Luego avanzo despacio, usando a cada persona como escudo humano hasta acercarme a la mesa.

Me agacho, gateando rápido para recuperar el trapo y largarme antes de que alguien me vea.

Pero antes de alcanzarlo, escucho una voz femenina.

—En serio, Jordan, esas camareras nerds son todas iguales. Solo porque la miraste, la pobre se puso roja como un tomate.

Mi cuerpo se congela.

La vergüenza me golpea como un puñetazo en el estómago.

Ni siquiera necesito mirar para saber de quién están hablando.

—Pobrecita —dice Jordan, sin el más mínimo interés.

Simple. Automático.

El comentario de quien siente lástima sin implicarse lo más mínimo.

—Tío, al menos está buena —alguien se atreve a decir en mi "defensa".

Si es que se puede llamar defensa.

Una carcajada masculina resuena después, seguida del golpe final:

—¡Venga ya! La empollona seguro que ni tiene culo. Apuesto a que nunca se ha puesto unos vaqueros ajustados.

Tengo culo.

Y un culo muy bonito, de hecho —gritarlo solo haría la escena más patética.

El calor que antes era solo timidez se convierte en algo completamente distinto: rabia.

Y entonces Jordan remata:

—No sé. No estoy interesado.

Las palabras salen de él con tanta naturalidad que un nudo se me forma en el estómago.

Sin dudar. Sin pausa.

Sin el más mínimo indicio de que haya notado que yo estaba allí.

Solo una respuesta indiferente.

La confirmación de que no soy nada.

Aprieto el trapo entre los dedos con tanta fuerza que me duelen, como si eso pudiera contener la oleada de vergüenza que

me recorre.

Mi cara arde, pero ya no por la sonrisa estúpida que le dediqué antes.

Estoy tan cabreada.

Cabreada conmigo misma por haberme ruborizado.

Por haber sentido ese calor ridículo en las mejillas.

Por haber creído que, tal vez, solo tal vez, él era distinto a lo que todos dicen de los tíos como él.

Obligo a mis piernas a moverse, aunque todo dentro de mí quiera quedarse congelado en el sitio.

No pienso darles ese gusto.

La garganta se me cierra y trago saliva antes de salir de allí lo más rápido posible, sintiendo el peso de lo que acabo de oír pegado a mí como una mancha imposible de borrar.

Hasta hace unos minutos, veía a Jordan Miller de otra forma.

Alguien que, de algún modo, parecía por encima de la mediocridad de los chicos que viven para alimentar su propio ego.

Alguien que hizo que mi corazón se acelerara con una simple sonrisa.

¿Ahora?

Ahora no es más que otro jugador sin cerebro.

Y me odio por haber creído lo contrario.



El autobús frena con un chirrido largo y áspero, y me levanto del asiento con un suspiro cansado.

El aire caliente dentro del vehículo choca con el viento helado que entra en cuanto se abren las puertas, y un escalofrío me recorre entera. Ajusto la mochila sobre un hombro antes de bajar.

Después salto desde el último escalón del autobús directo al bordillo, notando cómo el hielo cruje bajo las suelas de mis zapatillas.

El conductor me saluda con un pequeño gesto, como todas las noches, y cierra las puertas detrás de mí.

Casualmente, siempre es el mismo hombre de mediana edad quien conduce esta ruta a esta hora.

Cuando el autobús va vacío, suele parar más cerca de la fraternidad para que no tenga que caminar sola tanto rato de madrugada.

Pero hoy no he tenido esa suerte.

La Kappa no está lejos, pero el camino hasta la fraternidad se me hace más largo de lo normal.

Quizá porque mi cabeza sigue atrapada en el Bar 213.

Más concretamente, en la mesa de billar.

En su risa.

En su voz.

"Pobrecita."

"¡Pobrecita, mis cojones!" —grito en mi cabeza. Mierda.

Metidas las manos en los bolsillos del abrigo, los dedos se crispan contra el forro.

El frío debería estar entumeciéndome la cara, pero lo único que siento es el calor de algo ardiendo en mi estómago.

"La empollona seguro que ni tiene culo. Apostaría a que nunca se ha puesto unos vaqueros ajustados en su vida."

Pongo los ojos en blanco para mí misma, irritada solo por seguir pensando en eso.

¡Argh!

Quien haya dicho esa gilipollez seguro que era otro imbécil.

Tengo culo.

Por supuesto que tengo.

No ir por ahí enseñándolo no significa que esté hecha de huesos.

Pero, al parecer, para los tíos que viven en el centro del universo —también conocidos como atletas universitarios—, si no sirves tu cuerpo en bandeja, simplemente no existes.

Mis zapatillas hacen un ruido sordo sobre la acera cubierta de nieve, y tengo cuidado al esquivar los charcos de agua acumulados junto al bordillo.

La nieve ya no está tan fresca como antes.

Durante el día se derritió con el paso de la gente y los coches, solo para congelarse otra vez de noche, formando una mezcla traicionera de agua y hielo fino.

Doy un paso más largo para evitar una poza y sigo por el camino de siempre, preguntándome por qué demonios sigo dándole vueltas a esto.

Tal vez porque casi llegué a pensar que Jordan era diferente.

Qué estupidez.

¿De verdad fui tan ingenua?

El tío me guiña un ojo y, de repente, mi cerebro decide hacer horas extra en el departamento de ilusiones.

Trago saliva y exhalo, viendo mi respiración salir en pequeñas nubes blancas bajo el frío cortante.

Al menos me ha servido para ponerme en mi sitio.

Soy la chica invisible. Nada más.

Saco una mano del bolsillo para ajustar la correa de la mochila en el hombro.

El peso, cargado con todo lo que necesito para sobrevivir, me da una falsa sensación de seguridad.

Hasta que, en un parpadeo, todo cambia.

Una mancha negra pasa a mi lado, rápida, y antes de que mi cerebro pueda procesarlo, siento el tirón.

Fuerte. Rápido.

Mi mochila.

Tardo un segundo más en conectar los puntos. Un segundo largo y paralizante.

Pero cuando la escena encaja, mi cuerpo reacciona antes de que pueda pensar.

—¡Eh! —mi voz corta el silencio de la noche, pero el tipo no se detiene.

Corre.

Con mi dinero.

Con mi seguridad.

Con lo único que garantiza que no tenga que volver al lado de mi vida que enterré.

—¡NO!

Mis pies se mueven antes de que me dé cuenta, resbalando en la mezcla de nieve y agua sucia mientras echo a correr tras él.

Mi corazón late tan fuerte que parece que va a salírseme por la boca.

Esto no puede estar pasando.

Esto no puede estar pasando.

Corro, corro como nunca he corrido, los pulmones ardiendo con el aire helado.

Mi zapatilla se hunde en una poza y el agua helada empapa mi calcetín, pero me da igual.

Solo importa que se está alejando.

Y con él, la mitad de mi futuro.

El pecho se me aprieta de puro pánico.

Si pierdo ese dinero, estoy jodida.

Y no un poco jodida. No del tipo "mierda, tendré que recortar gastos".

Del tipo "adiós universidad, adiós estabilidad, adiós todo por lo que he trabajado hasta ahora".

La vista se me nubla de desesperación cuando intento ir más rápido, pero el tipo lleva ventaja.

Conoce el terreno, se desliza por los callejones mientras yo tropiezo sobre el hielo endurecido y las aceras irregulares.

Las piernas me duelen. El aire me quema.

Pero no puedo parar.

Si paro, lo pierdo todo.

Y no puedo perder esto.

—¡CABRÓN! —grito, la voz quebrada de rabia y desesperación.

Pero no sirve de nada.

La sudadera negra desaparece en la oscuridad de la calle, llevándose mi dinero.

Las piernas me fallan.

El frío me golpea en la cara como una bofetada, pero nada, absolutamente nada, duele más que el vacío aplastante en mi pecho.

La adrenalina todavía me corre por la sangre cuando me derrumbo en mitad de la acera, las rodillas chocando contra el suelo helado.

Esto no puede estar pasando.

Respiro hondo, pero el aire gélido entra en oleadas irregulares, temblorosas. El pecho me sube y baja demasiado rápido.

La mitad del dinero se ha ido.

La mitad de mi tiempo aquí.

El mundo se siente pequeño, estrecho, como si todo a mi alrededor se estuviera cerrando sobre mí.

Y entonces, antes de que consiga levantarme, un coche pasa rozando la calle, demasiado rápido, ignorando por completo el charco que se ha formado junto al bordillo.

Ni siquiera tengo tiempo de reaccionar.

La ola de agua sucia y helada me golpea como una avalancha, empapándome de pies a cabeza.

El impacto del frío me deja sin aire.

Mis dedos aprietan el tejido empapado del abrigo, mi cuerpo tiembla sin control. Pero no es solo el frío.

Es la sensación aplastante de impotencia.

Es el peso de lo que acabo de perder.

Es el hecho de que, después de tanto tiempo luchando por tener un poco de estabilidad, estoy viendo cómo todo se me escapa entre los dedos.

Y entonces, antes de darme cuenta, las lágrimas empiezan a caer.

Pequeñas al principio. Calientes contra mi piel helada.

Luego llegan los sollozos.

Y, de repente, ya no puedo contenerlos.

El llanto me devora entera, sin aviso, sin control.

Me cubro la cara con las manos y me encojo ahí mismo, en mitad de la acera, como una idiota que acaba de perder lo único que realmente importaba.

¿Qué voy a hacer ahora?

El pensamiento me golpea tan fuerte que un sollozo me rasga la garganta.

No tengo un plan B. No puedo tenerlo.

Mi cuerpo tiembla, empapado, perdido.

Todo en mí grita buscando una salida, pero por primera vez en mucho tiempo…

no veo ninguna.

Hasta que escucho el sonido de unos neumáticos.

Y, justo después, una voz:

—¿Maddie?

Mi mente tarda un segundo en procesarlo, pero la reconozco.

Cameron.

Todavía tengo el rostro enterrado entre las manos cuando oigo la puerta del coche y los pasos apresurados acercándose.

—¡Madison!

Antes de que pueda reaccionar, unos brazos cálidos me rodean y un abrigo seco cae sobre mis hombros.

—¿Qué ha pasado? ¡Por Dios, qué te ha pasado!

Mi boca se abre, pero las palabras no salen bien.

—M… mi dinero… un hombre… yo… tengo que irme… otra vez… —mi voz se quiebra.

Cameron se queda inmóvil un segundo, pero enseguida me agarra con firmeza, sin dudar.

—Ven conmigo. Ahora.

Mis pies tropiezan, mi cuerpo entero tiembla mientras me guía hasta el coche.

Cameron abre la puerta, ayudándome a entrar con una paciencia infinita, como si fuera una figura de porcelana a punto de romperse.

Y quizá lo sea.

Todo dentro de mí se está desmoronando.

Poco después está al volante, conduciendo concentrada, sin preguntar nada.

Cam puede no tener un coeficiente de genio, pero es lo bastante lista para saber que no es el momento de decir una sola

palabra.

Prácticamente me arrastra hasta nuestra habitación y, como una niña, me dejo cuidar por la única persona con la que he sentido afinidad desde que me escapé de casa.

—Madre mía, Maddie… estás empapada, tía —murmura mientras me quita el abrigo.

Mi mente está tan nublada que siento como si estuviera observando la escena desde fuera.

Me quita las gafas, pasa las manos por mi cara y me gira de un lado a otro buscando algún golpe.

La típica estudiante de medicina.

—Tengo que quitarte la ropa y meterte bajo una ducha calentita, ¿vale? —dice, y yo asiento, obediente, ayudando a quitar el peso de cada prenda, incluido el jersey rosa té.

Sollozo bajito, con los últimos restos del llanto.

Cuando estoy solo en ropa interior, Cam me envuelve en un albornoz mullido, coge una toalla y me lleva hasta el baño que compartimos con las demás chicas del piso.

—¿Todas están dormidas? —pregunto en un hilo de voz, casi infantil.

Sus ojos almendrados me miran con ternura y preocupación antes de responder:

—La mayoría sí, Maddie. Tranquila. Nadie te va a ver así.

Asiento con un leve movimiento de cabeza.

Luego actúa como una madre, probando la temperatura del agua antes de apartarse para darme privacidad.

Entro en la ducha, dejando que el agua caliente corra por mi pelo y arrastre todo el frío y la desesperación de la última hora.

No sé cuánto tiempo estuve allí, pero Cameron me esperó.

Me ayudó a secar el pelo, luego se tumbó conmigo y me acarició el cabello hasta que me quedé dormida.

—Mañana es un nuevo día, mi querida amiga. Mañana lo solucionaremos todo, ¿vale? —repitió varias veces, haciendo

hincapié en el mañana.

Dejé que el cansancio me venciera; mi cuerpo estaba abatido, física y emocionalmente.

Un apagón completo en mi sistema nervioso.

Esta noche, decidí ser Scarlett O'Hara.



A la mañana siguiente seguía atrapada en el tema de Lo que el viento se llevó, por el simple hecho de que no podía respirar bien.

Tenía la nariz completamente taponada, el pecho me dolía con cada inspiración, y la tos insistente hacía que la garganta me ardiera como si hubiera tragado cristal molido.

Qué mierda.

Parpadeo un par de veces, notando el cuerpo pesado, la cabeza latiendo como si me hubiesen dado un golpe. Intento moverme, pero siento como si me hubiera pasado un camión por encima.

—Cam… —mi voz sale casi como un susurro.

Ni siquiera termino de llamarla y, como una heroína que acude a cualquier señal, Cameron aparece a mi lado a la velocidad de la luz.

—Hola, Maddie… ¿ya te has despertado? —pregunta con voz suave, pero cargada de alivio. Antes de que pueda reaccionar, su mano se posa en mi frente.

Frunzo el ceño, parpadeando varias veces.

—¡Gracias a Dios! ¡La fiebre ha bajado!

¿Eh? ¿Fiebre?

Mi cara debe de reflejar toda mi confusión, porque enseguida continúa:

—Te has puesto muy mala, tía. Te subió tanto la fiebre que estuve a punto de llevarte al hospital. Pero llamé a mi padre y me dijo que te hiciera compresas y me explicó qué medicación darte.

Cam se levanta de golpe y camina hacia la mesita junto a la cama.

Todavía no debe haber ido a clase, porque lleva un sudadera azul marino oversize y un pantalón corto de algodón gris.

Su pelo sigue recogido en un moño deshecho, lo que solo puede significar que pasó la noche cuidando de mí.

Coge un blíster de pastillas, despega una y me la ofrece junto con un vaso de agua.

—Por cierto, toca el antibiótico. Toma.

Parpadeo, aún intentando entender todo.

Mi cabeza va demasiado lenta, como si me hubieran hundido en arenas movedizas.

Pero la mirada firme y decidida de Cameron no me deja opción.

Cojo la pastilla y la trago sin discutir.

—¿Cómo me puse enferma de un día para otro, Cam? —mi voz suena ronca; aprovecho el vaso para beber otro sorbo.

Cameron suelta un suspiro pesado antes de responder:

—Maddie… hace tres días que volviste a casa empapada.

Mi corazón se detiene.

—¿Tres días?

—No despertabas. Te dio un ataque de fiebre. Pero cuando pensé en llevarte al hospital, fue el único momento en el que reaccionaste un poco, pidiéndome por favor que no te llevara.

Mis ojos se agrandan y una alarma roja se enciende en mi cabeza.

—¿Qué… qué fue lo que dije? —pregunto con un hilo de desesperación—. ¿Dije algo más?

Cameron duda.

No me mira de inmediato; mueve la cabeza lentamente, como buscando las palabras adecuadas.

Después de unos segundos, sus ojos finalmente se encuentran con los míos.

—Dijiste que él no puede saber dónde estás. Que no querías volver a estar encerrada. Dijiste que serías una buena chica, que solo querías salir del cuarto…

La garganta se me seca al instante.

Oír esas palabras salir de su boca hace que el estómago se me hunda.

Por un momento, la habitación desaparece a mi alrededor.

Ya no estoy en la Kappa, bajo una manta suave.

Estoy allí otra vez.

En la habitación.

En aquel lugar.

Respiro hondo, forzando el oxígeno a entrar en los pulmones.

Necesito encontrar la mejor mentira.

La ignorancia, en ciertas circunstancias, es el mejor escudo en una batalla.

—¿Alguien más te oyó? —pregunto, intentando mantener la voz firme.

—No. Lauren pidió a Riley que se quedara en su cuarto hasta que te recuperaras, y Ester se fue de viaje con su grupo del bufete donde trabaja. Fue genial, así pude cuidarte sin que nadie oyera nada. —Baja la cabeza—. Sé que no te gusta hablar de tu vida con nadie —añade en voz baja.

Suelto un suspiro de alivio, aunque mi mente sigue en alerta.

—Gracias, Cam. Gracias por cuidar de mí.

Su sonrisa se suaviza.

—Estoy aquí, Maddie. Somos amigas. Si necesitas ayuda…

Desvío la mirada, y Cameron entiende el mensaje antes incluso de que tenga que decir nada.

Se calla al instante.

Pero, en lugar de insistir, simplemente se acerca.

Se sienta a mi lado en la cama y, con delicadeza, me sujeta el rostro entre las manos, obligándome a mirarla.

—No hace falta que me cuentes nada, ¿vale? Solo quiero que sepas que estoy aquí. —Su voz es baja, pero llena de certeza.— Y yo cuido de mis amigas.

Me besa la frente, en un gesto tan natural y protector que me deja completamente desarmada.

Y entonces ocurre.

El pecho se me encoge.

La vista se me nubla.

Las compuertas se abren sin aviso y, antes de que pueda evitarlo, las lágrimas me corren libres por las mejillas.

Cameron no se asusta.

Solo me agarra la mano y espera.

—N-no sé ni por dónde empezar… —susurro, el pecho subiendo y bajando entre sollozos temblorosos.

Porque, de todas las personas del mundo, si hay alguien capaz de enfrentarse a mi padre a mi lado, esa persona es Cameron Ross.

Y por eso respiro hondo y empiezo a contarle toda mi historia.

Creo que pasé prácticamente toda la mañana desahogándome, abriéndome por primera vez con alguien a quien puedo llamar amiga.

Sí, porque Cameron demostró, con toda su fuerza e insistencia, que es mi amiga.

Y mi protectora.

Perdí la cuenta de las veces que se levantó de la cama con los puños cerrados, amenazando con ir a buscar al hombre al que

llamé padre durante años.

Le conté todo.

Desde cómo me trataron después de la muerte de mi madre hasta el momento en que por fin reuní el valor para aceptar la ayuda de la única persona que me tendió la mano.

Ella se quedó atrás.

Un dolor agudo me atraviesa el pecho.

La echo tanto de menos.

Comimos en la habitación.

Después pasamos horas viendo el nuevo dorama del que nos habíamos vuelto adictas: Nuestro Destino.

Cameron se tumbó a mi lado y, como si pudiera protegerme del mundo, me abrazó con fuerza.

Nos quedamos allí, acurrucadas en mi cama, de lado, con los ojos pegados a la pantalla del portátil.

Perdí la cuenta de las veces que suspiramos al ver a Rowoon, con ese tupé perfecto mientras llevaba traje, o con el flequillo cayéndole sobre los ojos en las escenas más casuales.

Al final, Cameron se durmió.

Debía de estar agotada.

Y, si tuviera que apostar, diría que buena parte de ese cansancio fue culpa mía.

Exhalo despacio, ensanchando las fosas nasales, molesta por haberla hecho pasar por todo esto.

Ha cuidado de mí como hacía mucho tiempo que nadie lo hacía.

El pensamiento me envuelve en una mezcla de nostalgia y seguridad.

El pecho me sube y baja con calma, y una melodía olvidada durante años resurge en mi mente como un eco lejano.

Una canción que me hace desear volver a sentirla.

Entonces recuerdo el piano de cola que vi en el estudio el otro día.

El impulso es inmediato.

Con cuidado, retiro el brazo de Cameron de encima y salgo de la habitación, cerrando la puerta con suavidad para no hacer ruido.

Mis pies se deslizan por la moqueta del pasillo mientras me cubro con el manto de invisibilidad que aprendí a usar tan bien.

La casa está en silencio.

Algunas chicas de la Kappa cruzan los pasillos, pero están demasiado metidas en sus propios mundos para reparar en alguien tan insignificante como yo.

Lanzo una oración silenciosa para que nadie haya tenido la misma idea que yo.

Quizá, después de tanta desgracia, el universo haya decidido darme un regalo, ¿eh?

Sí.

La sala está vacía.

Y allí, justo en el centro, descansa mi objeto de deseo.

Suelto un suspiro largo, sintiéndome atraída como un oso al ver una colmena rebosando miel.

Me acerco y me siento en el banco acolchado, deslizando los dedos por la tapa del piano antes de levantarla.

Cierro los ojos un segundo y respiro hondo, sintiendo el perfume hipnótico que desprende la promesa de las teclas bajo mis manos.

Paso los dedos suavemente por cada nota, tanteándolas en orden inverso, como si estuviera reencontrándome con un viejo amigo.

Entonces, presiono la primera tecla.

La.

Todo mi cuerpo se estremece.

Dejo escapar un acorde sencillo, seguido de Fa, Do y otra vez La.

Repito, esta vez con ambas manos.

Y, cuando me doy cuenta, ya estoy completamente perdida.

La melodía de Someone Like You, de Adele, cobra vida, llenando la habitación vacía con su melancolía familiar.

El compás respira, y, aunque tengo la garganta áspera por la tos, mi voz quiere acompañarlo.

Era una locura haber contado mi historia.

Era una locura haber subido hasta aquí.

Era una locura estar tocando este piano.

Así que… que le jodan.

Sería una loca y volvería a cantar.

Hacía tanto tiempo que no me permitía ese placer que, por un instante, me sorprende el sonido de mi propia voz.

No porque esté débil.

Sino porque la última vez que canté, aún era una niña.

Cierro los ojos y mis dedos se mueven por instinto sobre las teclas, sin dudar.

No tengo ni idea del alcance de mi voz ahora, pero cuando llego a la nota más alta, un escalofrío me recorre de pies a cabeza.

No es solo la fuerza de la nota.

Es que el sonido que llena la sala se parece aterradoramente al de ella.

Al de la voz de mi madre.

Una lágrima solitaria me resbala por la mejilla, ardiendo mientras traza su camino hasta mi barbilla.

Mi piel está demasiado sensible.

Quizá la fiebre ha vuelto.

—Qué cosa más bonita… —una voz suena a mi lado, y pego un salto en el banco, aunque sigo sentada.

—¡Joder! —murmuro, con el corazón desbocado al darme cuenta de que me ha pillado Riley, la presidenta de la Kappa.

Me observa con curiosidad, los brazos cruzados sobre la blusa de manga larga que lleva puesta, con un brillo divertido en los ojos.

—¿Cómo es que nunca dijiste que cantabas así, Maddie?

—Y-yo… yo… —mi boca se abre, pero las palabras no salen.

Antes de que consiga inventar una excusa, otra figura aparece en la puerta.

—¡Por fin te encuentro, loca! —Cameron vuela hacia mí, echándose el pelo hacia atrás mientras se acerca.— Tienes que tomarte el medicamento para la fiebre, y…

Se detiene de golpe al ver mi expresión asustada.

Sus ojos pasan de mí a Riley, estrechándose con desconfianza.

—¿Le has hecho algo? —Cam se adelanta, poniéndose entre nosotras como si estuviera lista para defenderme.

Riley arquea una ceja, claramente sorprendida por la reacción. Luego inclina la cadera hacia un lado y apoya una mano en la cintura, con una postura llena de ofensa.

—¿Qué coño podría hacerle, Cam? ¿Te has vuelto loca?

—No ha hecho nada —murmuro, tirando de la manga del suéter de Cameron para apartarla—. Está bien.

Riley levanta las cejas hacia Cameron, como diciendo ¿Ves?, antes de volver a mirarme.

—Solo me sorprendió escuchar a alguien tocar el piano y después cantar como si fuera una versión de Adele.

—¿Perdón? —Cameron frunce el ceño y niega con la cabeza —. Vale, la que se ha vuelto loca eres tú. Maddie no canta. Y si lo hiciera, no podría, porque está ronca.

—Creo que la ronquera le dio hasta un toque más emocional a la canción… —comenta Riley, mirando al techo, como si recordara la melodía.

Cameron pestañea un par de veces y luego se gira hacia mí, desconfiada.

—No, no, no, no, no. Tú no cantas… —titubea, antes de clavarme los ojos—. ¿Verdad? ¿Cantas?

Me muerdo el labio, evitando su mirada.

—Hace mucho que no…, pero… mi madre cantaba… —susurro, con la voz casi apagada.

No pasa ni medio segundo antes de que Cameron me abrace con fuerza.

—Ay, Maddie… lo siento tanto. —Su voz está cargada de ternura—. La echabas de menos, ¿verdad?

Poderes de superheroína de Cameron Ross: velocidad, escudo y la habilidad de leer la mente.

Sollozo bajito, hundiendo el rostro en el hueco de su cuello.

Un rato después, me aparto, limpiándome la cara con las mangas del suéter y girándome hacia Riley.

—Por favor… no se lo digas a nadie.

Durante un instante veo la duda cruzar su rostro, hasta que algo parecido a la empatía aparece en sus ojos.

—Si no quieres que te descubran, tranquila, cielo. Lo que pasa en la Kappa… se queda en la Kappa.

Su tono es divertido, pero sincero.

Le sonrío y asiento en agradecimiento.

Pero, claro, Cameron no iba a dejarlo pasar.

—¡Pero si te ha escuchado cantar, yo también quiero! —salta Cam, entusiasmada—. Riley decretará que tu voz es secreto de Estado y nadie dirá nada en el campus, pero podrías arrullarme un poco, amiga. ¿Ya te dije lo mucho que me gusta que me canten para dormir?

—Tonta… —murmuro, negando con la cabeza.

—Ha estado increíble, ¿eh? —añade Riley, con una sonrisa genuina.

—¿Quién ha estado increíble? —pregunta Paige, apareciendo en el marco de la puerta con un portátil abrazado contra el pecho.

—Maddie ha estado increíble enseñándome un poco de piano —improvisa Cameron antes de que yo pueda responder—. ¿Quieres aprender? Podría dar clases a algunas Kappas que creen que saben tocar…

—Ah… —murmura Paige, recolocando el peso del portátil—. No me malinterpretes, pero a mí eso de tocar no me va. Solo bailar.

Lo que todas sabemos. Es imposible ser patinadora artística y no amar la danza.

—¿Y qué haces otra vez con ese portátil en la mano, Paige? ¿Se te ha roto la tecla de retroceso? —bromea Riley, cruzándose de brazos.

—¡Solo la rompí aquella vez porque tuve que borrar una página entera del trabajo!

—Si hubieras seleccionado el texto y pulsado una sola vez, no la habrías roto…

—Uf, deja de hablar así, ¿vale? Pero bueno… ahora no es la tecla de retroceso. —Suelta un suspiro dramático—. Creo que he hecho clic en uno de esos virus y he perdido todo el archivo del trabajo que tengo que entregar mañana.

—Déjame ver, Paige. —Le hago un gesto para que me pase el portátil.

Ella duda, intercambia una mirada con Riley, que se encoge de hombros antes de entregármelo.

Bajo la tapa del piano y coloco el portátil encima.

Mis dedos se mueven rápido por el teclado mientras ejecuto unos comandos básicos para recuperar archivos.

En menos de dos minutos elimino el virus y restauro el documento en la pantalla.

Paige parpadea, sorprendida.

—¡Guau! Controlas un montón de esto, ¿eh? Juraba que lo de "chica nerd" era solo fachada, ya que estudias música.

Sonrío con discreción.

—Tengo talento.

—Y mucho —añade Riley, arqueando las cejas con una insinuación que no habla solo de ordenadores.

—¿Cuánto te debo, Maddie?

—¿Eh?

—Te quiere pagar, amiga —aclara Cameron.

—Ah… no hace falta. Fue fácil.

—¿Tú crees? —Paige frunce el ceño—. Yo suelo pagar cincuenta pavos cada vez que la cago. Y el idiota de Raúl tardaría una eternidad en devolverme el portátil.

—No voy a cobrar nada… —digo, intentando quitarle importancia.

—Aún —añade Cam, lanzándome una mirada significativa.

La miro de vuelta.

—Tía, podrías echar una mano aquí y allá y recuperar el dinero que perdiste, ¿no?

El peso de sus palabras me golpea de una forma distinta.

Cameron no se equivoca.

Quizá ha llegado el momento de volver a jugar el juego del que llevo años huyendo.

Pasé años escapando de esa parte de mí.

Enterré mis habilidades junto con mi pasado, intentando construir algo nuevo, algo lejos de lo que me obligaron a ser.

Pero la realidad es implacable.

El dinero se ha ido.

La estabilidad por la que tanto he luchado pende de un hilo.

Y, por más que quiera negarlo, la verdad está ahí, delante de mí, brutal y clara: la única persona que puede salvarme soy yo misma.

Tal vez no tenga que sumergirme del todo en el mundo que juré dejar atrás.

Tal vez, solo tal vez, unos pequeños encargos no sean tan peligrosos.

Solo lo suficiente para mantenerme en pie.

Solo lo suficiente para asegurarme de que, la próxima vez que tenga que huir… no sea sin un plan.



No sé qué es peor: lo lejos que he aparcado o el hecho de ir cargando cuatro malditos pares de patines como si fuera un repartidor.

El centro de *Ann Arbor* está tan lleno de gente como siempre, y esquivo a unas cuantas personas en la acera mientras reajusto el peso de los patines en los brazos. El viento helado de enero me corta la cara y cada paso me hace replantearme las decisiones de mi vida.

—¿Por qué coño acepté traer los patines de estos idiotas? —murmuro para mí mismo.

Ah, ya… porque soy un imbécil de buen corazón.

Normalmente solo traería los míos. Pero no. Esta semana, los tres han decidido que también necesitaban afilar las cuchillas. Así que aquí estoy, cargando el equivalente a un desguace de hierro a la espalda hasta la Edge & Steel Hockey Shop.

La tienda está en el centro de *Ann Arbor*, a unas manzanas de Main Street, escondida entre una cafetería hipster y una tienda de música. El rótulo está algo desgastado por el tiempo, pero el nombre Edge & Steel aún brilla en letras metálicas en el escaparate.

Dentro, el olor familiar a grasa, cuero y hielo derretido me golpea como un abrazo bienvenido. El zumbido metálico de la máquina de afilado llena el ambiente, y fotos antiguas de jugadores universitarios y de la NHL decoran las paredes. Algunas firmadas.

Algunas amarillentas. Todas contando la historia del hockey de la ciudad.

Y, en medio de todo ese escenario de nostalgia y olor a café frío, está él.

Mike "Grizzly" Lawson.

El hombre. El mito. La leyenda. Y la persona más gruñona que conozco.

—Si llego a saber que ibas a traer la tienda entera, te habría cobrado gastos de envío —gruñe Grizzly sin ni siquiera mirarme, ya apilando unas cuchillas recién afiladas en el mostrador.

Dejo los patines sobre la encimera con un suspiro dramático.

—Mira, si quieres envío gratis, puedo cargarte a ti también, viejo.

Por fin me mira, la barba gris cubriéndole media expresión de puro cachondeo.

—Graciosillo. Pero apuesto a que toda esa velocidad tuya no sirve de nada cuando tienes que cargar peso de verdad, ¿eh, chaval?

—Grizzly, soy el tío más rápido de la NCAA. Pero hasta un Ferrari se vuelve lento cuando lleva tres camiones de hormigón encima.

Deja escapar una risa baja y empieza a revisar los patines. Grizzly puede ser un gruñón profesional, pero es el mejor afilando. Y yo necesito ser rápido.

A diferencia de mis amigos, que hacen esto cada dos o tres semanas, yo tengo que mantener el hollow de las cuchillas cada semana. La precisión del hollow de 3/8" marca la diferencia en mi velocidad y estabilidad sobre el hielo.

Grizzly ya lo sabe. Como también sabe que los otros tres no tienen las mismas "manías".

Separa los patines sin ni preguntar y empieza a analizar cada par.

—Los tuyos primero, como siempre. 3/8" estándar.

Coge luego los patines de Sebastian.

—¿Maxwell no va a cambiar esta mierda nunca?

—Si hay algo que Seb no hace es cambiar de opinión. 1/2" y equilibrio por encima de todo.

Grizzly masculla un «lo que tú digas» y agarra los de Austin.

—Prince, el indeciso… ¿sigue en 7/16"?

—¿Tú crees que ese tío toma una decisión tan rápido?

—Más bien nunca.

La última caja ni siquiera necesita preguntarla.

—Y los de Sanders… ah, estos sí que me dan trabajo. El peso de ese cabrón exige un corte más profundo. 5/8" para mantener las cuchillas en su sitio y que no haya riesgo de que se astillen con el impacto.

Cruzo los brazos y niego con la cabeza.

—Kyle debería pagarte el doble por eso. El tío exige trabajo extra solo por existir.

—Cóbale tú luego. Yo solo toco el hielo, no el bolsillo de los capullos de tu equipo.

Suelto una risa y me apoyo en el mostrador mientras Grizzly empieza a trabajar. El sonido de la máquina zumbando llena el silencio cómodo de la tienda, hasta que habla sin apartar los ojos de lo que está haciendo.

—Buen partido el viernes.

Alzo una ceja, sorprendido.

—¿Lo viste?

Rueda los ojos.

—Obvio que lo vi, chaval. Soy aficionado de los Wolverines, ¿no? El equipo jugó bien. Maxwell sostuvo la defensa, Prince marcó un gol bonito y Sanders metió un hit tan fuerte que hasta yo lo sentí desde aquí.

Sonrío.

—¿Y yo?

—¿Tú? —Hace una pausa antes de resoplar—. Dos goles, tres asistencias. No hiciste más que tu obligación.

Suelto una risita corta.

—Podías fingir que te has quedado impresionado, Grizzly.

—Me impresiona la gente que paga los servicios al día. Ya iba a preguntarte: ¿dónde está el dinero de Sanders?

Me encojo de hombros.

—Dile que te pague en el próximo partido. Si intento cobrarle yo, Kyle me va a meter un abrazo de oso y decir que me quiere. ¿Has visto a ese tío borracho? Da miedo.

Grizzly ríe, un sonido grave y raro.

—Lo tendré listo en una hora y media.

Asiento, metiendo las manos en los bolsillos del abrigo.

—Perfecto. Daré una vuelta mientras tanto.

—O te vas a la sala esa a jugar a uno de esos juegos de frikis —me mira de reojo, con media sonrisa.

—Respétame un poco, viejo. Eso se llama estrategia de guerra.

Bufa y vuelve al trabajo.

Salgo de la tienda con una sonrisilla presuntuosa.

Camino por el centro de *Ann Arbor*, esquivando los charcos formados por la nieve derretida, mientras paso frente a escaparates con los últimos restos de las rebajas de después de Navidad. Algunos letreros parpadean con descuentos exagerados, prometiendo precios que claramente nunca han existido.

En una de las tiendas de decoración, una pieza dorada llama mi atención.

Una miniatura de corona reposa sobre un expositor de terciopelo rojo, estratégicamente colocada junto a una colección de copas de cristal y candelabros antiguos.

Es automático. Mi mente vuela directa hacia *GhostQueen*.

Hace unos días que no aparece en el juego. Desde nuestro último enfrentamiento, se echó atrás y dejó todo parado.

Esto no tiene sentido. Ella nunca se retira sin un plan.

Después de mi último avance, cuando destruí su depósito principal y ejecuté a su general, reaccionó con la misma intensidad, atacando mi retaguardia y eliminando tres de mis grupos de arqueros. Me jodió bastante, lo suficiente como para ponerme de mala hostia.

Pero yo tampoco me quedé quieto. Reorganicé las tropas y avancé otra vez. Forzarla a retroceder hasta las montañas parecía el golpe final.

Solo que, en lugar de luchar o contraatacar… desapareció.

Y ahora su territorio está estático. Sin movimiento. Sin provocación en el chat. Sin gracia.

Probablemente activó el modo suspendido para impedir invasiones mientras está offline.

Cobarde.

La mitad de la gracia de esta guerra era tenerla al otro lado, mordiendo mi anzuelo y haciéndome perder la paciencia. La echaba de menos.

Cuando me doy cuenta, ya estoy en la puerta del The Grid Gaming Lounge, la sala de juegos a unas manzanas de la Edge & Steel. Las luces LED azules parpadean sobre la entrada de cristal, reflejándose en las aceras mojadas. El ruido de teclados y voces cabreadas llena el ambiente en cuanto empujo la puerta.

El sitio está como siempre: ordenadores potentes, sillas reventadas de tanto uso y una aura cargada de cafeína y competición. Algunos tíos están agrupados en una esquina, jugando al Counter-Strike, mientras otros parecen absorbidos en partidas de Call of Duty.

Pero algo me llama la atención enseguida.

El que está en el mostrador no es Nick.

Detrás del mostrador, donde normalmente estaría el dueño, veo a un chaval nuevo, probablemente de unos dieciséis años, con el pelo rizado y despeinado y unos cascos colgando del cuello. Parece ocupado tecleando rápido, con los ojos pegados a una pantalla grande detrás de él.

Me acerco, golpeando con los nudillos en el mostrador.

—Qué pasa, tío. ¿Dónde está Nick?

El chaval ni se mueve. Solo levanta la mano y señala un cartelito en la caja que pone «Vuelvo en 15 minutos».

Alzo una ceja.

—¿Así que el que manda eres tú?

—¿Técnicamente? —sigue mirando la pantalla, pero responde sin dudar—. Sí. En la práctica… solo necesitaba un PC para jugar.

Cruzo los brazos, observando la pantalla donde está clicando. Parece una interfaz de gestión de los ordenadores de la sala.

—Vale, entonces, jefe. ¿Qué zona está más vacía hoy?

Por fin aparta los ojos del monitor y me mira con desinterés.

—Depende de a qué vayas a jugar. ¿FPS o estrategia?

Alzo una ceja.

—Estrategia.

Chasquea la lengua y señala con la cabeza hacia uno de los lados de la sala.

—Tercera fila a la derecha. La gente de Crusader Kings III y Civilization suele ponerse allí.

Se me iluminan un poco los ojos.

—¿Los separas por género de juego?

—Claro. No hay nada peor que estar en medio de una campaña histórica y tener a un montón de tíos gritando porque les han volado la cabeza en el Call of Duty.

Tiene sentido. Esbozo una media sonrisa, girándome para seguir el camino que me ha indicado, pero me detengo a mitad de movimiento.

Vuelvo a mirar su pantalla, curioso.

Porque hay algo familiar ahí.

Algo que me hace inclinar la cabeza y entornar los ojos.

En un lateral del monitor, hay un mapa de juego minimizado. Ese estilo medieval inconfundible.

Y un nombre pequeño, en la esquina de la pantalla, brilla en letras claras.

***IronClaw*.**

Sonrío.

—Así que juegas al CKIII, ¿eh?

El chaval, que hasta entonces parecía completamente indiferente a mi presencia, por fin me presta atención de verdad.

Inclina la cabeza y frunce el ceño.

—¿Conoces este juego?

Apoyo los codos en el mostrador, ya divirtiéndome con la situación.

—Lo conozco. Un poco.

Cruza los brazos.

—Ajá… ¿Y juegas bien o eres otro de esos que se dedica a acumular recursos sin saber qué hacer con ellos?

—Creo que juego lo bastante bien.

—¿Nombre en el juego?

Levanto una ceja, dejando el suspense en el aire un segundo antes de soltar:

—*IceWarrior*.

El chaval se queda congelado.

Y luego abre mucho los ojos.

—No jodas.

Sonrío de lado.

—Compruébalo.

Minimiza la pantalla a toda prisa, abre un panel de jugadores y busca mi perfil en el CKIII. En cuanto ve el historial de mis conquistas, deja escapar un silbido bajo.

—Joder. ¿Eres de verdad *IceWarrior*?

Me encojo de hombros, modesto.

—El mismo.

Niega con la cabeza, riéndose.

—Eres un cabrón en el juego, ¿lo sabías?

—Me lo han dicho alguna vez.

—Te cargaste un reino entero la última temporada. Tu ejército simplemente se lo comió todo.

—Es parte del trabajo.

Ahora me mira con un respeto genuino.

—Si mi build no fuera de expansión lenta, intentaría tirarte del trono.

Sonrío de lado.

—Sería un error, chaval.

Se ríe y vuelve a teclear algo en el sistema, mientras yo voy hacia mi estación. En cuanto abro el Crusader Kings III, mi mapa de territorio brilla en la pantalla, dominando casi toda la región.

Pero *GhostQueen* sigue ahí.

Quietecita. Sin movimiento.

Eso me incomoda.

Ya le he mandado más mensajes a esa maldita que a cualquier otra tía que me haya dejado en visto en la vida. Lo cual, seamos sinceros, no pasa nunca.

Y aun sabiendo que probablemente me va a ignorar otra vez, no puedo resistirme.

Mis dedos se deslizan por el teclado y tecleo con una sonrisa presuntuosa en los labios:

> ***IceWarrior*: Llevo días sin verte rendirte debajo de mí. ¿Te has cansado de luchar o solo estás esperando que vaya a buscarte como una perrita? Porque tengo una correa preciosa para ponerte en el cuello.**

Luego me replanteo la posibilidad de estar hablando de verdad con alguien a quien le va el sexo hardcore.

> ***IceWarrior*:**
> **Solo por curiosidad… ¿te va ese rollo? Si te apetece verme fuera del juego, puedo llevar esposas.**

Casi pulso la tecla de "enter". Casi. Pero corro a borrar palabra por palabra. Me estaba volviendo completamente loco. Invitar así a una tía a salir puede ser una sentencia de muerte. Más aún a alguien de quien ni siquiera sé cómo es en realidad.

Joder. Me han dado demasiados golpes en la cabeza en el último partido, fijo.

Sin embargo, me quedo ahí, con los ojos fijos en el mensaje enviado. Solo dándole vueltas a lo de la correa.

Espero.

Nada.

La pantalla sigue intacta, como si ni siquiera lo hubiera leído.

Suelto un gruñido irritado.

Llevo casi media hora jugando cuando un nuevo avatar entra en el mapa, apareciendo en el extremo de mi territorio. Miro el nombre.

IronClaw.

Sonrío.

Miro de reojo hacia el mostrador y veo al chaval tecleando rápido, con los ojos analizando la partida como un pequeño estratega psicópata.

Alzo una ceja.

Interesante.

Si mi reina ha decidido seguir en su sueño profundo, que así sea.

Mientras no despierte… voy a divertirme con mi nuevo guerrero.



Hay dos portátiles abiertos delante de mí, sobre la mesa de estudio de la habitación. Uno es de Ester, que estudia Derecho prejurídico, la clásica carrera para desesperados que todavía no han decidido si quieren vivir de juicios o de café fuerte. El otro es de una de las Kappas, cuyo nombre aún no me he aprendido, pero que, por lo visto, tiene un talento especial para instalar todos los antivirus habidos y por haber a la vez, como si eso fuera a impedir que pillara un virus por andar pinchando en enlaces dudosos.

Respiro hondo, masajeándome las sienes.

Seguro que, si le dijera que eso hace que el ordenador colapse y empiece una guerra interna, me miraría con la misma cara de confusión que alguien intentando resolver un problema de mates sin calculadora.

Si esto hubiera sido hace unas semanas, habría rechazado cualquier petición de ayuda con ordenadores. Pero después de pasar tres días tirada con fiebre y perder mi turno, temporalmente, en el Bar 213, tuve que encontrar otra forma de ganar dinero.

Así fue como acabé rodeada de siete portátiles sobre mi cama, todos listos para ser devueltos.

Y, al final, no fue tan terrible como esperaba.

Significaba que no tenía que ir al Bar 213.

No tenía que revivir la sensación desagradable de aquella noche.

Esa vergüenza estúpida.

Esa sensación de ser un cero a la izquierda.

La mirada desinteresada de Jordan Miller.

No hizo falta que me insultara directamente. El «pobrecita» fue suficiente.

El tono automático, el desprecio sin ni siquiera darse cuenta de que yo estaba allí. Como si fuera tan insignificante que mi presencia ni siquiera registrara.

Confieso que me sentí vencedora cuando pasé al lado de Jordan Miller el otro día en el campus y simplemente le ignoré.

No me paré.

No me quedé esperando una sonrisa que, por lo visto, le regala a cualquiera.

¿Y adivina? Sobreviví.

Que le jodan.

No quería sentirme menos por usar la ropa como un escudo. Era necesario.

¿Quién mira dos veces a la chica de gafas y sudaderas anchas, eh?

Analizando la logística comportamental del ser humano: nadie.

Los secretos sobreviven en el anonimato.

Por suerte, la fraternidad Kappa era más experta en eso de lo que imaginaba. Al final descubrí que no era la única que escondía algo.

Mi talento como cantante se convirtió solo en uno más de los muchos secretos enterrados entre las paredes de aquella casa. Y, teniendo en cuenta que una de las chicas era sugar baby de un ejecutivo de mediana edad mientras salía en público con el jugador de fútbol americano más popular, mi don parecía bastante inofensivo.

Sin embargo, Riley no dudó en invocar el Código de las Kappas. Cuando la presidenta decretaba que algo se quedaba ahí dentro, nadie lo desobedecía.

Así que yo seguiría siendo invisible. Al fin y al cabo, salir cantando por ahí era como devolverle la Capa a Harry Potter y pasearse delante de los Mortífagos.

El sonido de una notificación en el móvil me saca de mis pensamientos.

Mi atención se va enseguida a la pantalla.

Crusader Kings III.

El corazón se me acelera un poquito.

Mi guerrero de hielo.

IceWarrior.

Debería ignorarlo.

Debería simplemente cerrar la notificación y seguir con mi vida.

Pero entonces mis ojos se deslizan por la pantalla y captan su último mensaje.

***IceWarrior*:**
Llevo días sin verte rendirte debajo de mí. ¿Te has cansado de luchar o solo estás esperando que vaya a buscarte como una perrita? Porque tengo una correa preciosa para ponerte en el cuello.

Mi cerebro necesita un segundo entero para procesar eso.

Y entonces se me sube la sangre a la cabeza.

Voy a matar a este capullo.

O besarlo.

O las dos cosas.

Y esa es la parte que más me irrita.

¿Qué clase de imbécil provocador escribe algo así?

Y, lo peor de todo…

¿Qué clase de idiota completa —yo, en este caso— tiene ganas de besar a alguien que nunca ha visto?

La confusión me golpea con fuerza.

Porque eso es lo que él es para mí: un personaje.

Alguien que existe solo dentro de las fronteras digitales del juego, como si fuera un villano sarcástico de una novela que no debería gustarme, pero por el que acabo sufriendo de una forma absurda.

Y la verdad es que que él me provoque y provocarle yo de vuelta en lo virtual parece tan seguro como enamorarse del bad boy ficticio de cualquier libro.

Nada de esto es real.

Pero, aun así…

Lo echaba de menos.

Estoy distraída cuando oigo que la puerta se abre de repente.

—Maddie, te juro que iba a devolvértelo antes de necesitarlo, pero… —Cameron entra en la habitación, sujetando el

pendrive que le presté la semana pasada, pero la frase muere cuando el móvil vibra en su otra mano y se lo lleva rápido a la oreja —. ¿Mamá? ¡Hola! Mamá, ya lo sé, pero… ¿y papá? ¿Está bien? — Camina de un lado a otro, apretando el teléfono con fuerza.

Mi atención, que antes estaba totalmente centrada en el portátil de Ester, ahora se dirige a ella.

¿Ha pasado algo con su padre?

Cierro el ordenador despacio, pendiente de la conversación.

Cameron hace algunas preguntas más, con la voz oscilando entre la preocupación y la urgencia.

—¿Cuántas personas se han visto afectadas?

—¿Han conseguido trasladar ya a alguien?

—¿La UCI por lo menos está funcionando?

¿UCI? ¿Traslado de pacientes?

Mi mente da un salto lógico inmediato: un accidente.

Tal vez uno grande, con varias víctimas siendo llevadas al hospital. O, peor aún, que su propio padre se haya visto envuelto de alguna forma.

Cameron nunca se pone nerviosa así.

Me levanto despacio, intentando captar cada trozo de la conversación.

Si ha habido un accidente lo bastante grave como para saturar el hospital, puede que hayan llevado demasiados pacientes allí.

Y eso no sería un problema si el hospital no fuera…

Joder.

Si el hospital no estuviera prácticamente controlado por su familia.

El padre de Cameron es un cirujano plástico de renombre, además de director del hospital. Si algo ha comprometido el funcionamiento del lugar, él está en medio del problema.

Pero entonces, por fin cuelga el teléfono.

Suelta un suspiro pesado y se aprieta el puente de la nariz, como si intentara evitar un dolor de cabeza.

—¿Cam? —mi voz sale más cuidadosa de lo normal—. ¿Qué ha pasado? ¿Tu padre está bien?

Parpadea, como si se acordara de que yo estaba en la habitación.

—¿Qué? Ah, sí. Él está bien —niega con la cabeza, todavía aturdida—. Pero todo el hospital es un caos.

—¿Por qué?

Suelta otro suspiro.

—Han metido un virus en el sistema.

Entorno los ojos.

—¿Cómo que «han metido un virus»?

—Un hacker —se pasa la mano por la cara, la preocupación volviendo con toda la fuerza—. Han tirado abajo el sistema de todo el hospital.

Se me revuelve el estómago.

—¿Y eso significa…?

—¡Significa que nada está funcionando bien! —Cameron por fin se sienta al borde de mi cama, con los hombros tensos—. Se ha caído la luz, los generadores no aguantan mantener todo activo y… Maddie, hay gente en la UCI que necesita las máquinas para sobrevivir.

El corazón se me dispara.

Esto no es solo un virus cualquiera.

Esto es un ataque.

Y si alguien es lo bastante bueno como para entrar en el sistema de un hospital y paralizarlo todo, también es lo bastante bueno como para mantenerlo bloqueado.

A no ser que alguien aún mejor tumbe el bloqueo.

Y sé exactamente quién podría hacerlo.

Mierda, mierda, mierda.

Yo.

Como si leyera mis pensamientos, Cameron me mira, con los ojos cargados de una petición muda de ayuda.

Respiro hondo, empujo la silla hacia atrás y voy hasta mi cama. Me calzo las zapatillas rápido, cojo mi mochila y me vuelvo hacia ella.

—Estoy lista, amiga. Vamos. Quiero ayudar.

Cameron no duda. Suelta un suspiro de alivio y me agarra de la muñeca, prácticamente arrastrándome fuera de la habitación.

—¡Maddie, te quiero! ¡Eres un ángel de la tecnología y no voy a volver a hablar mal de tu sudadera nunca más!

—¿Hablas mal de mi sudadera? —alzo una ceja mientras bajamos a toda prisa las escaleras de la Kappa.

—¡Eso ahora no viene al caso! —ignora la acusación, empujándome ya dentro del coche.

Media hora después llegamos al hospital y vemos el caos adueñarse del lugar.

Hay gente corriendo de un lado a otro.

Pacientes siendo trasladados en camillas.

La iluminación de emergencia mantiene el sitio funcional, pero la desesperación en las caras de enfermeras y médicos lo dice todo.

—¡Están llevando a los pacientes al St. Joseph Mercy! —oímos decir a una trabajadora mientras ayuda a estabilizar a una mujer mayor en una camilla.

—La UCI sigue sin energía suficiente para todos los aparatos. Algunos ya los han movido, pero los otros…

—Joder, esto no puede estar pasando —murmura Cameron a mi lado, mirando la escena.

Mi mirada recorre el hospital, absorbiendo la situación antes de tomar una decisión.

—Necesito acceder al servidor principal —digo—. Si el ataque ha ido directo a la red, tengo que estar allí para restaurar el sistema.

—El centro de TI está en la tercera planta —avisa Cameron —. Vamos.

Antes de que podamos dar un paso más, una voz firme nos interrumpe:

—¡Cameron!

Un hombre alto, de porte atlético, piel negra y la cabeza rapada camina hacia nosotras con unos ojos tan intensos como los de su hija.

El doctor Daniel Ross.

Intenta aparentar calma, pero el nerviosismo es evidente en la tensión de sus hombros.

—¡Papá! —Cameron corre hacia él—. ¿Cómo está la situación? ¿Han conseguido estabilizar la UCI?

—Todavía no. Los generadores no consiguen mantenerlo todo —suspira hondo antes de mirarme—. Y tú eres…?

—Madison Turner —digo rápido—. Puedo ayudar.

Parpadea, sorprendido, pero Cameron se adelanta.

—Es una genia de la informática, papá. Si alguien puede arreglar esta mierda, es Maddie.

El doctor Ross me analiza un segundo y luego asiente, decidido.

—El departamento de TI es un caos. Os voy a llevar.

La sala de TI es una mezcla de calor, tensión y desesperación.

Los trabajadores del hospital están reunidos alrededor de los monitores, intentando entender el alcance del destrozo.

Las pantallas parpadean con mensajes de error, ventanas de código corriendo sin control.

Alguien suelta un taco mientras otro empleado se inclina sobre un teclado, intentando algo desesperado.

—Eso no va a funcionar —digo, llamando la atención hacia mí—. El virus está ejecutando un bloqueo total del sistema. Tenéis que aislar el servidor infectado antes de intentar nada.

—¿Y cómo sugieres que hagamos eso? —un hombre de bata me mira, escéptico.

Respiro hondo, me quito la mochila del hombro y abro la cremallera rápido.

—Primero necesito acceder a los logs del sistema e identificar de dónde ha venido la brecha. En cuanto encuentre el origen del ataque, podré limpiar el código corrupto.

—¿Y cuánto tiempo te va a llevar eso? —pregunta Cameron, con los brazos cruzados.

—Depende del nivel de protección que haya puesto el hacker —mi mirada recorre las pantallas—. Si es un bloqueo normal, puedo resolverlo en menos de una hora. Si es algo más elaborado… puede llevar más.

—¿Más cuánto?

—Hora y media. Como mucho.

—Pues manos a la obra —ordena el doctor Ross—. Haced lo que haga falta.

A estas alturas ya estoy sentada frente al terminal principal del hospital, con los dedos volando sobre el teclado.

Mis ojos analizan el código corriendo en la pantalla, identificando los patrones anómalos.

Los sonidos de alrededor desaparecen. Mi mundo ahora se reduce a números, scripts y claves de seguridad.

Y entonces lo noto.

Alguien me está observando.

Levanto la cabeza solo un segundo y me encuentro con un hombre de traje.

Está hablando en voz baja con el doctor Ross, pero no me quita los ojos de encima.

Pelo rubio oscuro, ojos grises y una postura seria.

Algo en la forma en que me observa me incomoda, como si me estuviera evaluando.

No me gusta.

Pero entonces Cameron se acerca y me pone la mano en el hombro, como si fuera una barrera invisible entre nosotros.

El pecho se me relaja. Luego me concentro en teclear los códigos necesarios para abrir todas las puertas por donde la cascada

de virus ha podido entrar. Solo desde ahí podré empezar a eliminarlos y cerrarlas una a una.

Cincuenta y siete minutos después, el sistema está restaurado.

Además, he implantado una nueva capa de seguridad que solo podría ser tumbada por un ataque masivo.

Estiro los brazos por encima de la cabeza, me alargo y luego muevo el cuello, oyendo el crujido habitual de las vértebras.

Cuando entré aquí, la gente fue saliendo poco a poco hasta no quedar nadie aparte de Cam y yo. Ella ha salido a comprar la Coca-Cola que le pedí. Por eso la sala ahora está en silencio, el brillo de los monitores iluminando el espacio, y por fin me permito respirar.

—Realmente sabes lo que haces.

Doy un respingo en la silla, con el corazón casi saliéndoseme por la boca.

La voz masculina resuena detrás de mí, grave, tranquila… y completamente inesperada.

—¿Q-qué? ¿Quién eres?

Está apoyado en la puerta, observándome con una media sonrisa discreta.

—Soy amigo de Daniel.

Frunzo el ceño.

—Ajá… sí. La verdad es que sí parecía necesitar un amigo cuando he llegado.

—Sí. Pero yo solo he venido a contener los daños. Tú, en cambio… has eliminado al enemigo.

—¿Daños?

—Recogiendo pruebas suficientes para posibles acciones judiciales. No hemos tenido víctimas mortales, pero seguro que este apagón va a generar unas cuantas indemnizaciones generosas.

Cruzo los brazos, aún intentando entender quién demonios es este tío y por qué está aquí hablándome.

—¿Eres abogado?

Asiente con un único movimiento de cabeza.

—Y tú, por lo que parece, eres una genia cursando alguna carrera que tenga que ver con ordenadores… —gesticula en el aire, como si intentara adivinar.

—No, no… solo soy una estudiante del grado de Música.

La respuesta sale rápida, natural, porque, técnicamente, no es mentira.

Pero él no parece convencido.

—Pero tú… —señala los monitores frente a mí.

—Es solo un hobby —chasqueo la lengua, como si no fuera nada del otro mundo. Me aparto un mechón de pelo detrás de la oreja, deseando que Cameron vuelva ya para sacarme de este marrón.

—¿Un hobby…? —repite, arqueando una ceja.

Asiento rápido. Demasiado rápido.

—Te llamas Madison, ¿verdad?

—Ajá…

—¿Y qué te parece, Madison, practicar ese… hobby… tuyo de una forma más rentable?

La espalda se me pone rígida.

—No soy una criminal —las palabras salen afiladas, automáticas, como un reflejo.

—No hago nada ilegal, querida —sonríe de lado—. Pero a veces necesito talentos como el tuyo para meter a criminales entre rejas.

Se me frunce el ceño.

—Has dicho que eras abogado, no fiscal.

—Soy un abogado con sentido de la justicia —me observa un segundo antes de continuar—. Y por eso me gusta ser asistente de la acusación en mis ratos libres.

Aprieto los labios, digiriendo la información.

¿Quiere contratarme?

¿Para ayudarle a atrapar criminales?

Eso suena ridículamente demasiado bueno para ser verdad. Pero no puedo arriesgarme.

—No me gusta que la gente sepa de mi hobby. Si me entiende… —alzo la barbilla. Decir la verdad parece la mejor forma de quitármelo de encima.

—Sé ser discreto.

Debería mandarle a tomar por culo.

Pero ¿y si…?

Exhalo despacio, girando la silla de media luna sobre las ruedas.

—Necesito pensarlo.

—Tómate tu tiempo, Madison.

Extiende una tarjeta negra, con un logo delineado de un fénix dentro de un círculo en la esquina derecha.

—Llámame cuando estés lista.

Observo la tarjeta un instante antes de cogerla.

Qué tipo tan insistente.

Sujeto el pequeño papel grueso entre los dedos, sintiendo la textura, el brillo sutil de las letras doradas. Y ahí, su nombre brillando como un reclamo directo hacia mí.

Richard Stone.

Suelto el aire despacio, reflexionando sobre sus palabras.

Ha sido incisivo al afirmar que es un combatiente del crimen. Parecía sincero.

Bueno… si tengo que volver a ganar dinero con esto, que sea para tumbar a los verdaderos criminales.

Cierro los ojos un segundo, pensando en las personas que han ido entrando en mi vida y me han ido dando esperanzas de una nueva vida.

Le doy vueltas a la idea, con los pensamientos a punto de escapárseme por la boca.

¿Quién sabe si el universo no ha decidido ayudarme, eh?

¿Quién sabe si, por primera vez en mucho tiempo, he encontrado una salida para compensar todo el daño que hice alguna vez?

Tal vez… sea hora de intentarlo y descubrirlo.



8 años de edad

Tengo frío.

Por más que mamá me haya puesto el jersey rojo, aún así siento cómo el aire se cuela entre los hilos de la lana.

El culpable es esa máquina encima de la ventana de la consulta. Mi epidermis debe de estar sufriendo un estado de vasoconstricción periférica para mantener el calor, lo que probablemente provocará un resfriado o, quizá, solo un cuadro de sinusitis.

—¿Tienes frío, cariño? —pregunta el médico sonriente, con exceso de pelo en la cara y una ausencia significativa en la parte de arriba de la cabeza.

Sonrío y asiento con un leve movimiento de barbilla.

Si le digo que las aletas del aparato están girando en un ángulo que me deja a merced del aire, es muy capaz de volver a lanzarme una de esas miradas raras. Igual de raras que las que me echan los profesores en el cole.

Mis compañeros de clase se rindieron con la idea de hablar conmigo. Las chicas dicen que no me entienden. Mamá lleva un tiempo ayudándome a aprender un vocabulario más adecuado para mejorar mis relaciones sociales.

Como he pasado el último mes yendo más veces al médico que a mis clases de piano, entendí que estaba haciendo algo mal.

Mamá estaba triste. No me gusta verla así. Por más que no diga nada, siempre me doy cuenta. Su música refleja su interior de manera transparente.

Y su mirada de preocupación cada vez que habla de mí es un indicio de que yo soy la fuente de su disgusto.

Estoy casi compitiendo con papá en el tema de hacer llorar a mamá. Cierro los ojos, intentando disminuir la sensación de culpa.

Decidí usar el vocabulario de las otras niñas. Empecé a hablar observando sus posturas y, claramente, a ellas les gusta que las elogien. Mamá todavía no lo sabe, pero ya no como sola en el recreo. Marie, Clara y Cintia hacen compañía conmigo. No he tenido tiempo de contarle nada.

—Entonces, doctor… ¿cuál es el parecer? —ella pregunta, sentada en la silla a mi lado y apretando mi mano, que descansa sobre mi regazo.

El médico se vuelve hacia ella, cruzando las manos frente al rostro.

—De acuerdo con las evaluaciones aplicadas, incluida la Escala de Inteligencia de Wechsler para Niños (WISC) y el Test de Matrices Progresivas de Raven, el desempeño de ella no solo supera el umbral de la superdotación intelectual, sino que se encuentra en un nivel compatible con lo que la literatura científica clasifica como "altamente dotado" o "genio", situándose por encima de 145.

Mamá parpadea, procesando.

—Entonces… ¿qué debo hacer para ayudar a mi hija?

—En este momento, lo más importante es ofrecerle un entorno adecuado para que se desarrolle sin frustraciones. Los niños superdotados suelen tener dificultades de adaptación a la enseñanza tradicional, además de una sensibilidad emocional intensa.

Mamá asiente despacio con la cabeza.

—La profesora dijo que no habla con nadie en el cole. Que se queda aislada.

Aprieto los labios. Vale, eso ya no es verdad.

Enderezo la postura e interrumpo antes de que mamá se preocupe todavía más.

—Eso ha cambiado —digo, en un tono bajo, intentando sonar tímida y vulnerable. De cierta forma, lo estoy.

Ella me mira, sorprendida.

—¿Cómo así, Maddie?

—Ahora tengo amigas.

Mamá parece no saber si creerlo o no.

—Marie, Clara y Cintia. Se sientan conmigo en el recreo.

El médico sonríe, pareciendo satisfecho.

—Eso es genial, niña. Pero aun así, yo recomendaría acompañamiento psicológico. No para corregir nada, sino para ayudarla a lidiar con su propia mente. Muchos niños superdotados se sienten fuera de lugar, y un profesional puede ayudarla a encontrar equilibrio.

Mamá suelta un suspiro, absorbiendo todo.

—¿Y qué tipo de colegio sería mejor para ella?

El médico se lo piensa.

—Lo ideal sería uno que ofreciera una enseñanza diferenciada, que estimulase sus habilidades sin convertirla en una extranjera dentro de su propio entorno. Pero eso también depende de su adaptación. De momento, yo diría que el acompañamiento psicológico es el primer paso.

—No quiero salir del cole, mamá.

Ella me mira, pensativa. Sus ojos indecisos ante la orientación que debe seguir.

—Lo vamos a mirar con calma, cariño. Necesito hablar con tu padre.

Cuando voy a argumentar otra vez, la veo respirar hondo. Entonces me contengo. Está nerviosa. No es el momento. Presiono los labios y bajo la cabeza.

Nos despedimos del médico y nos vamos. Paso todo el trayecto hasta casa en silencio, recordando la partitura de la última

canción que aprendí ayer con la señora Daphne.

La música sería mi distracción.

Mi huida temporal hasta encontrar la manera de hablar con mamá abiertamente y convencerla de que mi genialidad no tenía por qué ser un problema.

Podía ser normal. O, al menos, fingir lo bastante bien.

Ya lo estaba demostrando con Marie, Clara y Cintia. Si conseguí encajar entre ellas, conseguiría demostrarle a mamá que no necesitaba otro colegio, ni acompañamiento, ni nada que me hiciera parecer más diferente de lo que ya era.

La semana siguiente pasó con un peso que no sabía nombrar.

O quizá simplemente no quisiera.

Seguí con mi rutina como si nada hubiera pasado, pero la conversación entre mis padres se quedó ahí, latiendo en el fondo de mi mente.

Porque la escuché.

Y no debería haberla escuchado.

Pero la escuché.

La noche anterior, al pasar por el salón, me detuve al oír la voz de mamá en un tono bajo y angustiado:

—Hablé con el médico, cariño. Dijo que Maddie es superdotada. Que su coeficiente está por encima de 145.

Esperé una reacción. Cualquier reacción.

Pero la respuesta de mi padre fue… nada.

Soltó un suspiro cansado, como si mi inteligencia fuera un problema con el que no estaba dispuesto a lidiar.

—¿Y qué quieres que haga yo con esa información, Elisa?

El silencio de mamá fue peor que cualquier respuesta.

—Ella necesita acompañamiento. Él sugirió un psicólogo.

—¿Psicólogo? Por el amor de Dios, Elisa. Solo es una niña. Déjala ser niña.

—No es tan simple. Dijo que los niños como ella pueden sentirse desplazados.

—O puedes dejar de meterle cosas en la cabeza. Deja de ser idiota, Elisa.

La frialdad en su voz me hizo encogerme por dentro, porque no se trataba solo de mí.

Siempre había sido así con mamá también.

Estúpido. Despectivo. Indiferente.

Nunca entendí por qué.

Mamá era increíble. Guapa, talentosa, inteligente. Tenía una paciencia infinita conmigo y nunca se enfadaba cuando yo empezaba a hablar demasiado rápido sobre algo que me entusiasmaba.

Pero para él… era como si nada de eso importara.

Como si el simple hecho de que ella estuviera allí, pidiendo un poco más de atención para la hija de los dos, fuese una molestia.

Fue entonces cuando decidí dejar de escuchar.

No valía la pena.

Y yo no quería saber nada más.

Aquella noche, el sonido del piano me llamó desde el salón.

Bajé las escaleras despacio y me detuve antes incluso de entrar en la habitación.

Mamá estaba sentada en el banco, tocando y cantando.

"There ain't no gold in this river…"

Adele. Le encantaba esa cantante.

"That I've been washing my hands in forever…"

Cantaba bajito, pero su voz llevaba un peso que yo no podía ignorar. Me acerqué, en silencio.

Sus dedos se deslizaban con naturalidad por las teclas, completamente inmersa en la música. Parecía… ligera.

Y yo también quería sentir eso.

Porque la música siempre había sido nuestro lugar seguro.

Siempre había sido nuestro idioma secreto.

Cantar con mamá era una de las pocas cosas que me hacía sentir… normal.

Nunca tuve que traducir mis pensamientos para ella. Ella siempre entendió.

Desde que yo era pequeña, alentaba cada nota que salía de mi boca. Cada acorde que mis dedos conseguían alcanzar en el piano.

Solo ella y la señora Beatrice sabían de ese lado mío. La ama de llaves que ayudó a cuidarme desde que nací siempre sonreía cuando nos oía cantar.

"Las chicas de esta casa tienen un don", solía decir.

Mi padre nunca se dio cuenta… o nunca le importó darse cuenta.

Ser dueño de un banco exigía mucho tiempo. Mucho más del que estaba dispuesto a gastar conmigo.

Y con mamá también.

Para él, nosotras éramos apenas piezas en el decorado perfecto que quería mantener.

Pero nunca parte real de su vida.

Suspiré y fui hasta ella. Me senté al lado de mamá en el banco del piano.

Ella me miró, sorprendida al principio.

Luego sonrió.

Yo le devolví la sonrisa.

Y entonces, sin necesidad de decir nada, empecé a cantar.

"I know there is hope in these waters…"

La sonrisa de mamá se abrió, y su voz se mezcló con la mía, como si lleváramos semanas ensayando.

Nuestro dúo.

Nuestro refugio.

Nuestro secreto.

Cuando la última tecla resonó en el salón, la risa baja y delicada de mamá llenó el silencio.

—Tu voz es preciosa, Maddie. Estoy segura de que, si decides ser cantante, vas a tener éxito.

—¿Pero si soy un genio, no tengo que ser científica?

Mi pregunta hizo que mamá soltara una carcajada alta.

Yo me reí por reflejo.

Su risa tenía un vibrato tan bonito y contagioso.

Sentí que el pecho se me calentaba al verla así, menos preocupada.

—Ay… mi amor. Puedes ser lo que quieras.

—¿Puedo?

—Claro que sí.

Tocó mi nariz con la punta del dedo antes de tirarme hacia ella en un abrazo y dejar un beso suave en la parte de arriba de mi cabeza.

—Ahora es tarde, jovencita. Vamos a la cama, que mañana tienes clase.

Murmuré en señal de acuerdo y la dejé guiarme hasta mi habitación.

En la puerta, me sostuvo la cara entre las manos y sonrió.

—Duerme bien, hija. Te quiero más que a nada.

—Yo también te quiero, mamá.

Su sonrisa era la señal que necesitaba de que todo volvía a estar bien.

Aunque no lo estuviera.



8 años de edad

El salón parece respirar de luto.

Las paredes de madera oscura absorben cada sollozo, cada susurro, cada suspiro que resuena bajo el techo abovedado. Las vidrieras de colores filtran la luz del final de la tarde, proyectando sombras manchadas sobre el suelo pulido. Pero no hay belleza en eso. Solo espectros fantasmagóricos que bailan en un escenario de pérdida.

El olor a lirios domina el aire. A mamá le gustaban los lirios. Y ahora, están por todas partes.

No recuerdo bien cómo he llegado hasta aquí.

Lo último que quedó grabado en mi mente fue la voz fría de mi padre, mientras decía, seco y directo:

—Un camión sin control se saltó el semáforo en rojo. Dio justo en el lado donde estaba tu madre.

Fue eso. Ni una pausa. Ni una pizca de suavidad en el tono de voz. Ningún intento de amortiguar el dolor.

No dijo: lo siento.

No dijo: todo va a salir bien.

Solo soltó la información como si estuviera leyendo un informe bancario. Como si el hecho de que su esposa hubiera

muerto fuera una estadística, una cifra más en su lista de pérdidas.

Yo no lloré.

Simplemente me giré y subí a mi cuarto, cerré la puerta y me quedé allí.

Horas más tarde, Beatrice vino a buscarme.

Me ayudó a vestirme, moviendo mis manos, tirando de las telas, abrochando mi ropa como si yo fuera una muñeca sin vida.

—Tienes que levantarte, mi niña —su voz era suave, pero firme.

No respondí. Solo dejé que hiciera lo que tenía que hacer.

Ahora estoy aquí.

Sentada en la primera fila, mirando el ataúd abierto, donde mamá yace en un silencio que nunca debería pertenecerle.

Parece que estuviera dormida.

Pero la inercia de su cuerpo, la palidez de su piel, la rigidez de la postura con las manos cruzadas sobre el pecho gritan que eso no es un sueño.

Es el final.

Y, aun así, mi cerebro se niega a aceptarlo.

El pastor habla de lo buena que fue como mujer, de su luz, de cómo el mundo es más gris sin ella.

Pero nada de eso llega hasta mí.

Porque todo dentro de mí está sordo.

Entonces siento un toque delicado en mi mano.

Giro el rostro y encuentro a Beatrice a mi lado.

Sus ojos enrojecidos indican que ha llorado, pero ahora, lo único que veo es firmeza en su expresión.

Aprieta mis dedos y dice en voz bajita:

—No tienes que ser fuerte todo el tiempo, mi niña.

Trago en seco.

—No estoy siendo fuerte.

—Sí que lo estás. Tu madre estaría orgullosa.

Sus palabras hacen que algo dentro de mí se resquebraje.

—No debería estar orgullosa, Beatrice. Debería estar aquí.

Beatrice cierra los ojos un momento, absorbiendo mi dolor.

—Lo sé, cariño.

Mi respiración se entrecorta.

—Yo solo… no sé qué hacer ahora.

Ella aprieta mi mano con más fuerza.

—Sigues adelante. Pero a tu ritmo.

Niego con la cabeza.

—¿Y si no quiero seguir?

Ella suspira y pasa los dedos por mi pelo, en un gesto familiar y reconfortante.

—Entonces, de momento, solo respira.

Me quedo en silencio, mirando la madera oscura del ataúd.

Al cabo de un rato, mi mano aprieta el tallo del lirio blanco que sujeto.

Doy un paso al frente y miro la sepultura abierta. La profundidad parece un abismo sin fin, un espacio que se traga todo, incluso los recuerdos.

Mis dedos sueltan la flor.

Cae despacio, girando en el aire, antes de posarse sobre la madera pulida.

Mamá siempre decía que yo tenía las manos ligeras para tocar el piano. Pero ahora, están vacías.

Podría decir algo. Podría susurrar una despedida. Pero tengo la garganta cerrada, y las palabras no saldrían de todos modos.

Así que me quedo allí, observando mientras los sepultureros empiezan a cubrir el ataúd con tierra.

Una palada cada vez.

El sonido de la tierra golpeando la tapa de madera resuena, sordo y definitivo.

Al principio, todavía puedo ver parte de la madera oscura, los detalles dorados de las asas. Pero a medida que echan más y más tierra, todo va desapareciendo.

El blanco del lirio es lo primero en desvanecerse.

Después, los contornos del ataúd.

Hasta que ya no queda nada.



A lo largo del mes siguiente, vi mi vida cambiar drásticamente. No volví al colegio, y la señora Daphne dejó de venir a casa para las clases de piano.

Papá andaba nervioso, y entendí que quería tenerme cerca. Por eso, no me quejé, solo… acepté.

No quería seguir fingiendo una interacción con las chicas que decían ser mis amigas ahora. No quería hablar con nadie.

Mi corazón estaba vacío, y nadie podía llenar lo que me hacía falta.

Ni siquiera la música, que antes era mi puerto seguro, conseguía disminuir el dolor que irradiaba en mi pecho.

Me sentía sola, en una oscuridad sin fin.

Quería a mi mamá para que me abrazara.

Quería a mi mamá para que dijera que todo iba a estar bien.

Quería a mi mamá para que cuidara de mí.

Pero ya no estaba aquí para nada de eso.

No… y la otra persona que se suponía que debía quererme estaba demasiado ocupada para preocuparse por mí.

Tal vez papá también estuviera sufriendo a su manera. No lo sé.

Últimamente va con más guardias de seguridad que antes. Beatrice comentó que la muerte de mi mamá no había sido accidental. Como mi padre era un hombre poderoso, mucha gente quería perjudicarlo. Por eso empezó a trabajar desde casa. Incluso algunos de sus empleados pasaron a frecuentar nuestra casa con una constancia fuera de lo normal.

La mayoría se reunía en una habitación que antes era una sala de reuniones y que, de repente, fue convertida en una verdadera sala de operaciones del banco. Monitores de doble pantalla se extendían por las mesas de madera oscura, cables enredados cubrían el suelo y gráficos parpadeaban en las pantallas, reflejando números y flujos de capital en tiempo real.

El ambiente tenía un aire tenso, cargado por la presencia constante de hombres de traje, siempre con los ojos fijos en datos que parecía que nunca terminaban.

El más presente entre ellos era Howard Levinson, director financiero del banco.

Bajo, robusto y con el ceño siempre fruncido, parecía estar permanentemente al borde de un ataque de nervios. Las gafas vivían en la punta de la nariz, y sus dedos inquietos tecleaban sin parar, como si cualquier pausa pudiera significar el colapso de un imperio.

Yo lo observaba todo desde lejos, notando las miradas pesadas, las voces bajas y el nerviosismo en los gestos más mínimos. Algo estaba pasando. Algo grande.

No hacía falta ser un genio para darme cuenta.

Esa noche, cuando pasé por el pasillo camino a la cocina, oí la voz exaltada de Howard saliendo de la sala de operaciones:

—Estamos vulnerables, señor Armitage. La Receita Federal ya ha enviado la tercera notificación y, si no presentamos un informe coherente hasta final de semana, no será solo una multa. Pueden abrir una investigación formal.

Me detuve antes de cruzar la puerta, espiando por la abertura.

Papá estaba de pie, con las manos en la cadera y la mandíbula tensa, señal clara de su nerviosismo.

—¿Cómo ha pasado esto?

Howard suspiró, empujándose las gafas hacia arriba en la nariz.

—El sistema no está registrando correctamente las retenciones de impuestos sobre las operaciones internacionales. La discrepancia está en los informes internos. Los valores no están apareciendo en el informe final.

Mi mirada fue directa a la pantalla delante de él.

Líneas y más líneas de números y código llenaban el monitor.

Y fue entonces cuando lo vi.

El error.

Era una falla en el cruce de datos. Algo pequeño, pero catastrófico cuando se trataba de tributación.

Si mis cálculos estaban bien, tal y como aparecían los números, cualquier auditoría vería la discrepancia de valores.

Me mordí el labio inferior, sintiendo que los dedos me picaban.

Sin pensarlo demasiado, me acerqué despacio, pasando detrás de uno de los empleados.

—Eh, eh —uno de los hombres intentó detenerme, pero papá alzó la mano, observándome mientras yo tomaba el teclado.

Mis ojos recorrieron rápido el código.

Era simple.

Era obvio.

Apreté los labios y empecé a escribir.

El ambiente se quedó en silencio absoluto mientras ajustaba los parámetros de lectura en el código del sistema. Las retenciones estaban registradas, pero un error en el algoritmo impedía que los valores se extrajeran correctamente.

Corregí la segmentación.

Reorganicé los cálculos.

Pulsé la última tecla.

Bip.

El informe en la pantalla se actualizó.

Los números cuadraron.

Y la discrepancia… desapareció.

—¿Cómo… cómo has hecho eso? —la voz de papá cortó el silencio.

Levanté los ojos hacia él.

—El sistema estaba fallando en la lectura de las retenciones de impuestos sobre el beneficio neto de las operaciones internacionales. He cambiado el código para sincronizarlo con los registros contables. Solo reescribí el comando para asegurar que los datos se extrajeran sin señalar ninguna diferencia.

Howard Levinson parpadeó un par de veces antes de desviar la mirada hacia mi padre.

—Tiene… razón. Eso corrigió el fallo con el que llevábamos lidiando sin encontrar solución.

La forma en que papá me miraba cambió.

Era casi como si estuviera… orgulloso.

Se me quedó la respiración atrapada en la garganta.

Y entonces, algo que nunca había pasado antes…

Sonrió.

—Buen trabajo, Madeline.

El pecho se me apretó con el elogio.

Algo dentro de mí se calentó.

Le había gustado lo que hice.

Por primera vez, me miraba con algo más que indiferencia.

Tal vez…

Tal vez sí me quisiera, después de todo.

Tal vez solo no supiera cómo demostrarlo.

Tragué saliva, sintiendo una punzada de satisfacción mezclada con algo que no supe nombrar.

—¿Esto no es… malo? —pregunté, dudosa.

Papá soltó una risita baja.

—Claro que no. Solo hemos corregido un error antes de que el gobierno lo usara contra nosotros.

Howard asintió de inmediato. Y yo, por algún motivo, les creí.

Si ayudar a papá significaba tener su atención…

Si eso significaba que, de algún modo, yo todavía formaba parte de algo…

Entonces le ayudaría.



Presente

El ruido rítmico de las teclas del portátil resuena por la habitación silenciosa. Estoy sentada en la cama, con las piernas cruzadas debajo de la mesita plegable que me dio Cameron. De esas que parecen bandejas pijas de desayuno en la cama, pero que, en mi realidad, se convirtió en mi estación de trabajo móvil. Lo bastante pequeña para encajar cómoda sobre mis piernas, pero lo suficientemente resistente como para aguantar mi portátil, mi móvil y el paquete de M&M's que no puede faltar cuando estoy en misión.

Hace rato que pasó la hora de la cena y debería estar haciendo cualquier otra cosa, menos trabajando en algo que me va a quitar el sueño. Pero en fin.

Mis ojos recorren las líneas de código mientras la información parpadea en la pantalla. Cada dato, cada IP enmascarada, cada rastro que intento seguir me dice una cosa: alguien está muy interesado en borrar las huellas de lo que hizo.

Y ahí es donde entro yo.

Mi trabajo con Richard no es oficial. Ni podría serlo. Él tiene un cargo importante dentro de la CIA, de esos que nadie conoce. Solo yo, que fui lo bastante curiosa como para hacer un barrido en su vida cuando recibí su propuesta.

Le ayudo a resolver crímenes digitales y a encontrar pruebas que nadie consigue. Y él protege mi identidad. Digamos que esta es mi forma de saldar mi deuda con la sociedad.

Aprieto los labios, notando mis dedos deslizarse rápido por el teclado mientras intento rastrear la IP de origen de las imágenes que fueron a parar a la deep web.

Fotos de una escena de crimen que nadie debería ver, y mucho menos vivir.

Respiro hondo, sintiendo la adrenalina subir mientras analizo los datos. Quien hizo esto sabía exactamente cómo cubrir sus huellas, pero ya aprendí que nadie es realmente invisible. Solo lleva tiempo encontrarlos.

—¿De verdad vas a pasarte la noche con eso? —la voz de Cameron me arranca del foco.

Levanto la vista y la veo apoyada en el marco de la puerta, sujetando un paquete de galletas con toda la pinta de ser de esas que Riley, nuestra presidenta, suele esconder en el último armario de la cocina. Resoplo, sabiendo que me va a caer la bronca otra vez mañana por la mañana. A veces creo que mi amiga lo hace a propósito, lo juro.

—No sé. Depende de si este idiota enmascaró bien la ubicación o si solo tiró de una VPN barata por encima.

Ella frunce el ceño.

—Ni quiero saber lo que estás intentando encontrar.

—Genial, porque no te lo puedo contar.

Cameron pone los ojos en blanco y camina hasta mi cama, dejándose caer sobre el colchón a mi lado.

—Podría estar arreglándome para una cita ahora mismo.

—¿Y por qué no lo estás?

—Porque prefiero ver a mi amiga hacker fingir que no existo mientras se carga otro teclado de su portátil.

—¿Ese es tu modo de decir que me quieres? —Le guiño, en mi versión más encantadora.

—No te emociones. —Muerde la galleta haciendo más ruido del que una simple crujida debería hacer.

Meto la mano en la bolsa y cojo una para mí. Ya que voy a escuchar sermón por el robo de las galletas, que al menos lo valga, ¿no?

Ese es uno de los "contras" de compartir habitación con mi mejor amiga. Desde que Winter, la nueva niña prodigio de la patinaje artístico, se convirtió en Kappa, tengo a una estudiante de medicina con tendencia a robar galletas como compañera de cuarto.

Todo porque Ester consiguió la plaza que tanto quería en pre-law en Detroit. Así, Cameron vino a este cuarto, dejando su cama libre para que la rubita borde, amiga de Brooke y Sidney, pudiera quedarse en la habitación con ellas.

Y, sinceramente, Winter va a necesitar amigas para soportar lo que se viene. Se metió con el capitán mimado del equipo de hockey y ya empezó a sufrir las consecuencias. No todas las Kappas son santas, pero todas acatan lo que decide la presidenta.

Si Riley puso a la patinadora bajo la protección de la fraternidad, ellas iban a obedecer.

Yo me compadecí de su historia en cuanto la escuché.

Es fácil ponerse en el lugar del otro cuando compartimos algo en común. Y perder a un ser querido une mundos completamente distintos.

—Entonces, ahora que tienes dirección fija en esta habitación, ¿qué gano yo con eso? —pregunto, divertida.

—Paz y entretenimiento. Puedes fingir que eres una recluida del FBI mientras yo te conecto con la vida real.

—¿Qué vida real? ¿La tuya?

—Sí, y deberías estar agradecida por eso.

—Ya me siento bendecida. —Suelto un suspiro teatral.

Cameron sonríe, satisfecha, y se hunde en mi almohada.

No pregunta nada más. No insiste para que cierre el ordenador. Gloria bendita.

A veces me entran ganas de compartir con alguien el peso de cada investigación. Sin embargo, Richard nunca se mete con gente pequeña. Si descubro el origen de esas fotos, alguien muy peligroso puede no estar contento. Y, por consecuencia, se trata de protección.

En ese momento, un sonido distinto sale del portátil.

Plim.

Una notificación discreta aparece en la esquina de la pantalla.

> ***IceWarrior*:**
> **Desapareciste, Ghost? Empecé a pensar que estabas huyendo.**

Siento que el corazón me da un pequeño salto. El reflejo estúpido de quien ya debería estar acostumbrada… pero no.

Me muerdo la comisura del labio.

Ridículo. Esto no significa nada. Pero aun así, mis dedos se mueven solos sobre el teclado.

> ***GhostQueen*:**
> **Estaba ocupada manejando cosas más importantes que tú.**

—¿Y ahora qué fue? —la voz de Cameron aparece de la nada.

Levanto la vista y la veo espiando descaradamente por el rabillo de la pantalla del portátil, con una galleta en la mano como si estuviera viendo un reality show.

—Nada.

—¿"Nada" con esa cara? —Entrecierra los ojos—. Maddie, tienes cara de estar flirteando.

—Cameron…

—Ahhh, ya sé. Es él, ¿no? El tal guerrero de hielo. —Entorno los ojos—. ¿Qué pasa? Solo te veo esa cara de tonta cuando estás jugando con tu noviecillo.

—Te voy a mutear en la vida real, te lo juro.

Ignora mi amenaza inútil y empieza a cotillear mi pantalla sin una pizca de vergüenza.

***IceWarrior*:**
Qué pena. Porque estaba a punto de invadir tu territorio y pensé que sería más divertido si estuvieras aquí para mirar.

Cameron suelta un silbido bajo.

—Ajá, ya veo. ¿El ataque solo vale si ella mira? Esto me suena muchísimo a invitación sospechosa.

—Cameron, por el amor de Dios.

***GhostQueen*:**
Qué caballero tan generoso, dándome aviso previo de su propia derrota.

***IceWarrior*:**
¿Derrota? Hablas como si ya hubieras ganado. Yo todavía estoy cabalgando, amor. Y te encantaría que fuera al revés.

***GhostQueen*:**
Ah… amor…, pero voy a cabalgar muchísimo encima de ti.

***IceWarrior*:**
¿Es una promesa?

—Esto es porno puro, tía —dictamina Cameron, cogiendo otra galleta y acomodándose a mi lado, apoyada en el cabecero.

—No es nada de eso.

—Amiga… estás siendo muy ingenua. ¿Te has dado cuenta de lo que el tío te está diciendo? —Señala la pantalla—. Eso es depravación medieval. El tío te está convocando para que te sientes encima de él.

Vuelvo a mirar la pantalla, sintiendo mis mejillas arder.

***GhostQueen*:**
Eres un hijo de puta pervertido.

***IceWarrior*:**
Elige solo un apodo, mi reina. O soy hijo de puta, o soy pervertido.

***GhostQueen*:**
¡Las dos cosas!
Podría jurar que se está riendo de mí.

***IceWarrior*:**
Te voy a dar una última oportunidad de rendirte. Ahorraría a ese culo tan bonito recibir muchos latigazos.

—¡Dios mío! ¿Latigazos? —Cameron golpea el colchón entre carcajadas—. Este juego debería ser +18.

—Cameron, por todo lo que es sagrado.

***GhostQueen*:**
Maldito engreído de mierda. Siempre consigo lo que quiero.

***IceWarrior*:**
Apostamos algo? Si gano, tienes que mandarme una foto de tus tetas.

***GhostQueen*:**
¿Estás loco? ¿Qué te hace pensar que voy a aceptar eso? Sin contar que voy a tener tu rendición, guerrero de polla pequeña.

***IceWarrior*:**
Solo para demostrar lo equivocada que estás, si consigues ganar, te mando una foto de él para que lo compruebes, ¿qué tal?

Cameron prácticamente se atraganta de la risa.

—Eso, amiga… haz que pierda, si el tío estudia aquí, a lo mejor reconozco su polla y te digo quién es tu friki.

Descubrí que mi archienemigo estudia en la Universidad de Michigan en uno de los muchos chats, llenos de ironía, en los que le toqué tanto el ego que acabó soltándolo: "Tu cerebro es tan minúsculo como un frijol", le dije. Y debía de estar en un momento de guardia baja, porque enseguida lanzó: "Deberías hablar con el departamento de admisiones de la Universidad de Michigan. Creo que ellos no estarían de acuerdo contigo".

Claro que, después de un rato… y ya cabreada al extremo, terminé diciendo que yo también era alumna de aquí. Pero corté el tema rápido, no quiero saber nada más del sujeto.

Si ya es un plasta en el mundo virtual, imagínate en el real, ¿no?

Él no insistió porque le encanta el misterio —sus palabras.

Que le den. Yo solo quiero derrotarlo.

—¿Y qué te hace pensar que es friki? —pregunto, y Cam pone los ojos en blanco como si le hubiera preguntado una obviedad.

Escucho otra notificación del juego, pero esta vez para preparar mis tropas.

Mi mapa parpadea con la notificación de ataque.

—Aaah, te está rodeando. ¿Eso también es una metáfora?

—Es una táctica.

—Táctica, metáfora… llámalo como quieras. Pero he visto muchas comedias románticas como para no saber adónde va esto.

—Amiga, en serio… ¿dónde está ese rollito con el que siempre sales, eh? ¿No está libre hoy?

—Aunque lo estuviera… esto está mejor que mis novelas mexicanas.

Resoplo, refunfuñando, antes de volver mi atención a la pantalla.

> ***GhostQueen*:**
> **Bonito intento, Ice. Pero siempre juego dos pasos por delante.**

> ***IceWarrior*:**
> **¿Ah, sí? Ya veremos si sigues diciendo eso cuando atraviese tus muros. Dime, mi reina... ¿voy a tener que ensanchar o crees que mi ejército entero va a caber dentro?**

—¡LO SABÍA! —Cameron se desternilla—. Esto es un depravity simulator.

—Necesitas terapia.

—Y tú necesitas despertar a este flirteo virtual.

Una nueva notificación aparece. Un ataque sorpresa en otra parte de mi territorio.

¿De verdad quiere jugar así?

Bien.

Hoy tengo ganas de ganar.

Mis dedos se mueven rápido sobre el teclado, ajustando cada jugada con precisión. *IceWarrior* puede ser bueno, pero hoy yo soy mejor.

Me lleva más tiempo lograr su rendición. El tío es bueno en el juego, lo admito. Y por eso mi victoria sabe todavía mejor.

Mis tropas cercan su fortaleza antes de que su ejército consiga reaccionar y, en pocos minutos, la notificación de victoria parpadea en la pantalla.

***GhostQueen*:**
Te lo advertí, guerrero. Ahora, cumple tu promesa.

Nada de respuesta.

Espero.

El mapa vuelve a parpadear, notificando la derrota de mi adversario. Cameron, que estaba vibrando hace unos minutos, ahora está completamente KO a mi lado, con una galleta mordida en la mano como si se hubiera dormido en mitad de la batalla.

—¿En serio? ¿Te duermes antes de la mejor parte? —murmuro.

Ella gruñe algo incomprensible y se gira hacia el otro lado, ignorando por completo mi gran victoria histórica.

Mi foco vuelve a la pantalla. Aparece una nueva notificación.

***IceWarrior*:**
Siempre cumplo mis promesas, mi reina.

Y, justo después, llega una imagen a mi DM.

Me quedo mirando el icono durante tres segundos enteros, sintiendo el corazón latir demasiado fuerte para lo ridícula que es la situación.

La ha mandado.

La ha mandado de verdad.

Respiro hondo y abro la imagen.

…

Mi cerebro se bloquea.

Mi mente se divide entre analizar fríamente y entrar en combustión espontánea.

¿Primera observación?

Eso no se parece en nada a los dibujos de los libros de biología.

Es más, ¿por qué las ilustraciones anatómicas eran tan simplificadas? Lo que me enseñaron sobre ese tipo de… estructura… no captaba los detalles técnicos.

Porque había detalles.

Muchos detalles.

Me detengo y ladeo la cabeza, entornando los ojos.

La forma es buena. La simetría es correcta. Las proporciones… interesantes.

Paso la lengua por los labios, absorbiendo la información de forma científica, como haría cualquier mente analítica.

Técnicamente hablando, es un buen ejemplar anatómico.

Y entonces, un pensamiento me golpea.

Ese de ahí me gustaría conocerlo.

Me dejo caer hacia atrás en la cama, soltando un suspiro demasiado largo mientras miro el techo.

IceWarrior acaba de convertirse en mi mayor problema… literalmente.

Y en el más interesante también.



La Alpha está a reventar.

Música al máximo volumen, olor a alcohol y sudor en el aire, un montón de gente bailando, riendo, liándose en los rincones. Exactamente lo que se espera de una fiesta posvictoria.

Y joder, nos merecemos esta celebración.

Reventamos a Minnesota Duluth como si fuera un entrenamiento. Intentaron plantarnos cara, jugaron duro, pero al final fuimos más rápidos, más ágiles. Yo fui más rápido. Crucé el hielo dejándolos tragando hielo picado y ahora estamos aquí, disfrutando de los beneficios de ser campeones.

Apoyo el codo en la barra improvisada de la cocina y observo el caos. Kyle está al mando del bar junto con Brooke y, honestamente, ver a esos dos juntos es divertido de cojones. Kyle hace girar una botella en el aire, casi le da en la cabeza a algún desgraciado cualquiera, mientras Brooke ríe y aplaude.

—Eso es, grandullón. ¡Esta vez casi no lo tiras todo! —Prince lo elogia, provocando a nuestro amigo.

—"Casi" no es "del todo", así que cuenta como éxito —replica Kyle, terminando un trago que bautizó como Capeta de terno.

Sinceramente, quien se beba eso seguro que acaba con traje… pero dentro del ataúd, pienso. Me lo ofrece y rechazo levantando mi vaso rojo con la cerveza de siempre, la que nunca me decepciona. Mucho menos me manda al otro barrio.

—Y entonces, Caps, ¿cómo se siente salir con alguien que te prepara los tragos y encima te gana en el hielo? —Austin está en su modo pesado nivel hard. Sin embargo, Sebastian está de buen humor por nuestra victoria y por haber domado a la fiera sobre patines llamada Winter Grace, o Gelinho para los íntimos.

Perdí cien pavos con Prince porque aposté contra el romance de esos dos.

Seamos sinceros… ¿cómo coño iba a saber que acabarían juntos después de tanta bronca? La chica, además de llamarlo pollo, le regaló uno.

Vale, fue Austin quien terminó adoptando al bicho, en realidad. Aunque toda la Alpha estuvo de acuerdo en tener al Pollo como nuestra mascota, Prince es quien se ha encargado del emplumado.

Empiezo a escanear la fiesta, sin prestar mucha atención al diálogo que sigue entre ellos. Necesito urgentemente encontrar a alguien con quien descargar la tensión del partido y el calentón que llevo encima por cierta chica virtual.

Tío… debo de estar enfermo. O obsesionado.

Prince está ahora a mi lado y podríamos plantearnos esa competición rutinaria de ver quién encuentra a la chica primero. Pero… no.

Él puede seguir mintiéndose como hace desde siempre. Sin embargo, su mirada fulminando a Theo Rodríguez, nuestro defensa, que está hablando con Emory, dice lo contrario.

La hermana pequeña de Sebastian solía tirarse encima de él todo el rato, cosa que cambió cuando empezó a estudiar aquí en Michigan.

Al principio pensé que Prince se quedaría encantado, porque estaba harto de verle lo incómodo que se ponía escapando de los avances de la peque. Podría dar clases de cómo marcar a un jugador con facilidad.

No fue eso lo que pasó.

Y menos desde que Theo entró en escena. Parece que Austin quiere matarlo cada vez que le sonríe a ella. Gracioso, teniendo en cuenta que fue él mismo quien sugirió que Seb dejara de hacer drama con que alguien quisiera tirarse a su hermana.

—Tío, sé que le tienes cariño especial a Emis, pero me estás asustando. Te ha poseído Sebastian de repente —comento, dándole un codazo en el brazo. Vamos a ver hasta dónde llega su creatividad para librarse.

Parpadea un par de veces, como si solo ahora se diera cuenta de lo que estaba haciendo, y suelta el aire despacio.

Estoy esperando con ganas cuando una voz femenina lo salva:

—¡Eh, chicos! —Sidney, la rubia buenorra amiga de Winter, nos llama con esa sonrisa de segundas y terceras intenciones—. ¿Qué os parece si jugamos con nosotras?

Alzo una ceja.

Sidney está muy buena, y sé que Prince ya se la tiró. Yo todavía no he tenido la oportunidad, pero jamás diría que no a un trío, aunque tocara compartir agujeros.

—No de esa clase, tonto —ella pone los ojos en blanco—. Aunque puede acabar así… no sé.

Uf…

—¿Y el juego sería…? —pregunta Austin, bastante interesado.

—Lo de siempre… verdad o reto —responde Cam, su amiga, pasándose los dedos por el pelo oscuro.

Otra deliciosa opción para la noche. La tía es de esas que llaman la atención sin esfuerzo. Estoy analizando sus curvas cuando la tercera integrante aparece al lado de la morena.

Mis ojos caen directo sobre sus piernas torneadas, a la vista gracias a la minifalda. Aprovecho el paisaje, saboreando despacio cada centímetro de ella. Consigo ver un poco de piel en su abdomen por culpa del top negro. Y cuando supero los brazos cruzados, casi gimo al ver los dos montoncitos de piel comprimidos por la postura.

Por último, sigo el mechón de pelo ondulado hasta comprobar que no estoy admirando una tía-camarón. Gloria bendita, no. Ella, desde luego, no es camarón.

Joder. Buenorra y guapísima de la hostia.

De mi talla.

Cien por cien de mi talla.

Le lanzo mi mejor sonrisa asesina, pero lo que recibo es una mueca cabreada. Sus ojos me fulminan solo por existir en el mismo espacio que ella.

Ah… nena. Me encantan los retos. Así que la sostengo, atrapándola dentro de mi burbuja.

Se da cuenta de lo que estoy haciendo. La arruguilla entre las cejas indica que lo odia.

Y a mí eso me encanta.

—¿Has visto antes a esa de ahí? —le pregunto a Austin en tono bajo, señalando con la barbilla a la bajita.

—No me suena. Debe de ser de primero. ¿Te ha gustado?

—No está nada mal —respondo, notando cómo se me hace la boca agua con la idea de tener esos ojos mirándome desde debajo de mí.

Austin suelta una risita, y enseguida Sidney vuelve para arrancar la nueva temporada de la serie que piensa ver en primera fila: El infierno de Prince. ¿Por qué? Porque la rubia trae al parejita feliz, Emory y Theo, y al bufón oficial, Zack, para jugar con nosotros.

Un rato después ya estamos todos en el sótano de la Alpha, el lugar que eligieron para el juego. Prince está conteniéndose para no cruzar el círculo y arrancar a Emis del regazo de Theo, que solo está devolviéndole el beso que ella empezó.

Hago una cuenta atrás mental para ver cuánto tarda en explotar, hasta que mi amigo se levanta. Y cuando pienso que va a ir a por él, sale del sitio a toda velocidad. Tengo que mirar sus pies para asegurarme de que no lleva patines de lo rápido que se aleja.

Sí… creo que el juego ha muerto.

La rueda de verdad o reto estaba condenada desde el momento en que Theo y Emory empezaron a comerse la boca delante de él.

Por mí, cero problemas.

Puede que el juego se haya acabado, pero yo todavía tengo un asunto pendiente.

Y ese asunto me está mirando como si fuera la mayor molestia de su existencia.

Me vuelvo hacia la bajita:

—Bueno… parece que ya no hace falta la botella para decidir quién besa a quién.

Ella cruza los brazos, la mirada cargada de asco.

—Qué bien. Así puedes ir detrás de alguien que sí quiera besarte.

Ay, qué mona.

Mi sonrisa se ensancha.

—¿Me estás diciendo que no tienes ni la mínima gana de besarme, preciosa? ¿Ni un poquito?

El brillo en sus ojos se intensifica, pero no de interés, sino de irritación.

Y entonces inclina la cabeza y suelta la puta frase que me quita las ganas de jugar.

—Nah… yo prefiero besos de protagonistas. No de sombras.

El peso de esas palabras me golpea rápido y fuerte.

Por un segundo, todo se queda en silencio dentro de mi cabeza.

La sombra de mi hermano.

No es la primera vez que lo oigo. Pero, por algún motivo, oírlo de ella —de esta tía que ni siquiera sé quién es— me jode.

¿Y lo peor?

Ni siquiera lanzó la ofensa como un ataque directo.

Solo lo dijo.

Como si fuera obvio.

Como si yo fuera un secundario en la historia de otra persona.

Mi sonrisa se encoge, pero no desaparece.

Simplemente relajo el cuerpo y me meto las manos en los bolsillos del vaquero.

—Ya… creo que no.

La bajita ha ganado esta ronda.

Pero si hay algo que tengo muy claro…

Es cuándo dejar de perder el tiempo.

Desafío pasado a otro.

Me encojo de hombros, como si nada hubiera pasado, y me levanto.

Si hay algo que sé hacer muy bien, es cuándo insistir y cuándo recular. Y ahora mismo no tengo paciencia para ganar este juego.

Subo las escaleras del sótano, dejando el desmadre atrás.

La vista se me queda un poco borrosa hasta que se acostumbra otra vez a la poca luz. Las luces negras hacen su magia para esconder manos que están en sitios donde no deberían estar.

Voy camino de la cocina cuando ¡bam!

Choco contra alguien.

O mejor dicho… contra dos personas.

—Ups… —Kate, una morena alta y atlética, pone cara de sorpresa, pero la sonrisa en los labios no engaña a nadie. Suele tirarse encima de todos los jugadores de hockey. Debe de tener algo que ver con saber manejar bien el stick… yo qué sé.

—Míralo, Jordan… siempre nos encontramos en los mejores sitios —la otra chica, la del pelo morado, sonríe de lado, jugueteando con la punta del mechón. Me quedo mirando unos segundos su lengua jugueteando con el piercing de aro del labio inferior.

Las miro con una sonrisa sarcástica.

—Qué raro, porque no recuerdo haber pedido cita.

Kate suelta una risita, inclinando la cabeza.

—¿Qué pasa? ¿Sigues con celos de Sebastian?

—Que yo sepa… sigo teniendo a mi amigo, preciosa. Tú, en cambio…

Que le den si he sido borde. La tía se tragó prácticamente la fraternidad entera para asegurarse de que la de mi amigo era la más dulce. ¿Si la leyenda es verdad?

Jamás lo sabré, porque nunca voy a beber de esa fuente.

Su sonrisa vacila medio segundo.

—Sabes que yo nunca me ato a nadie, Jordan.

—Lo sé. —Inclino la cabeza—. Pero también sé que te encanta provocar.

Ella se acerca.

—Y a ti te encanta que te provoquen.

Las dos empiezan a restregarse contra mí.

Vale.

Si quería una distracción, creo que acabo de encontrarla. Las engancho por la cintura y las conduzco juntas hacia mi habitación.

A la mierda la bajita del morro levantado. A la mierda mi hermano. Y a la mierda el jodido juicio de mi padre.



Es de mañana.

Por un milagro, conseguí echar a las dos tías de mi cuarto a tiempo para dormir unas horas solo.

Mi espalda se hunde en el colchón cuando suelto el aire y me paso las manos por la cara. Mi cuerpo está relajado, satisfecho…, pero mi mente ya está lejos de aquí.

El problema de disfrutar de una buena fiesta es que al día siguiente casi todo parece una mierda.

Me levanto y, antes de dar dos pasos, mi pie choca con algo en el suelo. Algo pequeño, suave y…

Puta mierda.

Me agacho y cojo el trozo de encaje negro entre los dedos.

Unas bragas.

Suelto una risita corta, negando con la cabeza. Lo mejor es que no tengo ni idea de quién se las dejó aquí.

No es que importe.

Lanzo la prenda al cesto de la ropa sucia y voy hacia el baño. Durante la ducha, algunos recuerdos de la noche anterior empiezan a aparecer.

La tía del pelo morado arrodillada delante de mí recitando Venus y Adonis de Shakespeare, sujetando la base de mi polla. Solo sé qué texto era porque Kyle lo estaba estudiando para un examen y, como parecía porno puro, tuve que leerlo.

"Sobre esses teus lábios macios como pétalas,

Seiva doce escorre, puro néctar divino;

Quem poderia olhar e não querer prová-los,

Beber do rubro vinho que ali se destila?"

Cuando dije el nombre de la obra, noté que la tía se quedó pillada. Me encanta ver la cara de susto de esas chicas salidas pero intelectuales que piensan que nuestros músculos reducen nuestro cerebro. Siempre que puedo demostrar que no soy solo una polla de usar y tirar, lo hago.

Lo mejor fue decirle que de ahí no iba a salir vino ninguno. Como mucho, leche para que bebiera si mamaba bien.

Y mamó.

Debió de ponerse todavía más cachonda y se sintió desafiada, supongo.

Fue justo después de eso que descubrí que estudiaba Arte Dramático.

No es que se lo hubiera preguntado.

Paso el fin de semana pensando en cómo librarme de ese pedacito de tela.

No me va eso de guardar lencería de las tías que se pasan una noche en cada cuarto. Es como darles una invitación para volver. Por eso decidí devolverla cuanto antes.

En fin.

Empieza la semana y lanzo un globo sonda con Kate para saber si las bragas eran suyas. Le dije que me había encantado follarle el culo con aquellas braguitas rojas. Obviamente, me vino con la respuesta que necesitaba, queriendo refrescarme la memoria. Hasta me mandó una foto de su culo redondo con el tanga metido hasta el fondo.

Así que… las negras que llevo en el bolsillo solo pueden ser de la otra. Camino por el edificio de Bellas Artes, notando miradas curiosas sobre mí.

—Eh, tío, ¿buscas a alguien? —un alumno me mira con interés, probablemente reconociento la jersey de los Gladiadores.

—Sí. Una chica de pelo morado con piercing en el labio que estudia aquí.

Frunce el ceño un segundo, pensando.

—Ah… creo que sé de quién hablas. Es Agatha. Está en la 206, el auditorio pequeño.

Le agradezco con un gesto de cabeza y avanzo por el pasillo, subiendo los peldaños que llevan hasta el aula.

El sitio es amplio, con filas de asientos formando una especie de pequeña grada. Pero lo que me hace pararme en la puerta no es la arquitectura.

Es la voz.

Joder.

Hay una chica sentada al piano en el centro de la sala vacía, de espaldas a mí.

Los primeros acordes llenan el espacio antes de que su voz tome el control del ambiente.

Y hostia puta.

Su voz no solo es buena.

Es hipnótica.

La melodía es suave, pero cargada de emoción. Cada nota parece enganchar con la siguiente de manera natural, como si la música estuviera viva dentro de ella.

Se me pone la piel de gallina.

Mi cuerpo no se mueve.

Estoy clavado en el sitio, con miedo de moverme y que deje de cantar.

I still hear your voice in the quiet night,

Aún escucho tu voz en la noche silenciosa,

Soft as a whisper, fading out of sight.

Suave como un susurro, desvaneciéndose de mi vista.

Your laughter lingers in the air I breathe,

Tu risa permanece en el aire que respiro,

But you're not here, it’s just a memory.

Pero tú no estás aquí, eres solo un recuerdo.

And I reach out, but you're too far,

Y extiendo la mano, pero estás demasiado lejos,

A shadow dancing with the stars.

Una sombra bailando con las estrellas.

Are you a whisper in the wind?

¿Eres un susurro en el viento?

A song that plays but never ends?

¿Una canción que suena y nunca termina?

Do you see me when I cry?

¿Me ves cuando lloro?

Do you hold me when I close my eyes?

¿Me abrazas cuando cierro los ojos?

I keep looking… looking… looking…

Sigo buscando… buscando… buscando…

… For a sign.

…una señal.

Las notas se vuelven más rápidas, más graves, luego se afinan en algo dulce. Siento la melancolía y el dolor de echar de menos a la persona a la que le canta. Quiero acercarme, rodearla con mis brazos y protegerla.

Esto es muy raro.

Surrealista.

Ya había oído hablar del poder de la música, pero esto…

Guau. Es otro nivel.

—Eh, guapo. Te encontré. —Un toque en mi brazo me saca del trance.

—Ah… hum… —No quiero dejar de mirar a la chica del piano. Pero la otra parece empeñada en tirarme de vuelta hacia ella, literalmente, porque siento unos dedos rodear mi nuca. Me agacho, girando la cara para que el beso no sea en la boca.

Mierda. Menos mal que he venido corriendo a devolver las malditas bragas. Esta, por lo visto, es de las pegajosas.

La oigo refunfuñar algo, pero ni caso.

—Pierre dijo que me estabas buscando.

—Es verdad. Quería devolverte esto. —Saco la lencería y se la tiendo. Noto que tarda más de lo normal en reaccionar—. Toma, nena, no es de mi talla y mi culo no luce tan bien en tanga como el tuyo.

—Me las dejé esa noche, pero… pensé que podría ir a buscarlas después —canturrea, intentando seducirme.

—Lo siento, Agatha. Pero no va a pasar. —Chasqueo los labios. Joder. Siempre odio esta parte.

—Eres de verdad un tío de una sola noche.

—Tal cual. —No voy a ser tan cabrón como para decirle que alguna vez he repetido figurita. Pero aquellas eran tranquilas y no mostraban las señales en neón que están parpadeando en ella.

—Qué pena…

Alzo las dos cejas, con cara de que el que se lo pierde soy yo. Y a lo mejor lo soy. La tía es un buen polvo. El tipo adecuado para ella va a ser muy feliz.

Y hablando de felicidad… noto que ya no escucho la música de antes. Me giro de golpe, esperando encontrar a la dueña de esa voz adictiva. Pero… nada.

—¿Qué pasa, Miller? ¿Qué estás buscando? —pregunta Agatha, confundida.

—Es que había alguien aquí antes… estaba tocando el piano y… cantando.

—¿Segura? Yo no he visto a nadie.

La miro y ella empieza a inspeccionar el sitio conmigo.

—Seguro.

—Bueno… fuese quien fuese, ahora se ha esfumado.

Suelto el aire con desprecio hacia un lado.

Habla como si me lo hubiera inventado.

Mis ojos recorren el salón vacío una vez más, pero no hay rastro de ella. Ni sonido de piano, ni sombra de su presencia. Solo el eco de esa canción que todavía vibra en mi cabeza.

Fantasma.

¿Eso fue lo que vi?

Porque, joder, en ese momento habría jurado que era real.



¡Ay, Dios mío!

¿Por qué carajos está Jordan Miller aquí, en mi edificio?

¿Y por qué tuvo que entrar justo en el auditorio en el momento en que me senté al piano para tocar la canción que estoy componiendo?

Mierda. Mierda por mil.

Este lugar estaba vacío y solo por eso entré para usar el piano.

Acabé emocionándome más de la cuenta.

Y ahora estoy aquí, toda encogida en la primera fila, debajo de los asientos, esperando a que el guapo y la guapa terminen su chat idiota para poder escapar.

Espío entre las butacas y reconozco a la dueña del pelo morado en cuanto la veo. Es una de las chicas que él arrastró al piso de arriba la noche de la fiesta. A ella y a otra más.

Que se jodan.

No es asunto mío.

Pero bien podrían estar teniendo esa conversación en otro sitio, ¿no?

Más todavía cuando él está ahí, devolviendo una lencería que la tal Agatha se ha empeñado en "olvidar" en su cuarto.

“Pensé que podía venir a buscarla después…” — ¿En serio ese tipo de excusa todavía cuela?

—Fue mal, Agatha. Solo que no va a pasar —dice él con la mayor naturalidad del mundo, como si ya estuviera acostumbrado a ese tipo de escena.

—De verdad que eres un tío de una sola noche —constata la chica del pelo morado, fingiendo sorpresa.

Y el premio por descubrir a Jordan Miller se lo lleva… ella. Un aplauso para la investigadora brillante.

—Tal cual —él confirma, sin cortarse.

Jordan sigue el mismo patrón que los otros jugadores de hockey. Noches sencillas y nada más. Olvidarse unas bragas es una invitación a volver, un movimiento que solo asusta a ese tipo de tío. Ella claramente no se ha dado cuenta de que esa táctica solo funciona al revés.

O a lo mejor solo intenta creer que puede convencerlo.

Sea como sea, no es problema mío.

Excepto por el detalle de que él sigue aquí. En el mismo edificio que yo. En el mismo auditorio que yo. A pocos metros de mí.

Y aunque no quiera, mi mente me lleva de vuelta a aquella maldita fiesta a la que solo fui porque Cameron me arrastró. Primero jugó a las muñecas conmigo y me maquilló y me vistió como una. Luego, solo le faltó esposarme para que la siguiera.

Por eso acabé en aquel sótano, en un juego estúpido de “verdad o reto”.

Solo que no contaba con el interés repentino del jugador popular de hockey en mí.

Cuando Austin desapareció y todo el mundo se dispersó, su invitación implícita para besarme provocó un terremoto en mi estómago.

Una sensación rara se apoderó de mí. Sentí la garganta secarse de golpe, mi pecho pareció temblar de rabia y… de otra cosa que me negué a nombrar.

Entonces devolví la provocación con un ataque.

En el momento, no pensé demasiado en el peso de las palabras. Solo quería que me dejara en paz. Sin embargo, conocía el lenguaje corporal más de lo que me gustaría. Creo que di de lleno en algún talón de Aquiles al compararlo con una sombra.

Seamos sinceras… ¿cómo iba a saber que un tío tan popular como él podía tener problemas de inseguridad, eh?

Por lo menos, no tuvo ningún problema en encontrar consuelo. La chica del pelo morado y su amiga hicieron un gran trabajo. El resultado es la lencería que ahora está siendo devuelta.

¿Y yo?

Yo estoy aquí.

Presente, pero intentando convencerme de que nada de esto me afecta.

Me niego a dar mi brazo a torcer.

Si hay algo que he aprendido en la vida, es que la mente humana puede inventarse sentimientos. Puede aferrarse a una idea que no existe y sostenerla como si fuera real.

Eso fue exactamente lo que hice al principio de la facultad.

Me encapriché.

No con el Jordan Miller real, sino con lo que imaginé que él era.

El chico que, una vez, me defendió.

Ahí empezó.

Ahí fue donde se formó la ilusión.

Y yo regué ese sentimiento estúpido durante más tiempo del que me gustaría admitir.

¿La verdad?

La verdad es que Jordan Miller nunca fue quien yo quise creer que era.

No era un héroe de novela.

No era un protagonista.

Era un jugador. Un tío que no quería nada más que aventura, diversión y cero ataduras.

Y si había algo que yo sabía sobre mí misma, era que jamás conseguiría ser ese tipo de chica.

Porque no quiero ser solo una etapa, y mucho menos una sombra.

Y, definitivamente, no soy la puta de un recuerdo olvidado en el cuarto de un atleta.

Espero a que el sonido de los pasos se aleje del todo antes de moverme. Me quedo allí, debajo de los asientos, con el corazón latiendo más rápido de lo que debería. No por Jordan. Claro que no. Sino por la situación en general.

El sonido amortiguado de las voces desaparece junto con la figura de él y de la chica, y por fin puedo respirar sin sentir esta presión ridícula en el pecho.

Despacio, me deslizo fuera de mi escondite, espiando alrededor antes de incorporarme del todo.

El auditorio está vacío.

Exhalo, aliviada, y camino hasta la puerta, abriéndola solo lo suficiente como para comprobar el pasillo.

Se han ido. ¡Uf!

Salgo con pasos rápidos, manteniendo la cabeza baja, mezclándome con los alumnos que circulan por el edificio. Algunos cargan carpetas de bocetos y pinceles. Otros llevan partituras y fundas de instrumentos.

Me encajo entre ellos sin llamar la atención, manteniendo un ritmo natural, sin parecer que voy huyendo.

La música que toqué sigue en mis pensamientos, pero ahora viene acompañada de otra cosa.

De él.

Mierda.

Sacudo la cabeza, echando el pensamiento a un lado.

En cuanto empiezo a caminar por el pasillo, siento mi móvil vibrar en el bolsillo. Saco el aparato y veo una notificación.

Richard Stone:
Puedes hablar?

Tecleo una respuesta rápida.

Maddie:
Sí.

El teléfono suena segundos después.

—Has estado ocupada, Turner.

Pongo los ojos en blanco. Nunca pierde tiempo con formalidades.

—Algunos de nosotros tenemos vida, Richard.

—Y algunos de nosotros tenemos un imperio que derribar.

Su tono es casual, pero sé que habla en serio.

—¿Qué pasa?

—Quiero saber cómo va el trabajo que estás haciendo para mí y para los Maxwell. ¿Alguna novedad en el pendrive?

Se me pone la espalda rígida. Miro alrededor para asegurarme de que nadie esté escuchando.

—Estoy decodificando los últimos archivos. Mucho de lo que encontré ya es suficiente para comprometer a G. M., pero aún no es irrefutable —susurro, intentando que nadie a mi alrededor oiga.

—Estás diciendo que necesitamos más.

—Estoy diciendo que necesitamos algo incontestable.

Mi paso se hace más lento a medida que las palabras pesan en mi cabeza.

Sebastian Maxwell puede ser un idiota arrogante, pero si hay algo en lo que es constante, es en la lucha contra su abuelo. G. M., conocido como Gregory Maxwell, puede vender una imagen de senador íntegro al público, pero la verdad es que su fortuna y su

poder se construyeron sobre corrupción, extorsión y, posiblemente, hasta asesinato.

Sebastian y Emory quieren justicia. Necesitan pruebas concretas para enterrar de una vez al viejo cabrón.

Y yo soy la única que puede encontrarlas.

Richard se queda en silencio un momento, como si estuviera calculando algo.

—¿Y encontraste algo relevante en los últimos archivos?

Mi respiración vacila.

Sí.

Y ojalá no lo hubiera encontrado.

Porque, en medio de los datos fragmentados, escondido entre transacciones financieras ilícitas y contratos falsificados, encontré un nombre que pensé haber dejado definitivamente en el pasado.

Leonard Armitage.

Se me seca la garganta.

—¿Madison? —insiste Richard.

Podría mentir.

Podría decir que no hay nada ahí.

Pero eso no resolvería nada.

Así que respiro hondo y respondo:

—Encontré.



15 años de edad

El brillo azul de los monitores ilumina mi habitación oscura, lanzando sombras pálidas sobre las paredes llenas de códigos y números. El aire aquí dentro es pesado, asfixiante. Como si las paredes se cerraran un poco más cada día.

Cinco horas.

Cinco horas ininterrumpidas de operaciones, transferencias, borrado de rastros.

Cinco horas atrapada en esta silla, con la espalda encorvada y los ojos ardiendo, absorbiendo cada nueva línea de información que pasa por la pantalla.

Cinco horas siendo lo que él quiere que yo sea.

Mis dedos se deslizan por el teclado sin dudar. Los números bailan bajo mi mando. Transferencias secretas, movimientos disfrazados, huellas invisibles. Una cantidad absurda desaparece de un lado, reaparece fragmentada en decenas de cuentas anónimas. Pequeños montos, pulverizados, esparcidos como cenizas al viento.

Nada me pertenece.

Ni un céntimo, ni un código, ni una elección.

Mi padre no habla mucho conmigo. En realidad, creo que solo me ve cuando necesita que haga algo por él. Cuando quiere

que le demuestre que le soy útil. Como si el simple hecho de existir, de ser su hija, no fuera suficiente.

Pero ese es el problema, ¿no?

Nunca he sido suficiente.

Cuando perdí a mi madre, intenté aferrarme a él, intenté ser la hija perfecta. Estudié todo lo que él elogiaba, absorbí cada mínima fracción de atención que me daba como si fuera oxígeno.

Ahora, ya no sé si eso es lo que me mantiene viva o lo que me ahoga.

Yo debería estar durmiendo.

Debería estar ahí fuera, viviendo.

Pero estoy aquí, encerrada.

Dijo que el colegio ya no era seguro. Que había perdido a su mujer, pero que no iba a permitir perder a su hija.

Sinceramente… creo que morí en el mismo accidente que se llevó a mi madre. Lo que quedó en su lugar fue otra persona.

Me froto la frente para espantar el inicio del dolor de cabeza que aparece cuando paso más de tres horas seguidas sin descanso.

Por conocimiento previo, sabía que tenía que mover los números antes de las seis de la mañana. Sería medianoche en el país Singapur. El valor del dólar de Singapur alcanzaría su pico y, para evitar la pérdida de las ganancias de este trimestre, estaba corriendo contra el tiempo.

Todo porque yo era una sola persona moviendo cientos de millones en operaciones financieras. Sola. Algo que exigiría un equipo de más de veinte especialistas y un plazo de mínimo un mes, yo lo hacía sola, durante la madrugada de un único día.

Tecleo el último código y espero.

La respiración se me queda atrapada.

Entrelazo las manos frente a la cara.

Podría parar ahora.

Debería parar ahora.

Pero no paro.

Cada vez que recibo una misión para manipular los números, mi mente entra en un estado de adormecimiento moral. No hay correcto o incorrecto. Solo está aquella niña que todavía busca la aprobación de su padre.

Como si eso fuera a tapar el vacío que quedó hace años.

Nunca lo tapó.

Y por más que esté empezando a odiar esta prisión invisible, aún no sé si estoy lista para ver a mi padre desecharme por completo.

El cursor sigue parpadeando en la pantalla, esperando el próximo comando. Pero yo ya he terminado.

Al menos, por esta vez.

Mis dedos siguen rígidos sobre el teclado cuando me echo hacia atrás en la silla y miro la pantalla negra de uno de los monitores apagados, viendo solo mi propio reflejo.

¿Quién es esa chica?

La que hace aparecer dinero de la nada, manipula números en sistemas blindados y transita por redes financieras como un fantasma invisible.

¿Yo?

¿O solo la versión que mi padre quería que fuera?

Mis ojos se desvían hacia la pequeña tele en la esquina del cuarto. Está sin sonido, pero aún muestra los créditos de alguna serie cualquiera.

Anoche, mientras intentaba forzar el sueño sin éxito, vi unos episodios de Gossip Girl.

Era cliché y predecible, lleno de bromas tontas y romances obvios. Pero, por algún motivo, no pude dejar de mirar.

Había algo hipnótico en la forma en que esas chicas se sentaban en la cama de la otra para hablar de tonterías. De ropa, chicos y fiestas. De profesores exigentes y exámenes difíciles. De problemas pequeños, pero que para ellas parecían enormes.

Problemas normales.

No códigos de transacciones bancarias internacionales. No informes que podrían hundir empresas. No reuniones donde se decide quién se va a enriquecer y quién lo va a perder todo.

Solo cosas de chicas de mi edad.

No sabía si era envidia o solo curiosidad. Pero, por un segundo, quise estar ahí.

Quise saber cómo era no ser un fantasma encerrado en un cuarto.

Cómo era ser solo… una chica normal en medio del mundo.

Fue la voz suave de Beatrice la que me sacó del trance:

—Maddie, cariño…

Giré la cabeza y encontré su mirada preocupada mientras se acercaba al escritorio.

—Apenas tocaste la comida hoy. Otra vez.

Solté un suspiro, frotándome los ojos.

—Comí más temprano.

—¿Qué?

—Un poco de tostada.

Cruzó los brazos, nada convencida.

—Solo tostada no alimenta a una chica en crecimiento. Estás pálida. Muy delgada. Necesitas salir de este cuarto un poco. Respirar aire puro, tomar el sol, hablar con alguien.

—Hablo contigo —retruqué, forzando una sonrisa floja.

—Y me encanta eso, mi niña. Pero necesitas más.

Tragué en seco. "Más" era un concepto raro para mí.

¿Más amigos? ¿Más vida social? ¿Más libertad?

¿Cómo,

si todo lo que se me permite está solo dentro de este cuarto?

—Estoy bien, Bea. Solo… cansada.

Ella suspiró, deslizándome los dedos por el pelo con suavidad.

—A tu madre no le gustaría verte así.

El pecho se me apretó. Beatrice rara vez mencionaba a mi madre. Pero cuando lo hacía, siempre daba en el blanco.

—Lo sé —murmuré, desviando la mirada.

Me observó durante un instante y luego dejó una bandeja sobre la mesa.

—Por lo menos cómete un poco de la sopa antes de volver al ordenador, ¿sí?

Asentí despacio.

Beatrice se inclinó un poco más, su voz bajando a un tono casi conspirador:

—A veces, solo necesitamos un empujoncito para encontrar una salida.

Mi corazón dio un salto.

Levanté la vista, encontrando sus ojos oscuros y amables, cargados de algo que nunca había visto antes.

Comprensión.

Esperanza.

—¿Qué quieres decir con eso? —mi voz salió en un susurro.

Ella sonrió apenas, como si no quisiera decir nada más.

Pero antes de irse, acomodó la manta doblada al pie de mi cama y dejó escapar:

—Si algún día decides respirar aire puro de verdad, querida… solo avísame.

Salió, cerrando la puerta detrás de sí.

Niego con la cabeza y me dejo caer contra el respaldo de la silla.

Nuestra ama de llaves solía ser más discreta con sus sugerencias, pero se ha vuelto cada día más evidente que no está de acuerdo con la vida que mi padre me impone.

Pero ¿qué puede hacer ella, eh?

Me levanto y voy hacia la cama. Tendré pocas horas para descansar antes de que mi padre vuelva a entrar en mi cuarto,

dándome otra misión.

No sé a qué hora estoy bajando las escaleras hacia el comedor para desayunar. Solo sé que las piernas se me vuelven gelatina al oír el grito de mi padre, seguido por el ruido estridente de algo golpeando el suelo y un grito de dolor de la mujer dulce y cariñosa que me ayudó a criarme.

—Colóquese en su lugar, criada. Ella no es nada para usted. Madeline es mi hija, y haré con ella lo que me dé la gana.

La escena me revuelve el estómago.

Beatrice está en el suelo, una bandeja de aluminio volcada a su lado, trozos de cristal esparcidos por el piso. Mi padre está de pie, con el dedo apuntándola, el ceño fruncido deformando sus rasgos ya duros.

—E-es una niña que se está apagando en esta casa, señor. Su madre…

Antes de que vuelva a arremeter contra ella, me coloco entre los dos, el corazón desbocado en el pecho.

—¡No, papá! Por favor —mi voz sale más alta de lo que esperaba, temblorosa, pero lo bastante firme como para hacerlo dudar.

Por un momento, solo me mira, su mirada fría y calculadora deslizándose por mí como si midiera mi reacción.

Luego resopla y endereza los hombros.

—Será mejor que no te metas donde no te llaman, Madeline. Todavía tienes trabajo que hacer.

Se da la vuelta y sale del comedor sin mirar atrás, dejando solo un silencio cargado en el ambiente.

Me agacho enseguida, sujetando a Beatrice por los hombros.

¿Por qué hizo eso?

Beatrice es una señora que siempre ha trabajado para nuestra familia. Siempre me trató con tanto cariño, incluso cuando yo no sabía cómo devolvérselo. Siento un nudo en el pecho, impotente por no ser capaz de defenderla.

Nunca había tenido la necesidad de plantarle cara a las órdenes de mi padre. Para mí, cada orden era acatada y cumplida como un mal hábito que se hace sin pensar. Sin cuestionar.

Sin embargo, ver a una persona inocente, que estuvo a mi lado todos los días y ahora se ponía delante para defenderme, hizo mucho más que despertar una simple duda. Mi padre acaba de despertar a un bichito que llevaba dormido dentro de mí. Ese que quiere una vida distinta, del tipo que es capaz de levantarse y defender a los suyos.

—¿Está bien? —mi voz ahora es baja, cautelosa.

Ella asiente, pero su rostro sigue tenso. Sus ojos, sin embargo, muestran algo más fuerte que el miedo: determinación.

—Gracias por protegerme, cariño —murmura, intentando levantarse. La agarro del brazo, ayudándola a ponerse en pie.

—La que debería dar las gracias soy yo, Bea. Siempre has estado conmigo.

Esa frase ablanda algo en su expresión, pero se queda callada mientras la acompaño a mi cuarto, lejos de ojos y oídos ajenos.

En cuanto cierro la puerta, Beatrice se sienta en el borde de la cama y me coge la mano.

—Maddie… tengo algo para ti.

La miro, confusa, mientras saca un pequeño sobre doblado del bolsillo de su delantal.

—He ido guardando dinero para ti durante años. Para cuando quisieras irte de aquí. —Sus ojos brillan con una promesa silenciosa—. Y ahora ya tengo suficiente.

La respiración se me corta.

El peso de esas palabras cae sobre mí con la fuerza de un huracán.

Ella de verdad cree que puedo escapar.

—Bea… —mi voz sale en un susurro.

—No necesitas quedarte más, cariño. Puedes irte y empezar tu propia vida. Lejos de aquí.

La idea me golpea con tanta fuerza que me quedo sin palabras durante unos segundos.

Y entonces cierro los dedos alrededor del sobre, sintiendo su textura frágil contra mi piel.

—Me voy a ir —afirmo. Pero mi tono no lleva alivio, solo decisión.

Beatrice frunce el ceño.

—Maddie…

—Pero antes —la interrumpo, apretando aún más el sobre—, tengo que hacer una última cosa.

La semana siguiente, empiezo mi plan para destruir el imperio que ayudé a mi padre a construir. Se metió con mucha gente con la que no debía. Algunos, incluso, demasiado poderosos. Sé que muchos políticos querrían su cabeza, igual que algunos grupos terroristas. ¿La Hacienda…? Ni te cuento.

Pero si había una institución que podía garantizar que Leonard Armitage desapareciera del mapa, era la CIA.

Ellos ya investigaban fraudes financieros ligados a grandes bancos, pero mi padre siempre había estado un paso por delante, manipulando registros, borrando rastros, comprando silencios. El problema es que nunca contó con un factor de riesgo dentro de su propia casa.

Yo.

Accedo a uno de los sistemas internos de Atlas Capital. Mi padre puede haber hecho desaparecer pruebas concretas con los años, pero yo estuve allí en cada transacción, en cada desvío, en cada operación fraudulenta que él ordenó. Y, mejor aún, lo memoricé todo.

Mis dedos vuelan sobre el teclado, reactivando archivos borrados, desencriptando registros ocultos y rastreando transferencias ilegales que pasan por paraísos fiscales. Cuentas fantasma. Empresas pantalla. Millones lavados en un ciclo perfecto.

Hasta ahora.

Dentro de unas horas, la CIA tendrá todo lo que necesita. Y un extra.

Programo un envío anónimo para el departamento de delitos financieros, incluyendo copias de documentos firmados, mensajes intercambiados entre mi padre y los peces gordos corruptos que movieron dinero ilegal. Esta vez no habrá cómo mirar hacia otro lado.

Pero aún falta un detalle.

La última pieza de mi plan.

Me conecto a un sistema seguro y creo una pista digital falsa, arrojando todas las pruebas directamente sobre el regazo de Leonard Armitage.

Cuando la CIA analice el material, no necesitarán mucho para sumar dos más dos.

Respiro hondo, sintiendo el corazón martillear en el pecho. Mi mente va a mil, pero mi decisión es inamovible.

Pulso Enter.

Y entonces, espero.

Tres horas después, mi padre recibe la primera llamada. Camina de un lado a otro, la mandíbula apretada, los ojos fijos en los monitores que reflejan un caos que no esperaba. Las luces de la sala de operaciones parpadean en tonos rojizos mientras él masculla improperios para sí mismo:

—Hija de puta…

El murmullo se le escapa de los labios cuando lee algo en la pantalla, los dedos apretándole el puente de la nariz.

—¿Qué está pasando? —pregunto, con la voz sonando más calmada de lo que debería.

Gira la cara hacia mí, los ojos ardiendo de rabia y… ¿miedo?

Por primera vez en mi vida, veo a Leonard Armitage con miedo.

—Alguien lo ha descubierto —dice rápido.

El frío me recorre la columna.

Avanza hacia mí, sujetando mi cara con tanta fuerza que me hace apretar los dientes.

—Te dije que no dejaras rastros. Te enseñé a ser mejor que eso. Pero no has sido lo bastante buena.

La respiración se me corta.

—Papá…

—Destrúyelo todo. ¡Ahora! —Suelta mi cara con violencia, ya llevándose el teléfono a la oreja. Sus dedos se deslizan por la pantalla, llamando a alguien.

Nunca lo había visto así. Nunca lo había visto realmente acorralado.

Por las ventanas del despacho, veo la silueta de un helicóptero cortando el cielo oscuro. Noto el viento empezar a soplar con más fuerza fuera. El ruido de las hélices llena el ambiente, mezclándose con las alarmas de los servidores apagándose.

—¿A dónde vas, papá?

—Tengo que mantenerme lejos un tiempo. Quédate aquí con Beatrice. No vendrán a por ti. Voy a contener el daño y arreglarlo todo. Volveré a buscarte. —Se toma unos segundos, mirándome a la cara. Y por un momento, casi me arrepiento.

Ya está bajando las escaleras, los pasos largos y apresurados. Sus guardaespaldas lo siguen sin cuestionar.

Voy detrás, aturdida, pero ni siquiera mira hacia atrás.

—¡Papá!

En el último peldaño, antes de salir por la puerta trasera, se detiene. Solo un segundo.

Su mirada se cruza con la mía.

Podría decir cualquier cosa.

Pero no.

Suelta un suspiro y simplemente me da la espalda.

Lo veo subir al helicóptero, los guardas entrando detrás de él. Las hélices giran más rápido.

Lo último que oigo antes de que el ruido ensordecedor del motor se apodere de la noche.

El aire alrededor se vuelve pesado, el viento desplazado por el helicóptero desordenando mi pelo. Mi mente está en blanco. Se acabó.

Cuando me giro para entrar en la mansión, Beatrice está allí. Sus ojos cálidos clavados en mí.

—Ahora podemos irnos —susurro, acercándome.

—Sí, querida. Podemos. —Me entrega una mochila y coge una maleta de mano para ella, rollo Mary Poppins. Caminamos lado a lado hasta un coche azul que nos espera a un lado de la casa. Un conductor que no mira hacia atrás en ningún momento conduce más rápido de lo normal para ese tipo de vía.

Antes de salir del perímetro de la mansión, escucho el estruendo. Me doy la vuelta de golpe, viendo los restos de la explosión. Llamas y humo negro. Luego, otro estruendo. Todo el lugar se está yendo al carajo.

—Bea… —mi voz casi no sale.

—Tranquila, mi niña. Ahora él creerá que has muerto allí. Por ahora, al menos. Úsalo a tu favor. Tu padre es un hombre inteligente y con muchos recursos. Nunca bajes la guardia. ¿Me estás entendiendo?

Asiento con la cabeza, parpadeando para poder enfocar a la mujer que planificó mi fuga mejor que yo misma.

—Pero ¿cómo…?

—¿Cómo lo sabía? —pregunta, abriendo un compartimento de su bolso y sacando unas gafas de montura oscura—. Igual que aprendí cuando tenía hambre. Intuición. Toma.

Me tiende el objeto.

—No uso gafas.

—A partir de hoy sí. Y te camuflarás todo lo que puedas. Tu padre ha huido, cariño. Hasta que esté entre rejas, tienes que protegerte para no volver a vivir en una prisión.

—No quiero eso nunca más.

—Lo sé…

Cojo las gafas y me las ajusto en la cara.

Una hora después, estoy delante de una estación de autobuses con un billete de ida al medio de la nada.

—A partir de aquí, nos separaremos.

—¿No podemos seguir juntas? —pregunto, sintiéndome frágil.

Beatrice sujeta mi cara entre sus manos ásperas, los ojos llenos de lágrimas.

—Tu padre va a volver. Sabes que lo hará. Cuando sospeche que sigues viva, buscará a una chica y a una vieja. No se lo vamos a poner fácil, ¿verdad?

El pecho se me encoge.

—Beatrice…

Ella niega con la cabeza.

—Tienes que irte, Maddie. Ya.

Mi corazón se rompe en pedazos que nunca van a encajar de nuevo.

—No puedo dejarte…

—Sí que puedes, cariño —afirma con más firmeza—. Yo voy a estar bien. Tú sabes todo lo que necesitas para esconderte. Solo prométeme que vas a hacerlo diferente. Tú eres mejor que tu padre, niña.

La vista se me nubla.

—Usa lo que aprendiste para borrar tus rastros. Eres muy inteligente, Maddie. Desconfía de todo y de todos. Cuando lo encierren, entonces sí… vuelve a buscarme.

—Gracias, Bea —digo bajito.

—Vete, mi niña. Y no mires atrás.

Suelto el aire con fuerza y entonces…

Me voy… pidiendo en silencio que ella también sepa esconderse muy bien.



Presente

La LAN The Grid Gaming Lounge fue el sitio que Cameron descubrió para mí gracias a uno de sus muchos rollitos.

Está en pleno centro de la ciudad, lo que facilita el acceso. Siempre hay buses que hacen el trayecto hasta la universidad, así que puedo venir siempre que tengo una hora libre o cuando quiero una experiencia más inmersiva de lo que mi portátil puede ofrecer.

Sin contar con la sala VIP, donde los monitores de treinta y dos pulgadas convierten la zona de batalla en algo todavía más intenso. Más aún cuando estoy al mando de dos tropas, rumbo al Valle de Eldoria, donde me espera mi archienemigo.

Siento los dedos hormiguear de anticipación en cuanto pongo un pie en la recepción. Mi tarjeta magnética ya está entre mis dedos, lista para pasar por el lector y garantizarme unas horas más de dominio estratégico.

Pero primero, el mostrador.

Hoy no veo al chico que suele atenderme, sino a un adolescente con más granos que una tableta de chocolate crujiente.

Por cierto… mierda.

Debería haber parado en el súper antes de venir. Una bolsita de M&Ms y una Coca-Cola habrían sido la mejor elección para

acompañar la destrucción que estoy a punto de causar en el Valle de Eldoria.

— Eh… hola, ¿todo bien? —uso mi tono más educado para llamar la atención del chaval, que parece hipnotizado por el monitor que tiene delante. Sus dedos lanzan comandos frenéticamente sobre el teclado, y los cascos enormes que lleva están claramente diseñados para aislar cualquier intento de interacción humana.

No me oye.

— ¿Holaaa?

Doy unos golpecitos en el mostrador.

Nada.

Pongo los ojos en blanco y golpeo con más fuerza, provocando un ruido lo bastante alto como para que se dé cuenta de que existo.

Por fin resopla, se quita uno de los cascos y me lanza una mirada de puro hastío.

— ¿Puedo ayudarte? —la voz arrastrada delata que preferiría estar en cualquier otro sitio.

— Necesito un puesto en la sala VIP.

Frunce el ceño antes de mirar la pantalla y hacer clic en algo.

— ¿Tienes reserva?

Me contengo las ganas de volver a poner los ojos en blanco.

— Sí, y ya está pagado. Mi tarjeta está aquí.

Deslizo la tarjeta magnética por el mostrador, y él la coge sin ninguna prisa, alargando el proceso por puro capricho.

— Hmm… Madison, ¿no?

— Sí.

— Todo correcto. —Empuja la tarjeta de vuelta hacia mí—. Ven conmigo.

Lo sigo por el pasillo lateral del local, pasando junto a filas de jugadores pegados a sus pantallas. El ambiente está iluminado por luces LED azules y rojas, que se reflejan en los teclados mecánicos y en los ratones con botones programables. El sonido de las teclas al

ser pulsadas y los efectos de los juegos crean un fondo inmersivo que me hace sentir en medio de una gran arena de guerra digital.

Giramos a la derecha y él empuja la puerta de cristal opaco con una tarjeta de acceso.

La sala VIP es un paraíso.

El espacio es más pequeño que la zona común, pero la comodidad lo compensa. Las sillas son ergonómicas, tapizadas en cuero negro, ajustables en todas las direcciones posibles. Los monitores de treinta y dos pulgadas están colocados en mesas individuales, con un aislamiento acústico parcial para que cada jugador tenga una experiencia más inmersiva.

La iluminación es más tenue, con un tono amarillento suave que no cansa la vista. En una esquina hay una nevera llena de bebidas energéticas y refrescos, además de una estantería con paquetes de snacks disponibles para comprar.

Los hombros se me relajan un poco.

— Aquí está —el chico señala mi puesto.

— Gracias.

Se encoge de hombros y se va, cerrando la puerta a su espalda.

Ocupo mi sitio, ajusto la silla y me inclino hacia delante, con los ojos pegados a la pantalla.

Minutos después, ya estoy en medio del caos. Mis tropas avanzan como un enjambre bien entrenado, mientras los arqueros cubren la retaguardia. Cualquiera que intente atravesar mi defensa se va a comer una lluvia de flechas en toda la cara.

IceWarrior no está online.

O, por lo menos, finge que no lo está.

Deja el estado activo en el juego, como si fuera un recordatorio arrogante de que sigue invicto, incluso sin mover un dedo.

Pero…

Los números cuentan otra historia.

Está perdiendo territorio.

Y no es solo por mi culpa.

Otro jugador ha aparecido en el mapa, atacándole por el lado opuesto.

IronClaw.

¿En serio? ¿Qué coño de nombre es ese?

Pero, ridículo o no, el tío viene a tope.

Por un segundo, me cabreo un poco.

¿Cómo que alguien aparece de la nada y decide meterse en mi guerra?

Esto era solo entre *IceWarrior* y yo. Yo quería la gloria de destruirle, no compartir el mérito con un random.

Y entonces…

La notificación parpadea en la pantalla.

***IronClaw*:**
¿Te apetece acabar con este cabrón y reinar a mi lado, reina?

***GhostQueen*:**
Uf, garritas, paso. Me va más ser monarca absoluta.

***IronClaw*:**
Ah, pero ¿quién ha dicho que tenga que ser algo serio? Podemos solo… compartir el trono por una noche.

***GhostQueen*:**
Guau, creatividad de diez. Intenta otra vez.

***IronClaw*:**
¿Segura de que no prefieres ser la reina de un guerrero de verdad? Tu amigo de hielo se está derritiendo rapidito.

Se me arquea una ceja.

Mi atención vuelve al juego y el estómago se me hunde.

Cabrón.

IronClaw no solo estaba tirándome la caña.

Me estaba distrayendo.

Mientras yo respondía, mi ejército estaba recibiendo una paliza.

Mis arqueros han perdido posición, mi defensa en el flanco este se ha ido a la mierda y ahora *IronClaw* ha invadido mi territorio sin que yo me diera ni cuenta.

Mierda.

Mis manos vuelven al teclado en un reflejo rápido. No iba a dejarle salirse con la suya.

***GhostQueen*:**
Buen intento, pero has cometido un error.

***IronClaw*:**
¿Cuál?

***GhostQueen*:**
Pensar que podías ganarme.

Muevo mis tropas, le doy la vuelta a la jugada y, antes de que se dé cuenta, lo estoy empujando hacia una esquina del mapa sin

salida.

Si quería distraerme, ahora va a tener que lidiar con las consecuencias.

Una hora después, por fin respiro aliviada, los músculos de los hombros soltando una tensión de la que ni siquiera me había dado cuenta. Mis tropas aguantaron el tipo, mi estrategia funcionó e *IronClaw* aprendió por las malas que no soy tan fácil de tirar.

Suelto un suspiro y estiro los brazos por encima de la cabeza, alargando la espalda. Mi columna cruje en protesta, recordándome cuánto tiempo llevo sentada. Miro el reloj. Todavía tengo tiempo para unos minutos más de hacer el tonto antes de tener que irme.

Hoy hay noche de cine en la Kappa, y las chicas siempre insisten en que estemos todas.

He conseguido escaquearme de la tarde de compras con las chicas para encontrar los disfraces de la fiesta de Halloween, pero lo de esta noche… de eso no me libro.

Exhalo despacio y aparto el teclado, cogiendo el joystick. Siempre he jugado más con teclado y ratón, por costumbre. Pero si estoy en una sala de juegos como Dios manda, debería aprovechar el paquete completo, ¿no?

Es entonces cuando veo algo garabateado en la mesa de mi puesto.

Me quedo helada.

El mundo a mi alrededor se queda mudo mientras mis ojos recorren las letras torcidas, escritas en negro sobre la madera desgastada.

"*GhostQueen*, todavía vas a follar conmigo.
Firmado: *IceWarrior*."

No.

La garganta se me seca al instante.

Parpadeo un par de veces, pensando que quizá sea solo un error.

Pero no lo es.

La frase sigue ahí. Gritándome a la cara.

El estómago se me revuelve.

Paso el dedo por encima de las palabras, como si pudiera borrarlas con un simple toque. No se van.

Mierda.

Mi cerebro entra en cortocircuito, una mezcla de shock, indignación y un calor incómodo extendiéndose por mi piel.

¿Qué clase de imbécil escribe algo así?

Cojo la mochila con un movimiento brusco, casi tirando el ratón en el proceso. Rebusco en el bolsillo delantero hasta encontrar mi estuche. En cuanto mis dedos tocan la goma, no pierdo ni un segundo.

Empiezo a borrar con fuerza, notando mi respiración entrecortada, el pecho subiendo y bajando rápido.

Poco a poco, las letras empiezan a desaparecer.

Uff.

Me paso la mano por la cara. El susto sigue latiendo en el fondo del pecho, pero pronto se transforma en otra cosa.

Algo caliente.

Algo furioso.

Abro el chat y tecleo sin pensármelo dos veces.

***GhostQueen*:**
¿QUÉ TIPO DE PERVERTIDO VA POR AHÍ ESCRIBIENDO QUE VOY A FOLLAR CON ÉL, IMBÉCIL?

***GhostQueen*:**
Si de verdad crees que abriría las piernas para un gilipollas que vandaliza la mesa de un local de juegos, eres todavía

más tonto de lo que pensaba.

Mis manos vuelan sobre el teclado.

Y, como no es suficiente, pienso reventarle la bandeja de entrada a ese desgraciado.

Quiero sangre.

Estoy a punto de mandar el tercer mensaje cuando el sonido de una notificación en los cascos me hace parar.

***IceWarrior*:**
Epa, epa, epa. ¿De qué coño estás hablando, mi reina? ¿Te has vuelto loca?

Mi irritación se hace cenizas.

Mierda.

He borrado el mensaje antes de asegurarme.

Joder, Maddie.

Me inclino hacia delante, fijándome en el número de la cabina que aparece en mi pantalla.

***GhostQueen*:**
Has escrito que iba a follar contigo en el puesto 12 de la LAN The Grid Gaming, idiota. ¿En qué mierda estabas pensando?

***IceWarrior*:**
Espera… ¿vas a la The Grid?

Me bloqueo.

La pregunta me golpea como un puñetazo en el estómago.

Joder.

No ha negado al instante que lo escribiera.

Y ahora… lo sabe.

Mi mirada recorre la sala, una sensación rara subiéndome por la espalda.

Podría estar aquí.

Mirándome.

Observando.

Mierda, mierda, mierda.

No, no seas idiota, Maddie.

Acaba de entrar en la partida. Nadie ha entrado en esta sala después de mí.

***IceWarrior*:**
Así que mi reina va a la The Grid. Eso hace que todo esto sea mucho más interesante.

***GhostQueen*:**
No te flipes. Solo ha sido una coincidencia de mierda.

***IceWarrior*:**
¿De verdad crees que ha sido una mierda? Porque, si quieres saberlo, para mí ha sido una pedazo de suerte.

***GhostQueen*:**
¿Suerte de qué? ¿De llevarte una paliza virtual y perder más territorio?

***IceWarrior*:**

La paliza no ha sido tan grande como la de *IronClaw*.

Pausa.

Se me congelan los dedos sobre el teclado.

Joder.

Le he ayudado sin darme cuenta.

El tío estaba siendo atacado por dos frentes y yo, en mi furia por joderle yo primero, he acabado jodiendo sin querer al otro atacante.

Mi primera reacción es querer rebatirle. Decir que no he hecho nada por él. Pero, joder… sí que lo he hecho.

Y el silencio solo lo deja todavía más claro.

***IceWarrior*:**
Ah, ¿ahora te quedas calladita?

***IceWarrior*:**
Mi querida *GhostQueen*, eso casi parece… culpa.

***GhostQueen*:**
No flipes.

***IceWarrior*:**
¿O un instinto natural de protección?

***GhostQueen*:**
Ahora sí que estás delirando.

***IceWarrior*:**
***V*ale, vale… si insistes.**
Pero no olvido las deudas, así que… gracias, reina.

***GhostQueen*:**
No he hecho nada por ti.

***IceWarrior*:**
Claro que no. ;) Pero como sé que te gustó la última foto, voy a ser bueno otra vez.

…

La cara se me pone al rojo vivo en cuanto la imagen de un abdomen perfecto, lleno de cuadritos, aparece proyectada en la pantalla delante de mí. Miro rápido a ambos lados, comprobando que nadie más haya visto eso. Por suerte, estoy prácticamente sola en la sala.

Vuelvo a fijar la vista en la imagen y ladeo la cabeza, admirando ese cuerpo trabajado. Tío… no le ha dado tiempo a buscar esta foto en internet. Ha aparecido demasiado rápido.

Joder.

Este tío se está quedando conmigo. Seguro.

Sin embargo, cuando no juego y no veo ningún mensaje suyo, siento que mi día no está completo.

Genial.

Se está aprovechando de que tiene un cuerpo bonito para hacerme perder, eso sí.

Exhalo una bocanada de aire, irritada.

Y encima le he ayudado sin darme cuenta. Esa sonrisita chula del final del mensaje es una provocación muy clara a mi estupidez.

¿Dónde está tu genialidad ahora, Maddie, eh?

Me pican las manos por contestar algo bien borde.

Por decirle que, si se cree tan dios, no debería necesitar ayuda.

Pero no digo nada.

Cierro el chat antes de que se dé cuenta de que me ha dejado sin respuesta.

Respiro hondo, echo la silla hacia atrás. Luego cojo la mochila y salgo de la sala VIP de The Grid sin mirar atrás.

Fuera hace frío y el aire helado debería ayudar a despejarme la cabeza.

Pero no lo hace.

Porque, por primera vez en mucho tiempo, estoy confundida. No solo por lo que ha pasado en el juego. Sino por lo que estoy sintiendo.

¿Quiero conocer a *IceWarrior*?

El pensamiento me recorre la espalda con un escalofrío raro. A ver, mi experiencia con los hombres nunca ha sido precisamente positiva. Al fin y al cabo, mi padre era un manipulador sin escrúpulos. Y Jordan Miller, el único tío que me ha hecho sentir algo en la vida real, me miró como si fuera invisible.

Entonces, ¿qué coño me pasa ahora?

¿Por qué esa voz molesta en el fondo de mi cabeza susurra que quizá *IceWarrior* sea diferente?

Y, más importante aún…

¿Por qué esto parece tan jodidamente peligroso?



— Tío… en serio, ¿puedes dejar de jugar y prestar atención a lo que están haciendo con tu coche, colega? —gruñe Kyle a mi lado, con los codos apoyados en las rodillas y una cara que significa mierda.

— Solo estaba chequeando a mi reina, ¿vale? Se quedó en off después de que le mandé una foto.

— Vas por ahí mandando nudes a una tía que ni siquiera has visto y ¿querías qué? ¿Una medalla?

La necesidad que tengo de estar entrando todo el rato en este juego por lo menos llamó la atención del gigantón. Ha sido el único que ha notado mi nuevo vicio.

— Nah… podría haber sido otra foto. Pero debe de ser tímida.

— ¿Ahora puedes mirar de una puta vez tu coche? No tengo edad para ser tu madre y mandarte cuidar de tus juguetes.

Levanto la vista y veo al tipo que prometió dejar mi coche reluciente, extendiendo una cera oscura por el capó de mi Audi e-tron GT blanco. Ah, joder… la última vez, el coche se quedó con un tono grisáceo que solo desapareció del todo en el cuarto lavado.

— ¡Eh! —grito, llamando la atención del tío, que me mira como si estuviera interrumpiendo una obra de arte—. ¿Qué coño estás haciendo, tronco?

— ¿Puliendo? —responde, dudando.

— Ya lo veo. —Gesticulo, caminando hasta él y guardando el móvil en el bolsillo trasero de los vaqueros—. Pero ¿puedes hacerlo con la cera correcta? ¿O estás intentando cambiarle el color a mi coche?

El tío parpadea un par de veces y luego mira el capó, dándose cuenta de que lo he pillado en mitad del crimen. Me quedo esperando, con los brazos cruzados, mientras se recoloca.

— La cera no cambia el color del coche —dice, intentando justificarse—. Y esta de aquí es la mejor que tenemos.

— O solo quieres aprovechar para terminar el bote que usaste para pulir la camioneta de mi colega, ¿eh?

Kyle se acerca y señala hacia su coche, ya terminado y aparcado al lado.

— Mi niña está preciosa, por cierto —dice con una sonrisa de sobrado—. Pero nosotros pedimos cristalizado, tío. Te vas a cargar la pintura del suyo.

— ¿Qué está pasando aquí? —Simon, el dueño del sitio, se acerca con cara de pocos amigos. Su mirada recorre mi coche y luego se detiene en el empleado—. Mierda, chaval. Ya te he dicho que cambies la cera cuando trabajes con coches de colores diferentes.

El tipo se rasca la nuca, incómodo, dejándose una mancha oscura de cera en la piel.

— Perdón, jefe.

Yo podría reírme si no estuviera tan cabreado. Lo que no se aplica al gigantón a mi lado, que intenta, sin éxito, contener la risa.

Simon suspira y niega con la cabeza.

— Voy a hacerte un descuento por el fallo y a pasarle la cera correcta. Déjalo en mis manos.

Asiento con la cabeza, todavía cabreado, pero aceptando la solución. Kyle ya ha perdido el interés en el problema y se recuesta contra su propio coche, sacando el móvil del bolsillo.

— Voy a ver si hay novedad en el grupo —murmura mientras desliza el dedo por la pantalla. Un segundo después, frunce el ceño —. Sebs y Austin se han ido a la Kappa.

— Pero ¿hoy no era el famoso "día de las chicas"? —hago comillas en el aire.

Kyle suelta una risita de lado.

— Por lo visto, ya no. Ha tardado, para ser Sebs, en ir detrás de la Heladita.

— Ya es más bien el… "día de los chicos", por lo que se ve — digo con la misma entonación.

Sebastian se sacó esa chorrada de la manga porque no quería quedarse por debajo cuando Winter decidió que quería pasar tiempo solo con sus amigas.

— ¿Tiramos para allá?

— ¿A la Kappa?

— Pues claro. Sebs nos ha abierto el camino. Brooke no va a poder cabrearse porque ella también ha querido ir donde está la fiesta —responde Kyle encogiéndose de hombros.

— No voy a montar un drama diciendo que quería tiempo con vosotros, porque coincido en que allí está la alegría para todo el mundo —sonrío con cara de cabrón.

— Hecho. —Sin más rodeos, subimos a los coches y ponemos rumbo a la Kappa.

En cuanto entramos en la fraternidad, me desconcierta el silencio del lugar. Parece que no hay nadie en casa hasta que escucho risas que vienen de un pasillo lateral. Y, como si hubieran dado el timbre de salida de un internado femenino, vemos chicas brotando por todas partes, charlando animadas entre ellas.

Unos minutos después, aparece nuestro capitán con su novia encaramada a su espalda, igual que Emory y Austin justo detrás.

— Los Gladiadores no tenéis vergüenza, ¿eh? Hoy es noche de cine. Solo chicas. ¿Os han cortado la polla o qué? —pregunta Riley, la Kappa-mayor, con un tono medio cabreado.

— Va, venga, Riley. Ya hemos pasado por esto, ¿eh? Te dije que nunca os negamos una visita, ni siquiera cuando solo hay tíos en la Alpha —Sebastian es quien nos defiende, con su chica subida a la espalda. Da un pequeño impulso con el cuerpo para hacerla saltar un poco y Winter suelta una risita tonta.

Riley niega con la cabeça y luego se dirige hacia la zona del comedor y la cocina. Algunas chicas la siguen, mientras otras suben las escaleras a sus habitaciones.

Mis ojos recorren el menú variado, intentando localizar la habitación que visitaría más tarde, si me quedo el tiempo suficiente como para eso.

Escucho un gritito y, cuando me giro, veo a Kyle agarrando a Brooke por la cintura. Ella se ríe, dándole golpecitos en el pecho a mi amigo, hasta rendirse a alguno de los besos que él va repartiendo por toda su cara. Aparto la mirada, sin querer invadir demasiado su momento.

— Bueno, ¿y qué vamos a comer? —pregunta Austin, aunque ya tiene un cubo de palomitas en la mano.

— Las chicas van a hacer perritos calientes. Paige ya ha repartido las tareas. Nos ha tocado la parte de la limpieza. Así que podemos hacer el vago —responde Emory.

— Cariño, sube a descansar. Estás con la regla —dice Brooke, sentándose en el regazo de Kyle, que ya ha ocupado una de las butacas de la sala común.

— Estoy mejor. No quiero escaquearme de la responsabilidad. Y además quiero escaquearme de la limpieza cuando decidan hacer lasaña otra vez. ¿Te acuerdas de cómo quedó la cocina?

— Pero fue porque Cameron se olvidó de tapar la olla —apunta Winter—. Yo diría que ni ella ni Maddie tienen talento para cocineras —bromea.

— ¡Eh! ¡Os he oído! —grita Cam desde algún sitio. Ha sido una de las chicas que ha pasado por delante de nosotros y se ha ido

hacia la cocina. Luego aparece, vestida con uno de esos pijamitas minúsculos blancos que resaltan el dorado de su piel.

No puedo contenerme y mis ojos siguen las curvas de la diosa en forma de mujer buenorra.

— ¿Sabéis qué? Yo no necesito cocinar. Mi función es estar guapa. Y lo estoy petando.

— Talento innegable, la verdad —asiente Austin, echándose una palomita a la boca—. Pero deberías aprender a ponerle tapa a una olla.

— Y tú deberías aprender a no colarte en la noche de pijamas de las chicas.

— Era necesario. Mi colega de ahí estaba fatal sin su corazón —sigue Austin, el idiota de Prince, con la coña.

— Su corazón está latiendo de maravilla —dice Winter, apoyando la cabeza en el pecho del capitán después de bajar de su espalda.

— Ha vuelto a latir porque está contigo, amor —él recoge el pase de Prince y suelta la perlita. Winter se ríe y tira de su novio para que se siente a su lado en el sofá grande. Ella sube una pierna sobre la suya y él entrelaza los dedos con una de sus manos. Qué escena más cursi, pienso. Y sacudo la cabeza para volver a mi modo normal.

— Joder… ¿en serio que ser así de cursi funciona? — pregunto viendo la escena.

— ¿Tú qué crees? —responde Austin, señalándolos. Luego elige el otro extremo del sofá para sentarse y, sin venir mucho a cuento, tira de Emory para que se siente a su lado—. ¿Estás mejor? ¿De verdad? —Ahora suena preocupado.

Veo a la peque ponerse roja y sonreírle, asintiendo con la cabeza.

Él le devuelve la sonrisa. Y ese gesto lo conozco demasiado bien. Miro a Sebastian, que está demasiado ocupado con su rubita, y luego a Kyle, que parece estar prestando aún menos atención.

Joder.

— Necesito una cerveza —digo al fin.

— Hay en la parte de abajo de la nevera. Cógela —dice una de las Kappas, que está sentada con otras chicas entre nosotros.

No espero a tener otra visión de mis amigos agarrados por las pelotas.

La cocina parece un pandemónium femenino, con chicas cortando panes por un lado, otras poniendo ingredientes sobre la encimera y una pendiente del fuego. Me inclino para ver si hay alguna tapa cerca, solo por curiosidad.

— ¿Qué pasa, Jordan, qué ha sido eso? —pregunta Paige, la pelirroja, echando maíz en una fuente.

— ¿Puedo coger una cerveza, pelirroja? Está jodido ver a las parejitas dándose el lote sin una en la mano.

— Última balda de la nevera, guapo. Luego encárgate de compensarnos, ¿eh? —se ríe y menea la cabeza dándome permiso para invadir.

— Te compenso como tú quieras —digo, guiñándole un ojo de forma descarada mientras agarro la botella. La abro y le doy un trago—. Gracias.

Vuelvo a la sala, ahora con un escudo. Encuentro sitio en el sofá, al lado de la tentación morena.

Me acomodo en el asiento, relajándome, pero me sorprendo mirando cómo Cam trastea con el móvil. Mira hacia la puerta de entrada como si estuviera esperando que entrara alguien. Y dicho y hecho.

La puerta se abre y entra otra chica.

A diferencia de las demás, que parecen súper cómodas en medio del caos, ella camina más despacio, como si no quisiera llamar la atención. La camiseta de manga larga le queda grande para el cuerpo y los vaqueros siguen la misma línea, como si se hubiera puesto cualquier cosa sacada del armario de alguien mucho más grande que ella. Lleva el pelo recogido en un moño medio deshecho y las gafas grandes le cubren buena parte de la cara. Esquiva con cuidado los cuerpos esparcidos por la sala.

Mis ojos la siguen mientras avanza, intentando ser invisible.

— ¡Maddie! Has tardado —dice Cameron en voz más alta, y todo el mundo mira a la chica. Se pone cortada, incluso roja. Noto su incomodidad cuando se recoloca las gafas, que se le habían resbalado por el puente de la nariz.

— Eh, Maddie, ¿qué tal? ¿Todo bien? —una chica inicia una cadena de saludos y ella saluda con la mano, tímida, respondiendo con un tono tan bajo que apenas oigo su voz.

Ya he visto a esta chica antes.

Ni idea de dónde.

— ¡Maddieeee! —aparece Paige y la abraza como si fuera una de sus personas favoritas—. Estamos haciendo perritos calientes. De hecho ya están listos, gente.

— ¡Ay, qué bien! —Cam da un salto y va hasta la chica del jersey, pasa un brazo por encima de sus hombros y se la lleva con ella.

Por lo visto es una de las Kappas, lo cual, seamos sinceros, la hace bastante más interesante que el resto de chicas de aquí. Quería pasar desapercibida, solo que en un sitio de cheerleaders, su moda oversize llama la atención.

— Vamos a comer también. Estoy muerta de hambre — Winter se levanta y tira de Sebastian con ella.

— Estás loca por hincarle el diente a una salchicha, ¿eh, Heladita? Ya sabía yo que el polvo-dulce no era suficiente para alimentarte —bromea Austin, el idiota de Prince, y se lleva un guantazo en la nuca en cuanto Sebs pasa a su lado.

— ¡Cállate, Prince!

Se me escapa una carcajada. Nunca me canso de esa interacción.

Un rato después estamos de vuelta en la sala común. Yo, al menos. Kyle y Sebastian han subido a las habitaciones de las chicas. Y, misteriosamente, Emory y Austin también.

Esto va a explotar de la hostia cuando Caps se entere…

Algunas Kappas tampoco siguen allí, como Cameron y Maddie.

Estoy pensando en largarme a la Alpha y jugar en mi PlayStation cuando recibo un mensaje de texto.

Tía buena del partido contra Detroit:
Eh, gatito. ¿Te apetece subir al segundo piso? Estoy sola en la habitación.

Empecé a apuntar los nombres de las chicas según el partido. Era más fácil recordar quién era quién. El nombre ya lo conseguiría después, de alguna manera.

Yo:
Solo dime la puerta, baby.

Tía buena del partido contra Detroit: Última puerta a la izquierda.

Sonrío al móvil y voy al encuentro del polvo de la noche.

Gloria.

Encaro el pasillo del segundo piso y veo la puerta de la alegría unos metros más adelante. Camino tranquilo cuando una puerta se abre de golpe y una chica se estrella contra mí. Es el baño, y si quedara alguna duda, solo hay que ver cómo está la tía. Una toalla enrollada en el pelo y otra alrededor del tronco, dejando ver muchas cosas.

Tarda unos segundos en encontrar mis ojos. Y cuando lo hace, se me seca la boca de golpe. Joder, qué guapa.

— Perdona… —murmura, con la voz suave, un poco apurada.

— Sin problema, guapa. Si llego a saber que tenía esta vista saliendo del baño, me habría quedado aquí en la puerta esperándote —suelto, dejando que mis ojos recorran su cuerpo.

Doy un paso hacia delante, invadiendo su espacio personal. El rostro tan cerca me despierta un recuerdo.

— Eres la chica del juego de verdad o reto —constato, reconociendo la forma delicada de la cara… y el cuerpo.

Y qué cuerpo.

Mis ojos se deslizan sin vergüenza por la piel aún húmeda de la ducha. Tiene que estar de puta madre para lamerla. Su respiración corta delata que también la estoy poniendo nerviosa. Perfecto.

Recuerdo que salí de aquel sótano cabreado de la vida… pero el peso de mi polla contra los pantalones acaba de provocarme amnesia sobre el motivo.

Lo único que quiero ahora es probar la boca de esta chica.

— ¿Cómo te llamas? —pregunto, porque si alguien lo dijo aquel día, ni me molesté en recordarlo. Probablemente habría guardado su contacto como la tía buena de verdad o reto.

Ella duda un segundo, pero responde:

— Maddie.

Maddie… Maddie… La chica del sudadera enorme.

Joder… Es la empollona que apenas miraba a los lados y parecía intentar camuflarse dentro de su propio cuerpo.

Y está buenísima.

Debería dejarla pasar. Simplemente seguir mi camino porque, al final, ya tenía una noche garantizada.

Pero cuando pasa la lengua por los labios distraídamente, como si estuviera nerviosa…

A tomar por culo.

Si eso no ha sido una invitación, yo ya no sé.

— Entonces… —mi voz sale baja, cargada de intención. Mi cuerpo se inclina hacia ella—. ¿Qué tal si ocupas el sitio de la tía que me ha llamado? Porque, sinceramente, me moría por quedarme parado en tu puerta.

Apenas termino de hablar y su cara cambia por completo.

El rubor bonito de las mejillas da paso a una expresión dura, indignada. Sí, acabo de cagarla.

— Tienes que estar de coña —gruñe, ajustándose mejor la toalla al cuerpo—. Quítate de mi camino.

Antes de que pueda moverme, noto un impacto en el pecho. Me empuja. No me lo esperaba y por eso pierdo el equilibrio. Ahí es cuando cometo el segundo error con la empollona buenorra. Mi mano usa su toalla como apoyo para no caerme, solo que no soy yo el que acaba en el suelo…

Ah, no…

Sino la toalla que tapaba ese cuerpo. Joder.

La chica se queda quieta, totalmente estática, y permanece así unos segundos. Yo le doy las gracias mentalmente porque la vista es un espectáculo. Pechos redonditos, abdomen liso, y el coño…

Es de las que se lo quitan todo y se queda lisita. Joder. ¿Por qué coño he ido a decirle que ocupara el sitio de otra si mi polla se ha puesto dura en tiempo récord y apunta directamente hacia ella?

Estoy salivando, sin tener claro cuál es la siguiente jugada. Ella se acerca muy rápido y cuando pienso que mi suerte ha cambiado es cuando lo noto.

— Ay, joder —el impacto justo en medio de mis pelotas. Doblo el cuerpo hacia delante, notando cómo la dureza de antes se transforma en gelatina—. ¿Por qué has hecho eso?

— ¡Porque me has visto desnuda, cabrón! —Todavía me pega una patada en la pierna antes de coger la toalla y envolverse de nuevo en ella.

— Ha sido sin querer… —balbuceo en voz baja, dejándome caer hacia delante hasta tumbarme en el suelo.

— Sin querer… —repite, con ironía, los ojos echando chispas —. Excusa de mierda.

Sigo doblado en el suelo, intentando recuperar el aire y, sobre todo, la dignidad.

— Joder… ¿tienes idea del daño que puedes haber causado? ¡Esto debería considerarse delito! —suelto entre dientes, masajeando la zona golpeada.

— Ay, pobrecito. —Cruza los brazos, ajustando otra vez la toalla contra el cuerpo—. ¿Invades mi espacio, me sueltas una frase patética y quieres que encima te aplauda?

— Técnicamente, tú me has atropellado primero… —murmuro, aún intentando respirar bien.

Me mira como si quisiera matarme ahí mismo.

— ¿Sabes qué? Te lo tienes bien merecido.

Y entonces, como si el golpe anterior no hubiera sido suficiente humillación, se gira sobre los talones y marcha por el pasillo, pisando fuerte con cada paso.

No me puedo resistir.

Con una sonrisa dolorida, me apoyo en el codo y suelto, lo bastante alto como para que me escuche:

— Estás completamente loca… *Mad* Maddie. Y acabarás pidiéndome un beso.

Se queda rígida un segundo y me mira por encima del hombro.

— Sigue soñando, gilipollas. Yo nunca, jamás… y bajo ninguna circunstancia, voy a querer besar a alguien como tú.

Luego levanta el dedo corazón hacia mí y se aleja con pasos rápidos, pisando el suelo como si quisiera partirlo.

Todavía tirado en el suelo, niego con la cabeza, soltando una risa ronca.

Acabas de dar inicio a la partida, tía.

Desafío aceptado.

Vamos a ver cuánto tardas en suplicar… *Mad* Maddie.



El disco se desliza por el hielo y Sebastian me ve llegar como un cohete. Me mete ese pase azucarado en el momento perfecto.

— ¡Dale con todo, Miller!

Recibo el disco y ni lo pienso dos veces. Salgo disparado, cortando por el medio de la defensa de Wisconsin. Austin viene conmigo, listo para la jugada, y sé que el portero ya está medio vendido.

— ¡Vamos, joder! —grita Austin, empujando al tío que venía pegado a mí contra el cristal. Sonrío de lado y clavo las cuchillas en el hielo para ganar más velocidad.

Aguanto un segundo más, tiro para la derecha y… ¡PUM!

La red se sacude.

¡GOOOOOOL!

La grada entera vibra. Escucho ese grito unísono de la afición que infla todavía más nuestro ego. Los Gladiadores luchan juntos y ganan juntos.

Alzo el stick sobre la cabeza y suelto un rugido por un gol más. Estamos en mitad del partido y Wisconsin no nos está poniendo las cosas fáciles. Estoy girando en celebración cuando veo al gigantón venir desde el fondo y agarrarme por la cintura.

Choco contra el cristal detrás de mí, riéndome a carcajadas con mi colega.

— Ahí está, tío. Más rápido que Sebs convenciendo a la Heladita de repetir el disfraz de Halloween del año pasado. —Prince aparece al lado, sumándose al abrazo torpe por culpa del equipo.

— Cállate, Prince —replica Sebastian, y luego me da un golpe en el casco con una sonrisa—. Buen trabajo, tío.

— ¿Vais a repetir el disfraz? —pregunta Kyle, curioso.

Ese es el nuevo tema de debate entre nosotros: los disfraces para la fiesta de Halloween de la Kappa.

— Y vosotros os reís de mí por ir de Christopher. Mira al don Juan, repitiendo figurita.

— Panda de envidiosos. —Sebastian sacude la cabeza y vuelve al centro. Todos regresamos a nuestras marcas.

El juego se reinicia y Wisconsin viene más agresivo. Empiezan a apretar, obligándonos a patinar hacia atrás y defender.

Y entonces pasa.

Un error en el cambio de línea deja un hueco enorme en la defensa. El dorsal 77 de ellos, un hijo de puta rápido y chulo, se aprovecha y entra cortando por el medio. Le hace un regate seco a Mason, engaña a Kyle en la defensa y chuta fuerte. Nuestro portero ni siquiera llega a ver lo que pasa.

El disco revienta en el poste y entra.

1 a 1.

El ruido de la afición visitante llena la arena. Sebastian patina hacia atrás, resoplando.

— Joder.

Theo golpea el stick contra el hielo, cabreado.

— ¿Alguien quiere defender, hostia?

— ¿Lo preguntas o te estás ofreciendo? —provoca Austin.

Theo solo le enseña el dedo corazón antes de patinar hacia el faceoff.

Al rato, otro gol de Wisconsin hace que el *Coach* Williams grite desde la banda, llamando nuestra atención. Mierda.

— Creo que ha llegado la hora de que vosotros, genios del ataque, hagáis algo.

Theo, que defiende con Kyle, todavía se cree con derecho a hablar:

— Está en tus manos, hermano.

— Defiende bien, joder, y no pasan —Prince suena irritado. Sebastian lo mira sin entender de dónde ha salido aquello. Luego toma su postura de capitán, juntando al grupo:

— ¡Atentos, coño! ¡Estamos todos juntos en esta mierda! Vamos a jugar como es debido.

Nos mira a Austin y a mí.

— En el siguiente shift entramos nosotros y le damos la vuelta a esto. —Le respondemos con un gesto de cabeza y patinamos en busca del disco.

El reloj corre rápido y sabemos que es ahora o nunca.

Kyle recibe el disco en la esquina y yo veo el hueco. Me la pasa y yo corto hacia dentro, engañando a uno de los defensas. Austin está al otro lado, levantando el stick para pedir la jugada.

— ¡Pásala, pásala, pásala! —grita.

Finjo un tiro y deslizo el disco hacia él en el último segundo. El portero se lanza hacia el lado contrario.

Austin golpea fuerte.

¡GOOOOOOL!

El sonido de la sirena llena la arena y la afición explota.

3 a 2.

La arena se viene abajo.

Austin levanta los brazos, riendo, y viene patinando hacia mí. En segundos, todo el equipo está encima de nosotros, gritando y celebrando.

Mason llega deslizándose, riéndose.

El cronómetro llega a cero.

Hemos ganado.

Así es como se hace.

Una hora después, estamos volviendo a la Alpha. Esta noche no habrá fiesta de la victoria porque Halloween es dentro de tres días. Y, además, estamos a mitad de semana y faltar a clase no entra en el menú del *Coach* Williams, que valora las notas de sus jugadores.

Cuando entro en mi cuarto, que por suerte no comparto con nadie —privilegio de ser veterano y mejor amigo de Sebastian Maxwell—, mi móvil vibra en el bolsillo.

Miro la pantalla y sonrío al instante al ver el nombre de mi padre. Casi nunca me llama, pero justo después de una victoria solo puede significar que ha visto el partido.

— ¿Qué pasa, papá? ¿Has visto el partido? —No contengo las palabras; saltan en cuanto atiendo.

El silencio dura un segundo más de lo que debería.

— He visto el marcador —su voz suena seca, sin emoción—. Me ha parecido un resultado demasiado ajustado, ¿no? ¿3 a 2 contra Wisconsin? ¿Un equipo que ni siquiera está tan fuerte esta temporada?

El estómago se me encoge.

— Bueno, ha sido un partido equilibrado. Tienen una buena defensa…

— Tu hermano nunca habría dejado que un partido se quedara tan justo.

Trago en seco. Y empezamos.

— Por cierto, ¿has visto el último partido de Dylan? Cinco puntos solo en el primer período. Arrasó en el hielo. Eso sí es un partido de verdad. Deberías haberlo visto.

Cierro los ojos un instante, presionando los dedos contra el puente de la nariz.

Dylan. Siempre Dylan.

— Entonces está jugando bien, ¿no? —Mi voz sale controlada, como siempre. Como si no me importara.

— "Bien" no. Está dominando. Los Columbus Blue Jackets hicieron un partidazo la semana pasada. Tendrías que haberlo visto.

Yo tendría que haberlo visto.

Lo gracioso es que mi padre nunca pregunta si debería ver los míos. Nunca pregunta nada sobre mí. Nunca menciona una jugada mía. Un pase. Un gol.

Nada.

La rabia me golpea fuerte en el pecho, pero ya he aprendido a tragármela. Siempre me la trago.

— Me alegro.

— Podrías aprender a ser un jugador de verdad con él. Un tío que marca la diferencia en el hielo. No solo alguien rápido que de vez en cuando mete un gol.

Las palabras me impactan como un puñetazo. Un tío que marca la diferencia.

Y entonces me doy cuenta de que, para él, yo nunca seré ese tío.

— Pero no te he llamado por eso. Tu madre me pidió que te contara que Mark va a ser padre otra vez. —Mi madre le pidió que lo dijera… Otra persona que evita hablar conmigo porque también piensa que soy un fracaso.

— Bueno… —Es lo único que consigo decir.

— ¿Ves, hijo? Otro Miller que está siguiendo su camino como padre de familia. La cafetería también está siendo un éxito.

Otro Miller.

A veces pienso que algún día mi padre me va a llamar para pedirme que empiece a usar mi segundo nombre. Que hasta lo haría, si tuviera uno. Pero él se negó a poner Smith delante de Miller. Le dijo a mi madre que no pegaba y por poco no le hizo quitárselo también a ella.

Activo mi modo avión mental y lo dejo hablar sin escuchar una sola palabra. Aparto el teléfono de la oreja y lo pongo en manos libres, respondiendo solo con “ajá”, “qué bien” y “es verdad”.

Me cambio de ropa, poniéndome un pantalón de chándal y la camiseta de tirantes blanca con la que siempre duermo, y cojo el portátil antes de sentarme en la cama.

— Bueno, eso es todo, Jordan. Cuídate, chico. Buenas noches.

— Buenas noches, papá. Dale un beso a mamá de mi parte. —Aunque no pudiera coger el teléfono para hablar conmigo, la echaba de menos.

Respiro hondo cuando la llamada termina. Y estoy a punto de entrar en modo hijo rechazado cuando escucho la notificación que alegra mis días.

***GhostQueen*:**
¿Listo para la batalla, guerrero?

Suelto una risita floja, sintiendo cómo mi humor mejora al instante.

***IceWarrior*:**
Siempre preparado para ti, mi reina. Con mi espada bien en alto.

No consigo evitar el doble sentido. Aún no era verdad, porque necesito más mensajes suyos para resucitar al guerrero de ahí abajo. Pero con ella no iba a tardar mucho.

***GhostQueen*:**
Presumido. Espero que estés listo para perder esta noche.

***IceWarrior*:**
Solo pierdo cuando me arrancas la ropa del cadáver virtual.

Ella responde con un emoji de ojos en blanco.

Sonrío y abro el juego. Empezamos una nueva partida y, durante unos minutos, consigo desconectarme de toda la mierda. El sonido de la batalla llena el cuarto mientras mi personaje avanza junto al suyo por el mapa.

***GhostQueen*:**
Estás muy callado hoy. ¿Ha pasado algo?

Mis manos vacilan sobre el teclado.

¿Cómo coño hace para darse cuenta siempre?

Nunca le he contado nada personal. Nunca le he dicho nada de mi vida más allá de las chorradas de siempre.

Y, en realidad, ¿por qué lo haría ahora?

Si estuviera en la Alpha, sentado en el sofá con Austin, Kyle y Sebastian, ya sé lo que pasaría. Soltaría algún comentario sobre el partido, quizá una broma sobre cómo mi padre nunca habla de mí, solo de Dylan.

Y ellos responderían exactamente como siempre: "Pasa de él. Tu padre es un gilipollas."

Porque lo saben. Saben que esto pasa desde hace años. Saben que me compara desde que era un crío. Y aun así, cada vez que lo oyen, se cabrean como si fuera la primera.

No tengo fuerzas para traer el tema otra vez con ellos. Y por más que intenten convencerme de que él está equivocado, mi cabeza de hijo sigue buscando esa aprobación.

Pero *GhostQueen*…

Ella no sabe nada.

No tiene ni idea.

Y quizá por eso mis manos empiezan a escribir.

***IceWarrior*:**
Nada, solo mi padre siendo él mismo. El mismo discursito de siempre. El hijo prodigio y el hijo… bueno, yo.

Silencio. Su personaje se queda quieto en el juego, como si se hubiera distraído.

Entonces llega la respuesta.

***GhostQueen*:**
¿Hijo prodigio?

***IceWarrior*:**
Mi hermano. Es atleta profesional. Un puto crack. A mi padre le encanta restregármelo en la cara.

Dejo el cursor parpadeando, preguntándome si debería seguir. Si tiene algún sentido desahogarme con alguien a quien solo conozco virtualmente.

Antes de que pueda pensármelo mejor, ya estoy escribiendo.

***IceWarrior*:**
La verdad es que, para él, nunca voy a ser suficiente. Da igual lo que haga, lo rápido que corra, lo mucho que lo intente… nunca voy a acercarme ni un poco.

Esta vez tarda en contestar.

***GhostQueen*:**
¿Eso pasa desde hace mucho?

Suelto una risa sin humor.

***IceWarrior*:**
Desde siempre. Desde que tengo memoria.

Otro silencio. Y, por fin, aparece el mensaje.

***GhostQueen*:**
Tu padre es un idiota. Pero sé lo que es querer la aprobación de alguien. Y que, por más que hagas de todo… nunca llega.

Joder. La tía entiende exactamente lo que me está pasando por la cabeza.

***IceWarrior*:**
Por lo visto tenemos mucho más en común que la cantidad de soldados, ¿eh?

***GhostQueen*:**
Hablando de soldados… Ahora mismo tengo más territorio.

Sonrío de lado, sabiendo que está esperando mi reacción.

***IceWarrior*:**
Por poco tiempo.

Ella no responde enseguida, y aprovecho el momento para pinchar un poco más.

***IceWarrior*:**

Estoy hecho de hielo y adrenalina, mi reina. Pero puedo subir la temperatura si quieres.

La bolita de escritura aparece y desaparece un par de veces. Como si estuviera eligiendo las palabras con cuidado.

***GhostQueen*:**
Siempre piensas que puedes ganarme.

***IceWarrior*:**
No lo pienso. Lo sé.

***GhostQueen*:**
Debes de ser muy creído en la vida real.

Suelto una risita por la nariz. Si ella supiera…

***IceWarrior*:**
Solo contigo.

Esta vez, la respuesta tarda un poco más. Pero cuando llega, no decepciona.

***GhostQueen*:**
Entonces espero que tengas aguante para seguirme el ritmo.

Algo se me aprieta en el pecho. No de una forma mala, sino diferente.

No sé quién es. No sé dónde vive, qué hace, ni si algún día la voy a conocer en persona. Pero, de alguna forma, ya forma parte de mi rutina.

Y por más que sea alguien que no me conoce, que no espera nada de mí, aun así ha demostrado que le importa. Lo más loco es que yo siento lo mismo por ella.

***IceWarrior*:**
¿Y si te digo que ya te sigo el ritmo desde hace bastante?

***GhostQueen*:**
Entonces sigue. Vamos a ver hasta dónde aguantas.

Sonrío solo, apoyando la cabeza en el cabecero de la cama.

Puede que ella no sepa nada de mí.

Pero, de algún modo, es exactamente lo que necesito.



— Vas a meter ese palito lleno de pelos dentro de mi ojo, Cam —me quejo, intentando apartarme, pero Cameron sujeta mi cara como si fuera una muñeca de porcelana.

— Para ser una genia sin lámpara, usas términos muy equivocados para hablar de mi maquillaje, ¿eh?

— No soy genia. Solo tengo el CI por encima de la media, nada más. Y ahora mismo estoy más preocupada por que hayas decidido hacerte oftalmóloga de última hora y me claves ese bastón en el globo ocular que por ponerle nombre a ese cacharro.

— Qué asco… —murmura, pero por fin afloja el agarre en mi cara—. Solo te estoy dejando más guapa.

Antes de que pueda contestar, la puerta de la habitación se abre y Emory entra, con el pelo aún húmedo de la ducha, envuelta en una toalla.

— ¿Está pasando una sesión de tortura aquí? —pregunta, dirigiéndose a la cómoda para coger un cepillo del pelo.

— Experimentación científica —respondo con tono serio—. Y pronto serás tú. Así que prepárate.

— Puro drama. —Cameron pone los ojos en blanco—. Solo estoy intentando que esta chica acepte que un poco de rímel no

mata a nadie. ¿Y tú? —le pregunta a Emis. Sí… lo sé. Raro, pero me he hecho amiga de mi otra compañera de cuarto—. ¿Vas a querer ayuda con esas pestañas postizas?

— Ah… hum… no sé. Primero voy a intentarlo a mi manera, y si no me sale, te digo, ¿vale?

— A su servicio, milady —canturrea Cam, con un acento inglés que no le pertenece. Su sonrisa deja claro que está de coña.

Emory suelta una risita baja y luego coge el secador para empezar su tortura particular. Digo "tortura" porque odio secarme el pelo.

Minutos después ya llevo puesto el disfraz que este año me empeñé en elegir. Al menos parte de él, porque Paige, nuestra vicepresidenta, opina y mete mano en todos.

Pero me ha gustado el resultado.

Llevo una minifalda de cuero, medias de red y botas negras de caña alta, un top debajo de una chaqueta de cuero llena de tachuelas. Y, para rematar, un maquillaje lo bastante cargado como para asumir otra identidad en medio de la multitud.

Y no… no dejé que mi mejor amiga pusiera las manos en mi pelo. Ya es un desastre de fábrica.

— ¡Listo! He terminado —anuncia Cam, quitando las manos de los ojos de Emis después de ponerle las pestañas postizas.

— Tía, en serio… deberías especializarte en algo que tenga que ver con ojos, porque esa fijación tuya… da miedo —digo en tono sarcástico.

Ella me saca la lengua y yo dejo escapar una risita baja.

— Os quejáis, pero os encanta mi don. Ahora, señorita Maxwell, tráigame esa boquita tan mona para que le ponga el pintalabios.

Antes de que pueda protestar, ya tiene la cara atrapada entre las manos de la morena. Emis reniega y luego se rinde. O eso, o cambiar su disfraz de ninfa del bosque por el de payasa.

De repente, nuestra habitación es invadida por Paige, vestida de Cleopatra, y Riley, en una versión de general romana sexy. Las dos se acercan a la cama de Cam y empiezan a probarse otros accesorios que puedan combinar con sus disfraces.

Menos mal que mi amiga ya se había puesto todo lo que quería, pienso.

Cameron es la que más brillo lleva de las tres, con su disfraz de diosa de la noche. Se arregló más rápido que un cohete en cuanto dijo que quería ayudarme. Todo para jugar a las muñecas conmigo. Puedes quitarle la Barbie a la niña, pero no puedes quitar a la niña que lleva una Barbie dentro. Pero aún tenía que terminar su maquillaje, así que yo asumí la tarea de ayudar a Emory a colocar los adornos de ramitas en el pelo.

Estoy justo en eso cuando la oigo resoplar. Murmura algo y, cuando me doy cuenta, ya estoy pegada a su cuello, viendo el correo con el archivo que programé para que llegara justo ahora.

Necesitaba mantener una coartada perfecta.

— ¿Qué pasa, Emis? —pregunta Cam, preocupada.

— Nada… solo… un e-mail que no quiero abrir ahora.

— Creo que aún voy a tardar un poquito con tu pelo, si quieres distraerte, siéntete libre —digo, cogiendo una ramita, con una horquilla entre los dientes, mientras separo un mechón de su pelo.

Ella tarda un poco más revisando el contenido del e-mail, soltando una exhalación áspera. Decido ayudarla con una pista. Envié el archivo en un formato que iba a necesitar contraseña, justamente para que la gente equivocada no tuviera acceso fácil.

A veces se me olvida que estoy lidiando con personas que no forman parte de mi mundo.

— Es un archivo .ENCX… necesita contraseña —revelo, intentando sonar natural. Pero noto que he metido la pata en el instante exacto en que se le tensa el cuerpo.

— Eh… ¿cómo lo sabes?

— ¿No lo sabías? —Paige, que está a punto de tener tortícolis de tantas cosas que se cuelga del cuello, es la que abre la boca—. Maddie es como la gata de los ordenadores por aquí. Siempre ha arreglado todo de todo el mundo.

— Tampoco es para tanto… —Aclaro la garganta y vuelvo a la tarea de poner más ramas para hacer un bosque en el pelo de Emis.

— Maddie solo sabe lo básico, Paige. Ni que fuera para tanto. Que tú no sepas reinstalar un programa no significa que otra persona no pueda —Cameron me salva. Le hago un ligero gesto con la cabeza, cerrando los ojos en un parpadeo largo a modo de agradecimiento.

— Ya… puede ser. Aun así, me ha salvado mil veces —la pelirroja asiente, y enseguida el tema de los disfraces de Sebastian y Winter se vuelve más interesante que mi conocimiento de archivos sospechosos. Respiro aliviada.



Nunca he sido de hacer entradas teatrales en las fiestas. En realidad, aprovechaba la altura de Cameron para seguir el flujo y solo aparecer cuando me sentía menos incómoda con las miradas. Digamos que ser arrastrada por ella de un lado a otro me ha dado el hábito de soportar incluso las bromas más atrevidas de algunos tíos.

Quizá mi miedo inicial a tanta atención tenga que ver con la pésima experiencia que tuve cuando era camarera en el Bar 213. Vete tú a saber.

Pero esta noche acabé siendo la primera de nuestro grupo en bajar las escaleras. Fue puro instinto de supervivencia, ya que ir unos pasos por delante me dejaba lejos de los interrogatorios de Emis.

Ella no podía saber que yo era la que estaba ayudando a su familia a descubrir los crímenes de su abuelo. Sería sacar a la luz secretos que deberían quedarse enterrados.

Cam sugiere que vayamos hacia la barra, donde Brooke y Kyle estaban dando un espectáculo aparte. Ella tenía habilidad, mientras el novio intentaba seguirle el ritmo. No lo conseguía y parecía más bien un desastre a punto de romper todas las botellas. De todas formas, era divertido de ver.

Theo detiene a Emory en mitad del camino y nosotras seguimos adelante, hasta que… me quedo clavada en el sitio.

Tenía una mínima esperanza de que los Gladiadores no estuvieran todos allí encaramados en la barra como si la hubieran elegido de punto de encuentro. Pero mi vida nunca ha sido una cuestión de suerte.

Allí estaban Sebastian y Winter con sus disfraces repetidos de hada y don Juan; Austin, que parecía una versión de Kristoff de Frozen; y… mi infierno particular, Jordan Miller, disfrazado de… ¿Jack Frost?

Tiene que serlo. El pelo plateado, el bastón y la sudadera sencilla lo hacen parecerse exactamente a la peli de animación 3D que vi hace mucho tiempo.

Siento a Cam empujarme suavemente, giro el cuello hacia ella con la mirada perdida. Y como si supiera exactamente lo que está pasando por mi cabeza, se adelanta, tirando de mi mano.

Nunca le he confesado nada sobre Jordan Miller. Pero la morena tiene un sexto sentido que me vuelve loca. Avanza un poco más.

— ¿Quieres que coja la carta y eliges desde aquí? — pregunta, dejando claro que entendía todo lo que me estaba pasando por la cabeza. Asiento.

Ella se acerca a la barra y se inclina entre Austin y Jordan. Los dos miran automáticamente su culo. Resoplo hacia un lado, disgustada. Hombres. Me acerco queriendo, de algún modo, proteger a mi amiga. Los idiotas apartan la vista, dándose cuenta de la grosería.

— Un poquito, ¿no, nena? ¿Qué te ha llevado tanto tiempo? Ya casi estabas lista cuando bajé —Brooke le está hablando a Cam justo cuando me planto a su lado.

— Esa hadita de ahí. ¿La ves? —señala a Emis y cuenta lo difícil que fue maquillarla, comparándola conmigo. Suelto una risita baja.

— Y eso que hace años me rendí en la batalla contra la fuerza de la naturaleza que es Cameron Ross —respondo en tono burlón.

— ¿Es hada de algo? ¿En plan el rollo de Campanilla y sus amigas? —pregunta Austin, curioso.

— Qué puesto estás, ¿eh, Prince? Pero no, no tiene nada que ver. Es solo una elfa —responde Cam.

— ¿Y cuál coño es la pareja de ese disfraz? —Prince sigue con el interrogatorio y quien lo viera desde fuera juraría que está cabreado.

— Tal vez un elfo, ni idea…, pero Theo la ha cagado si quería ir a juego con ella viniendo de pirata.

Giro el cuerpo viendo al defensa hablar con Emis y pongo a prueba mi teoría.

— Pero está buenorro… eso no se puede negar —digo, dando un sorbo al cóctel que Cam me acaba de pasar. Era el caldero de bruja que nos gustó el año pasado y estábamos deseando repetir. El humo del hielo seco le daba un encanto especial. ¿Quién diría que ginebra, zumo de zarzamora con trocitos de arándano sería una combinación tan perfecta, eh?

— ¿Habéis bebido en la habitación? —pregunta Brooke, mirándome como si fuera una aparición. Echo un vistazo rápido a la cara de Prince y luego miro a Cam, que sonríe abiertamente, notando que acabo de confirmar nuestra teoría sobre el interés del Gladiador en la bailarina—. Porque… ¡Madre mía! Han metido a alguien dentro del cuerpo de Maddie y se han olvidado de avisar.

— ¿He dicho alguna gilipollez? —me encojo de hombros y giro sobre los talones, equilibrándome en el tacón de la bota.

— No, tía. Y tienes toda la razón. Theo Rodrigues puede que no sea la pareja de disfraz de Emis, pero fijo que hacen una pareja perfecta debajo de la calavera. —Cam me lanza una miradita cómplice.

— Yo también puedo ser tu pareja debajo de la calavera. A lo mejor te enseño a besar, *Mad* Maddie —la voz grave y ronca está tan cerca que siento el calor en la cara. Doy un paso hacia atrás de inmediato.

La reacción de mi cuerpo es la peor de todas. El recuerdo de lo que pasó la última vez que estuvo tan cerca. Ese cosquilleo que sube inesperadamente por el interior de mis muslos, y la humedad que brota de mis pliegues diciendo "ya fue la braguita", me deja descolocada unos segundos.

"¿Quieres ocupar el lugar de la otra?" —Las palabras que me hicieron salir del trance y luego aquello…

El hijo de puta tiró de mi toalla y me puso ese apodo de mierda.

Entorno la mirada mientras aprieto la mandíbula con tanta fuerza que podría oír el crujido de los dientes.

— Prefiero besar a la calavera, gracias. —Cojo del brazo a Cam y la arrastro lejos de allí antes de cometer un homicidio doloso con todos los agravantes, porque lo mío sería exceso de medio empleado y con regodeo en la tortura.

La fiesta sigue y, después de otros calderos y pociones de veneno de vampiro, estoy suelta y sintiendo nubes bajo los pies.

Estoy bailando con algunas Kappas en el centro de la sala común, con los ojos cerrados, moviendo las caderas al ritmo de Havana de Camila Cabello.

Cameron estaba en algún rincón con un jugador de fútbol americano. O con dos… no sé muy bien si estaba viendo doble o si de verdad había desaparecido con dos tíos. En fin… Cam siendo Cam.

— Me está mirando… Ay. Dios. Mío. ¡Por fin voy a agarrar ese palo! —una de las chicas dice demasiado entusiasmada a mi lado. Mis ojos siguen la dirección y, cuando me doy cuenta, estoy devolviéndole la mirada a esa sonrisita presumida que me ha afectado más de lo que me gustaría admitir. Mierda.

Jordan alza el vaso, que prácticamente desaparece entre sus manos enormes. Una imagen se forma en mi cabeza, en la que esos dedos gruesos rodean mi cuello. Mi mano va directa a la zona y la saliva se me hace difícil de tragar.

De repente, un calor me sube por el pecho, trepando por el cuello. La chaqueta de cuero se convierte en un peso insoportable sobre mis hombros. Así que me la quito, torpe, mientras sujeto el vaso. Después, la lanzo hacia el sofá. Si desaparece, que le den. Paige la pilló en uno de esos mercadillos de segunda mano solo para completar mi disfraz.

Él no puede afectarme de esta manera. Necesito mantener el control. Empiezo un mantra para que mi mente le enseñe a mi cuerpo idiota que ese tío es peligroso. Más aún para mí, que solo he besado a dos tíos en la vida. Y desaparecieron cinco minutos después. Debo besar como el culo.

Me arriesgo a mirar por encima del hombro y allí está el Gladiador, con una sonrisa llena de malas intenciones. Jordan Miller debe besar muy bien. Sus labios, dibujados en la proporción perfecta para su cara, son extremadamente invitadores.

¿Qué coño estoy haciendo?

Él mantiene el foco en mí, recorriéndome de arriba abajo sin una pizca de vergüenza. Mi cabeza gira demasiado rápido hacia el lado, queriendo escapar de ese maldito hechizo que me ha lanzado.

Tiene que ser algún tipo de hipnosis, no hay otra.

— ¡Eh, Maddie! ¡Vuelve aquí, gata! —Paige, que ya se ha quitado la peluca de Cleopatra, me llama, tirando de mi brazo para que vuelva a bailar.

Mi idea inicial era huir, pero… se me ocurre algo mejor.

Eso. Planazo. Volver a disfrutar de la fiesta como estaba, demostrando que me da igual el sujeto irritante que… que me vio desnuda… Ay, Dios.

Miro las luces parpadeantes del techo, completamente avergonzada ahora. Luego observo la copa que sigo sujetando y me la bebo de un trago. Mi bebida será mi refugio.

Empieza otro tema y decido mandar el mundo a la mierda. Echo una ojeada de nuevo hacia la dirección prohibida y ahora, además de él, hay otro tío del equipo a su lado.

Suspiro, agotada.

Estoy tan cansada de esconderme.

En el juego de la vida, solo sobrevivo un día a la vez, asumiendo identidades que no son mías. Pero aquí, en esta fraternidad en la que jamás pensé encajar, estoy viviendo momentos en los que puedo ser yo misma. Por eso, invadida por una valentía que nunca he tenido, me dejo llevar al sonido de Low de Flo Rida, T-Pain.

El ritmo es rápido, pero lo bastante sugerente como para que las chicas empiecen a seguirme en un movimiento de caderas que baja hasta el suelo. Subo la cadera de golpe, sacando el culo hacia atrás, dándole una vista privilegiada al Gladiador.

Elevo los brazos por encima de la cabeza y deslizo las manos despacio por el canal de mis pechos, que están juntos gracias al relleno del top negro.

Mis ojos suben para comprobar si el público estaba cautivo y, adivina…

Sí… ahí está. Ahora con una expresión distinta. Está serio, siguiendo mi mano, que sigue bajando por mi abdomen. Veo el momento exacto en que su lengua pasa por el labio inferior y sus dientes se clavan justo donde yo querría morder.

Cuando estoy cerca de la cinturilla de la minifalda, subo las dos manos, elevando mi pelo y dejando la nuca al aire. Vuelvo mi atención al círculo de chicas y parecen alucinadas conmigo. Me encojo de hombros. Normalmente nadie recuerda lo que pasa en estas fiestas, no iba a ser hoy la excepción.

Pero, solo para no declarar ninguna guerra con la chica que estaba emocionada con las miradas de Jordan hacia ella, decido parar el show y alejarme. Ella es la que puede soñar con una estancia en su cama, al fin y al cabo. Y es exactamente eso lo que todos ellos buscan: chicas de una noche, sin complicaciones. Algo que yo nunca voy a ser.

Hace una noche fría, pero aquí dentro, además de la calefacción, tenemos calor humano de sobra. Tengo la garganta seca

y beber agua parece la mejor opción para bajar la temperatura que está en plena ebullición por dentro.

El camino es un pasillo ancho, con algunas salitas, siendo una de ellas el despacho de Riley. Paso junto a algunas personas que, milagrosamente, me saludan. Muchas de esas caras las veo todos los días en la uni, pero nunca me ven.

En un abrir y cerrar de ojos, ya no estoy en el pasillo. Me tiran de la mano hacia un lado: una figura alta, con sudadera, pelo plateado y un bastón en la otra mano. Ay, mierda.

Entramos en la cocina de la mano. Hay poca gente allí para presenciarlo pero, aun así, me llevo una mano a la cara, como si eso pudiera protegerme. Él abre la puerta de la lavandería que, para mi desgracia, está vacía.

Lo veo girar la llave en la cerradura y empujar mi cuerpo contra la puerta. Luego apoya una mano justo encima de mi cabeza, inclinando el torso para que su cara quede a la altura de la mía.

— Listo, *Mad* Maddie. Lo has conseguido. Tienes toda mi atención.

— ¿Q-qué? —pregunto, sin entender. A ver, está muy cerca de mí, y mi cerebro simplemente se derrite cada vez que eso pasa.

— ¿No era lo que querías? Bailando así para mí. —Sus dedos se deslizan por el lateral de mi brazo desnudo. Mi útero hace un mortal carpado invertido en el acto. Noto su atención bajar hacia mi pecho. Trago en seco—. ¿Sabes cuántas veces me la he cascado esta semana pensando en estas tetas? —Mientras habla, su caricia baja de mi brazo al costado de mi pecho izquierdo.

Siento los pezones endurecerse y mi excitación escurriéndose directamente a la braguita… o a las medias de rejilla, teniendo en cuenta que Cam me hizo elegir un trozo de tela que apenas cubre mi pubis.

— Yo no estaba bailando para ti… —mi voz sale en un hilo casi inaudible.

— ¿A quién quieres mentirle, bombón? ¿A mí o a ti? —Su nariz roza la lateral de mi cara, bajando hasta mi cuello. Deja un

beso húmedo justo debajo de mi oreja y se me eriza la piel entera—. Apostaría a que te pusiste mojadita moviendo ese culo bien alto, sabiendo que te estaba mirando.

— N-no me puse —tartamudeo, mis pulmones olvidando cómo se respira.

— Otra mentira… —chasquea la lengua contra el paladar, y siento la vibración directamente en el estómago—. Eres una pésima mentirosa, *Mad* Maddie.

Ah… si él supiera.

Se ríe, un sonido bajo, cargado de malicia. Mis dedos se cierran en puños a los lados del cuerpo, sin querer. Debería apartarlo. Debería decir algo. Pero mi cerebro está demasiado ocupado registrando el calor de su cuerpo pegado al mío.

— ¿Sabes lo que debería hacer ahora? —Su boca se acerca a la mía, el aliento caliente provocando escalofríos.

— ¿Qué? —susurro, sin aire.

— Enseñarte a no jugar con fuego.

Y antes de que pueda responder, sus labios toman los míos, calientes, exigentes, rebosando una seguridad irritante. Y yo… cedo.

El sabor de él explota en mi boca, una mezcla fuerte y provocadora, como un desafío que me hace querer devolver el golpe. No besa despacio. Sus dientes rozan mi labio inferior antes de atraparlo, y mi cuerpo responde demasiado rápido. Mi centro se contrae aún más y me es imposible evitar que una pierna roce la otra. Percibo su sonrisa contra mis labios. Joder.

Pero no consigo controlarlo, es más fuerte que yo. Estoy entregada al momento.

La piel me hormiguea. Las rodillas se me vuelven de gelatina. Mi corazón, traidor, se dispara con latidos frenéticos.

Mierda. Esto es bueno.

El calor de su lengua se desliza contra la mía, y un escalofrío recorre mi columna como una descarga eléctrica, parando directamente entre mis piernas. Mi cuerpo receptivo se derrite, pide en silencio más, y odio eso.

Odio aún más el hecho de que mis manos, en vez de empujarlo, se deslicen hasta sus hombros, agarrándose a ellos como si fueran mi ancla.

Él lo toma como permiso y se vuelve aún más exigente. Acto seguido, su mano derecha baja hasta mi culo, apretándolo con fuerza, y la otra alcanza uno de mis pechos, acariciándolo justo lo suficiente como para provocar una catástrofe entre mis piernas. Estoy perdida en el torbellino de sensaciones que da vueltas en mi bajo vientre.

Pero entonces… mi mente grita: ¡Presta atención, Maddie! ¿Quién es este tío que te está devorando, loca?

Es uno de los jugadores de hockey más mujeriegos del campus. Hay una lista interminable de chicas que quieren lío con él. Yo soy simplemente… yo.

La chica que vive en las sombras por un motivo, mientras él vive bajo los focos. No puedo seguir con esto. Es una locura.

El mínimo de juicio reaparece como un puñetazo en la cara y rompo el beso, jadeando. Sus ojos brillan, los labios hinchados por lo que acabamos de hacer. Y sonríe.

Una sonrisa de victoria.

El impulso es inmediato. Mi orgullo herido ruge, exigiendo revancha.

— Hmm… —mi voz sale ronca, entrecortada, pero consigo forzar una sonrisa—. Besas bien, te concedo ese mérito.

Sus ojos se entornan, interesado.

— Lo sé… también soy muy bueno en otras cosas. Basta con que digas que sí y te lo enseño.

Inclino la cabeza ligeramente, como si lo estuviera considerando.

— Presumido, ¿no? —Sonrío—. Pero en el juego de la vida, la velocidad no siempre gana.

Antes de que pueda procesar mi juego de palabras, mi mano abre el pestillo y alcanza el picaporte. Paso la lengua despacio por mis labios para que su atención se quede ahí. Y entonces lo empujo

para que se tambalee hacia atrás, contando con el factor sorpresa, y abro la puerta de golpe.

La luz de la cocina me da de lleno y salgo corriendo para escapar, disparada, sin mirar atrás.

Pero su voz me alcanza, cargada de diversión y con una amenaza velada:

— Corre todo lo que quieras, *Mad* Maddie…, pero yo dejo la velocidad en la pista. Fuera de ella, tengo paciencia y juego hasta ganar.

Ay, mierda…

Acabo de entrar en un juego que no sé si puedo ganar.



Mi cuarto, a veces, es demasiado pequeño para mi reinado en este puto juego adictivo. ¿Quién diría que yo, que tiraba más para el Fortnite, acabaría obsesionado con discutir diplomacia, conquistar territorios y comandar ejércitos, eh?

La mejor hora es siempre cuando cada uno ya está en su rincón. Solo nosotros cuatro tenemos habitación propia dentro de la Alpha, en el último piso.

Así que aquí estoy, mirando las últimas actualizaciones que han pasado porque dejé el juego abierto.

Frosthold, mi imperio, es una tierra helada que gobierno desde que empecé esta campaña, en junio.

Mis vasallos están relativamente leales, mi ejército va en ascenso, y mis alianzas… bueno, estoy trabajando en eso.

Un día cometí la estupidez de preguntar cómo coño *GhostQueen* había conseguido asumir el territorio de Valderia, al lado del suyo, sin contar con su ejército. Ella simplemente reveló que había casado a la hija de uno de sus duques con el príncipe heredero. Después, entendió que yo acababa de abrir la puerta para que me enseñara a jugar. El último mensaje en nuestro chat lo deja claro:

***GhostQueen*:**

Si te casaras con la hija del Lord de Duskwatch, te garantizabas un ejército naval respetable.

El chat parpadea en la pantalla.

Ella.

Es rara la sensación que se expande en mi pecho cada vez que veo nuestro chat. El corazón me late más rápido, ansioso.

Me recuesto en la silla, una sonrisa tirando de mi boca al ver el mensaje.

***IceWarrior*:**
Hmm… ¿o sea que necesito una esposa?

La respuesta llega rápido.

***GhostQueen*:**
Lo que necesitas es un cerebro. Pero sí, un matrimonio es una jugada inteligente, mi querido emperador.

Pongo los ojos en blanco. Mi imperio está creciendo precisamente porque soy un estratega. Vale, que algunos de sus consejos me han ayudado, no lo voy a negar.

***IceWarrior*:**
¿Y quién dijo que necesito una alianza cuando puedo tomarlo todo por la fuerza?

Esta vez tarda un poco más en responder. Me la imagino mordiéndose el labio, decidiendo entre un comentario sarcástico y un argumento lógico.

Cuando el mensaje aparece, yo ya estoy sonriendo.

***GhostQueen*:**
Pfft. La fuerza es para bárbaros. La diplomacia es para reyes inteligentes.

Me río por lo bajo, tamborileando los dedos en la esquina del portátil. Ella siempre contraataca.

Siempre me desafía.

Siempre encuentra la forma de convertir el juego en algo más interesante.

Igual que cierta chica.

Una chica que normalmente lleva gafas grandes y sudaderas anchas, como si quisiera esconderse del mundo.

Pero que, en las fiestas, especialmente en la última de Halloween…

Estaba distinta.

Nada de sudadera gigante. Nada de gafas pesando en la cara. Nada de capas de ropa escondiendo el cuerpo. Estaba ahí, con un micro top y una falda de cuero, con esas malditas tetas jugosas que yo ya tenía registradas en mi cabeza como una foto viva desde aquella noche en el pasillo.

La chica que siempre pasaba desapercibida decidió que, esa noche, iba a ser una maldita tentación.

Y yo caí.

Caí en el momento en que arrastré su culo a la lavandería. Cuando la apreté contra la pared y la provoqué hasta ver cómo se le encendían las mejillas. Y luego…

Luego la besé.

Y ella correspondió.

No fue solo un beso. Fue el beso. Fue la puta de una guerra declarada y ganada al mismo tiempo.

Hasta que salió corriendo.

Un jaque mate inesperado. Un error de cálculo.

¿Podría haber ido detrás de ella?

Claro.

Pero sé cuándo recular.

Tenía que cambiar la estrategia, igual que ahora.

Mi atención vuelve a la pantalla del portátil y, antes de darme cuenta, ya estoy escribiendo.

***IceWarrior*:**
¿Diplomacia, eh? Está bien, *GhostQueen*. Vamos a ver quién consigue la mejor alianza primero.

Ella responde en segundos.

***GhostQueen*:**
Espero que no elijas a alguna plebeya insignificante. Sería un desperdicio de potencial.

Se me arquea una ceja, divertido.

***IceWarrior*:**
Oh, tengo muy claro lo que quiero.»

Espero unos minutos para dejarla ansiosa. Y entonces…

***IceWarrior*:**
Acepto.

***GhostQueen*:**
¿Aceptas qué?

***IceWarrior*:**

Tu propuesta de matrimonio.

***GhostQueen*:**
Espera… ¿en algún momento te hice una propuesta?

***IceWarrior*:**
Lo has dicho tú. Hiciste la sugerencia solo para que yo te pidiera en matrimonio, mi reina. Lo sé. Puedes confesar.

Joder. Pagaría por ver su cara.

Su silencio se extiende más de lo normal.

GhostQueen nunca tarda tanto en contestar, lo que solo puede significar dos cosas: o está eligiendo las palabras con cuidado, o está considerando nuestra unión.

La comisura de mi boca se curva en una sonrisa lenta.

Cuando la respuesta por fin aparece en pantalla, no decepciona.

***GhostQueen*:**
Demasiada arrogancia para un hombre que acaba de perder la mitad de su ejército por culpa de rebeldes.

Suelto una risita corta.

A ella le gusta provocar. A mí me gusta provocarla de vuelta. Pero, al final del día, los dos sabemos que somos la mejor dupla de este juego.

Y *IronClaw* ha sido un problema tanto para mí como para ella. El cabrón se ha infiltrado en nuestras regiones, ha sembrado desconfianza entre nuestros vasallos y, sinceramente, estoy cansado de aguantarlo.

Si queremos destruirlo de una vez por todas, necesitamos algo más grande. Algo definitivo.

Tamborileo los dedos sobre la mesa.

***IceWarrior*:**
Deja de ser tan terca. Juntos tendríamos un ejército al que nadie podría enfrentarse. Seríamos una dinastía para la historia de este juego. *IronClaw* estaría acabado en cuestión de días.

Ella tarda un poco más esta vez. Puedo imaginármela mordiéndose el labio, sopesando opciones, decidiendo si vale la pena provocarme o simplemente aceptar la jugada.

Y, por fin:

***GhostQueen*:**
Hmm… ¿un matrimonio por conveniencia? Tendría que considerar los beneficios.

***IceWarrior*:**
¿Beneficios? ¿En serio? Nunca he hecho sexo virtual, pero siempre hay una primera vez.

***GhostQueen*:**
Ni de coña, idiota.

La risa se me escapa descontrolada con su respuesta rápida. Ah… mi reina. No le des armas al enemigo.

***IceWarrior*:**

Ya tendrás el beneficio de gobernar a mi lado, futura esposa. Cualquier extra, solo puede ser sexo.

***GhostQueen*:**
Demasiada confianza para alguien que acaba de ofrecerse en matrimonio. Y… ni siquiera he dicho que quiera.

Pongo los ojos en blanco, riendo. Puede jugar lo que quiera, pero al final va a aceptar.

Y entonces, aparece el mensaje en la pantalla:

GhostQueen ha aceptado tu propuesta de matrimonio.

IceWarrior y *GhostQueen* ahora gobiernan juntos los Reinos de Frosthold y Ravenmere.

— Jaque mate, princesa.

Antes de que pueda escribir nada más, un nuevo mensaje surge en el chat.

***GhostQueen*:**
Ya que estamos casados ahora… necesito saber sobre tu vida pasada.

Pausa. Frunzo el ceño, flipando con lo que viene. Ella puede ver mi historial, solo tiene que abrir la pestaña de mi emperador.

***GhostQueen*:**
¿Has tenido muchas novias?

— ¿Qué? —suena en voz alta, la confusión rebotando por mi cuarto.

Parpadeo un par de veces para asegurarme de que he leído bien.

Eso… no tiene nada que ver con el juego.

Tardo más de lo habitual en procesar y, en nada, ya estoy sonriendo a la pantalla, los dedos suspendidos sobre el teclado. Ella quiere saber de mí.

Y *GhostQueen* nunca pregunta nada sin un motivo.

Mis dedos se deslizan perezosos sobre las teclas antes de responder.

***IceWarrior*:**
Depende. ¿Qué consideras "novia"?

Tarda dos segundos en llegar la respuesta.

***GhostQueen*:**
¿En serio? ¿Ahora te vas a hacer el difícil?

Sonrío. Ah, está picada.

***IceWarrior*:**
Solo intento entender los criterios. Si consideras "novia" a cualquier chica con la que salí más de una vez, entonces quizá algunas. Pero si es en el sentido romántico, cursi, enamorado…

Hago una pausa dramática, esperando su reacción.

***IceWarrior*:**
Entonces, cero.

La respuesta llega casi al instante.

***GhostQueen*:**

Pfft. Claro que sí.

***IceWarrior*:**
Venga ya, ¿me ves como el tipo que manda flores y escribe poemas?

***GhostQueen*:**
No. Me pareces más del tipo bruto, la verdad.

Me río. Me entiende mejor de lo que debería.

***IceWarrior*:**
Parece que ya tienes todas las respuestas, entonces ¿para qué preguntas?

Silencio.

Espero, curioso. Esto está tomando un rumbo raro, pero muy interesante.

Al poco, aparece un nuevo mensaje.

***GhostQueen*:**
¿Cómo se sabe si has besado bien?

Mi sonrisa se apaga un segundo antes de volver con más fuerza.

No me esperaba eso.

Mis manos se detienen sobre el teclado y suelto una risa baja.

Esa pregunta tiene implicaciones muy, muy interesantes.

***IceWarrior*:**
¿Lo preguntas por experiencia propia, *GhostQueen*?

Por un segundo me quedo solo mirando la pantalla, la sonrisa aún pegada en la cara.

¿De verdad ha preguntado eso?

Pero antes de que pueda escribir nada más, un nuevo mensaje parpadea.

***GhostQueen*:**
A la mierda. Olvida que he preguntado.

Ni de coña.

Me inclino hacia delante, los dedos volando sobre el teclado.

***IceWarrior*:**
Ahora que has soltado la bomba, ¿quieres huir? Eso no suena muy justo.

Ninguna respuesta.

Sonrío.

***IceWarrior*:**
***GhostQueen*, si estás teniendo una crisis existencial por un beso, creo que necesito saber los detalles para dar un veredicto justo. Al fin y al cabo, estamos casados ahora, ¿recuerdas?**

Nada.

***IceWarrior*:**

¿Fue tan malo así?

Sigue sin contestar.

Suelto un suspiro y me paso la mano por el pelo. Vale, voy a ir con calma.

***IceWarrior*:**
Ok, hablando en serio. ¿Cómo quieres saber si fue bueno o no?

Esta vez, la respuesta llega.

***GhostQueen*:**
No sé, solo… ¿cómo se sabe?

Mis ojos se quedan fijos en la pantalla. Leo más de una vez porque nunca he respondido a nada parecido.

Dudo, pensando qué fue lo que hice yo cuando me gustó el beso de una chica.

***IceWarrior*:**
¿Él gimió?

El tiempo entre mi pregunta y su respuesta es lo bastante largo como para hacerme reír.

Y entonces llega la respuesta:

***GhostQueen*:**
¿Qué tiene que ver si gimió o no?

***IceWarrior*:**

Pues… si el tío gimió, es una buena señal.

Pausa.

Decido picarla un poco más.

***IceWarrior*:**
Por cierto… estamos hablando de un tío, ¿no? ¿O te van las chicas?

Tarda. Mucho. Y joder… me pongo ansioso porque me entra de golpe unas ganas tremendas de sentir su beso. Malo o no. Mi esposa es inteligente y tengo la impresión de que aprende rápido, por si necesita clases.

Pasa un minuto que parece una eternidad… y nada todavía. Mierda.

Estoy a punto de insistir cuando por fin aparece la respuesta:

***GhostQueen*:**
Fue un tío.

Y luego, una pausa aún más larga. Joder… esta tía me está torturando.

***GhostQueen*:**
Y… creo que sí que gimió.

Alzo una ceja. ¿Cree?

Absorbo su respuesta con una sonrisa.

Él gimió.

O, por lo menos, ella cree que gimió. Lo que plantea una cuestión todavía más interesante: no está segura.

Eso solo puede significar dos cosas: o no tiene mucha experiencia, o el beso no fue gran cosa.

Y por algún motivo, esa segunda opción me encanta. Puedo besarla algún día para dejarla sin suelo. Y me voy a acordar de gemir, por cierto.

***IceWarrior*:**
Si "crees", entonces es que no. Estoy a tu disposición cuando quieras aprender a besar de verdad, mi reina.

La respuesta aparece rápido.

***GhostQueen*:**
Sigue soñando, guerrero. Y pensándolo bien… sí que gimió. Solo que parecía un pulpo y mi cabeza estaba demasiado ocupada como para analizar sonidos.

Levanto una ceja, sintiéndome desafiado. Ahora quiero encontrar a mi esposa para borrar cualquier recuerdo de otro tío de su mente. Dejo de escribir justo en el instante en que empiezo a teclear para preguntar quién es el gilipollas.

¡Joder! ¿Desde cuándo soy posesivo con una chica? Qué locura.

Debe de ser el reciente matrimonio el que me ha liado la percepción de la realidad.

Borro con cuidado, evitando la tecla "enter", y mantengo nuestro nivel de provocaciones.

***IceWarrior*:**
Hmm… interesante. ¿Entonces fue intenso?

***GhostQueen*:**

Estoy empezando a pensar que quieres detalles.

***IceWarrior*:**
¿Y no debería?

Ella tarda un poco, pero llega una respuesta inesperada.

***GhostQueen*:**
Hablas como si fueras especialista. ¿Qué es lo que te hace un gran conocedor del arte de los besos, *IceWarrior*?

Ah, esto es fácil.

***IceWarrior*:**
Además de la práctica? Coordinación. Control corporal. Reflejos rápidos.

Y entonces, meto la pata.

***GhostQueen*:**
¿Reflejos rápidos para captar si cambió el gemido? Me estoy riendo fuerte.

***IceWarrior*:**
Para captar si la gata quiere ir más allá, princesa. Es complicado no ser rápido cuando se te lanzan para que las cargues.

***GhostQueen*:**

¿Cargarlas? ¿En serio? ¿Eres tan fuerte?

***IceWarrior*:**
Soy atleta, mi reina. Tengo que tener fuerza.

Ay, joder.

Tardo medio segundo en darme cuenta de la cagada que acabo de soltar. Pero ya es tarde.

El mensaje de ella aparece casi al instante.

***GhostQueen*:**
***IceWarrior* es atleta. Estoy en shock.**

Pongo los ojos en blanco.

***IceWarrior*:**
¿Qué pasa? ¿Esperabas a un viejo barrigudo jugando desde un sótano oscuro?

GhostQueen:
Seguro que esperaba más cerebro que músculos.

La risa se me escapa antes de poder contenerla. Ella realmente no tiene ni idea de quién soy.

Y, por algún motivo, me gusta.

***IceWarrior*:**
Bueno, ahora que somos una pareja poderosa, creo que eso da igual. Nuestro matrimonio va a equilibrar fuerza e inteligencia.

***GhostQueen*:**
Pfft. Nuestro matrimonio es puramente estratégico. Tú duermes en el establo.

***IceWarrior*:**
Y tú piensas demasiado.

La conversación sigue unos minutos más, provocación tras provocación, hasta que decido cerrar con broche de oro.

***IceWarrior*:**
Si quieres, puedo enseñarte a besar bien.

El silencio dura exactamente cuatro segundos antes de que aparezca la respuesta.

***GhostQueen*:**
Prefiero besar a un caballo.

Me echo a reír, negando con la cabeza. Pero ya tengo lista mi provocación final.

***IceWarrior*:**
Bueno… si lo comparas con mi polla, se puede decir que, en realidad, prefieres besarme a mí.

El chat se queda mudo. Ninguna respuesta.

Y entonces:

***GhostQueen*:**
Pervertido.

Sonrío.

***IceWarrior*:**
Te casaste conmigo.

Ella tarda.

***GhostQueen*:**
Vete a dormir, *IceWarrior*.

***IceWarrior*:**
¿No quieres un beso de buenas noches, esposa?

***GhostQueen* ha salido del chat.**

Ah… joder. Esto ha sido divertido.

Cierro el portátil y me tumbo en la cama, mirando el techo.

Mi mente debería estar centrada en los entrenamientos. En los próximos partidos. En todo lo que de verdad importa.

Pero, en vez de eso, ¿qué es lo que se mete en mi cabeza?

Dos chicas.

Mad Maddie. La empollona borde que se esconde detrás de gafas enormes y sarcasmo. Que tiene una forma de irritarme y provocarme que me deja siempre queriendo más.

GhostQueen. La estratega afilada que no agacha la cabeza ante nadie y que, de alguna forma, siempre me gana en este juego

de provocaciones.

Una me desafía cara a cara, enfrentándome con miradas asesinas y respuestas afiladas. La otra me pincha desde la pantalla, escondida detrás de un nickname.

Pero, de alguna forma, las dos son lo único que ocupa mi mente.

Suelto un suspiro.

¿En qué momento empecé a interesarme por tías con cerebro?



Llegué tarde.

Por primera vez en mi vida, me quedé dormida y no conseguí levantarme a tempo. E por quê?

Porque me quedé repasando el beso. Aquel maldito beso que me quitó el suelo, el juicio y, por lo visto, mi capacidad de levantarme en cuanto sonó la alarma.

Mierda.

Pero… ¿será que él gimió?

Juro que no me acuerdo.

Joder. Mis otros sentidos estaban todos a flor de piel, captando los estímulos intensos de aquellas manos grandes y encallecidas que sabían exactamente dónde y cómo apretar. A eso se le sumaban los labios hambrientos que se movían con precisión, siguiendo una melodía provocadora y seductora.

Podría jurar que el ritmo obedecía a una frecuencia pervertida, escuchada solo por los amantes.

En ese momento, me vi embelesada con la forma en que Jordan conducía nuestro beso con maestría.

Si alguien gimió aquella noche, seguro que fui yo.

Me muerdo el labio inferior en automático, recordando la textura suave de su boca deliciosa. Sé que huí, aturdida. Sé que amenazó con venir detrás de mí…, pero no vino.

Ahí surgió la duda. Todos los otros tíos desaparecieron y nunca más me buscaron. Lo mismo pasó con él.

Su misión en la lavandería era desestructurarme por haberle llevado la contraria con sus bromitas de ligón. Y también por la patada en las pelotas. Seguro que por la patada.

Jordan estaba devolviendo el golpe a la altura.

Ay, Dios. Necesito ayuda especializada.

¿Por qué carajo fui a preguntar justo a ese idiota de *IceWarrior*?

Ah… ya sé.

Porque si se lo preguntaba a Cameron, ella me llenaría de preguntas para las que todavía no estoy lista. Algunas cosas se vuelven reales cuando las dices en voz alta. Reconocer que Jordan Miller me afecta es una de ellas.

Ok. No necesito decirlo en voz alta para que sea real. Ya lo es. Pero tampoco necesito reforzar mi decadencia para el universo.

Por eso, la persona que parecía más cualificada era él.

Extrañamente, confío en ese cabrón. Sus provocaciones de doble sentido muchas veces han sido lo mejor de mi día monótono.

La forma en que habla siempre indica que es un tío confiado. Dentro del juego, yo también lo soy. Pero entonces reveló que era atleta.

Me sorprendió.

La confianza de él se irradia hacia la vida real… a diferencia de mí.

Atleta…

Pero, ¿qué tipo de atleta?

Ya he jugado contra varios adversarios y nunca tuve interés en conocer a ninguno. Nunca hice alianzas. Nunca interactué mucho tiempo. Mucho menos hablé de algo de mi vida real.

Estoy teniendo varias primeras veces con ese guerrero.

Debe de pensar que soy una completa idiota ahora.

La chica que vive detrás de una pantalla y que ni siquiera sabe dar un beso decente.

Suelto un suspiro aburrido.

Por fin, llego a la puerta del aula.

Y la clase ya empezó.

Mierda.

El Dr. Daniel Horvath odiaba los retrasos tanto como odiaba las mezclas mal hechas.

El estudio de la universidad estaba con la puerta entreabierta y, antes de entrar, me apoyo en el marco y echo un vistazo dentro. El ambiente es el de siempre: paredes cubiertas de espuma acústica negra, monitores de audio repartidos por la sala y una enorme mesa de mezclas en el centro, donde algunos alumnos trabajan concentrados.

Al otro lado de la sala, de pie, con la expresión ceñuda de siempre, Horvath analiza una pista que suena por los monitores.

Yo sabía que había perdido mi turno en el estudio. Mi horario se lo dieron a otro alumno.

Respiro hondo y entro.

— Turner, qué milagro que te dignas a aparecer —la voz grave del profesor me hace temblar de una forma nada buena.

Todas las miradas caen sobre mí.

Resisto las ganas de encogerme. Lo peor que alguien puede hacer delante de Horvath es demostrar debilidad. Por más débil que me sienta en la situación actual.

— Mi alarma no sonó, profesor.

Él alza una ceja.

— Qué conveniente. Ya que no te tomaste la molestia de aparecer a la hora correcta, puedes volver a casa. No hay nada más que puedas hacer aquí.

Aprieto los labios y bajo la mirada, sabiendo que unas simples excusas no van a servir.

Joder.

Me doy la vuelta y voy directa hacia Ethan, que estaba en un rincón de la sala trasteando con la agenda del estudio.

— Necesito reprogramar un horario. —Él me mira y luego echa un vistazo a la pantalla del ordenador—. Por favor.

Pongo mi mejor cara de pobrecita.

— Está todo lleno hasta el viernes. Hay un hueco libre… a las cinco de la mañana.

¿Cinco de la mañana?

¿Hasta él se enfadó porque llegué tarde… o qué?

Estoy a punto de protestar, pero me trago la indignación. Mejor eso que nada.

— Apúntamelo, ¿sí? —Fuerzo una sonrisa.

Ethan teclea rápido y asiente.

Sin nada más que hacer allí, cojo la mochila y salgo.

En cuanto estoy en el pasillo, empiezo a pisar fuerte a cada paso, descargando la irritación en mí misma.

Joder. Catarina, Natália, Amélia, Laura, Madison y… Madeline.

Repito todos los nombres por los que he pasado, insultándome mentalmente en cada una de mis versiones. Dejo para el final el nombre que nadie me llama desde hace años.

A veces… solo a veces… me gustaría volver a escucharlo.

Maddie fue lo máximo que conseguí rescatar, justo a través de la amiga que el destino me dio.

Salgo del edificio de Bellas Artes y cruzo el jardín que lleva hasta la biblioteca. Cam estaba allí estudiando, y yo podía quedarme con ella hasta la hora de comer.

No veo mucha gente por aquí. Quizá porque este camino es más largo y, seamos sinceros, a nadie le gusta caminar tanto con este frío.

A mí sí.

Sigo despacio, metiendo las manos en los bolsillos del abrigo.

Mi abrigo de lana gris oscuro me llega a mitad de muslo, bien cerrado para contener el frío que ya avisa de que el invierno está cerca. El tejido suave contrasta con los vaqueros negros ajustados, que se pegan a mis piernas. En los pies, mis botas de cuero negro hacen ruido a cada paso sobre las hojas secas.

Las gafas se me resbalan un poco por la nariz y empujo la montura hacia arriba con el dorso de la mano.

Suelto un suspiro profundo, siguiendo el sendero que lleva hasta un pequeño templete de madera. En verano está lleno de gente, pero ahora, con el frío, está vacío.

Pienso en atajar, pero un tronco grueso y antiguo, justo en medio del camino, llama mi atención. El roble enorme tiene la corteza llena de grietas y parece llevar ahí siglos. Una plaquita de metal clavada en el tronco lo confirma: 1867.

Me apoyo en el árbol y suelto otro suspiro.

Fue un error quedarme dormida. Ahora voy a tener que esperar hasta las cinco de la mañana para usar el estudio. Cinco. De. La. Mañana.

¿Qué tipo de persona funcional se levanta a esa hora?

Echo la cabeza hacia atrás, golpeando suave contra la corteza del árbol. El silencio a mi alrededor es casi absoluto.

Casi.

De repente, noto que hay otra persona allí.

El peso de una mirada. El olor inconfundible de un perfume amaderado mezclado con el frío de la mañana.

Y entonces, una voz baja y arrastrada suena a mi lado:

— ¿Por qué siempre estás huyendo de mí, *Mad* Maddie?

Mi cuerpo se queda rígido.

Mierda.

Jordan.

La presencia masiva que hace que el espacio a mi alrededor parezca más pequeño… mucho más pequeño.

Giro la cara despacio y me lo encuentro allí, apoyado casualmente en el árbol, como si hubiera estado observándome todo el tiempo.

Recorro su cuerpo con la mirada, sin poder evitarlo. Lleva una sudadera azul marino que marca el pecho ancho y los brazos fuertes incluso con el tejido grueso. Las mangas están remangadas hasta los codos, revelando los antebrazos definidos y las muñecas anchas. Él. Tiene. Las. Muñecas. Anchas.

Grito en mi mente.

Claro que las tiene. ¿Acaso se me ha olvidado el tamaño de esas manos?

Mi inspección continúa, siguiendo las venas marcadas que suben por el brazo hasta los puños, escondidos en el bolsillo de los vaqueros oscuros.

Quizá ha llegado el momento de pedir cita con el otorrino, porque últimamente tengo problemas constantes para tragar. Existe la terrible posibilidad de que tenga las amígdalas inflamadas.

Cuando recupero un mínimo de raciocinio coherente, subo la mirada y vuelvo a perder el aliento al encontrarme con esos ojos rasgados. Todo en él es perfecto. El pelo despeinado, la sombra de barba que empieza a salir, esa maldita boca llena, extremadamente invitadora.

Jordan me mira, sonriendo con malicia, como si ya supiera el efecto que tiene sobre mí.

— M-me has asustado. —No sé por qué tartamudeo.

Él alza una ceja, la expresión llena de diversión contenida.

— Ah, perdón. ¿Quieres que te avise la próxima vez?

No necesito aviso. Necesito distancia.

Cierro los ojos y respiro hondo. A ver si privándome de la visión consigo volver a pensar.

— No hace falta. Y… —Abro los ojos, más decidida—. Y… no tengo motivo para huir de ti.

Él suelta una risita baja que vibra en mi oído y me provoca un escalofrío por toda la columna.

— Si no recuerdo mal… —Veo cómo su mano sube hasta la altura de mi cara y aparta un mechón de mi pelo detrás de mi oreja. Sus dedos rozan mi mejilla y ese escalofrío se convierte en pequeños temblores—. No fue lo que pareció en la fiesta de Halloween.

Ay, mierda.

— Yo solo… bebí demasiado esa noche —disparo, demasiado rápido, sin pensar—. Me mareé y tuve que salir corriendo al baño.

Jordan me mira y la comisura de su boca se inclina hacia arriba en una sonrisa que me entran ganas de golpear.

— Claro. El famoso mareo repentino —dice, con la voz cargada de ironía—. Mareadísima.

Cruzo los brazos, esforzándome por mantener la pose. No puedo mostrar debilidad.

— Sí. Eso mismo. Pasa siempre cuando alguien bebe demasiado.

Él mueve la cabeza despacio, como si saboreara cada una de mis palabras, cada mentira cutre que le suelto.

— Mentirosa… —Se me tensa todo el cuerpo al oír la palabra acusadora. Jordan mantiene la sonrisa presuntuosa, lo que me descoloca aún más—. Huiste porque estabas mojadita por mí, *Mad* Maddie. Admítelo de una vez —su voz baja y perezosa me hace sentir calor de repente. Mucho calor.

Trago en seco. Maldito.

— Te crees demasiado, Miller.

— Y tú mientes fatal, Turner.

Debería reírme. Pero el que se ríe es él, moviendo la cabeza despacio. Su mirada sigue clavada en mí, desafiándome, desarmándome.

Necesito salir de aquí. Necesito cortar esto antes de que se dé cuenta de que me estoy derritiendo solo con el recuerdo de lo que pasó en esa maldita lavandería.

— De todas formas, sabías dónde estaba.

Jordan levanta una ceja, interesado.

— ¿Ah, sí?

Pongo los ojos en blanco.

— Me viste salir. Sabías que me había ido a mi cuarto.

La sonrisa de él se ensancha. Peligrosa.

— ¿Eso es una invitación para que, la próxima vez, suba a tu cuarto sin permiso?

El aire desaparece de mis pulmones.

Mi boca se abre, pero ninguna palabra sale.

Maldito. Maldito. Maldito.

El problema no es la pregunta. El problema es la forma en que lo dice, la confianza descarada, como si ya supiera la respuesta.

Y quizá la sepa.

— ¡No! Claro que no —consigo decir, con la voz un poco más débil de lo que me gustaría.

Él da un paso hacia delante. Yo doy uno hacia atrás.

Pero mis movimientos están limitados por el roble detrás de mí. No tengo a dónde ir. Ay, Dios. Estamos igual que en aquella lavandería.

Jordan se da cuenta y se inclina, apoyando una mano en el árbol, cerca de mi cara. No me está tocando, pero está lo bastante cerca como para que todo mi cuerpo entre en modo alerta.

— Entonces, si no estás huyendo por culpa del beso… —su voz es baja, soplando cada palabra contra mi piel—. Dame una prueba.

Mi respiración se corta.

— ¿Qué prueba?

— Esta.

Y antes de que pueda reaccionar, me besa.

El mundo entero desaparece.

El frío. La mañana. La Universidad de Míchigan deja de existir.

Todo lo que queda es él.

El calor de su boca, el sabor de él en mi lengua, la forma en que me acerca más, como si quisiera borrar cualquier espacio entre nosotros.

Mi cuerpo responde antes de que mi cabeza procese nada. Mis dedos se aferran a la capucha de su sudadera, tirando de él hacia mí.

Los labios de Jordan toman los míos sin dudar, firmes, calientes, exigentes. Besa como si tuviera todo el tiempo del mundo, como si supiera exactamente lo que me está haciendo.

Y lo sabe.

La forma en que sus manos se deslizan hasta mi cintura, pegándome más a él, no deja dudas.

Debería estar pensando en parar. En frenar esto antes de perder totalmente el control. Pero cuando siento el desliz lento y certero de la cremallera de mi abrigo bajando centímetro a centímetro, mi cerebro se apaga.

Solo llevo una camiseta térmica debajo, lo que es prácticamente nada.

El aire frío de la mañana roza mi piel primero, pero enseguida es sustituido por el calor de sus manos. Grandes. Firmes. Posesivas.

Mi respiración se entrecorta cuando sus dedos se extienden sobre mi torso, deslizándose sobre el tejido fino de mi camiseta. Y luego… suben.

El contacto caliente y directo contra mis pechos me arranca un gemido entrecortado contra sus labios. Jadeo, respirando con dificultad. Él no aprieta de inmediato. No se acelera. Solo siente, provoca, explora.

— ¿Quieres que pare? —murmura contra mi boca, con la voz ronca, cargada de algo que no sé definir.

Mi cabeza debería decir sí.

Pero todo mi cuerpo grita no.

Y él se da cuenta.

Jordan sonríe contra mis labios antes de capturarlos de nuevo, más hambriento, más profundo. Sus pulgares dibujan círculos lentos y torturantes justo sobre mis pezones. El calor sube, se expande, se adueña de mí.

Mis manos aprietan sus hombros sin que yo me dé cuenta. Mi cuerpo ha renunciado a cualquier resistencia.

Deslizo los dedos hacia su nuca, queriendo sentir su piel caliente. Arrastro las uñas despacio, dejando un rastro suave por su cuello. Entonces oigo… un gemido ronco, bajo, y automáticamente la que sonríe esta vez soy yo.

IceWarrior, hijo de puta.

Mi valentía crece y me animo a hacer algo más atrevido. No sé cuánto tiempo tendré el interés del jugador de hockey, y quizá este sea el momento de aprovechar antes de que mi corazón se meta en el juego. Por eso, bajo las manos, apretando y sintiendo los músculos de sus brazos, desviando hacia su torso, justo encima del cinturón del vaquero. Un dedo se cuela por debajo de la sudadera, luego otro. Al poco, mis manos rodean su cintura, tocando la piel caliente.

Estoy en una expedición en la que el cuerpo de Jordan Miller es mi gran aventura.

Otro gemido. Esta vez más alto. Mis manos se deslizan hacia abajo, sobre la tela vaquera, con la intención de comprobar si su culo es tan perfecto como los comentarios innecesarios de algunas Kappas.

— Joder, Maddie. ¿Quién eres hoy? —Abre los ojos, buscando una respuesta en mi cara.

— Alguien que puede desaparecer, jugador. Así que aprovecha. —Él muerde el labio inferior y asiente con la cabeza, confirmando que sí, que va a aprovechar.

Sus manos se vuelven más audaces, y siento un pellizco en la punta de mi pezón.

— Jordan… Ah… —El sonido iba a salir más alto, pero él me calla con otro beso voraz. Dejo que mi mano suba de nuevo por

debajo de la sudadera y siento las hendiduras perfectas de las fositas sobre su culo duro. Un atleta perfecto, con músculos marcados y fuertes.

¿Será que mi actual marido emperador también es así?

— ¿Vas a salir corriendo al baño otra vez, o vas a dejar que descubra lo mojada que estás?

No tengo ni idea de lo que está planeando, pero quiero echar raíces junto a este roble.

— No voy a ninguna parte.

— Perfecto.

En ese instante, desabrocha el botón de mis vaqueros y su mano se desliza hasta mi coño, colándose milagrosamente en un espacio demasiado pequeño para su palma.

— Toda mojadita, bombón. Respóndeme, *Mad* Maddie… ¿eres golosa?

Esta charla está muy fuera de lo que estoy acostumbrada, y nada de esto viene explicado en los libros que suelo leer. El arrepentimiento es una mierda. Debería haber leído las novelas de Cameron.

Él se mueve arriba y abajo por mi vulva, tocando desde el clítoris hasta mi entrada. Mi corazón late frenético, en anticipación, mientras mi excitación aumenta más y más.

Dios. Ayuda. Acabo de ser abducida por extraterrestres, porque me están metiendo mano por primera vez en el jardín del campus.

La sensación de su toque rudo, por los dedos encallecidos, provoca un roce delicioso en mi piel sensible, mientras mi propia humedad facilita el movimiento.

— ¿Qué significa "golosa"? —pregunto, necesitando un poco de teoría.

— ¿Cuántos dedos quieres, princesa? —susurra, lamiendo mi boca.

— Hum… —Intento pensar, pero el roce ahí abajo no ayuda nada—. Eres bastante grande y los dedos van…

— Mi polla es mucho mayor. Pero como hoy no la vas a conocer, nos quedamos solo con un dedo. —Y su última frase coincide con el momento en que desliza un dedo dentro de mí. Clavo las uñas en su zona lumbar por instinto y él aspira el aire entre dientes, conteniendo el gruñido. ¿Se habrá enfadado?

Cuando alzo la mirada, lo veo sonriendo.

— Eres una gatita arisca —concluye—. Me está encantando esta versión.

Entonces, empieza un vaivén suave y, poco a poco, me voy acostumbrando a la invasión. Su pulgar pasa a frotar mi clítoris, siguiendo el mismo ritmo.

Su boca está en mi cuello, besando con avidez la zona. La coordinación espectacular me hace preguntarme si no tocará algún instrumento musical, porque habilidad, desde luego, tiene.

Tiene ritmo.

Sigue una secuencia de movimientos.

Consigue ser perfecto en cada sitio.

Un cosquilleo agradable sube por el interior de mis muslos, concentrándose en mi centro. Siento mi musculatura interna contraerse una, dos, tres veces… hasta que pierdo la cuenta.

— Tu coño está estrujando mi dedo, bombón. Prometo que, cuando sea mi polla, voy a entrar despacio, porque eres pequeña, princesa. Pero cuando me tengas entero dentro, voy a follarte fuerte.

Mi imaginación se va por un camino que no sé de dónde sale. Veo con claridad a Jordan detrás de mí, tirando de mi pelo y follándome por detrás. Es justo entonces cuando siento otra contracción, ahora más intensa, en mi canal, que me lanza al abismo.

— Jordan… —susurro, dejando escapar sonidos de aprobación desde la garganta.

— Déjalo venir, princesa. Correte aquí para mí. Correte en medio del campus, sabiendo que en cualquier momento alguien

puede aparecer —ordena y suelta la bomba que cae directa entre mis piernas.

Me invade una sensación única, que explota en mi vagina, se expande hacia todos los lados y reparte placer por cada fibra de mi cuerpo.

De repente se me aflojan las piernas y prácticamente me siento en su mano, que sostiene mi cuerpo con una facilidad insultante. Me siento ligera, y mis extremidades dejan de responder. Brazos y piernas han perdido la fuerza, pero la saciedad que los domina es indescriptible.

Joder. Si esto es un orgasmo, necesito urgentemente descubrir cómo hago para tener uno de estos todos los días.

No es que nunca hubiera tenido curiosidad por sentir placer. La tuve. Pero mi vida, desde que empecé a dar señales de madurez sexual, se volvió demasiado complicada. Nunca tuve tiempo para relajarme y disfrutar del momento. Vivir en alerta veinticuatro horas al día me robó muchas cosas… como conocer mi cuerpo hasta el punto de sentir un orgasmo.

La Universidad de Míchigan está siendo un antes y un después en mi existencia. Aquí he dejado que otras personas entren en mi vida. Me he permitido divertirme como una persona normal. Y, por último, me he permitido ser tocada por un jugador de hockey apoyada en un roble.

Joder.

— Eh… Maddie, ¿estás bien, princesa? —La voz preocupada de Jordan es tan dulce. En cuanto abro los ojos y recupero el control de mis brazos, los alzo y cojo su cara entre mis manos.

— Mejor que bien. —Entonces le doy un besito en los labios, que él toma como invitación para dar otro y otro.

— Yo me quedaría aquí…, pero tengo que ir a clase — confiesa cuando nuestras bocas se separan.

¿Clase…? ¿En serio?

Vino hasta aquí para sacar tajada y luego desaparecer como todos los demás.

— Está bien. —Suspiro, sabiendo que esto podía pasar. Un orgasmo con la empollona. Un reto cumplido. Una retirada sobre la mesa.

— ¿Por qué te pusiste así?

— ¿Así cómo? —pregunto, evitando mirarlo.

Él tira de mi cara con el índice hasta que mis ojos se cruzan con los suyos.

— Princesa, todavía tengo tu coño en la mano. No me mientas, que puedo hacer cosas terribles contigo. —Aprieta la zona solo para marcar su punto y yo suelto un jadeo como respuesta.

Le agarro la muñeca e intento sacarla de ahí. Él no se deja. Joder.

Suelto el aire con firmeza antes de soltarlo todo de golpe:

— Has hecho esto aquí y ya te vas. Entendí que se acabó y está todo bien, ¿vale?

— De verdad tengo clase, Maddie. Y si no fuera por la entrega de un trabajo oral, me quedaría contigo. Y no… esto no se ha acabado.

Es entonces cuando caigo en lo obvio que está a un volumen considerable justo frente a mí. Claro que no se ha acabado. Suelto un largo suspiro cansado.

— Entiendo.

Él saca la mano de mi pantalón, abrochando el botón en seguida. Después le toca el turno a mi abrigo.

— No. No entiendes. Porque, sinceramente, ni yo mismo entiendo. Así que deja de sacar conclusiones precipitadas, ¿ok? —Me da un besito en la mejilla mientras termina de cerrar el abrigo—. ¿A dónde ibas?

— A la biblioteca —respondo, desconfiada.

— Tiene sentido… —Me mira de arriba abajo—. Pero estudias música. Eso es…

— ¿Diferente? —Le doy la respuesta que he oído muchas veces. Empezamos a caminar, saliendo de la escena del crimen.

— También. Pero iba a decir: interesante. Eres una chica interesante, *Mad* Maddie.

— Y tú estás loco, ya que has decidido que quieres follarte a la nerd de la Kappa —digo en voz alta lo que mucha gente va a pensar.

— Yo diría afortunado. Porque nadie ha descubierto lo que escondes ahí debajo. Solo yo. Y también que cuando gimes parece que estés cantando.

Me quedo de piedra en el acto.

— Y-yo no canto. Toco el piano y otros instrumentos, como la guitarra. Pero no canto.

— Una pena… me encantaría escucharte.

— Ya.

— Ahora sí que tengo que irme. —Levanta mi mano y le da un beso. Es cuando me doy cuenta de que hemos ido caminando de la mano.

¿Qué?

— Dame tu número antes. —Lo veo sacar el móvil y abrir la agenda de contactos. Escribe *Mad* Maddie. Típico.

Recito los dígitos con voz de robot.

— Te voy a mandar un "hola". Luego quiero ver cómo guardas mi número, ¿eh? Puede ser algo tipo: "el más bueno" o "delicioso". Tú eliges. —Me lanza una guiñada descarada y se aleja, echando a trotar hacia el edificio de Administración.

Si de verdad tiene una presentación oral, puedo descubrirlo fácilmente. Pero… el pinchazo de esperanza de tener la atención de uno de los Golden Boys del campus es tan bueno que no quiero comprobarlo.

Solo por hoy, quiero exprimir al máximo esta sensación de saciedad. No quiero decepcionarme. Aún no.



South Quad Dining Hall. El lugar donde los hombres crecen, evolucionan y aprenden el verdadero significado de la guerra.

O por lo menos es lo que parece cada vez que los tíos entran aquí después del entrenamiento, con hambre suficiente para devorar a un alce entero.

— ¿Alguien le avisa al *Coach* Williams que no está en el ejército? —masculla Austin, soltando la bandeja sobre la mesa y dejándose caer en el banco frente a mí—. El tío está insoportable.

— Parece que a alguien no le gustaron las cien flexiones extra después del entrenamiento —lo pico, metiéndome otro trozo de pollo en la boca.

Austin resopla.

— ¿Flexiones? —Me mira como si acabara de decir una burrada—. Casi no podía respirar y él estaba gritándome al oído que parecía un viejo subiendo escaleras.

Sebastian, que hasta entonces estaba ocupado comiéndose su filete como si estuviera en un duelo a vida o muerte, por fin levanta la mirada y se encoge de hombros.

— Solo te dio caña porque estabas haciendo teatro.

Austin abre los ojos, indignado.

— ¿Teatro? ¿Tú viste la cantidad de ejercicios que nos hizo repetir? Estoy sintiendo músculos que ni sabía que tenía.

— Eso porque tienes pocos —suelta Kyle, tan tranquilo, mientras le mete un mordisco a su sándwich monstruoso.

Me aguanto la risa cuando Austin levanta un dedo en su dirección, listo para contestar.

— ¿Sabes qué? Vete a la mierda, Sanders.

Kyle solo alza la botella de isotónico como un brindis silencioso antes de dar un trago.

La verdad es que el *Coach* Williams sí que está más arisco que de costumbre. El entrenamiento de hoy fue un infierno. Parecía que cualquier fallo era motivo para mandarte al banquillo, y yo casi podía ver la vena del cuello a punto de explotar cuando fallamos un pase sencillo al final.

— ¿Será que se peleó con la Sra. Williams? —sugiero, cogiendo una patata y masticando despacio.

Sebastian levanta una ceja.

— ¿Estás hablando de Elis?

— Ajam.

Austin suelta una risita.

— Si se pelearon, fijo que la culpa fue de él.

— Obvio. Elis nunca se equivoca. —Kyle asiente como si fuera un hecho científico—. De hecho, lo estoy aprendiendo con Brooke. Las mujeres nunca se equivocan. Y aunque tengamos razón, es mejor pedir perdón.

Sebastian niega con la cabeza, riéndose.

La verdad verdadera: el *Coach* probablemente solo está hasta los cojones porque la temporada está llegando a su punto máximo y el equipo aún no está al nivel que él quiere.

La otra verdad:

Mi atención empieza a dispersarse cuando mis ojos encuentran una figura conocida al otro lado del comedor.

Gafas grandes. Abrigo de lana. La forma en que se toca el pelo, distraída, mientras escucha algo que Cameron le está contando.

Maddie. Mi *Mad* Maddie.

Lo siento antes incluso de verla de verdad.

Lo que pasó anteayer está pegado en mi cabeza como chicle.

Quería testear sus límites. Saber hasta dónde estaba dispuesta a ceder.

Se entregó. Joder, cómo se entregó.

La forma en que tremió con el coño en mi mano, los pequeños sonidos que soltó, su cuerpo buscándome. Pidiendo más.

Y yo también quería más.

Todavía quiero.

Pero no me voy a engañar. Maddie es el tipo de chica que piensa demasiado. Que siente demasiado.

Vi la inseguridad en su mirada, el miedo estampado en su cara cuando todo pasó y se dio cuenta de lo que acababa de hacer.

No soy del tipo que promete cosas. El romance no es lo mío.

Pero sí puedo ser el tío que le dé buenos momentos.

Ella solo tiene que entender mis términos.

Sigo mirándola, esperando… Ella sigue distraída, sonriendo de vez en cuando. Y entonces… como si sintiera exactamente dónde estoy, su mirada me alcanza.

Su tenedor se queda a mitad de camino hacia la boca, los ojos se le abren un poco antes de recomponerse. Pero ya es demasiado tarde.

Porque lo vi.

Vi el recuerdo cruzar por su mirada. Vi el rubor subirle a las mejillas.

Y me gusta.

Una sonrisa convencida tira de la comisura de mi boca cuando me recuesto en el banco, relajado, esperando el momento exacto en que va a apartar la mirada.

Uno, dos, tres, cuatro y…

Y la aparta.

Sí, fue más de lo que pensaba.

— Bueno, yo me piro.

La voz de Austin me arranca de vuelta a la mesa.

Sebastian frunce el ceño.

— ¿Qué pasa? Pensé que íbamos a ver el partido de los Rangers luego.

Austin carraspea, coge su bandeja vacía y se levanta.

— Tengo que resolver una cosa antes.

— ¿Qué cosa?

Se rasca la nuca.

— Cosa mía. Nada importante.

Sebastian sigue mirándolo, desconfiado.

— Estás raro últimamente.

— Los que estáis raros sois vosotros. Yo soy el mismo de siempre.

Ya se está alejando cuando Kyle grita:

— Vas a salir con alguna tía, ¿a que sí?

Austin no se gira.

Solo levanta una mano y enseña el dedo del medio.

Sebastian ríe, negando con la cabeza.

— Seguro que está ocultando algo.

— Qué va. Debe de ser solo alguna chica nueva. ¿Recuerdas cuando estuvo con Kimberley? —Kyle justifica la conducta de Prince, mirándome de reojo para que lo siga con la historia—. Ella quería que todo fuera en secreto porque no quería entrar en la lista de las groupies del hockey.

— No sirvió de nada porque después salió con Zack y se puso a tirarle los tejos a Theo —añade Sebastian, balanceando un brócoli en el aire como si fuera una varita de profesor—. Hablando de Theo… ¿habéis notado que lo suyo con Emis se terminó?

Suelto el aire por la nariz, sonriendo y bajando la mirada. Si todavía no se ha dado cuenta, es porque no quiere ver. En serio.

Esos dos están siendo menos discretos que un coche con megáfono en un funeral.

— Ya… —concuerdo, monosilábico. No tengo talento para actuar como el grandullón de ahí. Pero él se mete más puré de patata en la boca para no decir nada.

Una vez en el vestuario hablamos del tema y sacamos nuestras conclusiones un día en que los dos salieron corriendo para encontrarse con sus chicas. La única diferencia es que Prince se está tirando también a una de las chicas de Sebastian, su hermana pequeña.

En ese segundo, el móvil de Sebs vibra encima de la mesa y él sonríe de lado, dejando claro con su postura quién es.

— Déjame adivinar. ¿También tienes un compromiso inaplazable? —pregunto, sonriendo con ironía.

— Sí. Acabo de ser convocado. Y… —Se levanta—. No puedo llegar tarde, si no es capaz de que aparezca la esposa del pollo en mi taquilla.

Nos reímos a carcajadas.

— A Austin le encantaría —apunta Kyle.

— Ya lo sé. Yo no. Me basta con oír un gallo de madrugada.

— Sabes que la gallina no canta, ¿no? —le explico, encontrándole la gracia, aunque esa mierda también sea una desgracia para mí.

Escuchar a ese pollo cantar de madrugada se volvió un hábito más rápido de lo que me gustaría. Ahora, si el bicho no canta, soy yo el que se despierta a media noche echando de menos el ruido.

— Estamos hablando de Gelinho, Jordan. Mi chica es tan terrible que, si le repiten el castigo, compra otro gallo y encima dice que el nuestro es gay.

La carcajada sale aún más alta. Kyle escupe el batido de chocolate sin poder contener la risa y casi le da a Sebastian, que estaba frente a él.

— Eh, joder —se queja Sebs, pero riéndose.

— La culpa es tuya —se defiende Kyle, limpiándose la boca.

— Ya, ya.

Luego coge la chaqueta que estaba en el respaldo de la silla, nos hace un gesto con la mano y sale del comedor.

Cuando ya está a una distancia segura, Kyle suelta:

— ¿Cuánto apuestas a que se entera?

— Ahora mismo tiene la cabeza hecha un lío por culpa del abuelo hijo de puta. Así que apuesto a que solo cuando el padre vuelva al mundo de los vivos.

— ¿Tú crees?

Me encojo de hombros.

— Es lo que pienso.

Termino mi bebida, pero antes incluso de levantarme, mi atención vuelve a desviarse.

Hacia ella… Maddie.

Ella y Cameron se levantan, recogiendo las bandejas. Siguen hablando, sin prisa, y ninguna de las dos se da cuenta de lo que yo sí veo.

Una cosa pequeña, rectangular, se escurre de la mochila de Maddie y cae al suelo.

No tengo ni idea de lo que es. Todavía.

Van hacia la salida cuando me giro hacia mi amigo.

— ¿Nos vamos? —propongo, y él asiente, levantándose.

Hago lo mismo, acomodando la sudadera. Cuando pasamos junto a la mesa donde estaban ellas, me agacho automáticamente y recojo lo que se cayó.

Solo entonces lo veo.

Una bolsita de M&M’s.

Mi sonrisa es inmediata.

Le mola lo dulce. Suerte la suya que yo soy puro azúcar, pienso, sonriendo para mí mismo.

Kyle se da cuenta y frunce el ceño.

— ¿Qué ha sido eso?

Levanto la barrita entre los dedos, haciéndola girar despacio.

— Nada.

— Estás muy interesado en la nerd de la Kappa, ¿eh? — suelta Kyle a mi lado, con la voz cargada de provocación.

Pongo cara de aburrimiento mientras dejo mi bandeja en el aparador de desechos.

— Puede… —No tengo por qué negarlo. Nunca me gustó eso de hacer cosas a escondidas. Odio las mentiras. Por eso no me veo viviendo lo que Prince está pasando—. Creo que tenemos cierta debilidad por las chicas de la Kappa.

— O solo seguimos a nuestro capitán.

Miro al techo, pensativo. Luego asiento, murmurando un sonido de acuerdo.

— ¿Vas a comerte el chocolate?

— Prefiero devolvérselo.

— Claro que prefieres. —Esboza una sonrisa cómplice. Suelto una risita suave, pillado aprovechando la oportunidad.

Después guardo el paquete en el bolsillo, encajando en mi cabeza el mejor momento para devolver los M&M's.

Quizá no tan rápido.

Sería interesante ver a *Mad* Maddie venir a buscar lo que perdió, para luego descubrir quién lo tenía.

Y, sobre todo, saber qué estaría dispuesta a hacer para recuperarlo.



Acero contra piedra.

El sonido seco de las cuchillas afilándose llena el ambiente, mezclado con las voces apagadas de otros jugadores al fondo.

Normalmente, este momento me relajaría.

Pero hoy?

Hoy soy un saco de mierda comprimido dentro de mi camiseta de los Gladiadores del Hielo.

Minnesota nos jodió el viernes. 4 a 2.

Volver a *Ann Arbor* después de aquella derrota fue una tortura. ¿Por qué?

Porque nos pasamos el puto fin de semana siendo triturados por el *Coach* Williams, revisando cada error, cada jugada desperdiciada, cada maldito power play que dejamos pasar.

Después de un entrenamiento pesado, clases que me frieron el cerebro, necesitaba mi momento zen. O sea, la Edge & Steel Hockey Shop… para escuchar el sonido de mis cuchillas siendo afiladas junto con las quejas de Grizzly.

Antes solía quedarme allí hasta que él terminara. Pero pasar por cierta LAN House se está volviendo tradición.

Puedo lidiar con la derrota.

Puedo lidiar con el cansancio, los golpes, la presión del entrenador.

Pero no estoy llevando nada bien el silencio de Madison. El mayor problema es el conflicto interno que tengo al darme cuenta de que *Mad* Maddie es jodidamente complicada. Justo el tipo de chica de la que he escapado toda mi vida.

Si no hubiera empezado el juego aquel día en que recibí la patada en las pelotas, podría estar de buenas. Pero una toalla desalmada tuvo que caerse y revelar el cuerpo perfecto con el que me obsesioné.

Mira el poder que tiene un "no" en la cabeza de un hombre.

Joder. Juraba que todo eso era cuento… hasta que me pasó a mí.

Madison Turner es completamente distinta a todo lo que estoy acostumbrado. Primero, me dio una patada, literalmente. Segundo, huyó de mí un minuto después de que la besé. Y tercero, lleva evitándome como el diablo a la cruz desde que le di un orgasmo. Por la humedad y la vibración que sentí en la palma de mi mano, estoy seguro de que fue de los buenos.

La que parecía insegura era ella.

La que tiene todos los atributos para querer algo más de mí, es ella.

Sin embargo, ¿quién es el que está lamentándose por su indiferencia?

Yo.

Por ironías del destino, estoy dándole replay a la escena que protagonizamos para recordar si gemía.

Joder.

Claro que gemía.

La tía me mojó los dedos, y fue uno de los momentos más sensuales que he vivido en mi vida.

¿Si ya me he follado a alguien en un sitio público?

La respuesta es por supuesto. Pero nunca había sido con alguien como ella, que me reta en un juego que voy perdiendo de mala manera.

¿Por qué no me mandó un mensaje?

Yo le mandé un "hola" para que guardara mi número. Al día siguiente, me pasé cada media hora mirando la pantalla del móvil, esperando alguna señal de vida. Nada.

Fui totalmente ignorado.

Ni una palabra, ni un indicio de que estuviera alterada por lo que pasó.

¿Será que hace esto a menudo? ¿Y yo solo fui uno más para ella?

Al fin y al cabo, está buenísima. Vestirse de esa forma, escondiendo todo y más, podría ser el fetiche de alguien. No sé.

Ay, joder. Acabo de darme cuenta…

Se ha convertido en mi fetiche.

El sábado por la noche no aguanté. Si ella no iba a empezar, pues que se joda, empezaría yo. Le mandé un mensaje con la pregunta que tocaba su ego de chica valiente.

Jordan (23:17):
¿ Sigues huyendo de mí, nerd?

Mad Maddie (23:20):
No estoy huyendo.

Jordan (23:21):
¿Ah, no? Entonces ¿por qué me estás evitando?

Mad Maddie (23:23):
No te estoy evitando. Estoy ocupada.

Jordan (23:24):
Ajá. Y yo soy un monje budista.

Mad Maddie (23:26):
Quizá deberías intentarlo. Dicen que la paciencia es una virtud.

Jordan (23:27):
Prefiero atajar e ir directo a lo que importa.

Mad Maddie (23:30):
¿Y qué es lo que te interesa exactamente?

Jordan (23:31):
Ay, *Mad* Maddie… sabes perfectamente qué.

Mad Maddie (23:34):
Buenas noches, Jordan.

Fría. Corta. Sin ninguna emoción.

Y eso me estaba jodiendo. Nunca he sido intenso hasta ese punto… ni hasta ningún punto, la verdad.

Pero tenía una carta bajo la manga. O mejor dicho… a alguien a quien recurrir.

Si quiero conquistar a una nerd, nada mejor que preguntarle a otra, ¿no?

Más aún cuando esa otra es mi actual esposa virtual. Suelto una risita baja y pongo rumbo a la LAN House The Grid. Si *GhostQueen* no está online, puedo escribir el cuestionario que me está gritando en la cabeza y esperar hasta que responda.

En cuanto entro, el ruido de teclados, clics y los monitores brillando en la oscuridad me traen cierto alivio.

Aquí nadie me exige un power play perfecto ni me pregunta si estoy "demasiado interesado" en una chica en la que, según ellos, no debería fijarme.

Camino por los pasillos como quien ya sabe exactamente adónde va.

Estación 12.

Mi sitio. Nuestro sitio.

Ni me creo que, con tantas coincidencias, todavía no nos hayamos cruzado por aquí. Ella dice que ha estado evitando sentarse en la misma silla que yo, porque no quiere mi trono. Que ya tiene el suyo. Mentira. Seguro que ha estado viniendo a esta LAN House y eligiendo precisamente mi número.

¿ Será que le cuento que esta estación ya estaba destinada a ser mía por culpa de mi camiseta 12?

Mejor que no.

Nuestras conversaciones son más fáciles justamente por mantener el anonimato. Y lo que estoy a punto de preguntarle no es el tipo de cosa que suele salir de la boca de un tío como yo.

Suspiro de forma audible, girando un poco la silla cuando me siento. Mis dedos van directo al teclado para iniciar sesión. Me pongo los cascos, ajusto el volumen, y dejo que la magia del mundo medieval empiece.

En el juego, todo tiene sentido.

Cada acción tiene una consecuencia.

Cada movimiento es una jugada calculada.

Cada desafío se gana con estrategia.

Y *GhostQueen* nunca me ha decepcionado en eso.

Mis dedos repiquetean rítmicamente sobre el teclado, iniciando la sesión con la misma precisión automática de siempre. En el juego, todo tiene su lógica.

Y si hay alguien que entiende eso mejor que nadie, esa persona es *GhostQueen*.

Abro la pantalla del chat, los ojos fijos en la interfaz mientras tecleo:

***IceWarrior*:**
¿Cómo hago para conquistar a una chica como tú?

La respuesta no tarda:

***GhostQueen*:**
¿Cómo así, una chica como yo?

Me reclino un poco hacia atrás en la silla, una sonrisita tirando de la comisura de mi boca. Ella siempre devuelve la jugada con otra jugada.

***IceWarrior*:**
Supuse que no eres del tipo que sale mucho.
Debes preferir libros, ordenadores y videojuegos.
Probablemente trabajas con algo de ese estilo.
Y, sobre todo, eres cerrada.

Esta vez tarda un segundo más en contestar.

***GhostQueen*:**
Puede que estés equivocado.
¿Y si soy una animadora buenísima?
Me encanta agitar pompones en un estadio.
Y además soy la novia del quarterback.

Suelto una risa baja, negando con la cabeza. Sí, claro.

***IceWarrior*:**
Imposible.
Estudias en la misma uni que yo.
Y el quarterback es un puto ligón que no sale en serio con nadie.

***GhostQueen*:**
¿Cuál es el problema de ustedes los hombres con esa regla de no tener novia?

Frunzo ligeramente el ceño. ¿Regla? Eso nunca fue una "regla".

***IceWarrior*:**
Es la diversión de estar con varias tías buenas y no solo con una.

La respuesta viene rápida y afilada:

***GhostQueen*:**
¿Y por qué no es bueno estar con una sola?
Reconquistarla todos los días.
Estar con alguien que de verdad te conoce. Creo que los hombres se olvidan de que también pueden decepcionarse con la chica en la cama. Y tener una fija es una garantía de saber qué esperar.

Me quedo en silencio un instante, los ojos pegados a la pantalla. Tiene un punto. Pero no voy a dárselo tan fácil.

Desvío la mirada del monitor un segundo y ruedo los hombros, intentando soltar la tensión del entrenamiento y de la conversación.

***IceWarrior*:**
Te estás escapando del tema.
¿Cómo conquisto a una chica si se está haciendo la difícil?

Esta vez ella tarda un poco más:

***GhostQueen*:**
Saber qué le gusta.

Una de mis cejas se arquea.

***IceWarrior*:**
Le gustan los M&M's.

***GhostQueen*:**
Eso le gusta a cualquiera, guerrero.
Incluida yo. Es mi chocolate favorito.
La combinación perfecta es comer mis M&M's bebiendo Coca-Cola.

Mi mirada se aparta un instante de la pantalla. Entonces mi mano se desliza hasta el bolsillo de la sudadera, notando el paquete intacto ahí dentro.

Saco los M&M's despacio, abriéndolos con un chasquido suave. Las bolitas de colores aparecen delante de mí.

Sin apartar los ojos del monitor, echo un puñado en la boca.

***IceWarrior*:**
Vale. Entonces no sé nada sobre ella.
¿Y ahora?

***GhostQueen*:**
¿En serio me estás preguntando a mí cómo conquistar a una chica?
¿De verdad?
Ahora mismo estoy pensando que la persona solitaria aquí eres tú.
¿No tienes ningún amigo tío al que preguntar?

***IceWarrior*:**
Ninguno que me respondiera de forma satisfactoria.
Y tampoco tengo una amiga que me dé consejos para acercarme a la tía.
¿Y bien?
¿Vas a ayudarme o no?

***GhostQueen*:**
No voy a ayudarte a romperle el corazón a una chica ingenua, atleta.
Inténtalo con tus propios medios.

***IceWarrior*:**
No quiero romperle el corazón a nadie.
Solo quiero pasar un rato con ella.
Puede que me guste no tener compromiso, pero ya estuve con una chica durante un tiempo.
Solo tiene que saber que es sin compromiso.
Y sé que ella quiere aprovechar lo que tengo para ofrecer.

***GhostQueen*:**
Tu exceso de confianza es irritante.

Pasamos a mover nuestra corte, cerrando algunos acuerdos entre ducados que llevaban un tiempo peleados.

Y seguimos con nuestra campaña para conquistar el imperio de IronClaw. Él corrió a casar a su emperador, Magnus Ironbane, con Lady Seraphina Duskmoor, de un reino vecino. Todo por una alianza política. Nada de amor. Muy parecido a lo que yo y *GhostQueen* teníamos.

Aunque dudaba mucho que él interactuara con su esposa tanto como yo con la mía.

Bueno… al menos en el sentido de intercambiar mensajes por el chat, porque en el juego ellos hasta tuvieron un hijo.

Pienso en hacerle la propuesta a ella, pero no quiero irritarla. No antes de conseguir la respuesta a mis problemas.

Minutos después, recibo la notificación en nuestro chat.

***GhostQueen*:**
Debes estar asustando a la chica.
Si ella es más introspectiva, no vayas directo al grano. Averigua qué le gusta y acércate despacio, como un amigo.

Luego pregúntale, sin presión, si está interesada en lo que tienes para ofrecer.

***IceWarrior*:**
¿Solo eso?

***GhostQueen*:**
¿Pensabas que te iba a dar una lista de tareas o qué?

***IceWarrior*:**
Nah… eso ya me lo das por ser tu marido en nuestro imperio.

***GhostQueen*:**
¿Qué le voy a hacer?
Si ahora tengo marido, tiene que servir para algo.

Aprieto el puño para no teclear la respuesta que me viene a la cabeza. Porque podría servirle para muchas más cosas. Sin embargo, no me parece lo correcto ahora que tengo un objetivo.

Necesito agotar todas mis fichas con la nerd de la Kappa antes de pasar a otra.

No puedo estar tan equivocado con Madison. Siento que ella lo quiere tanto como yo, pero hay algo que la frena. Si *GhostQueen* tiene razón, lo que hice fue asustarla todavía más y hacer que huyera de mí.

Voy a adoptar la táctica del amigo y ser sincero. Mostrarle que puede confiar en mí y dejar que fluya. Al menos hasta que nuestros cuerpos queden saciados el uno del otro.

Después de eso, quién sabe, quizá aproveche lo aprendido y lo invierta en mi esposa, ¿eh?

Para entonces ya seré un experto en ligar con chicas a las que les gusta esconderse detrás de las pantallas, ¿no?



El sonido amortiguado de mis pasos retumba por los pasillos del pabellón mientras me dirijo a la entrada de la arena.

Raro.

Normalmente, yo nunca soy el último en llegar al hielo.

Pero hoy los tíos simplemente me dejaron atrás.

La prisa por entrar fue tal que Austin, que siempre encuentra la forma de perderse en los vestuarios, fue el primero en desaparecer. Incluso Prince iba a toda pastilla.

Frunzo el ceño, tirando un poco de la capucha del hoodie antes de ponerme el casco.

Y entonces lo recuerdo.

Mi cumpleaños.

Suelo soltar una risa por la nariz y sacudo la cabeza. Claro.

No es que yo fuera el tipo que se preocupa demasiado por eso. No. En realidad, la única celebración que realmente me molaba era esta que estaba a punto de comenzar. Las demás las despreciaba y, por suerte, mis colegas lo respetaban.

Cuando era más joven, me gustaba la idea. No porque significara crecer, sino porque significaba ser el centro de atención por un día entero.

O al menos así se suponía que sería.

En el fondo, siempre he sido un secundario en mi propio cumpleaños.

Pero aquí no.

Aquí, yo soy Jordan Miller.

El extremo izquierdo más rápido de mi categoría, el tipo que está destacándose en la NCAA, el nombre que los ojeadores de la NHL ya han apuntado en sus libretas.

Y, muy pronto, uno de los draftados.

Si todo va bien, voy a firmar contrato antes incluso de que acabe la temporada universitaria. Y bien podría decidir terminar mis estudios antes de presentarme en la franquicia.

Puedo elegir.

Cosa que nunca pude hacer cuando estaba en casa.

Tomo un poco de aire y empujo los hombros hacia atrás antes de cruzar finalmente las puertas dobles de la pista.

El frío golpea mi cara en el instante en que piso el hielo.

Y entonces llega el ruido.

¡TAC! ¡TAC! ¡TAC!

Mis ojos recorren la arena en el exacto momento en que todos los jugadores comienzan a golpear los palos contra el hielo.

El sonido resuena fuerte por todo el lugar, y la sonrisa que se dibuja en mi cara es automática.

—¡Feliz cumpleaños, Miller! —grita alguien.

Pero yo ya estoy riendo porque sé que estos cabrones no iban a quedarse solo con la dedicatoria.

El instinto habla antes que el pensamiento, y me preparo para escapar.

Pero es tarde.

Austin, Kyle y Sebastian ya se mueven para rodearme, con los palos preparados.

—¡Vamos a ver si el velocista del equipo aguanta una batalla, eh! —provoca Prince, riendo.

Los primeros golpes son suaves, unos toques con el palo contra mis espinilleras.

Pero pronto se convierte en un ataque de verdad.

Tengo que salir de ahí.

Ahora.

Me lanzo hacia la banda, pero Kyle me bloquea. Hostia puta, es demasiado rápido para un tío de su tamaño.

Doy media vuelta. Austin ya está ahí.

Sebastian cierra el cerco.

—Vamos a ver si el velocista del equipo aguanta una batalla, ¿eh? —provoca.

Hijos de puta.

Agarro mi palo con fuerza, deslizo rápido hacia la banda del hielo y me escabullo por el único hueco que me queda.

Paso entre Prince y Sebs por un milisegundo, sintiendo un último golpe en mi patín antes de dispararme hacia lejos.

Esta vez no me atrapan.

Y solo puedo reír.

Porque aquí no soy secundario.

Aquí soy parte del equipo.

Y no hay lugar en el mundo donde preferiría estar.

Cuando el entrenamiento acaba, estamos exhaustos. Sabían que yo no iba a permitir una gran celebración por motivos obvios: no me gustaba.

—Tengo que pasar por la biblioteca para devolver este libro que el Prince descuidado de Austin olvidó devolver ayer. ¿Vienes conmigo? ¿Después me das una ride? Estoy sin coche.

Prince se marchó corriendo diciendo que tenía un compromiso inaplazable. Mentira. El compromiso inaplazable de ese tío probablemente tenía nombre y dirección.

Kyle tenía clase al otro lado del campus, y yo era el único que tenía el hueco en el horario y, lo más importante para mi amigo, coche.

Suspiré, moviendo la cabeza, porque ya sé cómo va a acabar esto.

—Solo si es rápido. Quiero aprovechar un poco para echar una siesta antes de comer, después tengo esa clase aburridísima —aviso, caminando a su lado.

Sebastian pone los ojos en blanco.

—Vale. Solo necesito devolver el libro y salir antes de que me caiga una suspensión de diez días.

Genial. Diez minutos como mucho.

Pero cuando entramos en la biblioteca, mis planes se van a la mierda.

Sebastian va directo al mostrador de atención, donde la bibliotecaria ya lo mira con cara de pocos amigos.

¿Y yo?

Mis ojos se van directos a un rincón más apartado de la biblioteca.

Y allí está ella.

Madison.

Las gafas redondas un poco más bajas en la nariz, el pelo recogido en un moño suelto, un mechón cayendo sobre la mejilla mientras ella mira la pantalla del ordenador.

A su lado, Cameron sostiene tres libros pesados, diciéndole algo que hace que Maddie asienta con la cabeza. La morena entonces se aleja, dirigiéndose hacia el pasillo de estanterías.

Sola.

Exhalo lentamente, recordando la conversación que tuve con *GhostQueen*.

"Sabe lo que le gusta."

Miro a Maddie, tan concentrada que ni siquiera se da cuenta de que estoy en el mismo espacio que ella.

Podría esperar un momento mejor.

O podría aprovechar que el universo me acaba de regalar este.

Apoyo un codo en el mostrador, inclino la cabeza y susurro a Sebastian:

—Voy a dar una vuelta.

Él ni siquiera necesita mirar para saber lo que eso significa.

—Ajá. Sé exactamente lo que es esa "vuelta", Miller. —Hace un gesto con el mentón hacia donde voy a ir. Después buf muestra su desaprobación por mi actitud.

Pero como está demasiado ocupado intentando convencer a la bibliotecaria de que no lo castiguen, no pierde tiempo conmigo.

—Juro que fue un error honesto —dice, apoyando los brazos en el mostrador, intentando usar su encanto totalmente inútil.

La mujer cruza los brazos.

—Honesto o no, son diez días de suspensión.

Sebastian maldice bajo.

—Pero yo nunca llegué… por favor…? —Al parecer, no se rendirá fácilmente.

Yo aprovecho para caminar despacio, intentando parecer relajado.

Todo lo contrario de lo que siento.

Mantengo el paso firme, pero sin parecer que voy directa al grano. No quiero asustarla.

Quiero decir, no era el plan.

Pero es exactamente lo que pasa.

Maddie está tan concentrada que no nota que me acerco, los ojos saltando entre un montón de pantallas abiertas en el portátil, llenas de líneas de código de las que no tengo ni puta idea.

Frunzo el ceño, sorprendido.

¿Música y programación? Esa combinación no tenía sentido.

Antes de poder contener la pulla, se me escapa:

—Sabes que todo ese código no parece una partitura, ¿no?

Maddie se sobresalta, y antes incluso de mirarme, lo primero que hace es estampar la palma de la mano sobre la pantalla del portátil, cerrándolo de golpe.

—¡Joder, Miller! ¡No puedes aparecer así!

Suelto una risa baja, dejándome caer en la silla vacía a su lado, sin pedir permiso.

—Y tú no puedes cerrar la pantalla así. Parece que estabas haciendo algo raro.

Pone los ojos en blanco, soltando un suspiro hondo, como si la hubiese pillado con las manos en la masa.

—Es solo un trabajo —murmura, manteniendo las manos sobre el portátil cerrado.

—¿Un trabajo? —arqueo una ceja, sin creérmelo.

—Sí, un trabajo con el que pago la uni.

Lo suelta tan rápido que podría apostar a que es mentira.

Pero decido dejarlo pasar.

Quizá, si la presiono demasiado, se echara atrás del todo.

Y yo no quería que se echara atrás.

Maddie coge un cuaderno de espiral con pentagramas.

Mis ojos siguen los movimientos ágiles de su bolígrafo, que empieza a dibujar notas, rellenando los espacios con precisión.

Me está ignorando.

Y eso me jode más de lo que debería.

"Averigua qué le gusta."

La voz de *GhostQueen* aparece en mi cabeza.

Vale.

A ver si esto funciona.

Apoyo un codo en la mesa, me sostengo la cara con la palma, intentando parecer más interesado que picado.

—¿Qué estás escribiendo?

Parpadea un par de veces, como si solo ahora se diera cuenta de que sigo aquí.

—Música —responde, como si fuera obvio.

—Ya lo veo. Pero ¿cuál?

Maddie inclina la cabeza, analizándome como si intentara decidir si merecía la pena seguir esta conversación.

Y, después de unos segundos, parece convencerse de que no tiene escapatoria.

—Es un arreglo.

Bajo la mirada al papel. Las notas y símbolos son como códigos, pero diferentes de los que cerró en el ordenador.

—Entonces, en vez de números y letras, ¿también entiendes este idioma?

Suelta una risa baja, pero no responde.

Solo que, esta vez, no aparta la mirada.

Maddie hace girar el bolígrafo entre los dedos, la vista volviendo a las notas del cuaderno.

—Estoy componiendo algo para mi madre. Murió cuando yo era… —duda unos segundos y suspira— de pequeña.

La revelación llega sin rodeos, y la forma en que lo dice deja claro que hay mucho más detrás.

Clavo la vista en la suya y, por un momento, no sé qué decir.

—¿Era música?

Suelta una sonrisa débil, negando con la cabeza.

—No profesionalmente. Pero amaba la música.

Algo en la manera en que lo dice me hace un nudo en el estómago.

—¿Tú eras muy cercana a ella? —pregunto, sin pensar demasiado antes de hablar.

Pero entonces suelta el aire despacio y asiente.

—Mucho.

La palabra es simple, pero el peso que carga es enorme. Puedo sentir la melancolía flotando en el aire.

Antes de poder decir cualquier otra cosa, algo me llama la atención.

El paquete de M&M’s sobre la mesa.

Está ahí, tirado al lado del portátil cerrado, como si fuera un detalle sin importancia.

Pero para mí no lo es.

—Te gusta de verdad esa mierda, ¿eh? —comento, señalando el chocolate.

Mira hacia donde he señalado y suelta una media sonrisa, encogiéndose de hombros.

—Me flipa. Siempre llevo en el bolso. —Vuelve la atención al cuaderno de pentagramas, garabateando distraída con el boli—. Pero vivo perdiendo alguno por ahí.

—Es verdad. Hasta perdiste uno en el comedor.

Parpadea, sorprendida.

—¿Cómo?

Cruzo los brazos sobre la mesa, inclinándome un poco más hacia ella.

—Aquel día en el que no parabas de mirarme, ¿te acuerdas? Vi que se te cayó y lo cogí cuando me fui.

Maddie frunce el ceño.

—Si encima me robaste mi M&M's… ¿significa que el que me estaba mirando eras tú?

—No voy a negarlo —digo al fin, asumiendo mi culpa con una sonrisa lasciva.

Joder, *GhostQueen*, lo de ser "solo amigos" es jodidamente difícil.

—¿Y por qué no me lo devolviste? —Noto que ella también sonríe. ¡Gloria! Estamos avanzando.

—Porque me lo comí.

Abre los ojos como platos.

—¿¡Te lo comiste!?

—Sí. Y adivina qué: ahora también me gusta.

Resopla, pero una sonrisita le juega en las comisuras.

—Genial. Uno más para el club.

Y entonces llega la frase.

La frase que lo encaja todo.

—Para que sea perfecto, solo falta la combinación perfecta.

—¿Y cuál es esa combinación? —hago un gesto en el aire, siguiéndole la broma.

—M&M's y Coca-Cola. Mmm… esa sí que es la mejor combinación del mundo.

Se me congela el cuerpo.

El sonido de la biblioteca desaparece —aunque sea solo el roce de páginas y los susurros—, ya no oigo nada.

Mis neuronas conectan la información de golpe.

M&M's. Coca-Cola.

Averigua qué le gusta.

GhostQueen.

Mi corazón da un único y pesado latido.

La. Puta. Hostia.

Mis ojos se clavan en los suyos con un brillo nuevo.

¡Hostia!

Madison Turner, mi *Mad* Maddie… es *GhostQueen*.

La friki misteriosa que me desafía en los juegos. La chica que entiende mis estrategias como nadie.

La misma a la que provoqué en la lavandería.

La misma que gimió mi nombre en el roble.

El shock es tan grande que, por un segundo, no sé si quiero reírme o maldecir la ironía del destino.

Pero una cosa sí sé:

Esto va a ser divertido. Divertido de cojones.



Pasadas las seis de la tarde, estoy en mi cuarto, asimilando la información de oro que he descubierto hoy.

Después de aquella pequeña interacción, Maddie siguió contándome un poco más sobre su interés por la música, sobre cómo le gusta componer y cómo su inspiración nace de todo lo que siente.

Sí. Se suponía que la conversación iba a ser extremadamente aburrida para mí. Pero no podía dejar de analizar cada gesto, cada expresión, cada forma que hacían sus labios cuando se movían y sonreían con ese hoyuelo suave en el lado derecho. Parecía incómoda con sus gafas. La montura era gigante para su cara y, aun así… a mí me parecía perfecta.

Mierda. Ella sí que era la combinación perfecta de inteligencia, picardía, diversión y un cuerpo de infarto.

Dudo que M&M's y Coca-Cola pudieran ponerme tan salido como mis interacciones con esa chica.

A no ser que pudiera mezclarlo todo de golpe. Entonces la imagen de ese cuerpo cubierto por una salsa de chocolate hace que se me haga la boca agua.

Estoy perdido en mis pensamientos cuando mi teléfono suena. Contesto sin mirar quién llama.

—¿Hijo? —esa voz suave y delicada me frena en seco.

—¿Mamá? —miro la pantalla para asegurarme.

—Pensé que no ibas a cogerlo… —suelta una risita bajita, como siempre cuando está nerviosa—. El año pasado solo contestaste a la tercera vez que llamé.

Eso fue porque decidí celebrar mi cumpleaños con dos tías buenísimas.

Y ni de coña iba a cogerle el teléfono a mi madre mientras me estaban haciendo una mamada.

Pero yo siempre espero esta llamada. Es el momento en el que sé que no soy un hijo de incubadora, porque mi madre nunca deja de llamarme. A diferencia de mi padre.

Una vez mencioné que ya no quería celebrar mi cumpleaños. Que era una fecha cualquiera. Y así se quedó. Recibo una llamada y mensajes de mis hermanos. Que, de hecho, ya han aparecido en las notificaciones. Solo que no los he abierto.

—¿Todo bien? —pregunto, esperando las palabras cariñosas.

—Feliz cumpleaños, hijo. Te quiero muchísimo. Ojalá cumplas todos tus deseos. Tú y tus hermanos sois todo para mí.

Sé que es egoísta por mi parte. Pero solo me gusta una parte del feliz cumpleaños que recibo. Cada vez que mis hermanos entran en escena, aunque sea para compartir el amor de nuestra madre, me duele en el pecho.

Quizá sea el cansancio de que me comparen todo el tiempo. No lo sé.

—¿Y tú… estás bien? —pregunta tan bajito que casi no la oigo.

—Estoy bien, mamá.

—Tu padre dijo que vuestro equipo está bien clasificado, hijo. Él te sigue.

Ella siempre lo intenta. Y yo ya no me lo trago.

—Ya…

Se instala un silencio sepulcral y me doy cuenta de que estoy temblándome la pierna como si pudiera acelerar la escena para saltarme la parte que no me gusta de una peli.

—Mamá… tengo que ir, y…

—No, hijo. Espera. Necesito pedirte una cosa.

Contengo la respiración, anticipando lo que viene.

—Tu padre y yo queremos mucho que vengas a la comida de Acción de Gracias, Jordan. —Sería más creíble si dejara a mi padre fuera de la frase.

El año pasado conseguí escaquearme porque tuvimos partido fuera de *Ann Arbor* justo la víspera. Nadie tenía por qué saber que pasé el festivo en casa de Kyle, que también vive en Traverse City. Mi suerte es que está al otro lado de la ciudad y pude esconderme allí sin problema.

—Vamos, hijo. Quiero muchísimo que vengas. Te echo de menos.

Esta es la parte que me parte por la mitad, porque yo también.

—Veré si consigo ir, mamá.

—No seas tan difícil. Mark ya confirmó que viene. ¿No quieres ver lo mayor que está tu sobrina? Está preciosa, Jordan. Y pronto tendremos otro nieto. Tenemos mucho que agradecer.

¿Si quiero ver a mi sobrina?

Claro que sí. Daisy tiene dos añitos y es la niña más mona que he conocido jamás. Y siempre me he llevado bien con mi hermano mayor. Eligió una vida sencilla y es feliz con eso. También ha intentado defenderme de los abusos psicológicos de nuestro padre. Sin efecto.

Dylan es… indiferente. Le suda la polla si sufro con nuestras comparaciones. Pasa tanto tiempo mirándose el ombligo que solo se preocupa por lo que tiene alrededor cuando le afecta directamente.

—Haré lo posible, señora Miller. —suelto un soplido largo, relajando los hombros.

—Qué bien. Así también conoces a la novia de Dylan.

—¿Dylan está saliendo con alguien?

—¡Sí, cariño! —responde emocionada—. Una chica maravillosa. Ya la trajo para que tu padre y yo la conociéramos. Tienes que ver lo amable que es. Con tanta educación que hasta me dio apuro.

De inmediato, me viene a la cabeza la novia de mi hermano como una de esas modelos que iban pegadas a él. La mayoría solo se preocupaba por la imagen y quería salir al lado del jugador de hockey de la liga.

—Debe de ser muuuuy educada —digo, rebosando ironía en la palabra muy.

—Deja eso, niño. Está estudiando para ser abogada ahí en Michigan también. A lo mejor hasta la conoces.

—Ojalá que no —se me escapa. Pero me da igual. Sería jodidamente terrible enterarme de que ya me he follado a la novia de mi hermano.

—¿Qué has dicho? —mi madre cambia el tono y cierro los ojos, apretándome los párpados, esperando lo que viene—. No hace falta que tengas envidia de tu hermano, Jordan. Él solo va más adelantado que tú, cariño. —Menos mal que mi madre no es psicóloga. Si no, ya habría acabado como estadística en los índices de suicidio de Traverse City.

Me masajeo las sienes despacio, sintiendo cómo empieza a latirme el dolor de cabeza.

—Mamá… no le tengo envidia a Dylan.

—Entonces demuéstralo y ven a la comida —me desafía con determinación.

Mierda. Es en serio… Tiene que existir algún manual para que las madres sepan exactamente cómo convencer a sus hijos. La mía debe de tener una enciclopedia entera.

—Mamá… de verdad tengo que colgar.

—Vale, vale… Solo piensa en lo feliz que harías a tu madre.

Soplo el aire y balbuceo un sí. No por mi viaje, sino porque sé que ella estaría feliz con sus tres hijos reunidos.

—Chao, chao, cariño.

Antes de que cuelgue, oigo un ruido de fondo, como si estuviera trasteando con algo. Tal vez guardando los platos de la cena. Y mi madre en la cocina es un espectáculo. De repente me golpea el recuerdo del olor de mi tarta favorita.

Respiro hondo, tirando de ese olor desde la memoria. Joder. Mañana, en cuanto salga del entrenamiento, me paso por esa pastelería cerca del campus para comprarme un trozo de su tarta de frutos rojos. Es lo más parecido a la que hace mi madre.

Un rato después, ya estoy cambiado y mirando los mensajes en la app. No es que haya recibido más felicitaciones de las que imaginaba.

Por fin, abro primero el mensaje de Mark.

Mark:
¿Qué pasa, tío?
¿21 añitos de pura alegría y cachondeo?
¡Eso espero, hermano!
Te deseo la parte de la alegría, sumada a salud y éxito en el hockey.
Y que pronto encuentres a alguien con quien compartir todo eso también.

El mensaje iba bien hasta la parte del hockey. Pero después sentí una punzada de lástima fuera de contexto. ¿Qué es esto? ¿Me están deseando una novia como si yo no tuviera capacidad para encontrarme una?

Releo el texto y niego con la cabeza.

Increíble.

Paso al siguiente y mi indignación sube de nivel.

Dylan:
Felicidades, enano.
Lo estás haciendo bien en la NCAA.
Estoy cruzando los dedos para que te drafteen ya.

Es solo seguir intentándolo.
Mírame a mí... en el hockey fue fácil, pero tuve que intentarlo demasiado hasta encontrar a Katrina.
Quién sabe, con un poco de suerte, hasta te echas novia.

¿Pero qué cojones es esto?

¿Hasta te echas novia…? ¿En serio?

Tengo un cajón lleno de bragas de tías que querían más que una noche conmigo. Querían muchísimo más.

Ese tono de lástima disfrazada de Dylan duele. Siempre maquillándolo para parecer superior, puesto en un pedestal por nuestro padre. Mierda.

Odio ser el Miller defectuoso.

Dylan es el prodigio.

Mark tiene una familia, un negocio estable.

¿Y yo?

Soy el tío que está en la NCAA, a punto de ser drafteado, el extremo izquierdo más rápido de mi categoría.

Pero para ellos, eso no basta.

No es suficiente. Yo no soy suficiente… ni para conseguirme una novia.

El pensamiento me deja un sabor amargo en la boca.

Quiero demostrarles que se equivocan. Pero ¿cómo?

Madison.

O mejor, *Mad* Maddie.

La chica que, después de gemir mi nombre apoyada en un roble, empezó a huir de mí como si yo fuera un problema sin solución.

La chica que me contesta los mensajes como un robot, sin implicarse.

¿Se cree que puede escapar para siempre?

Se me tensa la mandíbula.

No va a hacerlo.

Si mi propia familia duda de que yo pueda tener a alguien, de que pueda conquistar a una chica, entonces esto se ha convertido en un reto.

Y yo no pierdo retos.

Va a ser mía.

Aunque sea solo para restregárselo en la cara a todo el mundo.

Dejo el móvil sobre la mesa, cojo el portátil y abro la ventana de CKIII que tengo en favoritos.

Si quiero ganar este reto, necesito conocer a mi oponente.

Y nadie conoce a Maddie mejor que *GhostQueen*, ¿no?

Por si acaso: el pensamiento era pura ironía.

Carga la conexión y abro la pestaña de mensajes.

Me crujen los dedos antes de teclear.

IceWarrior:
Necesito tu ayuda con algo.

Tarda un poco más en responder.

GhostQueen:
¿Desde cuándo necesitas mi ayuda, guerrero?

IceWarrior:
Digamos que ahora estoy jugando en otro campo.
Necesito conquistar un territorio difícil.

GhostQueen:

Sabes que conquistar algo no significa solo invadir y tomarlo a la fuerza, ¿no?
Espera…
No estaremos hablando otra vez de esa pobre chica, ¿verdad?

Me recuesto en la silla, una sonrisa tirándome de la boca.

Sonrío. Ella, que se cree tan imponente en nuestro imperio, llamándola "pobre", llega a ser hasta gracioso.

IceWarrior:
¿Puede ser?
Mira…
Necesito algo mejor que solo saber lo que le mola, ¿vale?
Venga, mi reina… ten piedad de tu marido/esclavo.

Me imagino su cara leyendo ese mensaje. Seguro que ha puesto los ojos en blanco y ha resoplado.

GhostQueen:
Si está difícil, déjalo.

IceWarrior:
Dejarlo no es una opción.

GhostQueen:
Tienes que ser un atleta bastante de pena para necesitar mis consejos para ligar con una tía.

Ah… *Mad* Maddie… me voy a acordar de esto la próxima vez que tenga tu coño entre las manos. Espérame.

Cuando ya estoy a punto de asumir que no me va a soltar nada, la notificación parpadea en la pantalla.

> ***GhostQueen:***
> **Intenta impresionarla con un tratado de paz, un trozo de tarta y una playlist decente.**
> **A ver si le gustan las sorpresas.**

¿Tarta?

¿Le gustará la tarta?

Bueno… mi idea es pasarme por una pastelería mañana mismo. Nada me impide comprar más de un trozo para ella.

Esta vez no voy a acercarme con las manos vacías. Y tengo la excusa perfecta para tapar lo del trozo de tarta sin que una los puntos con el chat de hoy.

Al fin y al cabo, hoy es mi cumpleaños, y podría estar celebrándolo. Nada del otro mundo.



¿No es demasiada coincidencia que mi *Mad* Maddie sea mi *GhostQueen*?

Muchísima.

Pero el mundo está hecho de coincidencias y física cuántica, ¿no? ¿O puedo decir que una es consecuencia de la otra?

He oído que la ley de la atracción es jodidamente poderosa.

En este caso, sería "jodida" multiplicada por la raíz cuadrada.

En fin.

Y como soy un hijo de puta, quiero aprovechar esta información todo lo que pueda a mi favor. Sobre todo ahora que tengo un objetivo.

Miro el calendario y pienso que voy a tener que tirar de velocidad si quiero ganar esta. Solo me quedan dos semanas hasta el maldito festivo.

Voy a tener que montarme un entrenamiento intensivo con *GhostQueen* por la noche y jugar en la práctica durante el día.

Por lo menos ya sé por dónde empezar.

Mi objetivo es comerme un trozo de tarta y pedir otro para llevar. Nada del otro mundo.

Entro en la pastelería, oyendo el tintineo de siempre de la campanita sobre la puerta.

El sitio tiene una decoración retro, las paredes son de un rosa clarito y las mesas blancas, con detalles llenos de arabescos,

hacen que parezca que acabo de entrar literalmente en una casa de muñecas.

Definitivamente, no es el tipo de lugar donde un Gladiador del Hielo se sienta como en casa.

Pero si antes quería un trozo de tarta para matar la nostalgia de la que hacía mi madre, ahora hay otro motivo.

La campanita aún se balancea cuando mis ojos encuentran un moño despeinado familiar cerca del mostrador.

—No me jodas —murmuro para mí.

Ahí está ella.

Maddie.

La empollona de Kappa. Mi *Mad* Maddie. Mi *GhostQueen*.

De espaldas, señalando con firmeza la vitrina, luego gesticulando, dándole coordenadas de lo que quería a la dependienta.

¿Será que cuando me lo sugirió ayer ya estaba pensando en venir aquí?

Da igual.

Voy a aprovechar a ese tal destino, que debe de ser fan de los Wolverines.

Suelto una risa baja y me acerco a ella. Tenía que aprovechar su distracción antes de que se inventara cualquier excusa y desapareciera. Camino despacio, con un paso felino que no asuste a mi presa. Entonces la oigo, con esa voz baja y directa:

—Ese, por favor. Y una Coca pequeña. Bien fría.

Me quedo a una distancia segura para que no me note, pero lo bastante cerca como para que se entienda que soy el siguiente. Espero a que la dependienta termine de apuntar. Maddie sigue en su mundo, revisando su propia elección con una atención exagerada.

Mi turno.

Doy un paso y queda prácticamente debajo de mi barbilla.

—Un trozo del de frutos rojos, por favor. Y ponme un buen cacho, que estoy en modo supervivencia —pido, esperando con

ansiedad su reacción.

Se encoge entera, curvando el cuerpo como si fuera a pasar por debajo de un puente, o sea, yo.

Y entonces se gira despacio.

Sus ojos suben hasta mi cara, se le colorean las mejillas, las gafas se le deslizan a la punta de la nariz y pillo el segundo exacto en el que aguanta la respiración.

—Deberías hacer natación, con lo que aguantas sin respirar —me burlo, apretando los labios para no reírme.

Vuelve a respirar de golpe, inflando los pulmones con fuerza. Se me escapa una risita de desprecio sin darme cuenta. Su postura cambia y ya estamos en el campo de batalla, donde ella se pone la mejor armadura.

—¿En serio? —dice, frunciendo el ceño—. ¿Vas a seguirme hasta la pastelería ahora?

Me encojo de hombros, con una sonrisa maliciosa formándose en la comisura.

—¿No puedo querer tarta yo también?

Se cruza de brazos, sin disimular la incomodidad. Lo que solo hace que todo sea mejor.

—Podías quererla en cualquier otro sitio del mundo.

—Pero el universo ha elegido este. Y, sinceramente, últimamente está bastante creativo. —En ese momento me entran unas ganas brutales de soltarle que soy *IceWarrior*. Y que he descubierto quién es ella antes de que ella lo descubra.

Pero me contengo.

Tengo otros planes para nuestras próximas interacciones, por mucho que provocarla tanto en el juego como en la vida real haya sido lo mejor de mis días después del hockey.

—Además, esta pastelería es la más cercana al campus, princesa. ¿No se te ha pasado por la cabeza que me pueda gustar la tarta igual que a ti? —se queda pensativa—. Creo que tenemos muchas cosas en común —la pincho.

—Lo dudo… —gruñe, empujándose las gafas.

Ay, mi reina… si supieras que hasta estamos casados, pienso.

De hecho, si lo hubiera sabido antes, la habría llamado reina desde el minuto uno, y no princesa. Pero cambiar ahora de golpe haría que le cayera la ficha antes de tiempo.

Y no quiero que pase.

La dependienta vuelve con los pedidos, equilibrando los platitos con la misma delicadeza con la que yo equilibro un disco en la punta del palo. Se queda delante de nosotros, esperando a ver dónde íbamos a sentarnos.

—Siéntate conmigo, Maddie, ¿sí? Así podemos hablar de ese tema que se nos quedó pendiente, ¿te acuerdas?

—¿Qué tema?

—El que empezó contigo diciendo que nunca me besarías, pero… bueno… tú ya sabes. —Sonrío con toda la mala hostia del mundo.

Ella respira hondo y se gira hacia la dependienta en un movimiento rápido.

—Creo que he cambiado de idea. —chasquea la lengua—. Lo quiero para llevar.

Joder.

Qué difícil es…

Le agarro el brazo y la tiro un poco hacia mí.

—Por favor, Madison. Ayer fue mi cumpleaños, solo… —resoplo, en mi modo actor de drama. Tío… se me da de puta madre este rollo.

Espero el golpe. Que diga que miento o que se invente cualquier cosa para demostrar lo bien que se le da huir de mí… pero no.

Solo parpadea un par de veces, luego mira a un lado, a sus pies, al techo… hasta que por fin me mira a la cara.

—Si querías celebrar tu cumpleaños, ¿por qué no estás aquí con tus amigos?

Ahora soy yo el que parece un intermitente, parpadeando a toda velocidad.

—¿Tú sabías que ayer fue mi cumpleaños?

—¿Cómo no iba a saberlo…? ¿Se te ha olvidado que Emory comparte habitación conmigo? Ayer estaba sentada en mi cama cuando te mandó el mensaje de felicitación.

Me invade una sensación rara, porque mi deseo era que ella quisiera saber de mí.

Y, sin embargo, ella sabía lo de ayer… y tenía mi número. Aun así, no me mandó ni un puto mensaje.

Le cojo la mano sin pensarlo y la levanto delante de mi cara.

—¿Qué estás haciendo?

—Comprobando si se te han caído los dedos. Pero no… mira. —le enseño su mano—. Están todos, entonces ¿por qué no me mandaste хотя sea un feliz cumpleaños, eh?

Se le cae la mandíbula. Vale. Yo tampoco sé de dónde me viene esta decepción.

Mentira. Sí lo sé.

Saber que ella es mi *GhostQueen* tiene la culpa.

Por más que mi contacto con *Mad* Maddie sea reciente, mi "esposa" virtual ha sido una constante en mi vida desde hace meses.

Es una locura. *GhostQueen* no tiene ni idea de que ayer fue mi cumpleaños. De hecho, poca gente en este campus lo sabe. Así que sí: sé que es una locura.

Y, aun así, lo que más me retumbaba en el pecho era la necesidad de que viniera a mí solo para decir "feliz cumpleaños". Dos palabras. Con eso bastaba.

—Pensé en mandarte… —susurra tan bajito que tengo que mirarle la cara para asegurarme—. Emory mencionó que no te gusta celebrar la fecha, entonces… —se da unos golpecitos pequeñitos en el costado con el puño cerrado, como si le diera vergüenza.

—No me gustan las fiestas, Maddie. Pero me gusta que se acuerden de mí.

—¿Perdona?

Y ahora tengo el tiro perfecto, directo a portería.

—Te perdono, si comes conmigo.

—Por favor, chica… siéntate ya con él, ¿vale? No aguanto más sosteniendo las dos bandejas.

Joder.

Corro a coger su pedido y el mío, ayudando a la dependienta. Luego camino hasta una mesa cerca de la ventana.

Dejo la bandeja sobre la mesa y, mientras espero, suelto un "perdón" bajito.

Al final, Maddie se sienta despacio, el cuerpo hablando antes que las palabras: estaba dudando de su decisión. Empuja la bandeja sobre la mesa de madera blanca, colocando la Coca-Cola a un lado y el trozo de tarta al otro. Chocolate.

Creo que tenemos una preferencia aquí. Yo sabía lo de la tarta… y debería haber adivinado el sabor.

Se aclara la garganta, todavía sin mirarme.

—Entonces… te gustan los frutos rojos —murmura, con los ojos en mi porción.

—Sí. —cojo el tenedor, me hundo en la capa de nata y frambuesa—. Mi madre hacía uno igual. O casi. Este se parece bastante.

—Tu madre debe de ser buena con los dulces.

—Sí. Con la tarta, por lo menos. —me encojo de hombros, masticando despacio—. Con los cumpleaños, no tanto.

Por fin me mira. Como si se diera cuenta de que le he dado un poquito más de mí.

—¿Y a ti te gusta la de chocolate, por lo que veo? —pregunto, solo para romper el silencio.

Asiente.

—Me gusta el chocolate. Y este es demasiado perfecto.

—A ver. —sin pensarlo, le robo una cucharada del platito.

—¡Eh!

—Tienes que ser más rápida, princesa.

—Aunque lo fuera. Es imposible competir contigo. Y deja de llamarme princesa. Me está dando una crisis de identidad. Un rato soy *Mad* Maddie y al siguiente soy princesa. ¿No puedes decidirte por un solo apodo? —dice, con un amago de sonrisa barréndole los labios.

Me hace gracia y repito el movimiento, pillando otra cucharada de su tarta.

—¡Eh! —protesta, ya sonriendo abiertamente, y yo hago lo mismo con la cuchara en la boca—. Vas a tener que darme de la tuya también.

Intenta atacarme con su cuchara, pero empezamos una guerra de espadas sobre mi plato.

Aquí no tienes ninguna opción, mi reina, pienso. Y, por supuesto, me lo guardo.

Ella sonríe, bajando la guardia. Al final se rinde y resopla de una forma monísima. Hago lo que quería desde el principio y le ofrezco, pero con mi cuchara, un bocado de mi tarta.

Al principio desconfía. Después su postura cambia a "vale, me fío". Y entonces abre la boca tan despacio que tengo que concentrarme para no cagarla. Lo que me pide el cuerpo es saltar sobre ella y sentir otra vez sus labios en los míos.

Joder.

Me aclaro la garganta, notando lo difícil que se me hace tragar.

—Vale… ya sabes por qué estoy aquí, pero ¿y tú, Maddie? ¿Qué te trajo a comerte un trozo de tarta hoy, eh?

Duda medio segundo, pero lo disimula con una sonrisita burlona.

—A lo mejor he venido a comerme un trozo de tarta en tu honor.

Esa manera de devolverla sin darme la respuesta de verdad activa mi modo jugador.

—Como sigas así, voy a acabar creyéndome importante para ti.

Ella pone los ojos en blanco, pero el gesto ya no tiene tanta fuerza.

—Tú ya tienes demasiadas fans, Jordan. No me necesitas a mí para inflarte el ego.

—Ninguna es como tú —suelto, firme. Porque no es mentira.

Maddie se queda callada, con la mirada fija en la mesa, como si cualquier movimiento pudiera delatar que eso le ha tocado algo.

Y le ha tocado.

Lo veo.

Intenta escapar. Siempre lo intenta. Pero le cambia la respiración, le cambia la manera de apretar los dedos contra la servilleta.

—No empieces, Miller —murmura, apartando la mirada, como si estuviera a punto de salir corriendo.

Pero yo no la dejo.

—No estoy empezando. Solo estoy siendo sincero. —Me inclino un poco más, acortando la distancia entre nosotros—. Quiero conocerte. Quiero saber todos tus secretos.

—No soy tan interesante —dice, con la voz baja, casi como una advertencia.

—Ah, princesa… no tienes ni idea de cuánto.

—Otra vez cambiando los apodos —se queja, apuntándome con la cuchara—. Para ya con eso.

Le atrapo la mano en el aire y noto su sorpresa.

—Entiende una cosa, princesa. Cuando te llamo así es porque quiero follarte despacio. —Otra vez demuestra sus dotes de nadadora, conteniendo el aire—. Y cuando te llamo *Mad* Maddie, es porque quiero follarte fuerte.

Tira de su mano para soltarse y yo suelto una risa baja.

—¿Se te ha pasado por la cabeza que igual no me apeteces?

—Se me ha pasado… pero luego tu coño me empapó la mano y descubrí que mientes. Así que…

Ese bufido indignado me hace reír. Levanto la mirada para disfrutar del rubor que le prende las mejillas. Le dura poco. Enseguida sus cejas se inclinan con rabia, marcándole esa mueca que daría miedo hasta a un osito de peluche.

—Hay reacciones que son fisiológicas, no se pueden controlar.

—Y tú me dejaste tocarte todas las veces porque estabas haciendo un estudio científico, ¿no?

—¡Arg! Eres insufrible. —amenaza con levantarse.

Mierda. Creo que me he pasado.

Otra vez me dejé llevar por el momento.

Es que ella me saca de quicio.

—Perdón, perdón, perdón… —le agarro el brazo—. Me callo. Lo prometo. Solo termina tu tarta conmigo, ¿sí?

Mira el trozo de su plato con cierta pena, sin moverse durante un minuto que se estira como una eternidad. Hasta que, por fin, vuelve a sentarse, mirando su tarta como si fuera lo único que la mantiene aquí.

—Si no necesitara tanto este trozo… —gruñe bajito, acomodándose en la silla.

—¿Y por qué lo necesitas tanto?

—Para un tío que se lía con tantas, parece que no tienes ni idea de las necesidades de una mujer.

—Muchas no estarían de acuerdo contigo. Pero vale. Ayúdame a entender tus necesidades —digo, gesticulando con una mano.

—Solo para que dejes de darme la turra… —resopla, cansada—. Estoy con la regla y esta tarta es mano de santo.

—Hmm… —asiento, entendiendo.

Tres segundos. Puedo estar callado exactamente tres segundos.

—¿Tú sueles estar con la regla todo el mes? —resopla otra vez y ya está a punto de levantarse de nuevo—. ¡Broma, broma, broma…! —digo rápido, riéndome.

Me lanza una servilleta a la cara y ni me defiendo del ataque. Me lo merezco.

Pasamos unos minutos en silencio.

Yo conteniendo la risa y ella, mosqueada.

—En serio, Madison… ¿por qué no te animas conmigo, guapa? Deja de huir. Sabes que tenemos química.

Respira hondo, baja los hombros, con la cara de estar hasta el coño, antes de alzar la vista y mirarme.

—Estoy ocupada con otras cosas y no quiero una más que me coma la cabeza. Y además… ni siquiera sé si soy capaz de hacer eso de "sin compromiso" —admite por fin.

—¿Por qué lo dices? ¿Siempre has tenido novio? —pregunto, queriendo por primera vez saber del historial de una tía—. ¿Nunca te has liado con uno sin compromiso, solo por pasarlo bien? —me echo hacia atrás en la silla, con una postura relajada—. Cuéntame… ¿alguno era así, todo buenorro? —Ella se queda sin palabras, abriendo y cerrando la boca como un pez fuera del agua—. Eran todos del club de ajedrez, ¿no?

Debí dar en el clavo, porque no responde y sigue mirándome como si no pudiera creérselo.

Levanto la cuchara con un bocado de mi tarta favorita y suelto un gemidito al saborearla, sin quitarle los ojos maliciosos de encima.

Veo el segundo exacto en el que vuelve en sí, cerrando los ojos un instante y negando con la cabeza. Luego resopla, exasperada.

—Ya está, Jordan. Has descubierto mi gran secreto. O sea: tú no eres mi tipo. Y por eso, nada de tonteos constantes entre nosotros. —señala de ella a mí.

El mundo va de estrategias y, tal y como está el patio, tengo que tirar del lado compasivo de la empollona. La conversación de ayer con mi madre gritándome dentro de la cabeza.

—Vale, Maddie. Lo entiendo. —Y salimos otra vez de la pecera, porque el pececillo se está ahogando. Sonrío, divirtiéndome con sus reacciones a mis versiones. Se quedaría loca si supiera lo multitarea que soy en la cama también. Pero… paso a paso—. Ayer mi madre me llamó para felicitarme… —digo, dejando la cuchara en vertical sobre el plato—. Siempre llama. Y siempre termina hablando de mi hermano Dylan, que está en la NHL.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Tiene que… bueno… Dylan tiene novia ahora. Y mis padres quieren a todos los hijos en casa para Acción de Gracias.

—¿Es una ex tuya o qué? ¿Estoy aquí de oyente para tu drama?

—Siempre me han comparado con mi hermano, Madison —digo, un poco más serio. No porque quiera, sino porque el tema es una mierda—. Y lo odio. Puedo darlo todo siempre, pero para ellos el hijo perfecto es mi hermano.

—Suena a celos…

—¿Celos…? —suelto el aire, despectivo—. No celebro mi cumpleaños porque el que recibía felicitaciones y soplaba las velas era mi hermano por cualquier cosa que hubiera hecho esa semana. Y créeme… pasaba siempre.

Los recuerdos, los que intento enterrar cada vez que llega mi cumpleaños, me revientan por dentro mientras hablo. Fuera de mis amigos, nadie sabía cuánto me jodía esa comparación constante con Dylan. Pero quiero que ella entienda, así que sigo:

—Mi hermano se comportaba como un crío y lo educaron para ser así. Para quedarse con todo lo mío. No por maldad, por costumbre. Si yo tenía algo que a él le gustaba, mi padre me obligaba a dárselo. Nunca recibí un elogio por mis victorias, ni siquiera cuando conseguí la beca completa en Michigan. Fue la

manera que encontré de hacerme un camino distinto al suyo, que fue directo a la NHL.

—Vale… tienes un drama familiar serio —concede al fin.

—Por eso… necesito tu ayuda.

—No soy psicóloga y tampoco sé esconder un cadáver. Así que…

Y entonces lo suelto del tirón:

—Necesito que finjas que me quieres durante unos días.

Escupe la Coca-Cola en mi cara.

—¡Joder! —protesto, cogiendo servilletas para limpiarme.

—¿Estás loco?

—No —respondo seco, siguiendo con la limpieza—. Necesito una novia. De mentira. Solo para Acción de Gracias. Mi familia cree que soy incapaz de conseguir a alguien, así que necesito llevar a una chica conmigo.

Me mira como si estuviera esperando el remate del chiste.

—¿Y has pensado en mí… por qué? Tienes una cola de "groupies" listas para pasarse un finde entero contigo. Y encima se van dando las gracias.

—¿Y tú crees que quiero a una tía pegajosa que se me va a enganchar esperando que cambie de idea y le pida algo real? —alzo una ceja—. Quiero a alguien con cerebro. Que sepa que esto es solo un juego. Que entre y salga igual: ilesa.

Se ríe. Un sonido corto, sarcástico.

—Guau… ¿se supone que tengo que sentirme halagada?

—Deberías —digo, quitándole importancia sin borrar la sonrisa—. Además de guapa, eres lista, afilada y totalmente fuera de lo normal. Casi una rareza en medio de esas chicas que solo piensan en stories y *leg press*[1].

—Eres increíble, Jordan —se reclina en la silla, con los ojos chispeándole—. ¿O sea que tu argumento para que yo finja ser tu novia es que soy… "diferente"?

—Exacto. Y porque tú no vas a enamorarte de mí —remato, seguro.

Arquea una ceja.

—O sea, ¿todas las otras se enamorarían de ti?

—Exacto.

—Qué soberbia, ¿no?

—Solo realismo.

Se queda en silencio un momento, y por un segundo pienso que quizá lo está considerando. Pero entonces se inclina hacia delante, apoya los codos en la mesa y suelta, firme:

—No soy el tipo de chica para ti. Y además, no quiero ser otro trofeo en tu estantería, Jordan. Me estás proponiendo esto con segundas. Quieres forzar una intimidad para meterte en mis bragas.

Sonrío. No aguanto.

—Ya me he metido en tus bragas, princesa. No con mi polla, pero mi mano hizo un trabajo de puta madre la última vez.

—Me sacas de quicio.

—Y a mí tu cabezonería.

—No voy a ir a ningún sitio contigo. Y menos en el festivo. Busca a otra.

Antes de que pueda responder, se levanta, deja un billete de veinte dólares en la mesa y prácticamente sale corriendo hacia la puerta.

Y yo me quedo ahí.

Quieto.

Solo.

Con el sabor de la tarta todavía en la boca y la sensación de haberme comido un rechazo sin ni siquiera haber llegado a intentarlo de verdad.

A lo mejor tiene razón.

A lo mejor debería elegir a una chica más sencilla, más fácil.

Una de las muchas que ya se sabe el guion de memoria.

Pero, joder…

Mi orgullo quiere que sea ella.

Porque cuanto más dice que no, más necesito demostrarle que sí.

Y cuanto más huye, más corro detrás.

Porque la verdad es una sola:

Puede que ella no sea mi tipo de chica.

Pero yo soy el tipo de tío que no se rinde.



Estoy caminando desde hace un rato por el centro de *Ann Arbor*.

Ya he doblado la misma esquina más de una vez y, por más que pruebo un rumbo distinto, acabo en el mismo cruce.

Joder.

Los escaparates cerrados, la niebla baja, la sensación de que algo me arrastra hacia un sitio que no lleva a ningún lado.

¿A dónde estoy yendo?

No lo sé.

Pero parecía importante.

Muy importante.

Las calles están vacías. El frío no molesta. El tiempo parece suspendido.

Solo mis pasos resuenan.

Y entonces me doy cuenta.

No estoy sola.

Al otro lado de la calle hay un hombre.

Alto.

Quieto.

Un abrigo negro y una bufanda gris tapándole parte de la cara.

No se mueve, pero el hecho de que esté ahí me enciende una alarma por dentro.

Empiezo a caminar más rápido.

Con cada esquina que doblo, cada calle que cruzo haciendo eses, miro por encima del hombro.

Está ahí. Siempre ahí.

No camina.

Solo aparece.

El mundo entero se queda congelado. Solo yo me muevo. Solo él me sigue.

Dejo de andar. Me giro despacio. Lo miro de frente.

Y entonces el tiempo vuelve a arrancar.

Da un paso. Luego otro. Viene hacia mí.

Se me dispara el corazón.

La bufanda se desliza un poco y ahí lo veo.

Leonard Armitage.

Se me hunde el estómago.

Es él.

El nombre de la lista.

El nombre que le mandé a Emory.

El nombre que podría enterrar a Gregory Maxwell si volviera y testificara sobre los fraudes y el desvío de dinero.

Mi fantasma. Ha vuelto.

Clava los ojos en mí, la cara oscura en una mezcla de reconocimiento y acusación. Sabe que fui yo.

Que fui yo la que hizo que todo se viniera abajo años atrás. Ha descubierto que su hijita creció y conspiró contra él.

Mierda.

Su mirada arde, me quema con su furia y me pide venganza.

Mis pies se mueven antes de que pueda pensar. Corro. Corro otra vez de él y de todo lo que representa.

El sonido de mis propios pasos rebota por todas partes, rápido, desordenado.

Miro por encima del hombro y sigue viniendo.

De repente el suelo tiembla.

Un chasquido seco en el asfalto me hace perder el equilibrio.

¿Pero qué…?

Intento agarrarme a algo, pero caigo. Gateo. Me levanto.

Otro temblor.

Más fuerte.

Las ventanas vibran. Las fachadas se mueven.

Las luces parpadean.

¿Un terremoto? ¿Aquí? ¿En *Ann Arbor*?

Esto es… esto es absurdo.

Vuelvo a caer.

El suelo vibra como si quisiera tragarseme.

Me martillea el corazón y mis pulmones suplican aire.

No tiene sentido. Nada tiene sentido.

Cierro los ojos con fuerza, me tapo los oídos. Intento ahogar la vibración con todo el cuerpo.

La sensación se vuelve más intensa. Rítmica… siguiendo un patrón.

Vibra. Vibra. Vibra.

Tum. Tum. Tum.

No es el suelo.

No es la ciudad.

Es…

…mi móvil.

Abro los ojos de golpe, como si acabara de salir de una piscina y tuviera que aprender a respirar otra vez.

Estoy bien. Nada era real. Era un sueño.

La vibración sigue insistente, reclamando mi atención. El cuarto está en penumbra. Emory, misteriosamente, aún no ha vuelto

a dormir y tengo la sensación de que llegará mañana por la mañana.

Alargo la mano hacia el aparato —que habría salido volando de no ser porque me ha salvado de una pesadilla— y contesto.

—¡Gracias a Dios, Maddie! —susurra Cam, en un tono desesperado. Nerviosa—. *Necesito ayuda*.

Antes de que siga, ya me estoy levantando para vestirme. Después del sueño raro que acabo de tener, mi cabeza está montando un millón de escenarios horribles.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde estás?

—Estoy en Alpha. Pero necesito ayuda.

¿Han asaltado una fraternidad llena de atletas y los tienen de rehenes?

—¿Y te estás escondiendo de alguien? ¿Por qué susurras? ¿Y por qué necesitas ayuda?

—Ay, Maddie… ven ya y sácame de este marrón, tía.

Su tono es de alguien ansiosa, pero no asustada. Respiro aliviada.

No es la primera vez que Cam duerme en alguno de los cuartos de Alpha. Pero sí era la primera vez que me llamaba a mitad de la noche para pedir auxilio.

—¿Qué ha pasado, Cam? —me sale voz de hermana mayor.

—¿Te acuerdas de Jonathan?

—¿El jugador de fútbol americano?

—Sí, ese. Pues… pensé que la noche pintaba bien, tía. Pero necesito salir de su cuarto con urgencia. Ven antes de que se despierte.

—¿En serio vas a hacer otra vez la de la chica que usa y desaparece de madrugada, Cam? ¿Otra vez?

—Técnicamente, lo estoy dejando dormir tranquilo.

—Cam… —alargo su nombre, en modo advertencia.

—Vale, vale. Sí, quiero largarme. El tío es como un regalo precioso por fuera y vacío por dentro. O bueno… algo había dentro, sí, pero tan triste que mantuve mi sonrisa de diva mientras mi coño

lloraba. Y no de la forma buena, no. Si hubiera llorado menos, habría ido mejor para conseguir un poquito de fricción.

—No me lo puedo creer, Cameron Ross. ¿No es más fácil despertarlo para que te abra la puerta?

—Lo sería… si no hubiera dicho que siempre quiso estar conmigo, que estaba cumpliendo un sueño. Que nunca había sido tan especial y…

—Y te ha dado pena. Vale. Ya lo pillo.

—Estaba abriendo la puerta, tía. Pero la llave se me resbaló y fui a cogerla. Y para mi suerte, pateé la maldita debajo de su mesa de estudio. Si me pongo a rebuscar, se va a despertar. Por favor, tíaaaa —me suplica—*. ¿Por favor? Te prometo que antes de meterme en el cuarto de un tío otra vez, voy a comprobar el tamaño de su polla. Es la última. Lo juro.*

—No sé por qué, pero oírte prometer eso me recuerda a las veces que te pusiste mala después de beber. Suena igualito.

—Te lo juro de verdad.

Suelto el aire por la nariz, pensando en su frase. ¿Quién jura de mentira, eh?

En fin.

—Voy. Pero ni siquiera sé cómo llego a donde estás. ¿No hay nadie despierto en ese sitio?

—La mayoría son atletas. Tienen que dormir pronto y duermen como piedras. Hay una llave de repuesto dentro de la maceta de la izquierda al lado de la puerta. Estoy en el tercer piso, segunda puerta a la derecha.

—¿Ese tío duerme solo? —pregunto, porque por lo que sé, Alpha sigue el mismo patrón que Kappa: tres por cuarto.

—Uno de ellos tiene novia y está con su chica. El otro está fuera en una competición de running, yo qué sé… —resopla y se queda en silencio un segundo—. *¿De verdad vas a interrogarme? Ven ya, Maddie, por favor.*

—Ya estoy en el coche, loca. Menos mal que sé abrir cerraduras, ¿eh?

—Te lo enseñé yo. Así que no presumas.

Sí. Fue Cam la que me enseñó. Algo que debería haber aprendido hace años, porque me habría salvado en más de una situación. Ella dijo que lo aprendió para poder escaparse cuando su padre la castigaba.

Le duró poco, porque él descubrió enseguida que jamás conseguiría tener a su niña encerrada. El castigo cambió a recorte de paga. Qué gracioso: en mi caso, yo me quedaba encerrada sin opción de cambiar de castigo, ¿no?

En fin… me despido de Cam y le digo que la llamaré en cuanto esté entrando en Alpha.

Minutos después, oigo crujir el primer escalón de madera bajo mi bota en cuanto lo piso. Mierda. Parece una alarma para que me detecten. Miro hacia arriba de inmediato, buscando alguna cámara. Hay poca luz y creo que solo los pasillos principales están encendidos.

Decido subir rápido. Mejor llegar ya al piso de arriba, ¿no?

Segunda puerta a la derecha. Tiene que ser esta. Llamo al número de mi amiga.

—¿Hola? ¿Ya estás? —susurra, y puedo oír su voz detrás de la puerta.

—Solo tú consigues que yo invada casas a estas horas —me quejo.

—Aquí vive un montón de gente que entra y sale. Piensa que es un hotel sin recepción.

Prefiero no contestarle y concentrarme en la cerradura mientras meto las varillitas de metal. Una empuja el pestillo, la otra tira y… TEC.

La puerta se abre y Cameron sale disparada, descalza, con las botas y el abrigo en las manos.

Me rodea con los brazos y me da un beso en la coronilla. Ella hizo más de una vez cola para la altura allá arriba en el cielo, ¿vale?

—Gracias, gracias, gracias.

—Vámonos ya —ordeno, volviendo hacia las escaleras—. No quiero que me pille ningún…

Y mi amiga me tira hacia ella, con el índice en los labios para que me calle. Y entonces yo también oigo… voces. Voces masculinas subiendo las escaleras en ese mismo instante.

Miro a mi amiga con mi mejor cara de "te mato". Ella me devuelve una de "perdón". Joder.

—No quiero que nos pillen en el pasillo de Alpha saliendo de un cuarto random, Cam —susurro lo más bajo que puedo—. Van a pensar que estábamos haciendo un trío y, sinceramente, no me apetece convertirme en rumor del campus. Haz algo —ahora soy yo la que suplica.

Me agarra de la mano y me tira en la otra dirección, subiendo el siguiente tramo de escaleras.

—¡Cameron! —susurro gritando—. Yo no sé volar para saltar desde un cuarto piso, loca. La salida es por el otro lado.

—Lo sé… solo vamos a esperar a que esa gente se vaya a dormir.

—¿Y si es uno de los Gladiadores? —pregunto, recordando que ellos tienen los cuartos del piso de arriba.

—Lo dudo. —da unos pasos por el pasillo en cuanto pisamos el suelo—. Esos tíos obedecen el toque de queda y…

En una fracción de segundo, una puerta se abre y la teoría de Cam se va escaleras abajo, igual que nuestra intención de pasar desapercibidas, ¿por qué?

—¡Aaaah! —grita y yo corro a taparle la boca.

—Pero qué coño… —se queja una voz masculina.

Y otras voces desde abajo murmuran para ver qué estaba pasando, empezando a subir por las escaleras.

Con una fuerza sobrehumana empujo a todo el mundo hacia dentro del cuarto que se ha abierto, la penumbra escondiendo quién era nuestro anfitrión.

—Por favor, por favor, que no sepan que estamos aquí, ¿por favor? —pido, desesperada.

Debía de ser uno de los Gladiadores y, como Cam, yo también había empezado a confiar en ellos por Winter y Brooke. Además, solo vi a Sebastian portarse como un imbécil con la rubita antes de que estuvieran juntos.

Por lo general, respetaban a las chicas.

—Tranquila, *Mad* Maddie. Ya me encargo yo de esto.

Y entonces descubro que he entrado justo en el cuarto de Jordan.

Mierda.

Son cuatro.

Había cuatro cuartos.

Cuatro posibilidades.

¿Y la puerta que se abre justo cuando estamos delante… es la suya?

El tío que me pidió que fuera su novia falsa y que, desde entonces, aparece en todas partes para volverme loca.

Oímos los pasos acercándose aún más. Las voces se oyen más claras, junto con risas ahogadas.

Él esboza una sonrisa lasciva y luego gira el pomo con calma, sale al pasillo y cierra la puerta tras de sí.

—¡Aaaah! ¡Una araña! —berrea fuera, con una voz escandalosamente aguda.

Cam y yo nos miramos, incrédulas, clavando los ojos en la puerta cerrada mientras escuchamos la conversación.

—¿Pero qué coño te pasa, Jordan? —otra voz masculina refunfuña desde abajo—. Tú no puedes ir en serio.

—Tío, ¿me estás vacilando? —dice otra.

—Soy vuestro veterano, joder —responde él, ahora con un tono firme—. Si mi voz cambia por la noche, no es asunto de nadie.

Las carcajadas de los otros retumban escaleras abajo.

—El tío grita como una animadora y pretende que cuela.

—Iros a dormir, coño. Y si veis otra araña, gritáis vosotros. Buenas noches.

Entra y cierra la puerta, apoyándose en ella con una sonrisa de cabrón dibujada en la cara.

—Misión cumplida —dice, satisfecho.

—¿Has gritado por una araña? —Cameron arquea una ceja —. ¿Y se lo han creído?

—Da igual si se lo han creído o no… se han largado.

—¿Tú gritas así siempre? —Cam sigue pinchándole, aguantándose la risa.

—Eh, soy el dueño de este cuarto y el héroe de la noche. Me debéis una —y lo dice con ese tono cargado del favor que yo le negué. Ay, mierda.

Señala la cama.

—Mejor esperad un poco para salir sin generar más memes.

Nos sentamos en su cama, sin saber muy bien qué hacer. Cameron a mi lado, con el abrigo todavía en el regazo. Yo, tiesa.

Jordan nos mira con esa sonrisita idiota y suelta:

—¿Sabéis que, visto así, parece escena de porno…? El tío llega al cuarto y tiene a dos chicas sentadas en la cama.

—Ni de coña —digo.

—Ni aunque fueras el último hombre del planeta —remata Cameron.

—Ayyy —gime, riéndose, con una mano en el pecho—. Así me vais a romper el corazón.

—No seas idiota, Jordan —le contesta Cam, sonriendo.

—Tranquila. Yo también solo quiero una.

Se me queman las mejillas. Y Cameron mantiene esa sonrisa maliciosa, levantando las cejas.

Él se va al otro lado de la cama, da la vuelta y se deja caer a mi lado. Luego se tumba apoyando la cabeza en la palma, sobre un codo.

—Ahora en serio… ¿qué cojones estabais haciendo aquí? —pregunta, girando la cara hacia mí.

—Cam me pidió que viniera a buscarla —respondo, con voz seca, rezando para que no tire del hilo.

Pero él no perdona.

—¿Buscarla… en la puerta de un tío?

A Cameron ni se le mueve un pelo. Suelta en automático:

—Yo no me siento y comento[2]. No voy a decir nada.

Él se parte de risa.

—Tía, ni quiero saber quién era.

Su risa me arranca una sonrisa aunque intente contenerla. Pero cuando me mira con esa intensidad y luego se queda mirándome la boca unos segundos, el aire cambia.

Se me encoge el estómago. El cuarto se vuelve demasiado pequeño.

Su mirada quema.

Y cuesta tragar saliva.

Cameron vive su sexualidad con tanta facilidad. Sería "solo sentarse", como dice ella. Si es tan simple, ¿por qué me da tanto miedo aceptar esa propuesta de noviazgo de pega?

Ya me ignoró lo suficiente en primero. ¿Se acuerda del "pobrecita" de primero?

Entonces…

Hay un dicho que es verdad pura: quien pega, olvida. Quien recibe, no olvida nunca.

Por eso corto el contacto visual al instante.

—Ya no escucho nada. Cam, vámonos. —le tiro del brazo.

Cameron me mira medio segundo y entiende. Se levanta sin discutir.

—Espera, Maddie. Os acompaño hasta la puerta. —suelta el aire, ahora con pinta de frustrado. Yo debería salir corriendo, pero la posibilidad de necesitar otra "araña" hace que me quede—. Un día vas a dejar de huir —me susurra al oído cuando pone la mano en el pomo y abre la puerta.

No digo nada porque, en el fondo, sé que tiene razón.

No aparece nadie más y conseguimos salir de Alpha sin otro problema. No miro atrás, pero noto sus ojos clavados en mi espalda.

En el coche, Cameron se pone el cinturón y me mira de lado.

—Vale. ¿Y qué ha sido eso?

—¿Eso qué?

—El rollo. Esa tensión entre vosotros. ¿Por qué no aceptas de una vez lo de ser la novia falsa y se acaba ya, eh? Tú también ibas a disfrutar.

Suelto el aire despacio.

—No voy a negar que me atrae. Pero no va a pasar.

—¿Por qué? —pregunta, girándose del todo hacia mí.

Con ella no tengo que mentir. Ella lo sabe todo… conoce toda mi historia.

—Porque me da miedo querer más, ¿sabes? Salir de esto hecha polvo mientras a él le da igual.

—Ay, tía… tú no parecías del tipo romántica.

—No sé si lo soy. Solo sé que no quiero descubrirlo con Jordan Miller. Él representa un peligro que no conozco —murmuro, mirando la calle delante.

—Entiendo que te dé miedo implicarte, Maddie. Pero estás a salvo. Jordan no es un monstruo del que tengas que huir.

La miro con los ojos húmedos, acordándome de todo lo que he vivido hasta llegar aquí.

—Y tú no tienes que tener miedo de tu coco escondido en el armario, tía. Yo estoy aquí. Me enfrento a un jugador de hockey y a un exbanquero terrorista con un brazo atado a la espalda. —Se me escapa una risa nasal por el llanto contenido.

—No tienes ni idea de lo que dices, loca.

—Sí que la tengo. —me abraza—. Tu padre nunca más va a hacerte desaparecer, te lo prometo. Aunque tenga que hacer amigos en China, como dije, voy a ser tu caballero con puños de acero.

Sonrío, arropada por el cariño de su amistad sincera.

—Gracias, Cam.

Nos quedamos así unos minutos, hasta que suelta:

—Entonces… ¿vas a aflojar con el Gladiador rápido o no? Venga… aprovecha y quítate el precinto.

—¡Cameron Ross!

—¿Qué? Piensa en esto como arrancarte una tirita. ¡Paf! ¡Y pum! ¡Fuera! —chasquea los dedos en el aire.

Me río a carcajadas.

—En eso pensamos igual. No creo que tenga tanta importancia mi virginidad. En realidad, solo indica mi inexperiencia en el tema. —pongo una mueca.

Ella hace un sonido de acuerdo.

—Peeero… no soy su tipo. Jordan se lía con chicas populares, animadoras, groupies. Y yo…

—Y tú eres preciosa, estás buenísima, eres lista y le has llamado la atención.

—Todo porque me irrita que flipas.

—Eso tiene nombre y apellidos: quiero sentarme. ¿Te suena?

—¡Cameron! —la regaño en broma, oyendo su carcajada.

—Admite que estás loca por sentarte en ese palo, ¿no?

—Piensa que solo vas a dar una vuelta en la noria, Maddie. —se encoge de hombros, como si no fuera nada—. Igual hasta más de una.

Nos reímos juntas. Luego empezamos a comentar detalles de nuestra aventura nocturna, intentando averiguar incluso quién escuchó el gritito nada discreto de Jordan.

Me paro a pensar más en serio en la propuesta indecente de ese Gladiador al que llevo huyéndole.

Algo que llevo haciendo desde hace tanto, y con tanta gente, que no sé si soy capaz de cambiar.

Pero…

Antes, yo tampoco tenía una mejor amiga.

Antes, yo no iba a fiestas.

Antes, yo había dejado de cantar… y ahora canto para buena parte de la fraternidad.

Y ahora me persigue un Gladiador del Hielo, que quizá sea el primer peligro que sí quiero vivir.



Me hundo la cabeza en la almohada, primero sonriendo, porque ella estuvo aquí, en mi cuarto, en mi cama. Y luego se me desarma la sonrisa.

Ella estaba en mi cuarto. En mi cama. Y… otra vez huyó de mí.

¡Arg!

Arranco la almohada de detrás de mi cabeza y me la aplasto contra la cara.

La frustración se come por completo mi emoción de hace un rato y solo me queda esa sensación gris de derrota.

Entiendo que delante de su amiga no iba a pasar nada.

¿Pero tenía que salir corriendo así?

¿Cortar de un hachazo la tensión que tienen nuestros cuerpos cuando están tan cerca?

A Cameron no le importaría presenciar un beso. Lo sé. Igual que sé que *Mad* Madison no se sentiría cómoda y se quedaría rígida en el segundo en el que volviera en sí.

¿Ves?

Ese es el problema.

Su timing tiene que empezar a ir con delay. Así voy a tener una oportunidad de acelerar las cosas entre nosotros para pedirle cierto favor.

Me quito la almohada de la cara y me quedo mirando el techo.

—Infierno, princesa… —gruño hacia arriba—. Querido destino, ¿te estás cachondeando de mí?

Respiro hondo, mirando la hora en el reloj. Mejor me duermo ya o mañana entraré al hielo como un zombi con patines. No es el momento de maquinar cómo hacer para que acepte de una vez mi propuesta.

Joder.

¿Es tan difícil pasar un fin de semana siendo mi novia?

Claro que no.

Suelto el aire, frustrado.

Cuando me giro de lado, algo duro me roza la rodilla. Palpo el colchón hasta que agarro el objeto invasor de mi espacio.

Lo levanto delante de la cara y, en cuanto toco la pantalla, aparece una foto de Madison y Cameron.

Es el móvil de una de ellas.

La sonrisa vuelve con fuerza. Miro al techo otra vez, imaginando que ahí arriba hay un portal por el que puedo hablar con el universo.

—¡Gracias!

Ahora solo necesito saber de quién es. Si es de Cameron, tengo que encontrarla cuando esté con Maddie.

Y si es de ella…

Vuelvo a mirar al ser invisible que me está ayudando más que nadie.

—Échame una mano, ¿vale? Que está jodido pillar a esta chica, es más resbaladiza que un jabón mojado.

Entonces veo una notificación en ese mismo móvil, y la pantalla brilla. El contacto sale como Anónimo. O tiene esa función activada o quien le escribe no está en sus contactos. Frunzo el ceño, curioso.

Bueno… ahora mismo no puedo saber nada. Así que dejo el móvil al lado del mío y cierro los ojos, intentando dormir, porque mi cabeza no para ni un segundo, maquinando las mil posibilidades que tengo justo aquí, en mis manos.



Son las seis y media de la mañana y voy en la pick-up de Kyle, con mis tres mejores amigos, camino del entrenamiento, cuando el móvil empieza a sonar dentro de mi mochila con una canción que reconozco al instante.

Call Me Maybe, de Carly Rae Jepsen, sube cada vez más de volumen. Austin empieza a mover el cuello al ritmo, pillando de dónde viene el sonido, y su sonrisa se le estira hasta un tamaño que anuncia la vacilada que se viene.

—¿Qué coño es eso? —pregunta Sebastian, que va en el asiento del copiloto.

—Un tono de móvil —respondo, con la verdad.

—¿Y tú has elegido esa canción para quién? —ahora es Prince el que pregunta, mirándome con sonrisa de Joker.

—El teléfono no es mío, ¿vale? —rebuso dentro de la mochila. La cagué tirándolo ahí a lo loco y ahora no hay manera de encontrarlo.

—¿De quién es el móvil con ese tono, tío? Quiero vacilarle en cuanto lleguemos al vestuario —Kyle da por hecho que es de algún jugador del equipo.

—No es de ellos.

—Ah… ¿esta vez mandaste a la tía a casa, pero se dejó el móvil, eh? Al menos no llegaste tarde —suelta Sebastian.

—No mandé a nadie a ningún lado. Ella salió corriendo y se le cayó. —Sigo buscando el móvil, que vuelve a sonar con la puta

canción.

—¿Quién estaba en casa ayer? —Prince les pregunta a los de delante, sabiendo que yo no diría el nombre de la chica.

Era habitual que hubiera chicas rondando por nuestra fraternidad. Su pregunta no es tan random. Yo me he liado con algunas y he aprovechado la noche, al fin y al cabo.

Pero no les he contado lo que está pasando de verdad entre la empollona y yo. No me apetece oír sus burlas con lo de la novia falsa.

Así que tiro por el camino fácil.

—Es de Madison, ¿contentos?

—¿La empollona de Kappa? —pregunta Kyle.

Resoplo, aburrido, y asiento con la cabeza.

—¿A qué hora llegó ahí sin que nadie la viera? —sigue interrogando. A diferencia de lo que Maddie cree, ir con esas pintas llama más la atención de la que la camufla. En nuestras fraternidades, por lo menos.

No paran de hablar de quién entra, quién sale, y ni sé por qué Austin va soltando nombres para que Kyle y Sebastian los vayan tachando de una lista imaginaria, cuando él se escaqueó en cuanto Sebs se fue a dormir.

Suelto una maldición entre dientes.

Joder.

No son unas marujas.

—Fue de madrugada —suelto, con la voz áspera. Se callan. Gloria. —Y no es nada de lo que estáis pensando. Cameron se encerró en el cuarto de uno de los tíos y Maddie fue a rescatarla. Eso dijeron. No quieren que nadie lo sepa. —Clavo la mirada en mis amigos, con la orden implícita.

—Espera. —Austin levanta una mano y pone cara de estar pensando con los ojos cerrados. Cuando los abre, sé que viene mierda—: ¿Salieron del cuarto de un tío y acabaron en el tuyo?

—Cierra la boca, Prince. No es nada de eso —espetó, notando que metí la pata hasta el fondo—. Estaban huyendo de unos tíos de Alpha que aparecieron por las escaleras. Esos idiotas no se callan ni debajo del agua. Supongo que nos ven como refugio, eso es todo. Las salvé de tener que hacer la caminata de la vergüenza hasta la puerta. Se quedaron en mi cuarto hasta que el pasillo quedó limpio para irse.

—¿Y en ese rato… no pasó nada? —pregunta Kyle, mirándome por el retrovisor.

Suelto una respiración cansada, porque me gustaría que la respuesta fuera otra:

—No pasó nada. Y a una se le cayó el móvil sin querer y nadie lo vio. Solo eso.

Se hace un silencio raro dentro del coche. Si estuviera con gente madura, quizá podría esperar algo que no fuera…

—Estás jodidísimo, tío. ¡En serio! —declara Prince, y vuelve a poner esa sonrisa que me saca de quicio.

—¿Jodido por qué? ¿Por ayudar a dos amigas?

—Ho, ho, ho… es mucho peor, colega —Kyle suelta esa risa suya que significa "se viene lío"—. Tenemos a alguien pilladito por la *Mad* Maddiiie —canturrea.

—¿De qué coño hablas? —intento sonar indiferente. No tengo por qué enseñar todas mis intenciones.

—Acabas de usar la palabra "amigas" —explica Sebastian. Intenta no reírse. Pero, como dije… marcador cero para la gente madura.

—Gilipollas —murmuro, por fin encontrando el móvil. Miro la pantalla y veo la cara de Cameron. Contesto rápido para ignorar a mis amigos—. ¿Diga?

—¿Jordan? ¿Eres tú? —Esa voz no es la de Cameron.

—Me has reconocido rápido, ¿eh, princesa? Vamos mejorando. —Las risas a mi alrededor me recuerdan que no puedo pasarme de la raya con bromas que parezcan algo más.

—Ni voy a pelear contigo porque estoy aliviada de haber encontrado mi móvil. Nunca lo había perdido —dice con tanta seguridad que me la creo. Yo he perdido hasta el alma y he tenido que comprar otro, pero el localizador me salvó de que volviera a pasar.

—¿Tu móvil no tiene localizador por satélite o qué?

—Sí, y la ubicación marcaba que estaba cerca de Alpha. Me dio miedo que se me hubiera caído en el pasillo cuando saqué a Cam.

—No está en el pasillo, Maddie. Está conmigo. Ahora… ¿por qué coño tienes ese tono en el móvil? —se me escapa sin filtrar el asco en el tono. Ay, mierda.

—Me gusta la canción. Y la puso Cam. Antes me chantajeaba para no quitarla y luego se quedó como nuestro tono especial. —Se calla de golpe, dándose cuenta de que ha soltado más de la cuenta. Y esa versión suya, medio distraída, me gusta. Mucho —. Quiero mi móvil, Jordan. ¿Dónde vas a estar?

Del otro lado, Kyle y Sebs se parten mientras Austin saca la lengua en una imitación lamentable de perrito. Les mando a todos a la mierda solo moviendo los labios.

—Ahora tengo entrenamiento y luego clase. Puedo llevártelo después.

—No voy a estar tantas horas sin móvil.

—Son un par de horitas, empollona. No voy a cotillearte nada. Tranquila.

—Ni podrías. Activé el modo antirrobo.

—¿Ves? No tienes de qué preocuparte. Ahora tengo que irme. Acabo de llegar a la pista. Luego te busco para dártelo, ¿vale?

—Hunf… mierda —dice bajito, pero la oigo—. Voy a estar en el estudio de mezcla. Quiero mi móvil antes de comer, Jordan —exige.

—Mandona —replico, bajándome del coche. Ese tono es tan de mi *GhostQueen*.

Si hubiera hablado más con ella antes, ¿habría notado la similitud?

Supongo que nunca lo sabré.

—Adiós, Jordan.

—Un beso, princesa. —Y cuelga.

—Date prisa. Quiero estar en el hielo antes que el *Coach* —grita Sebastian por encima del hombro, entrando en la Arena Yost Ice.

Otro mandón. Solo que ese manda sobre mí desde hace más tiempo, pienso.

A su lado he ganado tantas victorias en el hockey.

Creo que tener otra mandona en mi vida me va a dar otro tipo de victoria.

Una que va a dejar a mi familia con la boca abierta.

Tres horas y seis minutos después, camino por el edificio de Bellas Artes, buscando el estudio de mezcla. El pasillo está en silencio, con placas discretas encima de las puertas.

Segunda puerta a la izquierda, me dijo un tío por el camino. Doy unos pasos más y… la encuentro.

Fuera hay un flacucho con cara de becario frustrado que me corta el paso.

—Alumna en práctica. Mejor esperar —dice, con un aire demasiado burocrático para su edad.

—Ah, vale. Sin prisa. —Sonrío, levantando las manos en rendición—. Solo vengo a traerle algo que se dejó. —Intento la miradita con encanto, pero su cara sigue de piedra.

Vale… por ahí no.

Hago como que me voy, pensando cómo coño entro sin forzar la situación.

Entonces… su móvil suena y él contesta, dándose la vuelta, distraído con la llamada.

Y yo, claro, hago lo que haría cualquier Jordan Miller.

Entro.

La puerta se cierra detrás de mí con un clic suave. El ambiente es oscuro, pero iluminado por las luces del panel de control y la pantalla del portátil de ella.

Y ahí está Maddie.

Sentada frente al equipo, los cascos grandes cubriéndole las orejas, el cuerpo ligeramente inclinado.

Concentrada.

Totalmente ajena a mí.

Se muerde el labio inferior mientras ajusta algo en la pantalla.

La pierna le tiembla al ritmo de la música que solo ella escucha.

El abrigo medio abierto enseña más curvas de las que debería.

La camiseta se le pega más de lo necesario.

Joder.

Está buenísima.

Es más que eso…

Niego con la cabeza. Claro que lo es… es el reto de turno.

La chica perfecta para presentarla como mi novia delante de mis padres. Tiene que ser ella.

Me acerco sin prisa.

El portátil está abierto.

Está escribiendo un mensaje en un chat de aspecto raro: no parece una red normal. Interfaz cruda. Customizada. Cosa de… hacker. Se me juntan las cejas, recordando que dijo que hacía algo de ese rollo para pagar las cuentas.

Sí… pega con ella.

Ahora sí tiene sentido lo de "chica nerd".

Sonrío. Vaya estereotipo de mierda.

La tía hace música y hasta compone…

¿Por qué coño ya la asocié con ordenadores?

Acabo de repetir un prejuicio de la sociedad.

Suelto una risita baja, incómodo por haber pensado igual. Entonces…

La pantalla del chat no para de parpadear, señal de que su colega está ansioso por una respuesta. Ella deja de mover el pie y suelta una respiración frustrada.

No quiere parar la música, pero la pantalla parpadea como una alarma.

Abre un archivo.

Y ahí, en la parte de arriba, está el título:

GREGORY MAXWELL
LEONARD ARMITAGE

Me quedo helado.

Reconozco ese documento.

Es el mismo que Fantasmita le mandó a Sebastian y a Emory.

Es el mismo.

Y está ahí. En el portátil de *Mad* Maddie.

De mi *GhostQueen*.

Ella…

Es Fantasmita.

¿Y ahora qué? ¡Joder!

Me quedo clavado, sin saber si dar un paso hacia delante o si recular.

¿Podré salir sin que se entere?

Cierro los ojos. Soy conocido por ser rápido, y eso también va de tomar decisiones. En el hielo no hay tiempo de pensar en la próxima jugada: tienes que fluir y seguir el instinto.

Eso es exactamente lo que hago cuando doy tres pasos hacia atrás y alcanzo el pomo de la puerta del estudio.

Veo un interruptor al lado que antes no había notado.

Hago las dos cosas a la vez.

Doy un portazo para que suene fuerte y apago y enciendo la luz varias veces, obligándola a mirarme.

Al instante cierra el portátil. Me obligo a mirarle la cara para sostener la farsa. Sonrío, forzado, y me acerco con ella ya sabiendo que estoy ahí.

—¿Jordan? —Se deja los cascos sobre el cuello. Y por primera vez me sonríe de forma espontánea. Una sonrisa que me desarma por completo.

Jamás voy a poder enfrentarla si sigue mirándome así, con los ojos brillantes, como si le alegrara verme.

—¿Todo esto por el móvil? —digo, con una sonrisa maliciosa —. Si llego a saber que me ibas a recibir así, habría encontrado tu móvil antes.

—¿Significa que tú cogiste mi móvil?

—Claro que no. Se te cayó —me defiendo, y se me escapa la sonrisa cínica—. Pero no voy a negar que me ha gustado. He podido venir a por ti con la excusa perfecta.

—¿Y por qué vienes a por mí, Jordan? ¿Es por lo del roble? ¿Hay algún tipo de deuda por aquello, o qué? —Se le empieza a marcar esa arruguita en la frente que no quiero ver ahora.

La que debería estar así soy yo.

Pero lo único que quiero es ver de nuevo esa sonrisa.

Parpadeo un par de veces para recuperar la cordura.

Maddie, tan cerca de mis manos, solo hace que me entren ganas de agarrarla y enseñarle exactamente cuánto puedo hacerla tragarse toda esa rabieta.

Joder. Respiro hondo.

Necesito follarme a esta chica hasta sacármela del sistema.

Eso es.

Y voy a demostrarle que solo tiene que ganar si acepta mis condiciones.

Ella es un misterio y sus secretos van mucho más allá de lo que yo me imagino.

Algo que no le contaría a un lío pasajero. Mucho menos a un novio falso de fin de semana.

¡Joder!

¿Cuántos secretos tendrá esta tía?

Demasiado complicada.

No es tu tipo, Jordan —me grita el cerebro, pero mis pies siguen pegados al suelo.

Por instinto, lo dejo fluir y camino hacia ella. Cuando estoy muy cerca, le quito con cuidado los cascos del cuello y la hago ponerse de pie.

Algo le ha picado hoy, porque no me aparta ni protesta: simplemente me sigue.

Me siento en la silla en la que estaba y la coloco entre mis piernas, haciendo que se siente también, pero en mi regazo.

—Respira, princesa —susurro, besándole la mejilla.

Siento cómo se le afloja el cuerpo, el aire entrando y saliendo en una bocanada profunda.

Sonrío.

¿Lo de Fantasmita?

Olvidado.

—No estás en deuda por nada. —Deslizo la nariz por su mandíbula hasta el cuello, oyéndole gemir bajito—. Ya lo pagaste con la visión de ti desnuda, que ha sido la inspiración de mis pajas desde aquel día.

Su cuerpo tiembla. Pero no es de rabia.

Se ríe.

Cuando le veo la cara, lo confirmo.

Se está riendo.

—Estás preciosa cuando sonríes, Maddie. —Le aparto un mechón detrás de la oreja y aprovecho para quitarle las gafas, liberando esa cara que insiste en esconder.

—¿Por qué vienes a por mí, Jordan? —le sale la voz más baja, casi insegura. La sonrisa se le apaga un poco.

—Porque no te me quitas de la cabeza. Creo que soy masoca. Desde que me pateaste las pelotas, no he podido dejar de pensar en ti.

Se vuelve a reír. Y yo también, solo de oírla.

—Solo fui la chica que te dijo que no. —Levanta dos dedos —. Dos veces.

—¿Ves? Si querías mi atención con eso… la conseguiste, princesa.

—Yo no quería tu atención. —El verbo en pasado me hace tensarme entero.

—O sea… no la quiero.

—Déjate llevar. Acepta de una vez ser mi novia falsa y disfruta del paseo. Puedo hacerte ver estrellas y convertirte en banda sonora de tus canciones.

—No te cansas de ser un flipado.

Pongo cara pensativa, apoyando la cabeza un segundo en su hombro.

—No. —Y sonrío de la forma que ella odia admitir que le encanta—. Quiero enseñarte que podemos pasarlo bien. Estás jodidamente buena y yo… —Me deslizo la mano por el pecho, despacio, notando el escalofrío solo de imaginarla tocándome. Y me doy cuenta de que quiero verla mirándome sin ropa también. Quiero ver sus ojos deseando lo que puedo darle—. Puedes comprobarlo cuando quieras.

Me mira. Se queda paralizada un segundo. Luego me aprieta los hombros.

Mira alrededor como buscando algo.

—¿Qué?

—Jolín… aquí no hay nada puntiagudo para ver si revienta —murmura, pensativa.

—¿Qué?! —le giro la cara hacia mí.

—Tu ego. Creo que es eso lo que está hinchado ahí dentro.

—Esto son músculos, princesa. —Me palpo el bíceps, orgulloso—. Pero hay otra parte que se hincha mucho más cuando pienso en ti. ¿Quieres comprobar si es el ego lo que está creciendo?

—Madre mía… la arrogancia se fue y tú te quedaste —refunfuña, intentando levantarse. Pero no la dejo.

—Jordan… somos muy distintos.

—Los opuestos se atraen.

Respira hondo, con la mirada casi suplicándome lógica.

—Técnicamente, las cargas opuestas se atraen… hasta que chocan.

—¿Y? —la provoco.

—Y la explosión suele ser fea, catastrófica, desproporcionada…

Antes de que siga, le agarro la nuca y la beso. No quiero más palabras.

Quiero su boca en la mía.

Por eso la tomo de golpe, sin darle tiempo a pensar.

Y en el instante en que mis labios tocan los suyos, mi cuerpo entero reacciona.

La presión en el pecho. El escalofrío subiéndome por la espalda. La tensión bajando directo a la polla.

Joder.

Es inmediato.

Su lengua responde. Su sabor me ahoga. Su olor, su calor, la forma en que encaja conmigo incluso sentada… todo en ella me enciende como fuego en alcohol.

Le agarro la cintura con fuerza, lo justo para pegar nuestros cuerpos. Siento todo el peso de mi deseo latiendo, haciendo que la polla me palpite bajo el pantalón.

Y ella también lo siente. Lo sé. Porque deja de respirar un segundo.

Pero yo no paro.

Le muerdo suave el labio inferior, notando su respiración entrecortada. Mi mano se cuela por debajo de su abrigo, buscando espacio. Todo en mí quiere seguir.

Seguir hasta que me suplique que no pare.

Pero ella rompe el beso, jadeando.

Siento que me empuja un poco, no con rabia.

Con miedo.

—No… Jordan. Yo… no puedo —le sale la voz débil. La mano le tiembla al tocarse el propio labio.

—¿Por qué? —pregunto, sin apartar los ojos, con la frente pegada a la suya—. Tú quieres. Sé que quieres.

Cierra los ojos un instante, como si intentara recomponerse.

—¿Y si ese es el problema? —susurra—. ¿Que yo quiera?

Se aparta del todo, bajándose de mis piernas, subiéndose el abrigo que ya se le había caído y cogiendo las gafas que yo había dejado sobre la mesa del estudio.

Luego se pone de pie y me mira con una expresión rara… medio arrepentida, medio decidida.

—Tú te mueves de una forma que yo no sé seguir.

Inclino la cabeza, confuso, intentando entenderla. Suspira y sonríe pequeñito, casi triste.

—Yo llevo zapatillas, Jordan. Las zapatillas me mantienen en el suelo. Me dan estabilidad. Si tengo que huir, corro. Y corro bien. Pero tú… —Hace un gesto hacia mí—. Tú no. Tú llevas patines. Tú deslizas, aceleras, te saltas los límites.

—Maddie…

Levanta un dedo para que la deje terminar.

—Y yo no sé qué hacer con alguien como tú —declara, con una risa sin gracia—. Tú vas demasiado rápido. Yo… solo sé pisar firme.

Se pasa una mano por el pelo como si quisiera arrancarse la duda de la cabeza.

Casi digo algo. Pero ella ya está en la puerta.

—Tú quieres algo casual. Y una chica para impresionar a tus padres. —Suspira—. Yo no soy ninguna de esas cosas. —Cierra los ojos despacio—. Lo siento. Tengo que irme.

Y se va, tan rápido como yo con los patines. Rápida como alguien que lleva toda la vida entrenando para escapar, dejándome aquí. Solo.

Y duro.

No solo de cuerpo.

También de orgullo.

Porque podría acabar con esto ahora mismo.

Podría salir y conseguir a cualquier María-Patines para fingir un noviazgo conmigo en menos de cinco minutos.

Sería fácil. Conveniente. Rápido.

Pero no es eso lo que quiero.

Ahora mismo hay algo dentro de mí gritando que tiene que ser ella.

Quizá por el reto. Quizá por orgullo.

O quizá… porque es la única que corre lo suficiente como para hacer que yo quiera seguirle el ritmo.

Y quizá… solo quizá… eso merezca el esfuerzo.



Sigo la fila formada por mis compañeros de equipo en dirección a la pista. La Munn Ice era la casa de Michigan State, y sus colores mandaban en la grada.

Me concentro en el discurso de motivación de Sebastian, que nos recuerda las victorias que hemos tenido contra ellos. Hubo derrotas, sí, pero quedaron enterradas. Ahora tocaba ensalzar nuestra capacidad de ganar.

Y en eso tenía que enfocarme.

En cuanto mis patines tocan el hielo, deslizo y meto un poco de gas para forzar la pierna en un calentamiento previo. Rodeo el espacio, pasando cerca del cristal de protección. Voy hasta mis colegas, que empiezan una secuencia de estiramientos.

Cada movimiento que hago, especialmente uno que me gustaría hacer pegado al culo de cierta empollona, me devuelve a la pregunta que me está persiguiendo. Se acerca el puente, y mi plan de conquista sigue atascado.

Aún no he conseguido avanzar ni un puto centímetro para llevármela conmigo.

No…

Por más que lo intentara, ella se escabullía.

No respondía a mis mensajes. Desaparecía antes de que yo llegara. Se evaporaba cuando sabía que yo estaba cerca. Y si, por

algún capricho del destino, nuestros caminos se cruzaban, me soltaba esa cara retorcida de rabia.

Ni siquiera dentro de CKIII, *GhostQueen*, mi esposa, se mostró colaboradora conmigo.

Me di cuenta de que preguntar por otra empollona, que era ella misma, la dejó más retraída en el juego.

Intenté romper el hielo como sé.

La última vez que la pillé en el pasillo de Kappa, me acerqué despacio, apretándole un poco la cintura. Sentí cómo se le cortaba la respiración antes de susurrarle, muy cerca del oído:

—¿Hasta cuándo vas a aguantar fingiendo que no quieres?

Por un segundo, vi la indecisión pintarle la mirada. Rápido. Demasiado rápido. Entonces dudó, apartándose un paso hacia un lado.

—Hasta el día que tu ego reviente como un globo.

Y se fue. Así, tal cual.

Mad Maddie se puso una armadura a jornada completa.

Siempre iba con prisa, practicando su deporte favorito: correr. Tan rápida como el tiempo, que jugaba en mi contra.

No he logrado avanzar nada para tener a la empollona en mis brazos dentro del campus; imagina si voy a conseguir arrastrarla fuera de aquí como mi novia falsa.

El jueves del puente está cada vez más cerca.

El día en que mi familia va a mirarme esperando ver al perdedor de siempre.

Al hijo sin nadie, el que no es capaz ni de tener una chica, a diferencia de mi hermano perfecto.

Mierda.

Prometí cambiar eso.

Quiero llevar a alguien que por primera vez les cierre la boca.

Pensé en llevar a otra que no fuera Madison. Alguien que hiciera el papel que necesito. Pero cuando intenté hablar con

cualquiera de las chicas de mi lista de contactos, noté cómo se les encendía la ilusión… y me eché atrás al instante.

Tendría un problema para convencer a mi familia de que estaba con alguien. Y luego otro, para quitarme a la chica de encima cuando volviera al campus.

Por eso necesitaba a Madison.

Teníamos química. Ella claramente no quiere liarse con un tío como yo. Y… su inteligencia, la que noté durante nuestras interacciones en CKIII, callaría cualquier comentario sobre mi capacidad de conquistar a una chica con cerebro.

Sin contar que no hay nada que esconda su belleza. Ni esas ropas horrendas que lleva.

Podría comprarle algo. No tengo tanto dinero como mi hermano en la NHL, pero hice un par de promos para marcas de energéticas y eso me dio para el coche, y para vivir con cierta comodidad en la uni.

Yo quería llevármela allí porque quisiera. Con una invitación decente y la promesa de tres días durmiendo conmigo en mi cuarto, en casa de mis padres. Pero eso no va a ser posible.

Solo me quedan tres días.

El plan A ha fracasado por completo.

Ahora entra el plan B, aunque sea totalmente distinto a mi modus operandi. Es lo que hay.

Joder.

Me estaba volviendo loco.

Niego con la cabeza, obligándome a volver al presente.

Y en eso tengo que centrarme. En el presente. En el partido. En el disco.

En cuanto mis patines tocan el hielo, deslizo firme, metiendo un poco de gas para forzar la pierna en un calentamiento previo. Rodeo el espacio, pasando rozando el cristal de protección, oyendo los gritos de la afición rival amortiguados por el casco.

Me da igual. No se me meten en la cabeza.

Solo hay una persona que consigue hacerlo… y no está aquí.

—¡Vamos, Miller! ¿Te crees que esto es un desfile de patinaje o qué? —pica Austin cuando me acerco.

—Estoy esperando a que aprendas a patinar en línea recta, Prince —le suelto, levantando hielo hacia su dirección.

Kyle se ríe por la nariz mientras se inclina para estirar las piernas.

—Estira ya esa piernecita de bailarina, Prince. Con lo de las clases de ballet que llevas, deberías estar abriéndote de espagat —dice bajito, solo para que lo oigamos nosotros.

Ya soltamos lo que sabíamos del rollo con Emis, y parece que el padre del Pollo se quitó un peso de encima. Pero ahora tiene que preocuparse por cómo coño va a decirle a Sebastian que se está liando con su hermanita.

—Como oiga otra canción de animación de estos, voy a tirar el taco al marcador —avisa.

—¡Perfecto! —Sebastian aparece, ya en medio del hielo, con el taco en la mano—. Pues terminad ya con esta mierda, porque hoy os quiero escupiendo hielo hasta el final.

Todos nos reímos, pero sabemos que va en serio.

Empieza el partido.

El disco cae en la pista y Sebastian lo domina a la primera, gira el cuerpo y abre para Kyle, que enseguida se la manda a Austin. Nuestros movimientos son afilados, rápidos, agresivos. Como tiene que ser.

La tensión es inevitable. Estamos en su casa y la afición rival ladra fuerte, intentando intimidarnos. Menos mal que no jugamos con los oídos: jugamos con el instinto.

Primer periodo: Michigan 1, Michigan State 0.

Pero la mierda pasa minutos después cuando empatan en el segundo. Mason se frustra por no haberlo parado. Otras veces sí lo ha hecho.

El marcador está dos a dos cuando el cronómetro empieza a gritarnos. Quedan pocos minutos del último periodo.

Ahora es todo o nada.

—¡SEBS, VIENE! —grito, abriendo ya por la banda izquierda.

Me ve y me la mete con una precisión milimétrica. Veo el disco cortar el hielo como una cuchilla viva.

Austin abre a la derecha, atrayendo la marca. Kyle sostiene la línea de atrás. Theo bloquea. Todo se alinea. Todo encaja.

Es ahora.

Recibo el disco.

Me quito a un defensor.

Luego a otro.

Me inclino, la cuchilla chillando sobre el hielo.

El portero sale, intentando adivinar mi ángulo.

Su error.

El disco sale de mi taco con fuerza y encuentra la red con un chasquido seco.

¡GOOOOOOL!

Tres a dos.

Le damos la vuelta en el último minuto.

Todo el banquillo se levanta, enloquecido con la victoria. El *Coach* Williams grita como un general que acaba de ganar una batalla. Me late el corazón a toda hostia y el cuerpo me vibra con esa euforia contagiosa. Veo a Kyle venir hacia mí y no me aparto, acepto el abrazo por detrás.

—¡ESTO ES PARA LA HISTORIA! —berrea.

Sebastian llega riéndose, empujándome el casco y gritando algo que no entiendo porque el ruido de la grada ahora es ensordecedor.

Parece que el hielo tiembla bajo nuestros patines.

Pero en mitad de toda la adrenalina, de la celebración, de esa emoción que siempre me alimenta de una forma única… mi mirada se desvía.

Busco algo que no está aquí.

O a alguien.

A ella.

Mad Maddie.

Mi *GhostQueen*.

La empollona de zapatillas que corre, pero que me dejó duro en el roble.

La hacker misteriosa que sabe demasiado.

La chica que desaparece… pero aparece en el sitio más inoportuno de mi cabeza… justo en el momento de mi gol de la temporada.

Plan B en marcha.

Si mi *Mad* Maddie no viene por las buenas…

Quizá ha llegado el momento de usar la carta que tengo en la manga.

Quizá es hora de que entre en juego el Jordan malvado.

Porque descubrí su secreto.

Sé quién es.

Y sería una pena que todo el mundo lo descubriera también, ¿no?

No es que piense contárselo a nadie.

Pero eso… ella no tiene por qué saberlo.



Es la mañana después del partido.

Volvimos de East Lansing tarde, con la victoria pegada al pecho. Y lo único en lo que podía pensar era en el momento en que iba a encontrarme con ella.

Me he saltado la primera clase para venir a por ella. Siento que ha pasado un siglo desde que planté los pies delante de una de las aulas del edificio de Bellas Artes.

La ansiedad me está matando.

La maldita puerta se ha abierto y cerrado un millón de veces, saliendo un montón de estudiantes que no eran ella.

Joder.

Me dan ganas de entrar ahí y sacarla de una vez.

Por fin aparece, con los cascos colgándole del cuello, el abrigo gris hecho un ovillo en el brazo y la cara de pocos amigos de siempre.

Mad Maddie.

Hoy no te me escapas. Ni aunque vengas corriendo con las zapatillas más rápidas del mundo.

Me enderezo, intentando recuperar la pose relajada de hace un minuto, antes de que mis ojos se clavaran en ella. Me apoyo en la pared del pasillo, meto las manos en los bolsillos y dejo la mochila tirada en el suelo a un lado. La postura más casual posible, como si estuviera ahí solo matando el tiempo.

Pero mis ojos están fijos en ella.

Mírame, princesa.

Y sí. La fuerza del pensamiento es tan jodidamente poderosa que hace que la persona más cabezota que he conocido levante la cabeza y me vea… justo ahí, esperándola.

Se queda tiesa. Asustada.

Dos segundos, como mucho.

Luego intenta fingir normalidad, frunce la nariz y hace ese esfuerzo ridículo por parecer indiferente.

—Ah, princesa… ni lo intentes —digo, separándome de la pared—. Ya sé que me has visto. Y mira que ni siquiera he tenido que hackear una cámara esta vez.

Cierra los ojos y respira hondo. Entonces los abre de golpe, con las pupilas más grandes, pillando la palabra que he usado.

Veo cómo se le pone esa máscara de calma falsa. Pero yo he visto el susto de hace un segundo.

Un punto más para mí.

—¿Qué quieres, Jordan?

—A ver… —me paso la lengua por los labios, fingiendo que pienso—. Quizá un favor. O un trato. O una rendición estratégica. Algo muy de tu estilo.

Cruza los brazos, apretando el cuaderno de partituras contra el pecho.

—No tengo tiempo para tus jueguecitos.

—¿No? Eso viniendo de la Ghos… digo, de la chica que vive en el mundo de los códigos y los misterios. Me sorprende —me corrijo rápido. Esa parte no necesita saber que también la sé. Todavía. Porque puede jugar a mi favor.

Se atraganta con el aire.

Lo disimula.

Pero ahí está. La tensión. El fallo en el sistema.

—Estás delirando.

—Puede. O puede que solo esté uniendo puntos. Ya sabes, princesa… hay archivos que no están tan protegidos como una cree.

Se yergue, la mirada afilándose en dos cuchillas que podrían cortarme si me acerco más.

—¿Qué estás insinuando?

Hora de morder.

Me acerco con mi velocidad. Se acabó lo de ir despacito con ella.

Ahora todo va al ritmo que no puede prever.

—¿Insinuando? No… no insinúo nada. Solo me pareció curioso ese documento abierto en tu portátil… ¿sabes? Esos nombres eran tan… familiares. —Hago una pausa, dándole golpecitos con el índice a mi barbilla—. Maxwell. Armitage… ¿por qué tenías un archivo clavado al que Emory recibió para tumbar al abuelo, hm? Porque ella no tiene ni idea de quién se lo mandó. —Dudo un segundo, viendo cómo la tensión sube a la vez que el rojo le trepa por las mejillas—. ¿Qué tal si le enseño la misma carpeta que tenías abierta el día que fui a verte al estudio de mezcla, eh?

No responde.

Ni se mueve.

Solo me mira.

Dándose cuenta de que desde aquel día yo ya lo sabía todo.

Fría. Casi congelada.

Pero yo ya he visto el fuego que lleva cuando deja de huir.

—En fin. —Sonrío—. Estoy aquí para proponerte un trato. Algo que nos conviene a los dos. Sin bugs. Sin virus. Solo… una función práctica.

—¿Y si no quiero?

—Entonces sigues huyendo. Pero… con un rastreador detrás. —Mi sonrisa se ensancha—. Porque, en algún momento, Maddie, las cosas se filtran. Tú lo sabes mejor que nadie.

Me fulmina con la mirada. Pero no dice nada, ni lo niega.

Y eso ya me vale.

—El jueves es Acción de Gracias. Y te quiero como mi novia falsa. —Doy un paso y me apoyo en la pared, muy cerca de ella—. ¿Y tú? Tú necesitas mantener ciertos archivos… confidenciales.

Parpadea despacio.

Se le acelera la respiración.

No es solo rabia.

Es miedo.

Y quizá, muy en el fondo… curiosidad.

—Eres un gilipollas —dice entre dientes.

—Un gilipollas con la información correcta. Y un gilipollas que sabe guardar secretos… cuando le recompensan bien.

Nos quedamos en silencio dos segundos.

Luego le susurro:

—Vamos, princesa. Haz el upload de tu respuesta.

Traga saliva.

Y yo, al final, sonrío…

Demasiado satisfecho con el giro que me ha regalado mi mejor amigo… ¿sabes quién?

Un tipo muy majo llamado… Destino.



—¿De verdad vas a estar sin hablarme todo el camino?

—¿También vas a amenazarme para que hable contigo? —cruzo los brazos, manteniendo la mirada fija en la ventanilla del copiloto.

—No fue una amenaza. Fue solo un incentivo —dice, con un tono casual, conduciendo con el brazo estirado, sujetando el volante.

Su sudadera azul marino con el emblema de Michigan está arremangada casi hasta los codos, dejando a la vista ese antebrazo fuerte, con venas marcadas, y la simple visión me retuerce el bajo vientre. Mierda.

¿Por qué este idiota tiene que tener hasta los antebrazos bonitos?

Mi inspección sigue, minuciosa, por las líneas gruesas que se prolongan hasta el dorso de su mano. Lleva un reloj digital que, seguro, necesita una correa específica para cerrarse en esa muñeca. Una muñeca ancha para una mano grande.

¡Dios! Es grande. Todo en él es grande.

Aprieto los párpados con fuerza y giro la cara para poder pensar sin distracciones.

—¿Incentivo? —pregunto, irónica, mirando al frente—. Entonces si yo digo que quiero arrastrarte la cara por el asfalto, ¿eso también es un incentivo? —argumentar así, sin mirarlo, es prácticamente imposible.

—Vas a cometer un crimen contra la humanidad si me destrozas esta carita, princesa.

Pongo los ojos en blanco.

Y él se ríe.

—¿Y por qué no has invitado a la humanidad a venir contigo, entonces? —rezongo, bajito.

Silencio. Y noto cómo aprieta el volante, los nudillos retorciéndose en un gesto sutil.

—Porque te quería a ti —devuelve en un susurro. Tan bajo, justo durante un adelantamiento, que me pregunto si él mismo se dio cuenta de que lo dijo en voz alta.

Nos quedamos callados nueve minutos.

Sí… soy la loca que cuenta los minutos.

Más aún cuando estoy literalmente bajo la amenaza de un tío que mide el doble que yo.

Vale, solo pretende exhibirme ante su familia como "la novia lista", y no estoy encadenada ni atada.

De repente, la imagen de Jordan envolviendo esas vendas que suele ponerse en las manos antes de los partidos… alrededor de mi cuerpo… hace que tragar saliva se vuelva muy, pero muy difícil.

—¿Hasta cuándo vas a seguir enfadada conmigo, Maddie?

—Hasta que la Tierra gire al revés.

—Ya está fuera de su eje. La cuenta atrás puede empezar.

—¿Qué quieres, Jordan? Yo dije que no quería participar en tu teatrillo de celos y, aun así, husmeaste en mis cosas para hacer este chantaje de mierda. ¿Encima quieres que sonría y salude?

—No husmeé en tus cosas. Pasó. Te descuidaste porque estabas distraída con tu música —se justifica, intentando mirarme, pero sin poder porque conduce—. Y antes te lo pedí con educación para que vinieras conmigo.

—¿Con educación? Eso significaba intimidarme por el campus con este tu… tu… —lo señalo, la mano subiendo y bajando mientras las palabras se me evaporan.

—¿Cuerpo sexy? —replica, sonriendo como un cabrón.

—¡Arg! Es imposible hablar contigo.

—Venga ya, princesa. Si nos estábamos llevando bien, ¿no?

—¿Nos estábamos llevando bien? —hago ese silencio dramático—. Hasta donde yo sé, me quitaste la toalla en el pasillo… —levanto un dedo, contando—. Me perseguiste por el campus… —otro dedo—. Y… luego me chantajeaste. —tercer dedo, completando la cuenta, casi restregándosela en la cara. Él hace como que va a morderme, divirtiéndose a mi costa, y yo me aparto rápido.

—Cada uno cuenta la historia a su manera. —chasquea la lengua antes de empezar—. Primero, lo de la toalla fue sin querer…

Suelto una risa sin humor, y él se ríe.

—En serio, ¿vale? Segundo, tú me provocaste en Halloween… y no aguantaste, huiste. Tercero… solo fui detrás de ti por el campus para darte una muestra de lo que estabas perdiendo.

—¿Y el chantaje? —arqueo una ceja.

—Ese… —me mira de reojo, con una sonrisita que no sé si me dan ganas de pegarle o de… besarlo. Joder—. Fue estado de necesidad. —se ríe, encantado con la situación.

Esta vez, mi morro también se me deshace y niego con la cabeza intentando ponerme seria, sin éxito.

—¿Por qué no trajiste a otra chica, Jordan? ¿Por qué tenías que ser yo, precisamente?

—Porque mi madre es lista. Se daría cuenta al segundo de que es mentira si trajera a alguien que no me pone. Y después de ti, no he conseguido interesarme por ninguna otra. —sus palabras podrían calentarme el pecho si no rematara así—: Necesito follarte hasta cocerme la punta de la polla, por lo visto. Creo que solo así voy a dejarte en paz, princesa.

Ahí estaba el tío que me viene atormentando desde el día de la maldita toalla. Suelto el aire con fuerza y vuelvo a poner los ojos en blanco.

Ojalá pudiera decirle que yo también soy capaz de usar su cuerpo, saciar mi necesidad carnal y mantener mi cabeza intacta.

Pero la falta de experiencia en ese campo me grita que voy a fracasar miserablemente.

No quiero terminar como las protagonistas de las novelas turcas de Cameron: destrozadas, con ojeras por no dormir, y los ojos rojos de llorar.

Respiro hondo, calculando la logística de posibilidades para no convertirme en estadística de corazones rotos por los Gladiadores del Hielo.

—Ni se te ocurra mentir, porque sé que tú también estás a tope conmigo. Y vienes con el rollo ese de "no eres mi tipo". No tienes ni idea de cuál es mi tipo.

—¿Tú sí? —le corto, irónica.

Abre y cierra la boca, como si el argumento se le hubiera caído por el camino. Creo que está más confundido que yo por estar interesado en mí.

De todas formas, no hay escapatoria este fin de semana con la familia Miller. Mejor gestionarlo como sé: planificación y estrategia.

—Bueno… que le den. Ya que estoy aquí, hablemos de cómo empezamos a salir. Siempre preguntan eso en las pelis, y creo que nuestro cliché no va a ser distinto.

—Princesa, nuestro cliché es completamente distinto. Tenemos un archivo confidencial en tu portátil para demostrarlo.

—¡Foco, Jordan!

—Vale… contamos la verdad. Tú vas siempre vestida así. Y en una fiesta ibas vestida para matar. Me hiciste un baile sensual y me llamaste la atención. Fin.

—Yo no bailé para ti.

—Sigue mintiendo hasta que te lo creas, princesa. —me mira y me suelta ese guiño asquerosamente sexy. Luego vuelve la vista al frente.

Exhalo con fuerza, abriendo un mapa imaginario con las manos y cerrando los ojos para concentrarme.

—Vale… puedo con esto —me digo a mí misma en voz alta. Y vuelvo a empezar—: ¿Y desde hace cuánto estamos saliendo?

—Mmm… ¿desde el primer partido, septiembre? ¿Te vale?

—¿Llevamos dos meses saliendo y ya vas a llevarme a conocer a tus padres? —se me escapa la voz un tono más alto.

—Es que estamos loquísimos el uno por el otro. Y como nunca he tenido novia, te aseguro que va a colar.

—¿Nadie va a pensar que has encontrado a alguien solo porque tu hermano ahora tiene novia?

—Confiaré en la suerte y en tu talento interpretativo.

—¿Y qué te hace pensar que soy buena actriz, gilipollas?

—Que duermes en la misma habitación que Emis. ¿Y hasta ahora no ha descubierto que eres el Fantasmita? —me suelta, rápido, con ese tono cargado de ironía.

Tiene sentido. Pero yo nunca le he mentido a nadie sobre mí. Es la gente la que no ha tenido el interés suficiente para conocerme. Excepto Cameron.

Y Emory… se ha vuelto amiga, sí, pero su drama familiar la mantiene demasiado ocupada como para verme más allá de lo que muestro: la empollona de Kappa. Quitando aquella vez que me encontró cantando en el último piso de la fraternidad. Para ella, ese es mi único secreto.

—¿Richard sabe que tú… eres tú? —pregunta Jordan, frunciendo el ceño, sin rastro de broma.

Claro que conoce a Richard. Ya debería. Mi contratante más constante era el mejor amigo de John Maxwell, el padre de Sebastian y Emory. Me colocaron como pieza auxiliar solo por él.

Dudo un segundo, pensando si quiero responder o no. Luego asiento. Ya sabía lo principal, de todas formas.

—¿Cameron también lo sabe?

—Es mi mejor amiga, idiota. Claro que lo sabe.

—Pero tardó en descubrirlo, ¿a que sí?

—¿Quizá…?

—Entonces, *Mad* Maddie, eres una actriz de la hostia. Se te da de lujo mentir.

Apoyo la frente en la ventanilla, mirando el paisaje, sin poder rebatirle.

Tenía razón.

Yo sabía mentir.

Y esperaba mentirme aún mejor. Así podría convencerme de que odiaba el viaje...

No al revés.



Cuando entramos en la ciudad, Jordan se convierte en guía turístico. Va tan tranquilo y tan contento enseñándome algunos parques que tienen esa pinta rara entre otoño e invierno. Hay árboles que aún conservan parte de la copa anaranjada. Otros ya están pelados, solo ramas. Pero el cuadro entero, en conjunto, refleja la belleza del final de la estación.

Sin contar que buena parte de la vista mejora por culpa de la sonrisa que acompaña el tour por la ciudad.

Pasamos por un lago enorme que Jordan deja claro que es un punto histórico en la amistad de los Gladiadores. Fue allí donde se conocieron. Jugando al hockey. La pasión que unió a cuatro críos y los llevó a la edad adulta con la lealtad intacta.

Precioso. Teniendo en cuenta que esa lealtad puede abrir una brecha para liarse con la hermana pequeña, yo diría que su amistad es un diamante. Irrompible.

Eso es lo que esperan Emory y Austin.

Sinceramente, yo lo estoy deseando por ellos.

En fin, el coche desacelera y, incluso antes de aparcar, ya noto cómo se me revuelve el estómago. No es miedo. Tampoco es

exactamente nervios. Es solo… el asco de saber que estoy a punto de conocer a la familia de Jordan fingiendo ser algo que no soy.

—Hemos llegado —anuncia, maniobrando con una calma irritante.

Por fuera, la casa se revela como una postal acogedora: dos plantas, pintura clara, ventanales grandes y detalles de madera en un porche que parece hecho para tardes de té y siestas al sol. No es una mansión, pero se nota que hay espacio suficiente para meter a toda la familia.

En cuanto salgo del coche, el frío me da en toda la cara. Me cierro más el abrigo y miro alrededor. El césped cubierto de hojas amarillentas delata que estamos a finales de otoño, y el aire helado hace que mi respiración salga en nubecitas.

Entonces, una vocecita aguda me llama la atención:

—¡Tíooo Joooordaaaan!

Una niña de rizos dorados y mejillas rosadas sale disparada desde el porche, saltándose los escalones como si la gravedad no fuera con ella. Jordan apenas tiene tiempo de cerrar la puerta del coche antes de agacharse, cogerla al vuelo, envolverla en un abrazo exagerado y hacerle cosquillas en la barriga.

—¡Pero mira quién está enorme! —exclama—. Daisy, ¡has crecido dos metros desde el último festivo!

Ella se ríe a carcajadas, enganchada a su cuello como un koala en modo necesidad extrema.

—Papá dice que soy más lista que todo el mundo. ¡Hasta que Katrina! —susurra con aire cómplice, lanzándome una mirada desconfiada—. ¿Y esta quién es, tío Jordan?

Él sonríe. Y ahí es cuando empieza el caos.

—Esta es mi novia, Maddie.

El efecto es inmediato. De la nada, la puerta principal se abre de golpe y una mujer con el pelo castaño recogido en un moño desordenado baja los escalones, colocándose el delantal como si viniera de sacar algo del horno.

—¿¡Novia?! —exclama, con la sonrisa más escandalosamente adorable que he visto en mi vida.

Antes de que pueda reaccionar, me envuelve en un abrazo cálido que huele a lavanda y a galletas de mantequilla.

—Soy la madre de Jordan, cariño. Puedes llamarme Lois. Ay, Dios mío… ¡por fin! ¡La primera novia suya que conocemos!

—¡Mamá! —Jordan protesta, y yo podría jurar que está avergonzado… si todo esto no fuera parte del show.

—¿Qué pasa? ¡No es mentira! ¡Nunca has traído a nadie, niño! —me suelta, apartándome solo para mirarme mejor la cara—. Y oye… eres preciosa. Muy preciosa. ¿Estás segura de que no te pagan?

Se me escapa una risa ahogada. Jordan pone los ojos en blanco.

—¡Margareth! ¡Ven a ver esto! —grita hacia dentro, empezando a arrastrarme con ella—. ¡Jordan ha traído una novia! ¡Y es de verdad!

Pero no es la tal Margareth la que aparece en la puerta, sino un hombre mayor. Ojos almendrados como los de Jordan, pero con una expresión dura y contenida. El señor Miller, supongo.

Su presencia es seca, como el aire frío que me corta la cara. Analiza a su hijo y después a mí. No dice nada al principio, solo asiente una vez.

—Señor Miller —saludo con una sonrisa educada.

—Bienvenida —dice, sin sonreír, antes de girarse y volver a entrar.

La tensión se queda flotando un segundo, hasta que una mujer rubia, elegante, aparece con una taza en la mano.

—Jordan, tú tienes que estar vacilando —dice con una sonrisa burlona—. Primero Dylan llega con una abogada guapísima. Y ahora tú me traes a una chica con cerebro. ¿Me habéis quitado el trono dos veces?

—Esa es Margareth, la mujer de Mark. Reina destronada del drama —murmura Jordan.

—¡Te he oído! —le contesta, y luego me saluda con un beso en la mejilla—. ¿Y tú qué? ¿Vas a quedarte con el trono de la inteligencia o con el de la ironía?

—Me gusta acumular títulos —respondo, alzando una ceja—. Pero hoy he venido como princesa diplomática. Igual mañana me convierto en la villana.

Ella suelta una carcajada, de esas de verdad. Y, sin querer, noto cómo mi cuerpo se relaja.

Jordan me tira suavemente del codo, un gesto sutil, pero firme.

—Ven. Te enseño dónde va a ser nuestro cuarto.

—¿Nuestro cuarto? —arqueo una ceja.

—He dicho que estamos enamorados, ¿no te acuerdas?

Me muerdo la lengua antes de contestar. Porque, por más que él esté fingiendo… el pinchazo que me da en el pecho al oírlo decir eso no suena fingido ni de coña.



La casa huele a tarta de manzana y canela. Un aroma que reconozco de lejos porque es de mis favoritos. Beatrice solía hacerla siempre que me veía al límite de la nostalgia. Es una tarta que trae recuerdos felices.

Sentirla, y que me reciban caras sonrientes y una niña que me analiza con la precisión de una detective, me provoca una melancolía rara.

—Abuela, el horno ha hecho "plim". ¿La tarta ya está? —pregunta, tirando de la señora, que se disculpa mientras la arrastra hacia una puerta. Seguramente hacia la cocina.

—¡Yo quiero un trozo todavía caliente, mamá! —grita Jordan a mi lado, como un crío pidiendo atención.

—¿Un atleta no sigue una dieta estricta o qué? —pica Mark, divertido, pero su comentario hace que el padre de los dos alce la mirada directamente hacia Jordan.

—Un atleta de verdad, con disciplina, sabe lo que puede comer. Ahora, si es un paquete, le da igual —gruñe el señor Miller, sin levantar la cabeza de lo que estaba haciendo. Veo el pecho de Jordan subir y bajar despacio, en un esfuerzo de autocontrol digno de aplauso.

—Papá… Jordan es muy bueno en lo suyo —lo defiende Mark, lanzándonos una mirada sutil en nuestra dirección. Casi una disculpa silenciosa por ese momento incómodo.

—Bueno, ya que mi enana ha secuestrado a su abuela, supongo que puedo invitarte a sentarte, Madison —dice Margareth, con una sonrisa acogedora.

—Maddie. Puedes llamarme Maddie —corrijo con suavidad, y noto cómo la mirada de Jordan se desliza hacia mí.

Estoy en una casa donde puede haber una competición injusta entre hermanos. Pero nada se compara con la que había en la mía. Aquí puedo sentir que hay amor. La ambición de nadie ha manchado la esencia que debería existir en una familia.

Por eso, que me llamen Madison me suena mal en los oídos. Yo quería ser solo Maddie.

Sonrío, intentando ponerme una simpatía que no uso demasiado. Dejamos nuestros abrigos pesados en un perchero junto a la entrada. Entonces, Margareth me conduce hacia un sofá grande. Los hermanos, por su parte, se quedan atrás, siguiéndonos a su ritmo.

La casa por dentro es amplia y acogedora, con desniveles en el suelo cubierto por una moqueta marrón oscura. Estamos en el salón principal, el corazón de la casa. Al fondo, unos escalones llevan al comedor, rodeado por una pared de cristal con vistas al jardín: enorme, cubierto por una hierba que ya se despide del verde, salpicada por pequeños montoncitos de nieve aquí y allá.

Veo a la derecha la cocina, por donde han desaparecido Beatrice y Daisy. Y a la izquierda, un pasillo que lleva al resto de la casa.

El señor Miller ya está acomodado en un sillón junto a la chimenea, concentrado en preparar un puro con la calma de quien sabe intimidar sin decir ni una palabra.

Mis ojos recorren cada detalle, intentando absorberlo todo. Es como vivir por un instante la vida de otra persona. Una vida que no es la mía. Pero que, por ahora, me pertenece.

—Entonces, Maddie… —Margareth prueba mi apodo—. ¿Qué estudias?

—Música —respondo, y oigo un bufido leve del señor Miller que juraría que es desdén. Levanto la vista, pero él sigue absorto en su ritual con el puro. La cuñada de Jordan sigue la dirección de mis ojos y me da golpecitos suaves en la pierna, negando con la cabeza de manera sutil.

Murmura bajito para que no me lo tome a mal, y luego continúa con la conversación en un tono ya audible para todos:

—¿Ah, sí? ¿Y cómo funciona eso? ¿Sabes tocar algo o es más rollo DJ de discoteca?

—Compone música —responde Jordan antes de que yo pueda, y cuando lo miro, hay un brillo raro en sus ojos. Un tipo de orgullo que me descoloca.

Nos quedamos enganchados el uno al otro unos segundos. Pero Mark empieza a decir algo, tirando de Jordan de vuelta y sacándome de esa hipnosis momentánea. Me aclaro la garganta, parpadeando un par de veces antes de añadir:

—Toco el piano. También otros instrumentos. Pero el piano es mi favorito.

—Mira qué maravilla. ¡Suegraaaa! —grita Margareth por encima del hombro hacia la cocina—. ¡Te has encontrado una compañera para el piano!

No tarda en aparecer la señora Miller otra vez, secándose las manos en una servilleta de tela. Daisy viene justo detrás, con los ojos atentos y las manitas en la cintura, como una mini versión de su abuela.

—¿Qué has dicho, cariño? No te he oído desde dentro.

—Maddie, la novia de Jordan, toca el piano. Ahora tienes otra para acompañarte en tus duetos.

Ella me sonríe con el mismo brillo en los ojos que Jordan tuvo hace un momento.

—¿En serio, cariño? Ay, tienes que enseñarnos luego. Katrina también toca… ¡mira tú! —mira a su nuera—. Margareth, en cambio, lo único que toca es el timbre.

—¡Eh! —protesta Margareth—. ¡Claro que toco! —pone cara de ofendida—. Toco ollas, sartenes y la puerta del microondas con maestría.

—Y con golpes precisos —se mete Mark—. A veces hasta improvisas con el ruido de la tapa del váter.

—¡Eso es arte contemporáneo! —replica Margareth, riéndose a carcajadas.

—¡Y performance sonora! —remata Jordan.

—¡Mucho ruido! —se queja Daisy, tapándose los oídos con las manos, arrancándonos risas a todos.

En ese momento, nos interrumpen dos figuras que entran en la estancia.

—¿Todo este buen rollo es porque he llegado yo? —una voz masculina llena el salón con un timbre grave, pero relajado.

Genial.

Otro Miller crecidito.

—¡Hiiijooo! —exclama la señora Miller con entusiasmo, y va deprisa hacia el tipo que aparece con esa sonrisa fácil de quien está acostumbrado a ser el centro de atención.

Se parece a Jordan, pero es más bajo, con la barba bien recortada y una postura todavía más segura.

Miro de reojo a mi novio falso, y él solo inclina la cabeza, como confirmando lo que ya sospechaba.

Dylan.

El hijo favorito acaba de llegar.

Detrás de él, entra una chica rubia de ojos claros y expresivos, con pasos firmes. Su ropa casual tiene pinta de ser de marca. Lleva unos vaqueros skinny y un jersey de lana blanco. La novia perfecta sacada de un anuncio: guapa, elegante y, sobre todo, sonriente.

Saluda a todos con naturalidad.

—¡Dylan! —el señor Miller se levanta al instante, abriendo los brazos—. ¡Campeón! Has llegado a tiempo, chico.

Jordan gira la cara hacia un lado, soltando el aire en silencio, y aunque no diga nada, lo noto. La tensión en la mandíbula, la forma en que su pecho sube despacio antes de volver a su ritmo normal. Disimula bien…, pero yo lo veo.

"Campeón" suena más a puñalada que a halago, con el historial familiar que hay aquí.

—¿Qué tal, Katrina? —el señor Miller se acerca a la chica con una sonrisa genuina—. ¿Estudiando mucho, cariño?

Cariño…

Ella ya era "cariño".

—Si te sirve de consuelo… —la voz de Margareth es un susurro a mi lado—. Yo nunca fui "cariño". —Luego me da unos golpecitos en la pierna, como diciendo que estábamos en el mismo barco.

Siento un poco de remordimiento al pensar que, en ese mar, ella remaría sola. Pero me lo guardo.

—Muchas gracias, señor Miller. Es un placer estar aquí de nuevo —responde con esa educación impecable que parece ensayada. De alguna manera, con él funciona. El viejo sonríe, satisfecho, marcando su aprobación para que la chica sea la futura integrante oficial de la familia.

Jordan se queda callado unos segundos. Cuando por fin levanta la cara, se da cuenta de que lo estoy mirando. Su expresión se suaviza. Después, esboza una sonrisita de lado y me guiña un ojo, como diciendo: "no es para tanto".

Pero lo es.

Y lo entiendo.

Porque, por más que yo tenga mis propios secretos, sé demasiado bien lo que es sentirse un figurante en tu propia historia.

—¡Madre mía! Sí que voy tardísimo, ¿eh? Jordan ya ha llegado —dice Dylan, acercándose a mi "novio de fin de semana" con la palma en alto para ese apretón de manos típico. Luego lo engancha en un abrazo de lado.

Sigo analizando la escena y veo que el padre se aparta, dejándoles espacio a sus hijos para su momento. Vuelve al sillón… y a su caja de puros, colocada en la mesita de al lado.

—Abuelo… no vas a fumar esa cosa aquí, ¿no? Le va a hacer daño a Olivia —regaña Daisy a su abuelo, señalando la barriga de Margareth.

—¿Olivia? —pregunta Jordan a Mark—. ¿Es otra niña, tío? —Su sonrisa va creciendo poco a poco.

—Para que paguéis vuestros pecados los dos —responde serio, pero en tono de broma.

—Como si tú fueras siempre un santo… —Dylan le da un empujoncito con el hombro.

—Mi papi no está en el cielo para ser santo, tío Dylan.

—Ay, cariño… los santos son personas que hicieron milagros —explica la señora Miller con suavidad, acariciándole la mejilla a la niña.

—¿Ah, sí? —mira a su abuela y luego vuelve a los tres hombres—. Entonces mi papi sí que es santo. Me hizo a mí y a Olivia. Dos milagros —enfatiza, levantando dos deditos.

—Ay, cielo…, pero entonces tendría que compartir el milagro conmigo —aprovecha Margareth, y como su hija está delante, tira de ella para sentarla en su regazo—. Y un santo no comparte milagros. Vosotras sois dos bendiciones en nuestra vida, eso sí.

Una escena familiar así es normal en muchas casas, pero para mí, verla de cerca y, encima, estar dentro del cuadro… es tan surrealista que me emociono. Se me humedecen los ojos y tengo que mirar al techo unos segundos.

Me quito las gafas, que se me han empañado, y me las cuelgo del cuello de la sudadera.

—Mmm… tío Jordan, ¿vas a hacer una bendición ya para jugar conmigo y con Olivia? Puede ser un niño, me da igual —dice Daisy, yendo hacia su tío y agarrándole la mano.

Las lágrimas se me secan al instante y el aire a mi alrededor desaparece. Parpadeo, atónita, sin moverme, viendo cómo Jordan

levanta a su sobrina en brazos y le sonríe. Luego me mira a mí… sonriendo todavía más.

—Es más fácil que el tío Dylan te dé un primito, Daisy. El tío Jordan todavía tiene que encontrar a una loca que quiera quedarse con él —suelta el sinvergüenza, como si esperara risas, como si fuera un chiste repetido tantas veces que ya ni se dan cuenta de si le duele o no a quien está justo en el centro.

Nadie se ríe.

El silencio cae y se vuelve incómodo. Y la niña que acaba de convertirse en mi persona favorita del mundo gira su carita redonda hacia mí.

—Tía Maddie… ¿tú estás loca?

—Tu tío Jordan me llamó *Mad* Maddie. Y tu tío Dylan ya dio el veredicto. Así que… supongo que sí, cariño.

—Tío… ¿qué es veredicto? —le susurra a Jordan, con la manita en forma de concha delante de la boca para disimular.

—Yo tampoco lo sé —le susurra él de vuelta—. Luego se lo pregunto a ella y te digo.

—Espera, espera, espera… —Dylan mueve la mano en el aire, con los ojos cerrados, y se acerca un poco más a mí—. ¿Has traído a una chica?

Me pongo de pie en piloto automático. Y me cae encima la mirada especulativa del hermano prodigio.

—Encantada. Soy Madison. —inclina la cabeza, incrédulo. Le ofrezco la mano—. Y la última vez que miré, seguía siendo una chica, por si te interesa el dato.

Él suelta una risita floja hacia un lado y luego vuelve a clavarme los ojos. Al final, me estrecha la mano, con la educación que le metieron en casa.

—No eres el tipo del Jordan.

—Ah… sí que lo es. No tienes ni idea de lo mucho que lo es —se apresura Jordan a rebatir, dejando a Daisy en el suelo y viniendo hacia mí para rodearme por la cintura.

—Estudia música —suelta su padre, con intención de restarme valor en su competición estúpida.

—En realidad… —respiro hondo, tomando una decisión—. Estoy graduada en Ciencias de la Computación por la Open University, en el Reino Unido. También tengo un título en Ingeniería de Datos por la University of the People, en Estados Unidos. —Oigo un murmullo a mi alrededor—. E hice máster y doctorado en Seguridad de la Información en la ETH Zürich, en Suiza. Todo a distancia, con enfoque en investigación teórica y aplicada.

—¡Dios mío! ¿Pero cómo has hecho todo eso? ¿No eres más joven que Jordan? —pregunta la señora Miller, alucinada.

—Lo terminé todo antes de entrar en Michigan con dieciocho. Soy superdotada. Tengo un CI por encima de la media y memoria prácticamente fotográfica. Decidí estudiar música para homenajear a mi madre, que murió cuando yo era pequeña.

Me encojo de hombros, olvidándome por un segundo de que he soltado mucho más de lo que debería. Pero que le den. Ese hombre, en versión más vieja y mil veces más arrogante que mi novio, me ha tocado la moral.

Además, Jordan ya conocía buena parte de mi capacidad. Saber mi formación no va a causar un desastre mayor.

—¡Guau! —lo suelta Dylan, flipando—. Guau… tío. —mira a Jordan y su cara es una mezcla de orgullo e incredulidad—. Te has echado una tía lista como el copón y, joder… ¡hostia!

—¡Tííííoooo! ¡No se dicen palabrotas! —lo regaña Daisy—. Abuela, castiga al tío sin postre hoy —dicta, dejando claro quién manda en esa casa.

—Perdón, enana. Es que me he quedado a cuadros —da un paso atrás, volviendo junto a su novia, que estaba mirando todo desde el otro lado del salón con una sonrisa discreta.

—Yo también —dice Jordan en voz baja. Levanto la vista y él me mira de una forma rara.

Aprieto los labios, subo los hombros en una especie de disculpa. ¿Me he pasado?

En vez de apartarse, se acerca. Me acaricia la cara con la punta de los dedos y me da un beso suave en los labios. Un gesto simple. Casi tímido. Pero que dice más que cualquier palabra. Está bien, es lo que me está diciendo. Y yo lo entiendo.

—Bueno… ¿qué os parece si os acomodáis en vuestros cuartos antes de la cena, eh? —propone la señora Miller con delicadeza, como si le diera a toda la sala la oportunidad de respirar, por fin, con esa nueva dinámica que traería el festivo. Una dinámica en la que, por primera vez, el hijo pequeño no iba a ser rebajado.

Y si depende de mí, nadie en esta casa va a menospreciar a Jordan Miller.

Que sea un noviazgo de mentira, un teatro para engañar a un público difícil… aun así, aquí dentro, él es mío.

Y conmigo, nadie humilla *a mi novio.*



Después de la orden de mi madre, fui hasta el coche sin notar si alguien caminaba conmigo.

La revelación de Madison me había dejado aturdido. Yo sabía que mi nerd, mi *GhostQueen*, mi *Mad* Maddie… era diferente… especial.

Pero la chica iba mucho más allá de tener un coeficiente intelectual por encima de la media. Era una genio… una genio con doctorado en Suiza. ¡Joder!

Dylan se quedó boquiabierto, Mark se quedó catatónico y mi padre… joder. Ella lo dejó callado. Mi reina.

Mis pensamientos van y vienen en un viaje sin fin por nuestras interacciones, ya fuera durante el juego CKIII o en la vida real. Ella me desafiaba como nadie había sido capaz. Exactamente lo que me impulsaba a seguir provocándola como un delicioso desafío por conquistar.

Cuando entré de nuevo en la casa, Margareth informó de que había llevado a mi chica hasta mi habitación. Debía de estar cansada por el viaje y por la conversación intensa con mi familia.

Entonces surge la pregunta: ¿ser un genio cansa la cabeza?

La mía estaría explotando después de pasar por esta situación.

Camino despacio por el pasillo que lleva a las habitaciones, viendo las fotos antiguas en las paredes. Los marcos dorados con

Dylan en podios, con Mark en la boda… ¿y yo? Una que otra foto sonriendo, pero nunca siendo celebrado.

Entonces escucho pasos acercándose por detrás. Miro por encima del hombro y veo al hijo prodigio. Suelto el aire por las fosas nasales, aburrido de tener que lidiar todavía con él.

Algo que ocurriría más veces de las que me gustaría, ya que nuestras habitaciones estaban cerca.

No sé si percibe mi gesto torcido. Pero parece dudar antes de iniciar una conversación casual.

—¿Y entonces, hermanito… cómo va la vida sobre el hielo universitario? —se apoya en el marco de la puerta de su habitación, dejando las maletas en el suelo y esperando a que responda. Su autoconfianza no estaba dañada.

Resultaba inquietante nuestro parecido. El mismo timbre de voz, la misma sonrisa torcida… solo un poco más bajo que yo y con una barba que parecía obra de algún barbero famoso.

—Agresiva. Competitiva. Un poco sudada —respondo con media sonrisa, mientras coloco mi maleta y la de Maddie cerca de la puerta y giro el cuerpo hacia él, apoyándome en la pared—. ¿Y tú? ¿Sigues exagerando las faltas o ya aprendiste a caer con dignidad?

—Ja, ja. —pone los ojos en blanco—. Vi tu último partido. Michigan State. Ese gol del final fue bonito. Parecía incluso alguien con mi ADN.

—Solo si es el ADN de mamá.

Se ríe.

—Estás jugando bien, Jordan. En serio. Y… enhorabuena por traer a alguien. Maddie es diferente. Nunca te vi presentar a nadie.

—Pues sí… —me rasco la nuca, sin saber muy bien qué responder.

—Se notaba que mamá estaba emocionada. ¿El viejo? Bueno… nuestro padre es complicado, Jordan. No hagas caso a lo que dice.

—No hago caso.

—Claro que no. —y consigue irritarme—. Fue toda una novedad que trajeras a alguien contigo. Apostaba con Mark a que eso no pasaría tan pronto.

—Si no la hubiera encontrado… puedes estar seguro de que habría tardado mucho más —digo, desviando la mirada—. Maddie es especial.

—Eso ya se nota. Inteligente, afilada, guapa… lo hiciste bien.

Me detengo. Lo miro con desconfianza.

—¿Te estás burlando de mí?

—No. Hablo en serio. Has crecido, hermanito. Por fin.

—Este discurso se está poniendo raro. Me voy a mi habitación antes de que me abraces.

—Ve, Romeo. Disfruta de tu primera dama.

Le hago un corte de mangas sin mirar atrás y giro el pomo, entrando en la habitación. Cierro la puerta con cuidado. Maddie está muy a gusto. Sin zapatos, con esa camiseta fina de manga larga pegada al cuerpo, vaqueros y los pies cruzados en la punta del colchón. Un portátil apoyado en las piernas, leyendo algo con los ojos rápidos, algo que solo noto ahora. Parece en otro mundo, concentrada y… tranquila. Al menos hasta que me ve.

—¿Todo bien? —pregunta, frunciendo el ceño.

Empujo nuestras maletas hacia un lado y voy hacia ella, caminando despacio.

—Mi hermano acaba de decir que he crecido… y que lo hice bien contigo —digo, dejándome caer en la cama a su lado y quitándome las zapatillas con las puntas de los pies—. Estoy casi seguro de que fue abducido.

Ella suelta una risita.

—¿Un elogio del hermano estrella? Márcalo en el calendario. Debe volver a nevar mañana.

—Estoy pensando en enmarcarlo.

Nos quedamos en silencio unos segundos. Yo observo el techo, pero estoy pensando en ella.

—Es extraño… —empiezo—. Estar aquí con alguien. Presentar a alguien. Ser el centro de una atención que no me reduce.

Giro el rostro hacia ella. Maddie me mira, seria. Esos ojos grandes que ven más de lo que me gustaría.

—Entonces disfrútalo, Gladiador. Porque ahora tienes a alguien a tu lado. Aunque sea de mentira.

Trago saliva. Sé que es solo un acuerdo. Pero cuando dice eso… algo se me aprieta aquí dentro. Aun así, no lo dejo ver. Decido ir por otro camino.

—¿Así que tienes un doctorado, princesa? —pregunto, queriendo saber más sobre ella.

Madison inspira profundamente y suelta una larga bocanada de aire, cerrando los ojos un breve instante. Cuando los abre, me mira decidida:

—Lo tengo. Y nadie en Michigan necesita saberlo, ¿vale?

—Tendrás que replantearte esa parte, porque hasta donde sé Katrina está en la facultad de pre law.

Sus hombros caen y percibo su momento reflexivo, decepcionado.

—Nadie te miraría diferente, Maddie.

—Pero me mirarían… —murmura, con los ojos hacia abajo. Cojo su mano por impulso para reconfortarla—. Solo Cameron lo sabe.

—Yo también. —me incluyo entre los privilegiados que conocen su historial académico—. Puedo pedirle a Katrina que no lo cuente, princesa. Te preocupa la reacción de la gente, ¿verdad?

Asiente con un suave movimiento de cabeza, mirándome de forma insegura.

—Sabes… aunque la novia de mi hermano tenga aspecto de Barbie, no creo que sea mala persona. Es la impresión que tuvo Mark y me contó. Hablaré con ella, ¿vale?

—No te preocupes. Yo me encargo.

Me encojo de hombros, aunque quería hacer algo por ella. Se expuso de ese modo para defenderme.

Tal vez aún pueda devolverle el gesto de alguna manera, pienso.

Giro el rostro hacia ella y dejo escapar esa sonrisita ladeada, usando mi mejor voz de seducción:

—Ahora… en cuanto a la parte de disfrutar de mi novia…

Ella pone los ojos en blanco, y aprieto su muslo, retirando despacio el portátil de su regazo y dejándolo en la mesilla junto a la cama. Esperaba cierta resistencia, pero no llega.

—Empecemos con la pregunta básica: ¿te gusta la cama?

Finge pensarlo, con ese airecillo burlón.

—Eh… es bastante cómoda.

—Ya. Incluso podemos decidir quién duerme de qué lado… —hago una pausa dramática—. O puedes dormir encima de mí. Mucho más práctico.

—Idiota —murmura, y empieza a recorrer con las yemas de los dedos las venas del dorso de mi mano. Sigue el dibujo, como si estuviera memorizando el camino que recorre cada una.

Mi respiración se queda atrapada, y solo me doy cuenta cuando sus dedos suben por mi antebrazo y mis pulmones gritan pidiendo aire.

—No voy a dormir encima de ti.

—Perfecto. Solo era una sugerencia. Prefiero que estés despierta encima de mí, princesa. —sonrío con descaro.

Ella me da un golpecito donde su mano acariciaba y aprovecho el impulso para atraerla sobre mí.

Da un pequeño grito, y antes de que diga nada, sujeto su cintura con firmeza y la coloco sobre mí, encajándola con una pierna a cada lado de mis caderas. Entonces se queda inmóvil. Los ojos clavados en los míos.

Mi mano la sujeta con fuerza, y el calor de su cuerpo atraviesa la tela fina de la camiseta. Elevo el torso, sintiendo su

centro rozar mi polla y me contengo para no gemir y asustarla.

—Te quiero despierta para grabar cada cosa que voy a hacer con tu cuerpo, princesa —susurro, con la boca demasiado cerca de la suya—. Después, puedes usarme de almohada.

Ella traga saliva. Pero no retrocede.

Y yo tampoco.

Mi mano sube, acariciando su nuca. Los dedos se pierden entre los mechones de su pelo.

Sin más palabras, la beso.

Primero, despacio.

Nuestros labios se tocan como si se estuvieran reconociendo. Como si ya supieran el camino, solo lo estuvieran confirmando.

Pero el ritmo cambia.

Su boca se abre, hambrienta, caliente. Y la mía responde en el mismo compás.

Lengua, dientes, urgencia.

Siento el pinchazo en la ingle en cuanto la sangre bombea con fuerza hacia esa zona, palpitando con la intensidad del deseo que siento por ella.

Mis manos bajan, agarrando su culo. Tiro de sus caderas hacia delante, presionándola bien contra mi polla.

En ese instante, sus dedos tiran del tejido de mi jersey hacia arriba hasta el pecho. Pasa los dedos por mi piel como si estuviera explorando un territorio nuevo. Todo mi abdomen se contrae al sentir la punta de sus dedos.

Y cada toque suyo… joder… quema.

Es una quemazón buena.

Deliciosa.

Que viene de dentro, como si cada célula de mi cuerpo supiera que es ella.

Que es con ella.

Y cuando me doy cuenta, me está desnudando con una mirada diferente. Una mirada de quien no quiere ser protegida. De

quien quiere ser audaz… antes de que el mundo descubra sus deseos escondidos.

Maddie sigue explorando, levantando mi jersey a una velocidad lenta y torturante. Cuando alcanza mis axilas, murmura, con un tono que me eriza hasta la espina dorsal:

—Quítate eso.

No necesito que lo repita. En un movimiento rápido, tiro del tejido por encima de la cabeza y lo dejo caer junto a la cama. Su mirada desciende por mi pecho desnudo, examinándolo como si estuviera a punto de catalogar cada músculo. La famosa memoria casi fotográfica debe de estar en acción, pienso.

Se inclina despacio, empujando con las manos mi pecho, hasta que mi espalda se pega al colchón. Luego se apoya en un antebrazo a un lado de mi cuerpo. Mi corazón va descompasado, esperando con ansia el siguiente paso.

Entonces, sus labios tocan mi pecho con una suavidad que contrasta con el efecto devastador que provocan. Un escalofrío nace en el centro de mi torso y se expande cuando su boca traza un camino lento, dibujando mi anatomía con besos rumbo al parque de atracciones.

—Maddie… ¿qué estás haciendo? —mi voz sale difícil.

—Besando mi almohada. —Suelto una risa baja y siento que me muerde con suavidad. Alza la mirada, lamiendo justo donde su boca está—. Quiero darte un regalo. ¿Lo quieres o no lo quieres?

—Joder… qué buena. Claro que lo quiero.

Ella sonríe y continúa con su tarea, volviéndome loco con cada contacto. Mi respiración se vuelve más pesada y, con cada beso, mi autocontrol se desmorona un poco más.

Joder. Tengo miedo de cerrar los ojos y descubrir que estoy en uno de los muchos sueños que he tenido con ella.

Cuando su boca llega a la base de mi abdomen, sus dedos se deslizan por la línea de mi V, ese punto entre la cadera y la cintura del pantalón, donde el deseo es el mechero que enciende la hoguera que terminaría de consumirme.

Se detiene un instante, mordiéndose el labio inferior, como si estuviera calculando el siguiente paso. Luego lleva la mano al botón de mi pantalón y duda, poniendo una mueca divertida.

—Eh… el genio en la teoría a veces tropieza en la práctica —murmura, riendo bajito—. Quizá tengas que echarme una manita aquí.

—Solo tienes que pedirlo, princesa —respondo con la voz ronca, el cuerpo en máxima alerta, como si cada centímetro de mi piel estuviera a flor de piel por su provocación.

Suelta el botón con más facilidad de la que imaginaba y me mira, a punto de cruzar una línea invisible.

Pero antes de continuar, vuelve a morderse el labio, ya sin diversión. Percibo su inseguridad gritando en su rostro.

En ese instante, sus ojos buscan los míos con algo más vulnerable que cualquier provocación podría ocultar.

—Jordan… no tengo tanta experiencia.

Mi mano sube hasta su rostro y le sujeto el mentón con delicadeza, obligándola a mirarme.

—Esto no es una prueba. Ni una competición. —Hago una pausa, mi pulgar rozando suavemente su labio—. Y si hay algo que he aprendido contigo… es que aprendes rápido de cojones.

Ella sonríe, tímida. Una sonrisa pequeña, pero auténtica.

—Entonces guíame.

—Te guío. Pero solo si tú quieres —susurro, acercando mi boca a la suya—. Esto… va de lo que deseamos. No de saberlo todo.

Sus manos sujetan mi pantalón, empezando a bajar la tela con cautela. La forma en que traga saliva me muestra que está nerviosa. Pero es valiente, y no se echa atrás. Cuando me libera del pantalón y del bóxer, no dice nada… solo observa.

Mi polla está dolorida de lo dura que está, y una gota de preseminal brilla en la punta formando una perla reluciente, deseosa de ser lamida.

Ella la contempla, lamiéndose y mordiéndose el labio inferior de una forma tan sensual que dejo escapar un gruñido bajo,

sintiendo un tirón en las bolas por anticipación.

Su respiración es entrecortada y sus labios entreabiertos, demasiado invitadores.

Mis músculos se tensan cuando su mano rodea mi circunferencia con delicadeza, y sus ojos regresan a los míos, como si quisiera asegurarse de que lo está haciendo bien.

—¿Así? —susurra, de forma suave, baja, con un timbre perfecto para volver loco a cualquier hombre sobre la faz de la Tierra.

—Así está perfecto… —respondo, la voz más ronca de lo que esperaba—. A tu ritmo.

Y ella va.

Empieza con un beso ligero en la base, como quien prueba la temperatura del agua antes de zambullirse. Sus labios suben despacio y, con cada contacto, un escalofrío me recorre. Cuando su boca me envuelve por completo, mi cabeza se hunde en la almohada y no consigo contener el gemido que araña mi garganta.

Aprende rápido.

Muy rápido.

Sus movimientos son suaves al principio, casi tímidos, pero atentos. Escucha mi cuerpo como si le hablara, y lo hace. Cada sonido que dejo escapar la guía, y cuando descubre el ritmo adecuado, empiezo a perder el control.

Mis manos se aferran a las sábanas, mis caderas se arquean despacio.

—Eso… justo así —susurro, luchando contra la urgencia que crece sin freno.

Ella aumenta el ritmo, alternando presión, profundidad, hasta dejarme al borde del precipicio. Mi respiración no es más que un montón de aire atrapado en el pecho.

—Maddie… para —le pido, intentando atraerla—. Si sigues así…

Pero no se detiene.

Solo sostiene mi mirada, como diciendo: quiero ver hasta dónde puedo llevarte.

Y me lleva.

Todo mi cuerpo se tensa, el orgasmo me golpea como una descarga eléctrica y, por un instante, no existe nada en el mundo más que la sensación que ella me está dando.

Siento el momento en que me corro en su boca y miro hacia abajo, viéndola concentrada, tomándolo todo sin desperdiciar una sola gota. Jodido genio perfecto.

Cuando todo termina, se aparta despacio, se limpia la comisura de los labios con la mano y me mira con esa sonrisita descarada y triunfante.

—¿Ha sido… por encima de la media?

—Princesa… —Respiro hondo, intentando recuperar el aliento —. Has redefinido el concepto de genio.

Se tumba a mi lado, riendo bajito, como si aquello hubiera sido solo otro experimento científico exitoso.

Y quizá, para ella… lo sea.

¿Pero para mí?

Es el inicio del caos. Porque cada vez que esta chica me toca, menos consigo recordar que todo esto… se suponía que era solo una mentira.



¡Dios mío!

¿Qué demonios me pasó?

Fue locura. Impulso. Instinto.

Siento el chorro de agua caliente golpearme la espalda mientras pienso en el acto guiado por el instinto que acabo de cometer al chupar a Jordan Miller en su habitación… ¡en casa de sus padres!

Algo está muy mal conmigo.

Muy mal.

El agua resbala por mi cuerpo, caliente y constante, como si intentara disolver lo que aún late en mi pecho. Inclino la cabeza hacia delante, dejando que el chorro caiga sobre mi nuca, y cierro los ojos.

Seguro que fue el conjunto de todo lo que provocó un bug en mi sistema cognitivo. Eso. Fue exactamente eso.

La casa llena de voces, el olor a canela, las risas que llegaban desde el salón… Todo era tan familiar y tan ajeno a mi realidad al mismo tiempo. Y de pronto yo estaba allí, sentada a su lado, de la mano, como si formara parte de aquello. Como si no tuviera que esconderme.

Tal vez fue la forma en que me miró. O el contacto. O el hecho de que él, siempre tan seguro de sí mismo y tan peligroso

para mi cordura, en ese momento parecía completamente frágil… vulnerable. Necesitando que alguien lo defendiera… necesitándome a mí.

Respiro hondo. La imagen del hombre gigante de ojos de águila estaba manchada por una inseguridad que nunca había visto antes. De algún modo, la empatía por su silencioso pedido de auxilio aumentó la atracción que siento por él.

Entonces, tenerlo allí en la habitación, a solas, para poder explorarlo sin reservas me llevó más lejos. Su cuerpo es un parque de atracciones completo y mis manos quisieron recorrer todos los juegos, especialmente aquel disputado por tantas chicas.

Joder… es grande. Y guapo. Y con una anatomía perfecta para encajar en mi boca. Chupo mi labio inferior, aún hinchado, recordando su sabor. Como consecuencia, un calor se desliza junto con el agua que corre entre mis pechos hasta mi vientre.

Mi mente, embriagada de lujuria, proyecta sus manos sobre mi cuerpo, en los lugares exactos, tal y como hace un momento. Trago saliva, sintiendo el peso persistente de su contacto firme.

Llevo mis manos a mis propios pechos, y el contacto me arranca un suspiro largo. Mis pezones se endurecen con la caricia y vuelvo a cerrar los ojos.

Pienso en la forma en que sujetó mi cintura, en cómo su abdomen se contraía bajo mis besos, en cómo su respiración se convertía en un hilo atrapado entre los dientes. Ese sonido… tan sexy.

Infierno.

Una parte de mí quiere borrar. Fingir que no ocurrió. La otra —mucho más atrevida— quiere repetir. Explorar. Entender por qué solo con él me dejo llevar así.

Tal vez sea solo físico.

Tal vez solo me esté aferrando a una experiencia nueva, siguiendo el consejo de Cameron de dar una vuelta en la noria.

Sonrío ante la idea.

Podría actuar como si fuera un experimento. Un tipo de observación práctica. Científica. Totalmente racional.

Eso es.

O… debería serlo.

Mis dedos descienden despacio, recorriendo mi abdomen, pasando por la curva de mi cadera. El calor del agua parece aumentar a medida que el recuerdo de su contacto crece en mí. La forma en que murmuraba mi nombre. La manera en que me miraba, como si yo fuera algo precioso.

Mierda.

Apoyo la frente en el azulejo frío, intentando controlar la respiración que ahora sale irregular.

No puedo perderme. No puedo involucrarme.

Pero tampoco puedo parar.

Mi mano se desliza entre mis piernas con vacilación. Es la primera vez que hago algo así. Él supone que ya lo hago, como dijo en aquel maldito roble. Si la acusación persiste sin el acto consumado, creo que estoy en números verdes. Por eso, mis dedos avanzan hacia mi vulva, abriéndome con cuidado y deslizándose con facilidad gracias a la humedad presente.

Todo porque estoy pensando en él.

Jordan.

El tono grave de su voz. La risa burlona. Las manos grandes, que saben exactamente cómo sujetar mi cuerpo con firmeza sin hacerme daño. La forma en que me mira cuando cree que no me doy cuenta. Como si yo fuera algo peligroso… e irresistible.

Suelto un suspiro tembloroso cuando encuentro mi clítoris con los dedos, haciendo movimientos suaves. Lentos. Y cada uno de ellos me hace revivir el contacto que quedó marcado en mí.

Decía que yo era inteligente. Que sabría qué hacer solo escuchando sus gemidos.

Mis párpados pesan, imposibles de mantener abiertos.

En mi cabeza, él está aquí. Susurrándome que le encanta mi coño empapado por él, que sus dedos están siendo aplastados y que me partiría en dos con su polla. Frases que describen el dolor y provocan un torbellino de tensión entre mis piernas.

Quiero que me parta en dos. Quiero ser invadida y consumida de una forma que me haga sentirlo durante días.

Veo su rostro frente a mí, provocándome con esa sonrisa descarada mientras me observa y espera… pidiéndome que me corra en su mano… otra vez.

La presión se acumula, caliente e intensa. Mis rodillas flaquean y apoyo la otra mano en la pared fría de la ducha. Mis caderas siguen el ritmo.

Más rápido. Más profundo. Más de él.

Muerdo el labio. Su nombre se me escapa en un susurro, sin darme cuenta. Y entonces…

Oh, Dios.

El clímax me golpea con una ola de calor que sacude mi cuerpo. Un espasmo intenso que nace en el vientre, estalla en el pecho y se extiende como lava por cada músculo.

Sonrío, victoriosa. Es la primera vez que alcanzo el placer sola. Y yo… lo he conseguido.

Y es por él.

Jordan Miller.

Suelto el aire despacio, casi sorprendida de mí misma. Por ceder. Por querer. Por desear tanto.

Pero no me arrepiento.

Pongo la ducha en frío para intentar calmar mi cuerpo y mi mente. Inspiro hondo, llenando los pulmones todo lo que puedo, y exhalo en una larga bocanada. Repito varias veces hasta que la respiración se normaliza, para salir de la ducha sin que se noten todas las pruebas de lo que acabo de hacer.

Minutos después, abro la puerta del baño, con la toalla enrollada al cuerpo y el pelo aún goteando. Entro despacio en la

habitación, agradecida de que el cuarto de Jordan sea una suite. Supongo que todos lo son.

Tropiezo al darme cuenta de que está allí, tumbado en la cama, sin camiseta, con las manos detrás de la cabeza, viendo algo en la tele colgada en la pared frente a él.

Ojalá no hubiera hecho ruido, pero el susto de casi caerme me arranca una maldición que hace que me mire. Me aclaro la garganta y busco mi maleta, encontrándola al otro lado.

—¿Te ha gustado mi ducha, princesa? —pregunta, con esa sonrisa maliciosa—. Has tardado bastante ahí dentro. Hubo un momento en que casi fui a rescatarte cuando oí mi nombre.

Mi cara arde. La respiración se me corta. Y me quedo clavada al suelo como una estatua.

¿Me oyó?

De repente, su expresión se vuelve confusa, frunce el ceño y, dos segundos después, la sonrisa regresa aún más amplia que la primera.

¿Estaba faroleando? Ay, mierda.

—De verdad dijiste mi nombre y…

—¡Cállate, Jordan! No seas idiota —le corto rápido. No quiero hablar de lo que acabo de hacer.

Se muerde la comisura del labio, asintiendo, como indicando que no dirá nada. Al menos, por ahora.

Pongo los ojos en blanco y camino hacia mi maleta. Ha tenido el detalle de dejarla sobre el escritorio. No porque sea amable, claro. Sino porque es el único rincón de la habitación desde el que se tiene una vista completa de la cama.

Maldito estratega.

—¿Puedes girarte, por favor? —le pido, intentando sonar firme—. Necesito cambiarme.

—Venga, princesa… —Se incorpora, apoyándose en el codo —. A estas alturas creo que ya no tenemos secretos. Yo ya te he visto. Tú ya me has visto. ¿No estamos en paz?

—No, Jordan. Aún no lo estamos. —Clavo la mirada en la suya y noto cómo empieza a hacer un recuento mental de nuestros encuentros íntimos, mirando al techo y moviendo los dedos.

—Tienes razón. Pero podemos dejar el marcador empatado si quieres.

—Tu familia nos espera para cenar —le recuerdo—. Y solo quiero cambiarme sin preocuparme de que me estés chequeando todo el rato.

—Me gusta mirarte.

—Y a mí me gusta tener un mínimo de límites para nuestro acuerdo.

Resopla, aburrido, y coge la almohada, colocándosela delante del rostro.

—Ya que insistes, te daré ese límite. Pero no me pidas que no imagine. Porque estoy loco por verte inclinada justo ahí en esa mesa. Siempre he imaginado cómo sería follar a alguien ahí. Y quiero cumplir ese sueño contigo, princesa.

Sus palabras provocan la peor reacción en mi cuerpo, y tengo la sensación de que tendré que lavarme otra vez antes de la cena si quiero conservar la braguita intacta.

—Límite —repito, señalándolo—. Necesitamos uno.

—Y quien lo está cruzando ahora mismo eres tú, sacando ese culo tan bueno. ¿Sabías que si te inclinas un poquito más me darás la visión del paraíso?

—¡Jordan!

—Vale, vale. —Ríe y, por fin, se gira de lado en la cama, estirando el brazo y apoyando la cara, como si estuviera dando un merecido descanso a sus propios músculos.

Asumiendo una versión desconocida de mí misma, me quito la toalla despacio, sintiéndome observada.

—¡Deja de mirar! —digo sin girarme, pero con el cuerpo tenso.

—No estoy mirando —responde, con la voz divertida—. Solo estoy espiando.

Me giro lo justo para ver sus ojos clavados en mí por encima del hombro.

Le lanzo una mirada asesina.

Él se parte de risa.

Y eso es exactamente lo que me descoloca. No el hecho de estar desnuda. Sino él riendo así, viéndome así… y yo dejándolo.

Es humillante, irritante y… de alguna forma extraña… placentero.

Termino de vestirme con un jersey de lana gruesa, de color crema, que me llega hasta las caderas. La textura es cómoda, cálida, y el corte ligeramente holgado le da un aire de elegancia despreocupada. Abajo, me pongo unos leggings negros y separo unas botitas de ante que traje en la mochila. Solo me faltan los calcetines.

Me siento en el borde de la cama y empiezo a ponérmelos con calma, sintiendo su mirada aún sobre mí.

—Listo —digo, fingiendo ignorar que sus ojos siguen quemándome—. Ahora te toca a ti ducharte.

Jordan se levanta despacio, con ese andar despreocupado de siempre, y coge una toalla.

—Espero no tardar tanto como tú, princesa —dice con un guiño antes de desaparecer en el baño.

Me quedo allí, organizando el neceser, intentando distraerme… hasta que la puerta del baño se abre.

Y él sale.

La toalla enrollada a la cintura, el torso salpicado de gotitas de agua.

Con el abdomen definido brillando bajo la luz cálida del techo. Se me hace la boca agua, queriendo repetir lo que hemos hecho.

—¿Quieres un show, princesa? —pregunta, deteniéndose en medio de la habitación, balanceando las caderas y poniendo una mano sobre el nudo de la toalla.

—Ni se te ocurra —le advierto, ya riendo antes de acabar la frase.

Pero se le ocurre.

Suelta la toalla con la osadía de quien sabe lo que tiene, de un tirón que hace chasquear la tela en el aire.

Entonces empieza a girar las caderas, convirtiendo el momento sensual en pura payasada, mientras su polla gira, veloz, dando vueltas medio erecta.

—¡Jordan! —Me tapo los ojos, muerta de risa—. ¡No tienes ni una pizca de vergüenza!

—¿Eh? —responde, con la cara más tranquila del mundo—. Solo quería ver si todavía giraba.

—¡El helicóptero humano no es algo que haya pedido ver antes de la cena!

Ríe y vuelve a enrollarse la toalla, esta vez riendo con la cara escondida detrás de ella, que se cuelga al hombro.

—¡Esto te va a dar unos sueños increíbles, admítelo!

—Idiota.

—Tu vida es mucho más interesante con este idiota aquí.

Sí. Sin duda lo es.

Jordan se viste rápido con una camiseta negra de manga larga y unos vaqueros oscuros. Termina calzándose unas zapatillas blancas y despeinándose el pelo con los dedos.

Me tiende la mano para ayudarme a levantarme de la cama. La acepto y me recoloco mejor el pelo en el moño desordenado que me hice mientras él se cambiaba.

—¿No te vas a poner las gafas?

—No las necesito para comer, Jordan. Tranquilo. —Le devuelvo una de sus guiñadas, intentando parecer segura.

Se encoge de hombros, y tengo la impresión de que sabe que las gafas no son más que un accesorio prescindible.

—¿Lista para enfrentarte otra vez a mi familia, novia falsa?

—Estoy lista para cenar —respondo, seca—. Lo demás… lo improvisamos.

Ríe, abre la puerta de la habitación y estira el brazo para guiarme.

—Vamos entonces, princesa. Esta familia es exigente, pero tengo la impresión de que ya has conquistado a quien importa.

—Genial —comento—. Luego intento enfrentarme a tus ojos, que siguen atentos el camino.

¿Conquistar a quien importa incluía a cierto jugador de hockey o solo hablábamos del resto de la familia?

Ay, mierda. Es muy bueno en esto de la actuación.

Casi me está convenciendo de que todo es real.

Si esta farsa continúa, el problema será convencer a mi cuerpo de que todo esto sigue siendo una mentira.



Minutos después, estamos todos sentados a la mesa del comedor.

Mi padre en la cabecera. Mi madre, a su derecha. Al otro lado de ella, Mark, Margareth y la pequeña Daisy, que ya se llena el plato de patatas como si hubiera entrenado toda su vida para eso.

Frente a mi madre están Dylan y su impecable novia, Katrina. Yo me acomodo frente a Daisy, y Maddie se sienta a mi derecha.

El olor de la comida casera de la señora Lois Miller perfuma la casa de una forma que despierta en mi pecho esa sensación de nostalgia infantil. Revivo parte de la emoción que solía reinar en estas cenas, cuando aún tenía la ilusión de que podía agradar a mi padre de algún modo.

Suspiro, sin emitir ningún sonido más allá de mi respiración.

La mesa está llena de platos típicos: puré de patatas, carne asada, judías verdes con almendras, maíz cocido, una ensalada de hojas frescas con manzana verde y nueces, y ese panecillo de leche que nunca falta en una cena familiar.

La conversación empieza ligera, con Mark contando cosas sobre la hamburguesería en Traverse Bay. Dice que el movimiento creció desde que decidió hacer hamburguesas artesanales. Margareth comenta que sus alumnos de primaria dicen que el bocadillo del "Tío Mark" es mejor que el de McDonald's.

—También… —comenta mi padre, limpiándose la boca con la servilleta—. Eres el único de la familia que eligió algo sólido. No te pusiste a correr detrás de un disco de goma. —Siempre elogiando a uno y menospreciando a los demás. Típico.

Pongo los ojos en blanco. Las ganas de contestar aparecen, pero me contengo.

Dylan, por supuesto, aprovecha el momento.

—Bueno, al menos ahora ese disco me da una buena cuenta bancaria. —Sonríe—. Ganamos a los Panthers la semana pasada. 3 a 1. Yo marqué el primero.

Mi madre se derrite. Mi padre se entusiasma.

—Eso sí que es trayectoria de campeón. Ni siquiera necesitó ir a la universidad.

Su mirada pasa de largo sobre mí. Como si ni siquiera estuviera aquí.

Maddie, que estaba cortando un trozo de carne, se detiene. Gira levemente el cuello hasta encontrar el ángulo justo para cruzar sus ojos con los míos. Luego endereza el cuerpo, levanta la barbilla y encara a mi padre con una mezcla de calma y seguridad que haría tambalear a cualquier gobernante que se precie.

—Con todo respeto, señor Miller… —dice, educada, pero con un tono que no deja lugar a dudas—. Debería replantearse sus conceptos antes de tratar un título universitario con tanto desprecio. Su hijo menor eligió el camino más largo, sí. Pero también el más sensato. Él sabe que el mundo es imprevisible. Tener una carrera significa tener opciones. Significa no depender solo de la suerte.

—Pero si ya es bueno en lo que hace, ¿para qué universidad? —replica él, con ese desdén tan suyo.

—Porque piensa más allá del ahora —continúa ella, defendiéndome como solían hacer mis mejores amigos, y que les pedí que dejaran de hacerlo. Nunca servía de nada. Aun así, ver a Maddie volcada en la misma tarea hace que mi corazón se me dispare de una forma distinta—. Porque tiene visión. Y porque es un

hombre inteligente, que entiende que algún día el hockey puede acabarse, pero la mente seguirá siendo su mayor herramienta.

Silencio.

Katrina, que hasta entonces había hablado poco, esboza una sonrisa ladeada. Mi padre resopla.

—Parece que te has echado una abogada, Jordan —dice la novia de mi hermano, mirándome. Luego se vuelve hacia mi chica—. ¿Quién sabe? A lo mejor también te animas a estudiar Derecho, Maddie —provoca—. Ya que te gusta tanto defender causas perdidas…

Maddie sonríe, tranquila.

—Hay causas que no necesitan título. Basta con saber distinguir entre lo correcto y lo incorrecto.

Margareth se atraganta con una risa ahogada. Dylan finge rascarse la barbilla para disimular la sonrisa. Mark se llena la boca de patatas. Katrina da un sorbo de agua para mantenerse al margen. Y mi madre… ella observa a Maddie en shock, por tener el valor que ella nunca tuvo para enfrentarse a mi padre.

Y entonces, claro, la vocecita aguda de Daisy rompe el silencio:

—Yo también quiero ser la abogada del tío Jordan. —Se inclina hacia delante—. ¡Yo te defiendo, tío! —Apoya las manitas sobre la mesa, llena de convicción—. Pero… ¿por qué necesitas defensa? ¿Has cometido algún crimen?

Maddie suelta una risita. Mi padre clava la vista en el plato.

—Aún no sé si he cometido un crimen, peque —respondo, acariciándole el pelo rubio—. Pero si lo he hecho, será el de meterme con una chica que tiene un doctorado y una clara tendencia a convertirse en ministra del Tribunal Supremo.

Maddie sonríe, discreta.

Y yo me quedo aquí, sin saber muy bien dónde meter tantas ganas de acercarme a ella y darle las gracias. Con la boca, con las manos, con todo el cuerpo si se deja.

Lo que acaba de hacer por mí… ha sido brutal.

Estoy acostumbrado a las pullas de mi padre. Acostumbrado a ser el blanco fácil, el hijo "casi".

Pero cuando ella se enfrenta a él por mí, cuando suelta esas verdades con ese tono sereno, firme, como si solo estuviera exponiendo un hecho incuestionable…

Todo cambia.

La rabia que antes solo me revolvía el estómago deja paso a otra cosa. A una especie de satisfacción que nunca había sentido antes.

Ella me defendió.

Y lo hizo como si fuera lo más natural del mundo. Como si ser mi novia, aunque sea de mentira, significara formar parte de mi equipo.

—Bueno… si algún día Maddie decide cambiar de área —empieza Katrina, con una sonrisa pacífica—, yo abriría un despacho con ella sin dudarlo. —Le guiña un ojo cómplice—. No sé si aspiras al Tribunal Supremo, pero ¿sabes qué? Sinceramente, me tranquiliza saber que todavía existen personas como tú en este mundo.

Y ahí está la buena chica de la que Mark dijo haber sabido antes que yo. De hecho, Dylan no eligió a una pija arrogante como novia.

—G-gracias —responde Maddie, dejando claro que el cumplido la tomó por sorpresa. A mí también. Luego se acomoda en la silla—. Pero no pienso abandonar mi área.

—Una pena para la justicia —replica Katrina, aún sonriendo.

El silencio que se instala esta vez no es tenso. Es reflexivo.

Mark asiente, como si aprobara.

Mi madre recoloca los cubiertos con un movimiento nervioso, probablemente intentando asimilar todas esas pequeñas grietas en la estructura rígida que aceptó vivir durante años.

¿Y mi padre?

Mastica en silencio. Pero es de ese silencio que pesa. Porque, por primera vez, no tiene una respuesta.

Por primera vez, no consigue menospreciar a nadie.

Ni a Maddie.

Y eso parece desarmarlo más que cualquier argumento que yo haya dado en toda mi vida.

—¿Tío Jordan? —Daisy llama mi atención, dándome un golpecito en el brazo—. ¿Cuándo vas a marcar un gol para mí?

La pregunta sale de la nada, pero rompe todo con la sutileza de quien lleva trenzas y habla con la boca llena de puré.

—Cuando tú quieras, peque —respondo, besándole la coronilla—. ¿Quieres que te dedique el próximo?

—¡Quiero! Pero quiero un gol bonito, no uno de suerte. —Me lanza una mirada demasiado seria para su edad, y todo el mundo estalla en risas.

Incluso mi padre.

Una risa corta. Rígida. Pero estaba ahí.

Maddie sonríe a mi lado.

Y pienso: quizá esta chica, con ese CI surrealista y ese sarcasmo afilado, ha llegado para darle la vuelta a mi partido.

O, al menos, para hacerme creer que mi lugar no es el de figurante.

Por un milagro, sobrevivimos a la cena sin mayores conflictos relacionados con mi defensa dentro del drama familiar de los Miller.

Y cuando ya pensábamos en volver al cuarto, con mi mente maquinando mil posibilidades para aprovechar a mi novia falsa, a Dylan se le ocurre la brillante idea de hacer un torneo de parejas en la sala de juegos.

Solía entrar allí con mis amigos, y rara vez frecuentaba ese espacio con mis hermanos. Había una regla implícita: si uno de los Miller lo estaba usando, el otro debía pasar de largo.

La idea de que todos estuviéramos en esa habitación después de tanto tiempo era rara, pero Madison se mostró entusiasmada, dejando ver su vena competitiva que yo adoraba en

secreto. Aún no sabía que yo era su guerrero. Mi adorada *GhostQueen*.

Enseguida llegamos a la sala de juegos, que estaba en la planta baja, cerca del garaje. Nada demasiado moderno: paredes forradas de paneles de madera, una tele enorme colgada en la pared y, delante, una alfombra mullida con pufs y un sofá gastado donde todo el mundo había dormido al menos una vez en la vida.

La PlayStation estaba en un rincón, junto a una estantería con juegos y varios mandos desperdigados. Fue Margareth quien sugirió la partida, y en menos de dos minutos ya estábamos todos allí.

Daisy se había ido a dormir —o mejor dicho, había sido secuestrada por la abuela Lois, que alegó querer "disfrutar un poco de la nieta" antes de la cena de mañana. Traducción: darles un respiro a Mark y a Margareth—.

Y ahora, allí estábamos. Tres parejas. Tres dúos. Y una partida de Fortnite en modo dúos personalizado, con una regla clara: la pareja que muriera primero se encargaría de traer las bebidas.

—A que no pasáis de la primera zona segura —provoca Mark, ajustándose ya el headset.

—Lo dice el que nunca pasó de la segunda —responde Dylan, guiñándole un ojo a Katrina, que levanta el mando con una sonrisita segura.

—Si es para salvarte de algún callejón, mejor dame el sniper desde el principio —comenta Maddie, acomodándose en el suelo a mi lado. Cruza las piernas, concentrada, y yo solo la observo.

—¿También quieres mi arma, princesa? —pregunto, apoyando el hombro contra el suyo mientras mi personaje avanza por el escenario.

—Solo si es para protegerte mejor —me devuelve, sin apartar los ojos de la pantalla.

—Mmm… me gusta. Pero si caigo, tendrás que darme un besito para revivirme —susurro, solo para ella, ganándome una risita y un empujón suave.

—¿Y si sobrevivimos y la sesión de besos es como celebración en el cuarto? —susurra, audaz. Pero todos lo oyen y murmuran sonidos que la hacen ponerse roja.

Me estaba gustando demasiado esta versión suya. Y, sinceramente, empezaba a darme miedo que el sueño se acabara antes de nuestro plazo.

—Los comienzos de una relación son tan bonitos… —comenta Margareth, mirándonos y respirando romance en el aire—. Tanta pasión que hasta da envidia.

—Ay, cariño. Así me ofendes. Yo estoy tan enamorado de ti que hasta hice otra niña ahí dentro. —Mi hermano apoya la mano sobre su barriga.

—Es verdad, amor. —Le da un besito en los labios—. Ahora… ¡acabemos con ellos! —Ella cambia a su versión guerrera, eligiendo armas y escondiéndose en uno de los hangares del campo abandonado que habíamos escogido como escenario.

Ella y Mark estaban tan sincronizados en el juego que parecía que entrenaban a escondidas. Dylan y Katrina eran metódicos, organizados, pero con poca paciencia. Y Maddie y yo… éramos el caos. Literal. Mientras ella levantaba un muro, yo lo volaba todo por los aires. Pero, de algún modo, funcionaba.

La partida avanzaba entre provocaciones, risas y comentarios cruzados.

—¡Margaret, suelta ese lanzacohetes! ¡Vas a volar nuestro coche! —grita Mark.

—Soy la destrucción en forma de mujer —responde ella.

Maddie suelta una carcajada deliciosa que me recorre entero. Tiempo después, una explosión sacude la pantalla, y tenemos tres cuerpos en el suelo y un soldado rendido: el personaje de Dylan.

—Toma esa, equipo de los creídos —celebra Maddie, tirando el mando al sofá como si acabara de ganar la final del mundial.

—Fue asistencia mía, solo para que conste. —Me recuesto en los cojines, estirando las piernas, con esa sonrisita de quien sabe

que se ha lucido.

—Ajá. Claro. Fuiste esencial gritándome "dispara, dispara, dispara" al oído —me devuelve, inclinándose para darme un golpecito en el hombro.

—Estrategia motivacional. Funcionó, ¿o no? —replico, mordiéndome el labio solo para verla poner los ojos en blanco.

Mark gruñe de forma dramática.

—Vale, vale… ¿quién invitó a estos dos a jugar?

—La culpa es tuya, hermano —masculla Dylan, dejando el mando—. Tendríamos que haber hecho un sorteo justo. Esto ha sido trampa.

—Llámalo trampa, yo lo llamo química. —Maddie se encoge de hombros, cruzando las piernas en el sofá como si fuera la dueña del mundo.

Me lanza una mirada de reojo. De esas rápidas, pero que queman más de lo que deberían.

—Apuesto a que la próxima victoria también será nuestra —provoco, mirando a mis dos hermanos con aire desafiante.

—No me cabe duda. Sois la pareja perfecta —apunta Dylan, con tanta naturalidad que el cumplido pasaría desapercibido si fuera para otra persona. Pero va dirigido a mí. Al que siempre fue minimizado.

Y entonces la verdad cae sobre mi cabeza como una avalancha.

Mi hermano nunca fue el problema para que yo fuera tratado así. ¿Fue omiso? Sí. Pero actuar de la misma forma desde pequeño crea la falsa impresión de que lo incorrecto es lo correcto.

Mi chica trajo otra perspectiva a nuestra familia. Señaló a mis hermanos el fallo del sistema aplicado durante todos nuestros años de crianza. Era como si mi padre necesitara crucificar siempre a alguien para poder elogiar a otro.

Por desgracia, al ser el menor, yo fui el elegido.

Nuestros padres no siempre tienen razón. Y queremos tanto tener héroes que nos salven del mundo que olvidamos que solo son

humanos. Sin superpoderes.

En mi caso, dejé que la sombra de mi padre creara una rivalidad falsa entre nosotros. Dylan siempre fue el ejemplo, el atleta de oro, el hijo preferido. Y yo, el que quería encontrar su camino, pero parecía estar siempre fuera del sendero. Pero allí, en esa sala, con un mando en la mano y mi chica a mi lado, veía lo que de verdad importaba.

No éramos enemigos. Nunca lo fuimos.

Salgo de mis pensamientos al oír las risas y conversaciones que siguen sobre el juego.

—Solo si cambiamos de juego —replica Mark, riendo—. Y de pareja.

—No sirve de nada huir, gente. Cuando el equipo es bueno, no hay quien pueda con él. —Maddie sonríe, acomodándose los mechones sueltos del pelo.

—Ya que vosotros dos habéis ganado y nos habéis dejado a los cuatro en la cuneta, usemos la carta de la mayoría manda, y los que traen las cervezas sois vosotros —propone Dylan con una sonrisita presuntuosa.

—¿Y la parte de la ventaja para los ganadores dónde queda? —pregunta Maddie con sarcasmo.

—No es justo, cariño —Katrina, la futura abogada, defiende el argumento de mi chica.

—Exacto.

En ese momento, Mark y Margareth se levantan.

—Nosotros vamos a pasar de la ronda de cervezas. Estamos muertos y, si Daisy se despierta tan excitada como hoy, necesito dormir. Y ya —dice Margareth, estirando los brazos por encima de la cabeza.

—Creo que podemos irnos todos entonces. Yo también estoy cansado de cojones —digo, ya de pie y empujando la cadera hacia delante.

—Nada de segunda ronda por lo visto. Vamos, cariño. Juguemos a otra cosa en mi cuarto —dice Dylan, y Katrina le da un

golpe en el hombro, siguiéndolo con esa risita tonta.

—¡Buenas noches! —grito. Él saluda desde el marco de la puerta y desaparece, justo después de Mark y Margareth.

—Entonces, ¿vamos? —murmura Maddie, estirándose con los brazos sobre la cabeza.

El jersey de lana que lleva se sube con el movimiento, dejando al descubierto una franja de piel entre la tela y la legging negra. Suelto un gruñido bajo, conteniendo las ganas de agacharme para sentirla justo ahí.

—De acuerdo. Si sigo aquí, voy a acabar dándole un nuevo significado a la sala de juegos —provoco, esbozando una sonrisa torcida.

Ella murmura un idiota, sin borrar la sonrisa.

—Sigue soñando, Gladiador.

Nos levantamos y avanzamos por el pasillo de los cuartos con pasos silenciosos, porque la casa ya está sumida en el silencio de la noche.

Cuando entramos en el cuarto, se quita las botas, las deja junto a la maleta y se sienta en el borde de la cama, tirando de la goma del pelo.

—Vale. ¿Quién va primero a lavarse los dientes? —pregunta.

—Decidámoslo como adultos civilizados.

—¿Piedra, papel o tijera? —arquea una ceja, divertida.

Asiento.

Nos colocamos frente a frente. Uno, dos, tres…

Piedra.

Papel.

Tijera.

Ella saca piedra.

Yo la envuelvo con papel.

Y gano. Obvio.

—¿Dónde quedó la caballerosidad, eh? —se queja, con una indignación dramática.

—Se fue a dormir después del postre. Aquí es un juego, *Mad* Maddie. Perdiste, acepta.

—Machista.

—Ganador. —Me señalo el pecho, riendo como un tonto al ver su nariz arrugarse.

Entro al baño, me lavo los dientes y sigo imaginando cómo sería si de verdad durmiera encima de mí, como sugerí antes. No solo dormir.

Esa boca, ese cuerpo. La forma en que gime bajito, tan sensual.

La quiero otra vez. De mil formas distintas.

Salgo del baño con el pecho lleno de malas intenciones. Estoy listo para bromear, provocar, besar, arrancarle al menos otro suspiro antes de dormir.

Pero cuando abro la puerta…

Ella ya está en la cama.

De lado, el rostro casi escondido entre los brazos, el pelo desparramado sobre la almohada.

Un sueño fingido. Lo sé por la respiración, que no es tan profunda como la de quien duerme de verdad. Me quito la ropa, quedándome solo en bóxer blanco.

Luego me acerco en silencio y me deslizo bajo las sábanas a su lado.

—Puedes mentir todo lo que quieras, princesa… —susurro, acomodándome con cuidado—. Hoy finjo que te creo.

Y me quedo ahí.

Solo observando.

Porque quizá mañana esté lista para lidiar conmigo.

¿Pero hoy?

Hoy me basta con estar a su lado.



No.

No me fui a dormir sin lavarme los dientes.

Casi. Pero por un milagro del universo —o puro cansancio— Jordan se quedó frito justo después de tirarse en la cama y provocarme por última vez.

Si hubiera abierto la boca en ese momento para decir "sí, estoy durmiendo", la mentira se habría convertido en confesión al instante. Así que me quedé ahí, inmóvil, controlando cada maldita respiración como si mi vida dependiera de ello.

Esperé a que su cuerpo se relajara, a que sus músculos se aflojaran y el ritmo de su respiración cambiara a una lentitud perezosa. Y cuando el silencio se volvió más profundo… corrí.

Me colé en el baño, me lavé los dientes a velocidad ninja en misión secreta y me puse el pijama, que se resumía en un short y una camiseta de manga larga que apenas me cubría el culo, solo para dejar claro el nivel de inteligencia de mi elección.

Volví deslizándome como una ladrona profesional y me metí de puntillas bajo las sábanas.

Misión cumplida.

O casi.

Despertar enredada en él a la mañana siguiente, como si fuera mi almohada corporal versión gladiador del hielo, no entraba en el plan.

Solo que… mi almohada nunca tuvo brazos, piernas y —cielos— algo tan duro presionando contra mi muslo que casi pedí perdón por estar durmiendo ahí.

Pero en cuanto abrí los ojos, me di cuenta de que Jordan dormía profundamente. Una de sus manos sobre mi cintura. Su respiración caliente cerca de mi nuca.

Me quedé tumbada unos minutos, sin valor para moverme. Intentando no sentir nada. Fingiendo que aún era esa chica que sabía separar bien las cosas.

Spoiler: ya no existe.

Me levanté despacio, escapé de su abrazo como quien desactiva una bomba y fui al baño a recomponerme. Me vestí con algo cómodo —leggings negros, un jersey de lana que me cubría las caderas y las botas de ante que Cameron decía que dejaban mi look "mono sin esfuerzo"— y bajé para ayudar con los preparativos.

La cocina de la casa de los Miller ya era un caos cálido. Ollas en el fuego, olores mezclándose… hierbas, canela, ajo… y algo horneándose que me hizo salivar al instante. Las voces femeninas llenaban el ambiente.

La madre de Jordan, al verme, enseguida me sirvió un desayuno contundente, durante el cual pasé por una especie de entrevista de trabajo para asistente de cocina.

Media hora después, ya estaba metida de lleno en los preparativos junto a todas ellas.

Lois, Katrina, Margareth y yo nos movíamos en perfecta sincronía, como si siempre hubiéramos hecho esto juntas.

—¿Alguien ha visto la bolsa de marshmallows? —pregunta Margareth, abriendo el tercer cajón con prisas.

—¡Aquí está, la encontré! —Katrina levanta la bolsa como si fuera un trofeo—. ¿Esto va encima del boniato?

—Sí. Tradicional. Y altamente adictivo —responde Lois, riendo, antes de lanzarme una mirada cómplice—. Maddie, ¿puedes cortar estas manzanas para mí? Vamos a hacer una tarta que a Jordan le encanta.

Asiento con una sonrisa tímida y cojo la fruta y el cuchillo. Me siento un poco fuera de lugar, pero al mismo tiempo… no del todo.

—Esto parece una película —comento, cortando la primera manzana—. Hace tanto que no participo en una cena así de verdad.

—¿En serio? —Katrina me mira con una mezcla de sorpresa y curiosidad—. ¿Nunca tuvisteis una tradición así en tu familia?

Pienso en Beatrice. En mi madre. En el vacío que vino después.

—La teníamos, hace mucho. Pero todo se fue desmoronando. La última vez que cociné con otras mujeres así… —mi voz falla, pero consigo seguir—… fue con mi madre. Antes de que muriera.

El silencio se instala por un instante. Solo el sonido del agua corriendo y el aroma de la nuez moscada flotando en el aire. Lois se acerca y me envuelve en un abrazo repentino, fuerte, silencioso. Mi cuerpo se tensa al principio. Luego cede. Me dejo acoger.

Y ahí es cuando me doy cuenta de lo vulnerable que estoy. De cuánto me está afectando esta casa.

Porque todo aquí suena a hogar de verdad. A afecto. A pertenencia.

—Lo siento… —murmuro, intentando contener la emoción atrapada en la garganta.

Pero Lois se aparta un poco y, sujetándome las manos, sonríe de una forma tan acogedora que es imposible no sentir un nudo en el corazón.

—No tienes que disculparte, cariño. Lo entiendo. Y estoy segura de que, esté donde esté, tu madre te está viendo ahora mismo… y se siente orgullosa de la mujer increíble en la que te has convertido.

No puedo evitarlo. Las lágrimas caen con facilidad, calientes, silenciosas, y por primera vez en mucho tiempo… me permito llorar.

—Vale, vale. Todo muy bonito, muy tierno, pero… ¡hay algo quemándose! —Margareth aparece con los ojos abiertos como platos

y la nariz en alto—. En serio, ¿alguien huele eso?

Me seco las lágrimas deprisa y Lois se gira al instante.

—¡La tarta! ¡Dios mío, la tarta de nueces!

El caos se apodera de la cocina por un breve momento mientras cada una asume una tarea. Entre abrir el horno, rescatar la tarta dorada a tiempo y ajustar los acompañamientos, pronto la cocina se convierte en un ballet sincronizado de mujeres que saben exactamente lo que están haciendo.

—Tenemos media hora para arreglarnos. ¿Vamos? —dictamina Margareth, tirando de mí de la mano mientras su hija hace lo mismo por el otro lado. Katrina va justo detrás. Lois suelta una risita y murmura un "gracias por la ayuda" que queda flotando en el aire—. Eres la única que cocina y sigue arreglada, suegra. Ahora volvemos.

Y media hora después estamos de vuelta en la cocina, arregladas para la cena, igual que la comida.

Patatas doradas con romero, pavo relleno, salsa de arándanos, judías salteadas con mantequilla, tartas variadas —de manzana, nueces, calabaza— y panecillos de leche suaves. Los aromas se mezclan en el aire como una danza reconfortante.

Lois coloca los últimos platos y grita desde la cocina:

—¡George! ¡Podéis empezar a poner la mesa!

Luego me mira con una sonrisa divertida en los labios.

—En esta casa, las mujeres preparan la cena. Pero poner la mesa y fregar… eso es cosa de los hombres. Normas de la casa.

Con una fuente en las manos, cruzo la cocina y entro en el comedor. Y entonces lo veo.

Jordan está frente a la mesa, riendo con Daisy, que coloca con cuidado las servilletas dobladas en triángulo. Lleva un cárdigan azul marino sobre una camisa blanca ajustada, vaqueros oscuros y unos zapatos casuales elegantes. El pelo, normalmente despeinado, está peinado hacia un lado con gel, resaltando aún más su rostro atractivo y la línea marcada de su mandíbula.

Mierda. Está guapísimo.

Pero antes de que pueda apartar la mirada, él me ve.

Y se queda congelado.

Sus ojos recorren mi cuerpo despacio, deteniéndose en cada detalle. La manga larga del vestido color vino que llega un poco por encima de la rodilla. Las botas de cuero marrón. Mi trenza incrustada —que me llevó más de veinte minutos hacer sola— y el maquillaje ligero que aprendí a usar a la fuerza por culpa de Cameron. Ella decía que algún día se lo agradecería. Quizá este sea el momento.

Y durante un segundo, todo a nuestro alrededor parece ir más despacio.

Porque sé que le ha gustado lo que ha visto.

¿Y lo peor?

A mí también me ha gustado lo que he visto en sus ojos.

Vanidosa, quizá.

Pero por primera vez en mucho tiempo, me siento bonita.

Y deseada.

Dentro de una casa que no es la mía.

Por un chico que tampoco es mío.

—Tío Jordan, estás poniendo el tenedor en el lado equivocado —la voz pequeña y dulce rompe nuestra burbuja y nos devuelve al comedor de los Miller. Él parpadea un par de veces, rompe el contacto visual y se gira hacia su sobrina.

—Ah, sí, mi flor. El tío se distrajo.

Me acerco y me coloco a su lado, dándole un beso en la mejilla que lo pilla desprevenido. Él sonríe de una forma distinta, sin esa malicia habitual, sino con pura admiración.

—Estás preciosa. —Sonrío, feliz por el cumplido.

—Tú también. —Él solo sonríe de vuelta, sin soltar ninguna broma de doble sentido. Otra reacción completamente distinta a nuestra dinámica habitual.

Suspiro suavemente. Dejo la fuente con la tarta de nueces sobre la mesa y regreso a la cocina para seguir con la tarea

asignada a las mujeres de la casa. Que hoy, incluso en el papel de novia falsa, soy una de ellas.

Minutos después, nos sentamos a la mesa. Mi sitio es al lado de Daisy, que se niega a sentarse en cualquier otro lugar que no sea entre Jordan y yo.

—¿Todo el mundo listo? —pregunta el señor Miller, apoyando los codos sobre la mesa.

—¡Listos! —dice Daisy, emocionada, con la servilleta ya en el regazo.

El señor Miller entrelaza los dedos y cierra los ojos.

— Señor, te agradecemos por un año más, por nuestra familia esté unida esta noche. Gracias por los alimentos frente a nosotros, por la salud y por la pequeña que está en camino. Bendice a nuestros hijos, que cada uno siga el camino correcto, con sabiduría y honor.

En el instante en que dice eso, percibo a Jordan abrir los ojos sutilmente, como si no creyera estar incluido en ese agradecimiento.

Le aprieto la mano bajo la mesa. Vuelve a cerrar los ojos, y yo sonrío.

Empezamos a comer. Hay pequeñas conversaciones triviales, intercambio de platos, Dylan cogiendo el último trozo de la tarta de patata, Jordan pidiendo más pechuga de pavo.

Cuando los platos están casi vacíos, Lois se levanta:

—Katrina, cariño, ¿por qué no tocas un poco para nosotros?

Katrina asiente, se seca los dedos en la servilleta y camina hasta el piano junto a la pared de cristal. Toca "River Flows in You", de Yiruma. Las notas invaden la casa con una melodía suave y envolvente.

Cuando termina, todos aplauden. Lois sonríe, satisfecha, y entonces me mira:

—Maddie… ¿te gustaría tocar algo tú también?

Dudo. Pero entonces recuerdo.

Mi madre siempre cantaba una canción concreta en esta época. Decía que era nuestra oración de gratitud en forma de canción.

Y, en este instante, quiero oírla de nuevo. O mejor aún, quiero compartirla con esta familia que me está acogiendo con tanto cariño.

Camino hasta el banco. Me siento. Cierro los ojos. Dejo que mis dedos encuentren las notas de "You Raise Me Up", de Josh Groban.

La melodía comienza y, con ella, el recuerdo de la voz de mi madre.

Cuando llega la letra, no consigo contenerme.

— When I am down and, oh, my soul, so weary
Cuando estoy triste y, oh, mi alma tan exhausta

When troubles come and my heart burdened be
Cuando llegan los problemas y mi corazón está cargado

Then I am still and wait here in the silence
Entonces me quedo quieta y espero aquí en el silencio

Until You come and sit awhile with me
Hasta que vienes y te sientas un rato conmigo

You raise me up so I can stand on mountains
Me elevas para que pueda estar de pie sobre las montañas

You raise me up to walk on stormy seas
Me elevas para caminar sobre mares tempestuosos

I am strong when I am on Your shoulders

Soy fuerte cuando estoy sobre tus hombros

You raise me up to more than I can be…
Me elevas a más de lo que puedo ser…

Mi voz sale firme, segura, hasta quebrarse ligeramente al final. El recuerdo llega tan vívido, lleno de amor y protección, que la melodía provocaba en mi alma.

Siento su perfume, su caricia ligera en mi pelo, su abrazo que me acunaba en su regazo.

— You raise me up… to more than I can be.

Cuando abro los ojos, todos me miran en silencio.

Y entonces me doy cuenta de que nadie allí estaba viendo a una chica que fingía.

Estaban viendo… a mí.

Lois es la primera en empezar a aplaudir, y todos la siguen, asombrados por mi canto.

Jordan está inmóvil, boquiabierto, sin parpadear. Y solo sé que no es una estatua porque Daisy pasa por delante de él, obligándolo a moverse a un lado.

—¡Tía Maddie! ¿Me enseñas a cantar así también? —me pide lanzándose a mis brazos, y me doy cuenta de cómo esta niña ha sido un entrenamiento duro para afinar los reflejos de estos jugadores de hockey.

—Cla-claro, cariño —digo, tardando en apartar la mirada de mi novio, atónito.

—¡Hijo! Has encontrado una joya rara, amor mío. Sin desmerecer a mis otras nueras. ¡Claro! —Lois se apresura a evitar una mala impresión por destacarme entre ellas—. Pero tienes que tratar muy bien a esta chica.

—Lo que mamá quiere decir es que ella es demasiada cosa para ti —dice Mark en tono burlón, empujando a su hermano con el hombro.

—Lo sé —dice él, sin apartar los ojos de mí.

—¿Qué pasa, tío? Así parece que es la primera vez que oyes cantar a tu chica —Dylan desvela el misterio al instante. Y antes de que Jordan tenga que mentir aún más, declaro de pronto:

—Y lo fue… Jordan nunca me había escuchado antes.

—¿Cómo? —pregunta Lois, confusa, mirando de su hijo a mí varias veces.

—No canto para otras personas desde que murió mi madre —confieso en voz baja—. Bueno… salvo en mi fraternidad cuando la mayoría de las chicas no está presente.

—Ah… cariño. —Lo entiende sin necesidad de más palabras —. Nos sentimos honrados de compartir tu talento hoy. Otro motivo para dar gracias. ¿No es así, Jordan?

—Sí… —balbucea, con los ojos empañados, mirándome de una forma extraña. Su estado empieza a preocuparme.

George, el padre de Jordan, es quien nos sorprende, levantándose y cogiendo algunos platos de la mesa.

—¡Vamos, chicos! Es hora de hacer nuestra tarea del día para vuestra madre.

Mark refunfuña algo sobre haberse hecho adulto solo para perder privilegios, pero se levanta sonriendo. Dylan chasquea los dedos y le da un codazo a Jordan.

—Vamos, señor novio afortunado.

Jordan sigue mirándome, con los ojos un poco nublados, como si estuviera digiriendo cada nota de la canción.

Pasa por detrás del respaldo del banco donde estoy sentada y se inclina ligeramente; su voz susurra cálida contra mi oído:

—¿Qué más escondes?

Mi corazón da un salto. El calor de la pregunta me atraviesa la piel como un rayo, pero es el frío que carga el subtexto lo que me

paraliza.

Trago saliva, intentando sonreír para disimular el tumulto interno.

Fingir era fácil cuando no me miraba de verdad.

Pero ahora… me está mirando.

Y peor aún: está empezando a ver.



Después de retirar la cena, con los platos lavados y la cocina impecablemente limpia por manos masculinas más o menos comprometidas con la tarea —especialmente Dylan, que solo parecía saber lavar vasos y, aun así, dejó uno con marca de pintalabios— todos se reunieron en la amplia sala de estar.

Los hombres se repartieron entre los sofás y sillones, comentando jugadas de partidos antiguos, rankings de la temporada y si debían o no apostar por el nuevo portero de la liga.

—Ese tipo es bueno, pero se equivoca demasiado con los rebotes —comentaba Dylan, gesticulando—. Jordan, lo hiciste bien en aquel partido contra Wisconsin, ¿eh?

—Fue brutal. Hasta hoy siento el golpe en la clavícula.

Mientras tanto, en el otro extremo de la sala, Margareth compartía una caja de gomas elásticas de silicona de colores con Lois, ambas concentradas en el cabello dorado y fino de Daisy, que permanecía inmóvil entre las piernas de su madre, sosteniendo el móvil con el videotutorial abierto.

—¡Lo quiero igualito al de la niña del vídeo, abuela! —decía con la autoridad de una princesa en su propia corte.

—Claro, cariño —respondió Lois, riendo—. Margareth, ¿esta parte hace un zigzag?

—No, ahora solo sujetamos los mechoncitos laterales y los llevamos hacia atrás. Va a quedar como una estrellita. Mira qué cosa más bonita —comentó, con los dedos ágiles formando el trenzado.

Los pequeños mechones rubios iban siendo delicadamente sujetos en formas geométricas, como si cada goma formara parte de un dibujo secreto en el cabello de la niña. Corazones, triángulos, pequeñas flores. Un arte de paciencia y cariño.

Fue entonces cuando Katrina se acercó a mí con una copa de zumo y una sonrisa amable.

—Cantas de una forma… que dan ganas de cerrar los ojos y esperar a que el mundo se detenga.

Sonreí, aún digiriendo la pregunta de Jordan.

¿Qué más escondes?

La modelo de portada de revista seguía allí, empeñada en conversar conmigo. Así que seguí la corriente:

—Gracias… No suelo hacer eso con frecuencia.

Se sentó a mi lado en el sofá, dejando la copa en el apoyabrazos.

—Quería decirte… fuiste valiente. Hablarle de esa manera al padre de Jordan… él es de los que se imponen a través del miedo. —Ríe, con un toque de ironía contenida. Si conociera a mi padre, sabría lo que es el miedo de verdad, pensé—. Aquí todos, de alguna forma, le tienen miedo al viejo. Y mira que ni siquiera somos de la mafia.

Solté una carcajada, sorprendida por el comentario, pero agradecida por la ligereza.

—Estaba muy nerviosa.

—Lo llevaste bien. —Dudó un segundo, luego me miró a los ojos—. Y sabes… también estoy de acuerdo con todo lo que dijiste.

Arqueé una ceja, esperando.

—No se puede medir a alguien por lo que vivió, ¿sabes? Yo no conocía la convivencia de Dylan con sus hermanos. Pero él nunca habló mal de ellos. Creo que ni siquiera se daba cuenta de lo que le hacía a Jordan. No era maldad. Era ignorancia.

Mi expresión se suavizó. No estaba diciendo nada que yo no supiera. Cuando vi cómo interactuaban, noté el lazo fraternal intacto, aunque constantemente embestido por golpes venidos del padre.

Ver que la chica de Dylan reconocía lo mismo que yo fue un alivio. Porque este había sido el único momento en el que pude defender a Jordan. De ahora en adelante, con su familia, tendría que lidiar sin mí.

—Gracias por decir eso. Es… bueno saber que hay alguien intentando entender ambos lados.

Asintió, con aire cómplice. Aproveché su cercanía para hacer aquel pedido de silencio.

—Katrina… Hay algo que quería pedirte.

—Claro —dijo, atenta.

—Sobre mi formación… lo que le dije al padre de Jordan. Yo… prefiero que nadie en Michigan lo sepa.

Inclinó levemente la cabeza.

—¿Quieres mantenerlo en secreto?

—Sí. —Respiro hondo—. Lo oculto por un motivo.

Sus ojos buscaron los míos durante unos segundos y luego asintió con una sonrisa leve.

—Lo entiendo. Y no te preocupes. Puedo ser tu amiga. Aunque empiece así… en secreto.

El calor de sus palabras calmó mi corazón de una forma inesperada. Como si fuera un resto de verano. Sin embargo, al mirar hacia la punta del sofá, donde Jordan reía con Dylan por alguna broma interna, supe que era pura ilusión… porque estamos en otoño, con el frío del invierno golpeando la puerta con toda su fuerza.

En ese instante, Jordan encuentra mi mirada, la sostiene por medio segundo y luego me lanza esa guiñada descarada, cargada de promesas. Sonrío, disimulando tímidamente las sensaciones que ese simple gesto provoca en mí.

Era eso.

Mi novio falso demostró su habilidad para ser el más veloz sobre el hielo. Le bastó un solo fin de semana para atravesar la barrera congelada que había construido entre nosotros para mi protección.

¿Y ahora…?

Ahora voy a tener que aprender a patinar para no caerme.



Caminamos por el pasillo en silencio, el sonido amortiguado de las voces en la sala alejándose a nuestra espalda. Cada paso en dirección al dormitorio reduce el aire a nuestro alrededor.

Sé lo que está a punto de pasar. Lo siento en la forma en que Jordan me mira, como si cada centímetro de mí fuera algo que necesita descifrar con sus propias manos.

En cuanto entramos en la habitación, cierra la puerta detrás de nosotros. No dice una palabra. Solo me observa, con los ojos intensos, oscuros, hambrientos.

Entonces viene hacia mí como si ya no pudiera contenerse.

Y, sinceramente, yo tampoco puedo.

Nuestros cuerpos chocan como imanes y una descarga eléctrica recorre mi pecho cuando su boca encuentra la mía con urgencia. El beso es desesperado, los dientes chocan, las manos se deslizan como si buscaran dónde apretar primero.

Me aferro a él, mis dedos tirando de la tela de su cárdigan, luego de su cuello, como si pudiera traerlo aún más cerca. Y él me sujeta por la cintura, luego por la espalda, y después baja un poco más. Todo en mí tiembla.

Entonces, de repente, se aparta.

—¿Quieres que continúe? —pregunta, sin aliento.

—Quiero. —Avanzo, tirando de su nuca para seguir el beso, pero él me pone a prueba, alejándose. Avanzo otra vez y él esquiva,

sonriendo, en un jueguito tonto.

Bufó, expresando mi frustración, y cuando estoy aflojando los brazos alrededor de su cuello, él me atrapa, rodeando mi cintura, y vuelve a besarme de un modo… diferente.

El beso pierde la prisa y se transforma en algo más profundo, más lento… como si estuviéramos descubriéndonos, como si cada contacto ahora dijera: quiero saber quién eres así, sin palabras.

Besa mi mandíbula, luego desliza los labios por mi barbilla hasta encontrar mi cuello. E inclino la cabeza hacia un lado, jadeante, entregándole ese espacio sensible.

—Este vestido va a ser un desafío de cojones —murmura contra mi piel, la voz rasposa, juguetona y ronca de deseo—. ¿Por dónde abro mi regalo?

Sonrío, el corazón latiendo como un tambor acelerado.

—Cremallera invisible en la espalda. Vamos, Gladiador. Tú puedes —susurro.

Suelta un sonido bajo, casi una risa ahogada, mientras sus manos se deslizan por mi espalda hasta alcanzar la cremallera.

—Date la vuelta. No quiero estropear esta obra de arte.

Obedezco, sintiendo cómo mis manos tiemblan ligeramente al girarme. Baja la cremallera con cuidado, el sonido metálico invadiendo el silencio del cuarto. La tela resbala por mis hombros, luego por mis brazos, hasta caer, formando un montón en el suelo.

Me quedo allí, de espaldas a él, con los ojos cerrados, en bragas y sujetador de encaje negro. Las medias 7/8 abrazan mis muslos con el tacto delicado del encaje, exactamente como imaginé que lo harían.

Sí. Me vestí así para él.

Desde el momento en que me puse este conjunto, lo supe. Supe que quería más. Que quería esto. Que lo quería a él.

Oigo el sonido de su ropa saliendo del cuerpo y, cuando me giro, está solo con los vaqueros oscuros, los músculos del pecho definidos, la mirada aún más lasciva que antes.

Y yo… estoy completamente expuesta.

Mis pensamientos se enredan, pero hay un deseo que manda dentro de mí.

Quiero ir más allá.

Quiero que sea con él. Quiero que la primera vez que doy este paso tan mío, tan íntimo, sea con este tipo que me mira como si fuera a devorarme.

Respiro hondo. El aire entra despacio, pero no calma el torbellino que se forma en mi pecho.

¿Es este el momento de revelarle que lo quiero… por completo, por primera vez?

No lo sé. Pero necesito encontrar una manera.

Y pronto.

Sus ojos se deslizan por mi cuerpo y, por un instante, parece quedarse sin aire.

Jordan da un paso al frente y la sonrisa canalla que se forma en sus labios me hace contener la respiración.

—¿Te vestiste así… para mí?

Mi piel se eriza por completo.

Pasa la lengua por los labios, despacio, y su mirada baja con una lentitud maliciosa hasta mis medias.

—¿Te pusiste esta lencería… estas medias de encaje… solo para volverme loco?

Me encojo de hombros, intentando mantener el control, con el corazón a punto de estallar en el pecho.

—Tal vez solo tenga buen gusto.

—Tal vez seas una tortura andante —su voz se vuelve más grave y, entonces, con un solo movimiento, abre el botón del pantalón—. Una tortura deliciosa.

Se quita el pantalón con calma, luego los calzoncillos, revelando su polla dura, grande, con la punta rosada y brillante. Está tan excitado como yo.

Mis ojos bajan sin ninguna vergüenza y me muerdo el labio. ¡Dios! ¡Qué hombre perfecto!

—¿Me estás secando, princesa?

—¿Y te estás quejando?

—Ni de coña. —Sonríe, esa sonrisita torcida y peligrosa—. Quiero que mires. Que veas el efecto que tienes en mí. Porque, Maddie… estás jodidamente buena —suelta un suspiro ronco, como si ni siquiera pudiera creer que estoy aquí, así.

Luego se acerca hasta casi rozarme y me guía hacia atrás, empujando suavemente con el cuerpo hasta que mis piernas tocan la cama.

—Y ahora… eres mía.

Me guía hasta sentarme. Se arrodilla frente a mí, las manos firmes en mis muslos.

Y entonces, sin prisa, levanta mi pierna y empieza a rozar la boca por mi piel, justo por encima del tobillo, besando lento, húmedo, lascivo, sobre la tela fina de la media. Va subiendo despacio y todo mi cuerpo se enciende, los músculos contrayéndose conforme alcanza mi pantorrilla… luego la rodilla.

—Jordan… —susurro, jadeando.

Me ignora. Está demasiado concentrado. O quizá sea exactamente eso lo que quiere: dejarme al borde de la locura.

Cuando llega a la mitad del muslo, donde el encaje aprieta levemente mi piel, se detiene, besa allí con fuerza y me mira.

—Esto debería ser ilegal.

—¿Quieres convertirte en un criminal? —lo invito, con un hilo de voz.

—Por ti, sin duda.

Sonríe, muerde suavemente el elástico y tira del resto con los dientes, hasta arrancar la media por completo. Todo mi cuerpo tiembla. Apenas tengo tiempo de recuperar el aliento y ya se mueve al otro lado, repitiendo el ritual. Los besos. El calor. La lentitud que me mata.

—Quiero que te relajes conmigo, Maddie. —Sus ojos suben hasta los míos—. Quiero que te entregues. Sin prisa. Sin miedo. Déjame llevarte a mi reino, princesa.

La voz es baja, sucia de deseo, y aun así… llena de ternura.

—¿Y si no confío en el conductor?

Él ríe, esa risa ahogada y llena de dobles intenciones.

—Entonces conduce conmigo. Pero no frenes. No ahora.

El calor entre mis piernas es un latido incesante. Me está incendiando sin siquiera tocar donde más lo necesito.

Y aun así, quiero más.

Mucho más.

Siento sus dedos engancharse en los laterales de las bragas y las quita con la misma lentitud torturante con la que hizo con las medias.

—Joder… toda lisita… qué delicia. —Suelta un gemido al final que impacta directamente en mi ego inseguro, que necesita, y mucho, ese incentivo para elevarse.

Se agacha de nuevo entre mis piernas y el calor de su boca en mi piel me roba el aire. Cada beso es una promesa. Una advertencia de lo que está por venir.

Luego, sus labios se deslizan por los laterales de mi ingle, depositando besos húmedos y lentos que me dejan hecha trizas. Aún no me toca donde más quiero —y quizá precisamente por eso estoy completamente fuera de mí.

—Jordan… —imploro en un susurro tembloroso.

—Shiii… —responde con la voz arrastrada, casi malvada—. Apenas estoy empezando, princesa.

Y entonces su lengua finalmente me encuentra. Un desliz lento, de abajo hasta la cima de mi vulva, y jadeo, gimiendo alto sin poder controlarme.

Su mano sube rápido para cubrir mi boca.

—Mi habitación está lejos de mis padres, pero no de mis hermanos, Maddie… —advierte, y sus ojos brillan divertidos, incluso

mientras continúa el delicioso movimiento de la lengua.

Aparto su mano, jadeante, y murmuro:

—Prometo… me portaré bien.

Él sonríe, esa sonrisa torcida y canalla que me destruye por completo.

—Me gusta cuando obedeces. Te pones aún más buena.

Exhalo el aire en respuesta, fingiendo irritación, presionando los labios para contener la sonrisa. En ese momento, vuelve a lo que estaba haciendo. Y esta vez, sin misericordia.

Su lengua danza alrededor de mi clítoris, haciendo círculos lentos, luego rápidos, luego lentos otra vez, como si me estuviera poniendo a prueba. Dominándome con el tacto, con la boca, con cada provocación húmeda que arranca gemidos que apenas consigo contener. Yo misma me tapo la boca por instinto.

Baja. Besa mi entrada con un cariño lascivo y, después, hunde la lengua en mí.

Me agarro a las sábanas, a la cama, al poco control que aún me queda, mordiéndome los labios para contener los sonidos incoherentes que salen sin aviso.

Sube, vuelve al clítoris, gira con la lengua. Otra vez. Y de nuevo. Como si estuviera viciado en mí.

—Jordan, por favor… —mi voz sale rota, suplicando sin vergüenza.

Ríe entre beso y beso, luego muerde suavemente los laterales hasta llegar a la cima de mi pubis y morder también allí, tirando de la piel entre los dientes. Sus ojos clavados en mi rostro.

—No hace falta que supliques. Hoy soy tuyo.

¡Ay, mierda! ¿Por qué dice eso?

Son palabras de seducción. Porque está consiguiendo dejar un lago ahí abajo.

A continuación, empieza a succionar mi clítoris con más fuerza, con más intención. Como si quisiera marcarme. Como si quisiera que me acordara de esto con cada fibra de mi cuerpo.

Siento cuando uno de sus dedos encuentra mi entrada. Se desliza despacio, con cuidado, pero cuando empieza a penetrarme, mi cuerpo se tensa automáticamente. Él siente la resistencia de mi musculatura apretando su dedo.

Se detiene un poco… y me mira.

—Eh… está todo bien. Respira.

Y continúa, girando el dedo con cariño hasta conseguir entrar por completo, manteniendo el ritmo de la boca ahí, en mi montoncito de nervios, chupando y golpeando la punta de la lengua de vez en cuando en el punto más sensible.

Poco a poco, voy cediendo. El placer habla más alto que el miedo. Mi cuerpo se relaja, se amolda a su toque. Y cuando entra el segundo dedo, hay una pequeña molestia, pero mezclada con algo más —algo caliente, vibrante, lleno de expectativa.

—Eso, princesa… suéltate —dice entre una chupada y otra—. Vas a tener que abrirte mucho más para mí. Porque mi polla… —sonríe, malicioso, mordisqueando mi piel—. Es mucho más grande que esto.

No puedo evitarlo. Me río, incluso jadeando, incluso deshaciéndome entera bajo su toque.

Pero la risa se convierte en gemido al segundo siguiente, porque no se detiene. Nunca se detiene. Sigue chupándome con un hambre que roza la locura. Sabe exactamente dónde presionar. Dónde succionar. Dónde destruirme.

Y entonces lo siento.

Eso creciendo en mi vientre. Ese calor en espiral, intenso, voraz.

El orgasmo me alcanza con fuerza, arrancándome el alma del cuerpo, atravesando cada centímetro de mí hasta explotar en algo más grande que todo lo que he sentido antes.

Mi cuerpo se arquea, mis piernas tiemblan, mis ojos se cierran y todo lo que queda… es él.

Jordan.

Aún estoy jadeando, con el cuerpo entero vibrando por los restos del orgasmo, cuando vuelve a subir por mí. Los besos regresan, esta vez más lentos, más exploratorios. Besa mi vientre, mi estómago, mi pecho aún cubierto por el sujetador.

—Aún no he terminado contigo —murmura, los ojos en llamas mientras desliza el tirante de la lencería por mi hombro.

—Yo… me di cuenta —suspiro, sin conseguir ocultar la sonrisa.

Jordan me devuelve la sonrisa, metiendo una mano entre mi espalda y el colchón y, con dedos firmes, suelta el cierre del sujetador, apartando la tela despacio hasta dejarme completamente desnuda frente a él.

La mirada que lanza sobre mis pechos me pone la piel de gallina.

—Eres perfecta, Maddie. —Y entonces me toca. Manos calientes, grandes, firmes. Masajea despacio, moviendo los dedos en círculos, luego pellizcando suavemente mis pezones con el pulgar y el índice.

Un gemido se me escapa de la garganta.

—Jordan…

Baja la cabeza y atrapa uno con la boca, succionando con intensidad, con hambre. Su boca caliente se mueve, la lengua gira, y siento el calor renacer dentro de mí. El placer vuelve como una ola, pillándome desprevenida.

¿Cómo es posible querer más tan rápido?

Alterna, chupando el otro con la misma dedicación, como si estuviera memorizando mi cuerpo con la boca. Y yo estoy a punto de suplicarle que nunca pare.

Me da vueltas la cabeza. Mi cuerpo pide más. Y él parece saberlo.

En cierto momento, se estira hacia un lado, alcanzando la mesita de noche, y tira del cajón. El sonido del envoltorio de aluminio al ser retirado me despierta en un segundo.

Mis ojos encuentran el paquetito plateado entre sus dedos. Condón, claro.

Jordan lo rasga con los dientes, rápido, y desliza el preservativo por su miembro, que sigue grande, rígido, con las venas marcadas alrededor.

Y es ahí cuando mi mente divaga por un segundo.

"No te asustes con su tamaño si vas a hacerlo, Maddie. Todo el mundo dice que los Gladiadores están bien dotados", recuerdo a Cameron riéndose y diciendo: "Parece que no va a caber, pero entra. Y dolerá un poquito, pero luego mejora. Mejor grande que aquel desastre de tipo al que tuve que pedir rescate."

Y me reí cuando lo dijo. ¿Pero ahora?

Ahora estoy aquí. Debajo de él. Mirando eso y pensando: Dios mío… era en serio.

Pero no quiero huir.

No quiero que nadie venga a rescatarme.

Lo quiero entero.

Se coloca entre mis piernas y apoya el peso en los codos, mirándome directamente a los ojos. Su rostro está más serio. Aún deseoso, aún caliente…, pero con cuidado. Con algo diferente.

—¿Es esto lo que quieres, Maddie?

Se me oprime el pecho.

Y entonces… ya no puedo contenerlo.

Respiro hondo y sujeto su rostro con una de las manos.

—Soy virgen.

No se aparta. Ni parpadea.

Solo… asimila.

—Lo imaginé —dice, con una media sonrisa—. Pero… ¿esto es algo grande para ti? ¿Tipo… algo que me darías a mí?

Trago saliva, con el corazón apretado, pero la respuesta llega antes incluso de pensarla.

—Sí. Te la daría a ti. —Sostengo su mirada, firme, sincera, entera—. Será un recuerdo enorme de este fin de semana.

Por un segundo, solo me mira. Sus ojos se suavizan, un músculo de su mandíbula se relaja, y su pulgar acaricia mi mejilla.

—Lo voy a hacer bien para que lo recuerdes para siempre.

Sujeta mi cadera con firmeza, sin apartar los ojos de los míos. El peso de su cuerpo descansa en los codos, pero aun así siento toda su presencia rodeándome.

—Entonces es eso —murmura, la voz ronca, baja, cargada de tensión sexual—. Este coño virgen… es mío.

Mis piernas se abren más por instinto, y la forma en que me mira, con esa intensidad casi salvaje, me deja aún más mojada.

—Jordan…

—Shiiii, princesa… —baja el rostro, rozando su nariz con la mía—. Te voy a follar despacio… y vas a sentir cada centímetro de mi polla entrando en ti.

El escalofrío que recorre mi cuerpo es involuntario.

Sujeta la base y se coloca, rozando el glande justo en la entrada, mojándose con mi deseo.

—Tan apretadita… —gruñe, pasando suavemente el largo entre mis labios, solo provocando—. No puedo esperar a enterrarlo todo en este coño delicioso.

Me muerdo el labio, arqueando la cadera, queriendo más, queriéndolo todo.

Empieza a empujar.

Despacio.

La dilatación es real, intensa, casi sofocante. Entra poco a poco, milímetro a milímetro, obligándome a abrirle espacio, mi cuerpo adaptándose al grosor de su polla.

Y entonces… el dolor.

Es agudo. Rápido. Un pequeño desgarro, pero inconfundible. Dejo escapar un gemido bajo, los ojos cerrándose automáticamente.

Se detiene.

Inmediatamente.

—Joder. Fue ahora, ¿no? —pregunta, sin aliento, con la frente apoyada en la mía.

Asiento con un movimiento sutil. Su mano sube hasta mi rostro, sus dedos acarician mi mejilla.

—¿Duele mucho?

—Duele…, pero es soportable.

Respira hondo, intenta controlarse. Está dentro, pero solo parcialmente.

—Relájate, Maddie. No me voy a mover aún. Solo quiero que tu cuerpo se acostumbre.

Nuestras bocas se encuentran en un beso tranquilo, pero intenso. Es un beso… diferente.

Ya no es solo sexo.

Es un beso lleno de significado especial, como si me dijera sin palabras que está aquí conmigo, que no va a soltarme.

El dolor va disminuyendo, poco a poco. La molestia sigue ahí, pero algo más empieza a surgir. Una tensión diferente. Un calor familiar.

—¿Puedo moverme? —pregunta, con los labios pegados a los míos.

—Puedes.

Se mueve.

Despacio, pero con firmeza. Empuja más profundo, entra más, hasta finalmente estar entero dentro de mí.

—Joder… —susurra, la voz cargada de placer—. Tan apretada… tan caliente… este coño fue hecho para mí.

Y, esta vez, gimo. No de dolor, sino de algo distinto.

De placer.

Empieza a moverse con más ritmo, un vaivén hipnótico, sus caderas chocando con las mías en embestidas lentas y profundas que me hacen olvidar el dolor inicial.

—Eso… así mismo —murmura contra mi oído—. Siento cada contracción tuya tragándome. ¿Te estás mojando más para mí,

princesa?

Gimo más alto. Mi cadera se eleva contra él, pidiendo más, buscando el ritmo que mi cuerpo empieza a implorar.

Besa mi cuello, lame mi clavícula, me sujeta por la cintura con manos grandes y fuertes, aumentando el ritmo poco a poco.

—Me estás volviendo loco —gruñe, la respiración irregular—. Este coño tuyo tan apretado… joder, Maddie, no voy a aguantar mucho más.

—Entonces hazlo —susurro, jadeante—. Más rápido.

No duda.

Se apoya en las rodillas y cambia el ángulo, sujetando mis piernas por los muslos y abriéndome más para él. La siguiente embestida me arranca un grito.

—¡Eso, joder! —gime, su cuerpo pegado al mío—. Corre conmigo, Maddie… demuéstrame que este coño es mío.

—Estoy a punto… —apenas puedo respirar.

Ese calor, ese nudo en el bajo vientre que ya me destrozó una vez… vuelve con todo. Sigue embistiendo, fuerte, sin parar, sin dar tregua, su respiración completamente descompasada.

—¿Lo vas a conseguir otra vez, princesa?

—Sí… —jadeo—. Solo… no pares…

Y entonces sucede.

El orgasmo explota, violento, arrollador. Mi cuerpo entero tiembla, mis piernas se cierran a su alrededor, mis músculos se contraen y aprietan su polla de una forma que lo hace perder por completo el control.

—Joder, Maddie… —grita entre dientes, enterrándose hasta el fondo—. Me corro.

Y se corre. Fuerte. Dentro del preservativo, pero con la cabeza hundida en mi cuello, todo su cuerpo tenso, estremeciéndose junto al mío.

Tarda en moverse. Y yo también.

Solo el sonido de nuestra respiración llena el cuarto.

Cuando por fin sale de mí, con cuidado, y se tumba a mi lado, atrayendo mi cuerpo contra el suyo, me permito cerrar los ojos.

Y sentir.

El cuerpo aún palpitando, la mente ligera, el corazón… casi tranquilo.

Casi.

Porque algo ha cambiado.

Y, aunque aún no estemos listos para hablar de ello, lo sentimos.

En la piel. En el beso. En el silencio.

Aún siento los espasmos leves recorrer mi cuerpo, incluso después de que salga de dentro de mí con cuidado, como si temiera romperme.

Jordan se tumba a mi lado y me tira sobre su pecho, los dedos deslizándose perezosos por mi espalda desnuda.

El silencio que se instala no es incómodo. Al contrario. Está lleno. Caliente. Un tipo de silencio que solo ocurre cuando todo ha sido dicho con los cuerpos.

—Sabía que eras peligrosa —murmura, la voz más ronca que nunca—. Pero no sabía que eras del tipo de chica que engancha desde la primera vez.

Suelto una risita ahogada contra su pecho, aún jadeante.

—Y yo pensaba que hablabas demasiado antes del sexo…, pero parece que después también.

Él ríe, el sonido reverberando bajo mi mejilla.

—¿Vas a decirme que no te gustó oír que este coño es perfecto?

Le doy un golpecito suave en el abdomen, riendo.

—Tienes cero filtro, ¿lo sabías?

—Tengo. Es que contigo… apagué el botón de control.

Levanto el rostro para mirarlo y me regala esa sonrisa perezosa, maliciosa, como si estuviera plenamente satisfecho

consigo mismo —y, honestamente, debería estarlo.

—En serio… —continúa, con un tono más ligero—. Fue jodidamente bueno.

—¿Sí? —Arqueo una ceja—. ¿Incluso siendo mi primera vez?

—Maddie, si eso fue tu debut… tengo ganas de ver los próximos capítulos.

—Tal vez necesite unas cuantas clases prácticas más.

Me mira con esa expresión canalla que hace que mi cuerpo responda antes incluso que la mente.

—Los profesores dedicados son difíciles de encontrar. Pero mira qué suerte la tuya… acepto prácticas.

Suelto una carcajada corta, pero enseguida suspiro, hundiendo el rostro en su cuello.

Su piel aún está caliente. El olor es una mezcla de jabón y sudor. La sensación es extrañamente reconfortante.

—Gracias… por ir despacio. Por esperarme.

—Claro. Soy muchas cosas, pero apresurarme con coños vírgenes no es una de ellas.

Pongo los ojos en blanco, intentando contener la risa.

—Consigues ser tan gilipollas como cuidadoso. Impresionante.

—Es un don.

Nos quedamos en silencio unos segundos. Mi dedo traza líneas invisibles en su pecho, y sus dedos siguen recorriendo mi espalda, ahora con un ritmo más lento, como si me mecieran el momento.

—¿Jordan?

—¿Mm?

—Nunca pensé que perdería mi virginidad fingiendo ser la novia de alguien.

Suelta una risa baja.

—Y yo nunca pensé que me follaría a una hacker que canta, con cara de buena y cuerpo de actriz porno.

Arqueo una ceja, fingiendo indignación.

—Eres un idiota.

—Un idiota que acaba de dejarte temblando —replica, y sé que está sonriendo aunque no lo vea.

No respondo.

Solo respiro hondo, dejando que el silencio vuelva, esta vez sin peso. Un silencio satisfecho, cómodo, hecho de cuerpos sudados, piernas entrelazadas y la sensación de que la noche cumplió su papel.

Y cuando me doy cuenta… el sueño llega.

[CB1]



La carretera desfila por la ventanilla como si intentara borrar, poco a poco, todo lo que pasó en los últimos días.

Pero no borra nada.

Ni de lejos.

Me recuesto en el asiento del coche, con los ojos clavados en el borrón de árboles y cielo grisáceo ahí fuera, mientras la cabeza se niega a desconectar de la despedida.

Me mantuve firme.

Incluso con el nudo en la garganta.

Incluso con el abrazo de Lois siendo tan acogedor que me hizo acordarme de mi madre —de ese tipo de cariño que no exige nada, solo ofrece refugio.

«Cuida bien de mi hijo… aunque sea imposible», dijo sonriendo, y yo me reí, porque no tiene ni idea de hasta qué punto puede serlo.

Pero fue cuando Daisy empezó a llorar, aferrada a mi cintura, cuando estuve a punto de venirme abajo. Sollozaba bajito, sin entender por qué la "tía Maddie" no podía quedarse más. Para los demás, nos veríamos otra vez —si el noviazgo continuaba, claro.

Solo que el noviazgo era falso. Suspiro levemente. Los niños presienten las cosas, pienso.

Pero yo quería quedarme más. Quería formar parte de algo así. De una familia que discute en la mesa, se pica en el sofá, juega junta a la consola y cocina junta con gomas de colores en el pelo.

Pero no puedo ilusionarme.

Ese no es mi mundo.

Y no voy a volver a verlos.

—Estás muy callada ahí, hackerzinha —la voz de Jordan me trae de vuelta.

Giro el rostro despacio y lo miro. Conduce con una mano, la otra descansando de forma casual sobre el cambio de marchas, las gafas de sol puestas y el pelo revuelto de quien se despertó, folló y desayunó en diez minutos.

—Solo pensando —respondo, encogiéndome de hombros.

—Si es sobre lo mucho que te hice correrte anoche… piensa todo lo que quieras.

Pongo los ojos en blanco, pero no consigo evitar la sonrisa.

—Eres un idiota.

—Un idiota muy talentoso, reconozcámoslo.

Suelto una risa suave y él me mira de reojo, con la comisura de la boca curvándose.

—Pero hablando en serio… el fin de semana fue divertido. —Me mira de soslayo, con una sonrisita engreída.

—Estoy de acuerdo —digo, relajándome un poco más—. Y lo de la novia quedó bastante convincente, no se te dio nada mal el teatro.

—Ah, princesa… —dice, con ese tono canalla—. Cuando me esfuerzo, hasta mi actuación es de premio.

—Claro. Premio al mayor canalla a tiempo completo.

—Lo acepto. Y como premio… puedo ofrecerte algunas clases prácticas más, si quieres.

Mi corazón da un pequeño salto fuera de ritmo.

Pero disimulo.

—Me lo pensaré.

Se ríe, y su risa huele a victoria. Pero no va de eso.

La verdad es que voy a querer.

Quiero más de aquello. De lo que me hizo. De lo que descubrí sobre mí misma en sus brazos. Pero también sé perfectamente dónde me estoy metiendo.

Jordan Miller no es romántico.

Lo deja claro con cada broma, con cada mirada perezosa, con cada provocación cargada de dobles intenciones, que lo nuestro no va de sentimientos.

Es sexo.

Punto.

Y quizá por eso, ahora que estamos de vuelta, estoy emocionada… y completamente aterrada.

Porque él me quita el suelo bajo los pies.

—Hemos llegado —avisa, girando el coche para entrar en el campus.

La familiaridad del paisaje de la universidad me golpea de lleno. Cuando aparca, respiro hondo y abro la puerta con cierta desgana.

Eso es.

Fin de semana oficialmente terminado.

—Gracias por traerme, Miller.

—Gracias por el espectáculo, nerd buenorra.

Le doy un golpecito suave en el brazo antes de salir del coche, y él me agarra la muñeca, tirando de mí de vuelta solo un segundo.

—Y cuando quieras otra clase… solo tienes que pedir hora. Mi agenda está completamente disponible para ti.

Sus ojos brillan tras las gafas de sol. Yo sonrío, intentando fingir que eso no me afecta.

—¿Profesor particular con ese ego? Evaluaré el currículum antes de cerrar un nuevo contrato.

—Solo no tardes mucho. Porque ese coño tiene potencial de matrícula de honor.

Me río, niego con la cabeza y cierro la puerta.

Pero mientras camino hacia el edificio de mi fraternidad, la verdad me golpea con fuerza:

Ya estoy pensando en la próxima vez.

Y eso… es mi mayor problema.



Jordan Miller

4 días después

El rink está vacío ahora, pero todavía escucho el eco de nuestros patines arañando el hielo, las risas apagadas de los chicos y esa tensión siempre implícita cuando se trata de secretos —o casi secretos— entre amigos.

El entrenamiento de la mañana fue duro. Lo necesitaba.

Pero ni la puta de una secuencia de tiros a puerta consiguió hacerme olvidar que Maddie me está aplicando la ley del hielo —irónico, teniendo en cuenta que se derritió prácticamente en mi regazo hace cuatro días.

Cuatro días.

Cuatro malditos días recibiendo respuestas con emojis. Un besito por aquí. Una risita por allá. Un "te jodes" cuando intento sacar tema a mitad del día con algún mensaje idiota solo para provocar.

¿Y yo? Como un completo imbécil, esperando más. Un mensaje de verdad. Cualquier cosa que no sea un emoji de mierda.

En el vestuario, mientras nos cambiábamos, cojo el móvil solo para comprobar si ya había leído mi mensaje.

—Si sigues revisando cada media hora, voy a decir que tienes un problema serio —dice Kyle, sonriendo mientras se pasa la camiseta por la cabeza.

—No entiendo por qué está tan…

—¿Distante? ¿Callada? ¿En la suya? —completa él, con esas preguntas irritantes que, encima, son todas verdad.

—¡Eso! —respondo seco, cabreado de sentir que he vuelto al punto de partida con ella. Otra vez—. Pensé que habíamos avanzado, pero ahora está más distante que antes —uso una de las palabras que él mismo ha soltado.

—¿Será por el mismo motivo por el que la convenciste de ser tu novia falsa, eh? —me devuelve sin piedad. Se enteró por motivos obvios… dejé el móvil abierto sobre la encimera de la cocina ayer por la mañana y leyó parte de los mensajes entre la nerd y yo.

—No dije nada grave.

—¿Qué tal la parte en la que dices que tenía que ser ella porque ninguna otra chica sería lo bastante suficiente para entender que no quieres a nadie encima de ti?

Vale. Tenía razón.

Solté esa mierda con la intención de convencerla de venir conmigo sin montar un drama con la situación.

Mi mente empieza a trazar la siguiente jugada, que tiene que ser más certera que la anterior.

De repente, Sebastian y Austin aparecen viniendo del rink. Se habían quedado más tiempo hablando con el *coach*.

—Joder, Prince. Tienes que dejar de ser tan caradura —se queja Sebs—. Ya tuve que aguantarte en el feriado y yo quería haberme quedado a solas con Gelinho en mi cuarto.

—¿Eh? ¿No pasó cada uno el fin de semana en su casa? —pregunto. Que yo supiera, habíamos estado separados estos días. Habíamos quedado en ir al lago a jugar un poco, pero justo ese día nevó a saco.

—Yo sí estuve con mis padres —contesta Austin, mirando el móvil—. Hasta que me aburrí y me fui a casa de Sebs.

Giro la cara hacia Kyle y él empieza a negar con la cabeza, riéndose. Me muerdo el labio para no soltar la carcajada.

Sebastian ni se da cuenta. Está tan centrado en quitarse el equipo que solo suelta tacos y se va directo a las duchas.

Pero yo lo sé. Kyle lo sabe.

Austin no fue a casa de Sebastian por aburrimiento. Fue a ver a Emory, porque está saliendo con ella a escondidas.

Y nuestro capitán… con todo su drama familiar, ni se da cuenta de lo que pasa justo delante de sus narices.

—Qué suerte, ¿eh? —suelto al aire, con la voz cargada de insinuación—. La casa de Sebastian es muy… cómoda.

Austin me lanza una mirada de advertencia. De las de cuidado con lo que dices. Pero no responde. Luego todos seguimos el mismo camino que Sebastian. Aún tenía un día entero de clases antes de poder enfrentarme a cierta chica.

Horas después, ya en mi cuarto, me dejo caer en la silla giratoria y me quedo mirando el portátil. Entonces recuerdo que he dejado de lado mi reino Frosthold en CKIII durante demasiado tiempo. Me relajé con el juego después de mi matrimonio, lo admito. Y ahora parecía una oportunidad perfecta para una especie de terapia de pareja.

¿Quién sabe? Igual aquí consigo algo más que simples emojis, ¿no?

El pecho me late con ansiedad, pensando en cómo abordar el tema sin revelar demasiado. Todavía quiero mantenerme en la sombra para disfrutar un poco más de la ventaja que tengo.

Estoy perdido en mis pensamientos cuando oigo el sonido de una notificación.

Por fin, nuestro timing coincide, y aparece el globito en la pantalla:

***GhostQueen* entró en la sala.**

Me siento erguido, con los ojos clavados en la pantalla. Empiezo a escribir algo, pero nada fluye como quiero y borro varias veces.

Entonces…

GhostQueen:
Hola… ¿puedo hacerte una pregunta un poco aleatoria?

Sonrío, emocionado.

Claro que puedes, princesa, pienso. Pero escribo:

IceWarrior:
Dime.

GhostQueen:
¿Cómo crees que una chica puede mostrar interés por un chico… sin parecer demasiado lanzada?
Tipo… si quiere quedar con él otra vez.

Mi polla se pone dura solo de imaginar que está preguntando cómo volver a quedar conmigo. Joder. Entonces de verdad quiere estar conmigo, no es solo mi cabezonería hablando más alto. Doy un puñetazo al aire, celebrando.

Quiere saber cómo demostrar interés sin parecer desesperada. Y yo, que conozco su cuerpo mejor que ella misma ahora, veo esto como una oportunidad.

No tiene ni idea de que el tío que quiere… ya sabe que ella lo quiere.

Y él también quiere.

IceWarrior:
Puedes simplemente mandar un mensaje diciendo "me apetece estar contigo".
Directo. Sin rodeos.

Ella responde rápido.

GhostQueen:
Una amiga me dijo que debería esperar a que él viniera a buscarme. Que no debería dejarlo tan claro.

Ah…

Que le den por culo a esa amiga mal follada, ¿no?

IceWarrior:
Tu amiga está equivocada.
Si te apetece, dilo.
Ese rollo de hacerse la difícil es una pérdida de tiempo.
Si el tío está interesado, va a querer estar contigo.
Si no lo está, te lo dirá.
No hay misterio. Nosotros no damos vueltas.

GhostQueen:
¿Y tú siempre has sido así? ¿Directo?
¿Con todas las chicas con las que saliste?
¿Insistías? ¿Querías quedar otra vez?

IceWarrior:

Cuando me interesaba, sí.
Cuando no, lo dejaba claro.
Un hombre que sabe lo que quiere no necesita jueguitos.

GhostQueen:
Vale.
Entonces le voy a mandar mensaje.
Decirle que quiero estar con él.

Mi corazón se acelera.

Abro la app de mensajes en el móvil en ese mismo momento y entro en nuestra conversación. Espero un rato.

Nada.

Espero un minuto más. Dos. Tres.

Nada.

IceWarrior:
¿Y?
¿Le escribiste?
¿Te contestó?

GhostQueen:
Voy a mandarlo.
Pero no hoy.
Estoy ocupada.

— Ocupada una mierda.

Cierro el portátil con fuerza. Cojo el móvil. Escribo sin pensar. No voy a esperar. No voy a hacerme el paciente.

Jordan:
Madison, quiero quedar contigo otra vez.
¿Cuándo está disponible ese coño tuyo para mí?

Porque mi polla te echa de menos.

No hay vuelta atrás.

Esta es mi forma de decir que no estoy dispuesto a jugar al escondite. Que si cree que me va a dejar en visto después de abrir las piernas de esa manera… se equivoca.

Lo ve. Y responde:

Maddie:
Vaya, qué directo eres, ¿no?
Nada de preliminares, por lo visto.

Sonrío, con los dedos preparados.

Jordan:
Las preliminares las hago con tu cuerpo.
Cuando lo tenga delante, disponible para mí.
Ahí te enseño lo que son preliminares.

Unos segundos después…

Maddie:
… Puedo quedar contigo mañana.
Pero no sé cómo podemos hacerlo.
Aquí en Kappa no se puede. Y tampoco tengo excusa para ir ahí.

Respiro hondo, irritado por que piense así. Que le den a cualquier otra chica. Es a ella a quien quiero.

Jordan:
Di que vas a arreglarme el ordenador.

Nadie tiene que saber lo que vas o no vas a hacer conmigo.

Tarda, pero manda:

Maddie:
Ok. Mañana, entonces.

Bloqueo la pantalla. Así es como se hace.

Me recuesto en la silla. La sonrisa se me abre en la cara.

Va a venir.

Y mañana, mi *GhostQueen* va a aprender que *IceWarrior* no pierde batallas — ni en el CKIII, ni en la cama.



Mis manos están sudando.

Lo cual es idiota. He hecho cosas infinitamente más arriesgadas que esto. He invadido sistemas de seguridad. He burlado cifrados con protocolos pesados. Me he infiltrado virtualmente en empresas que ni deberían saber que existo.

Pero ahora, aquí… con una braguita nueva de encaje negro y un corsé debajo del hoodie que sirve como mi uniforme diario, mi corazón late más rápido que una martilladora.

Estoy temblando.

Voy a la fraternidad Alpha. ¡Dios!

Jordan dio la excusa perfecta para que apareciera allí sin demasiadas preguntas. Pidió ayuda de la nerd de Kappa que se le da bien arreglar ordenadores.

Ahora, ¿si su portátil de verdad se está colgando?

Ni idea si siquiera enciende. Pero algo se va a colgar hoy, de eso estoy segura.

Porque cuando me mandó aquel mensaje sucio y directo —"¿Cuándo está disponible ese coño tuyo para mí? Porque mi polla te echa de menos"— dejó claro que quiere mi cuerpo tanto como yo quiero el suyo.

La forma directa y cruda que usó para decirlo debería ofenderme.

Pero no.

Me puse… caliente, excitada.

Y peor: dispuesta a cometer una locura.

Por más que intenté alejarme estos días —manteniendo distancia, respondiendo con emojis y mensajes evasivos—, la verdad es que él se me quedó en la cabeza. En el cuerpo. En los huesos.

Sé que lo que pasó entre nosotros en Traverse City fue solo sexo…, pero fue de ese sexo que deja el cuerpo en llamas días después.

Y quiero quemarme.

Estoy tan ansiosa que prácticamente me teletransporto hasta su fraternidad.

La puerta de Alpha está entreabierta cuando llego. Llamo dos veces y entro. Mis ojos escanean el ambiente con cuidado. Hay pocas personas en la sala común y otras pasan, saliendo de un pasillo y entrando en otro.

De fondo, escucho voces apagadas en el piso de arriba. Entonces lo veo ahí. Esperándome al borde de la escalera.

Camiseta negra, pelo despeinado, esa sonrisita insolente que dice que sabe exactamente lo que va a pasar. Y que tiene el control.

—¿Llegó la técnica? —pregunta, con la voz baja y sucia. Camino hacia él con pasos lentos.

—Vine a hacer mantenimiento del sistema. —Arqueo una ceja, fingiendo profesionalismo. —Dicen que tu portátil anda colgándose. Me acerco y nuestra conversación entra en una burbuja que creamos a nuestro alrededor.

—Mi portátil, mi cabeza, mi polla. Todo colgado —susurra, con la voz ronca. Da dos pasos y ya está frente a mí. —¿Lista para arreglarlo?

Trago saliva. Sonrío. Finjo que yo también tengo el control.

—Soy especialista en bugs internos.

—Genial. —Toma la mochila de mis hombros y la tira despacio. —Porque el sistema aquí necesita… un reinicio profundo.

Todo mi cuerpo se eriza.

Jordan me guía escaleras arriba con una mano firme en la base de mi espalda.

Pasamos junto a algunos chicos que bajan al piso de abajo. Jordan solo responde a sus saludos con un leve asentimiento de cabeza. Nadie cuestiona la presencia de la "nerd de Kappa" subiendo las escaleras con él. Nadie dice nada. Es como si lo respetaran y mi visita fuera un secreto. Deben tener algún código de fraternidad… supongo.

En cuanto entramos en su habitación, la puerta se cierra con un clic y el silencio que se instala sabe a anticipación.

Él se apoya en la madera y me observa, sus ojos recorriéndome del rostro a los pies. Lentamente. Sin prisa. Como si me desvistiera con la mirada —y lo está haciendo.

—Quiero quitarte el uniforme de nerd… —comenta, dando un paso al frente. —¿Qué escondes ahí debajo?

Sonrío de lado. No respondo.

Agarro el borde del hoodie y lo levanto por encima de la cabeza, revelando el corsé de encaje negro que moldea mi cuerpo.

—Joder… —murmura, con la voz baja y grave. —¿Viniste lista para mí? Empiezo a pensar que esto va a convertirse en nuestro estándar.

Mis pezones ya están duros, como si respondieran a su voz por instinto.

—Tú mandaste el mensaje, ¿recuerdas? —Doy un paso al frente, desafiándolo. —"¿Cuándo está disponible tu coño para mí?" Me pareció de mala educación venir desprevenida.

Me toma del mentón, inclina la cabeza y me dedica esa sonrisa canalla de quien está a punto de destruirme la cordura.

—¿Tienes idea de lo que esa respuesta me hace?

—Espero que lo mismo que tu mensaje me hizo a mí.

El aire entre nosotros se calienta. En segundos, me agarra por la cintura y pega nuestros cuerpos, sus labios capturando los míos con hambre. Es un beso de urgencia, de reconocimiento, de reinicio.

Y es distinto a la primera vez.

No hay duda.

Sé lo que quiero. Y él sabe cómo dármelo.

Sus manos bajan por mi espalda hasta la pretina del pantalón. Abre el botón con destreza, baja la cremallera y me lo quita junto con la braguita en un solo movimiento.

Me quedo de pie, completamente expuesta ante él, solo con el corsé arriba.

Se aparta un poco. Me mira.

—Eres un puto espectáculo, *Mad* Maddie.

—¿Me llamas así porque hoy la follada va a ser intensa?

Alza las cejas de inmediato, con una sonrisa sucia.

—¡Joder! Te follo como tú quieras. —Jordan se quita la camiseta con prisa, dejando al descubierto el abdomen definido; se desabrocha el pantalón, empuja la tela al suelo y se acerca tan rápido como un felino sobre su presa.

Luego me agarra los muslos por detrás y me impulsa hacia arriba, haciendo que enrosque las piernas alrededor de su cintura por instinto. Mi excitación empapa su miembro cuando mi coño se presiona ahí mismo. Tengo la impresión de que cada movimiento de Jordan está calculado al milímetro.

—No voy a quitarte este puto corsé todavía. Quiero follarte con él —declara, y yo sonrío, satisfecha.

Clava una rodilla en el colchón y se inclina, depositando mi cuerpo sobre las sábanas suaves. Me desenrosco de él mientras se sienta sobre los talones, en la V entre mis piernas. Entonces, su dedo índice se desliza desde mi ombligo hasta mi vulva, pasando por la hendidura mojada con un toque sutil desde el pubis hasta la entrada.

—Tan mojada. ¿Cuánto me echaste de menos, eh? —pregunta, repitiendo el movimiento.

—Mucho… —jadeo, con la necesidad creciendo.

Después abre mis labios mayores, mirando descaradamente ahí abajo.

Se inclina para que su boca alcance mi piel expuesta. Su aliento caliente roza mi piel un segundo antes de que su lengua toque mi coño.

Gimo al instante. Mi cuerpo se arquea por reflejo.

Jordan sujeta mis muslos con firmeza y me mantiene en el lugar —exactamente donde él quiere. Donde sabe que voy a enloquecer.

Explora mi carne con la lengua despacio, pasando de abajo hasta la parte alta de mi pubis con largas lamidas húmedas.

—Sí… lo sé… me echaste de menos, ¿verdad? —su voz provoca una vibración deliciosa en la zona y por eso asiento con la cabeza. No quiero que pare.

Su lengua rodea mi clítoris, provocando sin prisa, delineando cada borde como si estuviera redibujando mi placer. Luego se hunde. Me penetra con la lengua, profundo, una y otra vez.

Muerdo el labio para no gritar. Pero él se da cuenta.

—No… quiero oírte. Gime, zorra. Gime para que esté seguro de cuánto me echaste de menos.

—Lo sentí… —confieso, jadeando. Me muerde la ingle. —Joder, Jordan…

Sonríe con lujuria y retoma su misión de volverme loca.

Ahora chupa mi clítoris con más fuerza, la boca completamente entregada a lo que está haciendo. Y yo me deshago.

Mi cuerpo empieza a temblar. Cada chupada viene acompañada de una presión deliciosa que me deja sin aire. Y cuando introduce un dedo en mí —luego dos— el mundo casi desaparece.

—Eso, ábrete para mí otra vez, princesa —susurra contra mi piel. —Tu coñito necesita recordar lo bien que es tenerme dentro.

Empieza a follarme despacio con los dedos, manteniendo el ritmo de la lengua. Lo siento todo de nuevo… la presión, el calor, ese placer creciente que me consume entera.

—Jordan… estoy a punto…

—No te corras todavía. —Saca los dedos y se aparta, dejándome suspendida, desesperada. —Quiero que te corras con mi polla dentro de ti.

Se levanta y camina hasta el cajón de la cómoda. Coge el preservativo, lo rompe con los dientes y se lo coloca de un solo movimiento, los ojos aún fijos en los míos, hambrientos.

—Ponte a cuatro —ordena.

Obedezco sin pensar. La urgencia me traga. Apoyo los codos en el colchón y levanto el culo para él, sintiendo el corazón latirme en los oídos.

Aspira el aire entre los dientes, con un sonido ronco de aprobación.

—Joder, Maddie. Tú a cuatro, con este corsé y el culo levantado es la visión del paraíso, preciosa. Pero voy a tener que quitártelo porque quiero besarte entera.

Entonces tira de la cinta de satén que trenza la lencería en mi espalda, acariciando cada centímetro de piel que queda al descubierto. La tela cae debajo de mí y la aparta a un lado.

Después se inclina. Besa mi zona lumbar. Muerde. Chupa. Acaricia mi cadera.

Su mano baja y encuentra el punto entre mis piernas, masajeando mi clítoris mientras se coloca detrás de mi cuerpo. Estoy completamente entregada a las sensaciones cuando pasa el glande entre mis labios vaginales, presionando despacio.

—Mira lo mojada que estás. Tan lista para mí.

—Siempre —respondo en un susurro.

Y entonces entra.

Hondo. De golpe.

Grito. Me agarra las caderas con fuerza y empieza a follarme con embestidas lentas, profundas, largas, como si estuviera marcando territorio. Y quizá lo esté. Cada embestida suena como una sentencia.

Eres mía.

—Eso, Maddie… mira cómo me tragas. Tu coño nació para esto. Para tragarse mi polla.

Aumenta el ritmo, follándome con fuerza… con dominio. Mi cuerpo va y viene con el suyo, como si fuéramos una sola cosa.

—Te gusta que te follen así, ¿verdad? —constata lo obvio. —Te gusta ponerte a cuatro para mí.

Gimo, perdida entre el placer y el ritmo salvaje de su cuerpo contra el mío.

Entonces siento su dedo masajeando mi anillo trasero. Mi cuerpo se tensa un segundo, pero no retrocedo. Él lo nota. Siempre lo nota.

—Relájate, princesa —dice, con la voz más baja y ronca. —Yo me encargo de todo y también quiero cuidar de tu culito apretado.

Lo oigo escupir y siento su saliva lubricar mi ano. Presiona el dedo despacio —justo ahí— deslizándolo con cuidado mientras sigue penetrándome con la polla en el coño.

La sensación me arrasa.

Es invasiva. Distinta. Pero al mismo tiempo… buena. Muy buena.

Ahora me folla con la polla enterrada hasta el fondo y el dedo en el culo, en un vaivén rítmico, sin perder el control. Sin perder el dominio.

—Estoy cerca —revelo, jadeando.

—¿Vas a conseguirlo otra vez, princesa?

—Voy. Solo… ve más rápido —pido, sin pudor. —No pares. No pares, por favor.

Obedece.

La velocidad aumenta, los gemidos se mezclan y siento el orgasmo llegar de nuevo —fuerte, feroz, arrasándolo todo.

—¡Eso, joder! Córrete para mí —grita, embistiendo con más fuerza. —¡Muéstrame cómo este coño es mío!

—Jordan… —jadeo, sin aire.

Aumenta el ritmo. Mi cuerpo va y viene, presionado en dos puntos, explotando en placer y tensión.

Y se lo muestro.

Gimo alto, arqueando la espalda, sintiendo la explosión atravesarme como un rayo. Me contraigo a su alrededor y, segundos después, se hunde hasta el fondo y gime ronco, intenso, mientras se corre conmigo.

Silencio.

Solo el sonido de nuestras respiraciones pesadas y el sudor cayendo.

Y la maldita certeza de que, incluso sin promesas, sin compromiso, sin nombre para esto… todavía vamos a querer más.

Mucho más.

Cuando salimos del nirvana, Jordan me carga en brazos hasta su baño. Una invitación sin palabras para ducharnos juntos.

Me deja en el suelo con tanto cuidado que vuelve a darme la falsa impresión de que esto es más que sexo. Algo más que, para mí, me hace sentir especial.

¿Será?

No. No seas tonta, Maddie. Debe hacer esto con todas. Mi conciencia grita.

Me quedo a un lado, esperando a que abra y regule la temperatura del agua.

—Entra conmigo, princesa. El agua ya está bien. —Me tira de él y siento el agua caliente correr por nuestros cuerpos, mezclando sudor, semen y todo lo que acabamos de hacer en esa cama.

Mis pensamientos se desordenan al sentir de nuevo su cuerpo musculoso. Pensaba que era mentira cuando decían que el deseo

nubla la razón, hasta el día en que este jugador de hockey decidió convertirme en un desafío.

Jordan me sujeta por la cintura, pegando mi espalda al azulejo mientras presiona besos húmedos en mi cuello.

Suspiro, pero mi cuerpo todavía pide más.

Bajo la mano despacio hasta su abdomen, sintiendo los músculos tensarse bajo mi toque.

Verlo así, en este momento, tan mío, me da valor. Y entonces bajo.

Me arrodillo.

Siento sus ojos sobre mí. Apoya una mano en la pared, la respiración ya acelerada.

—Joder, Maddie… —suelta, ronco. —¿Quieres acabar conmigo hoy?

Sujeto su base y paso la lengua primero por el glande, despacio, provocando. Luego lo cubro con los labios y lo chupo entero, sintiendo el peso y la textura llenándome la boca.

—Tira de mis bolas, princesa —me guía, con la voz más grave que antes.

Obedezco.

Bajando con firmeza, masajeando mientras mi boca trabaja en un ritmo creciente, entrando y saliendo, explorando cada punto de placer que él me enseñó a dominar.

Sus gemidos resuenan en el baño.

Pero aún no he terminado.

Suelto despacio, lamo hasta la base. Y entonces alzo la mirada hacia él.

—Todo el mundo dice que el culo de un atleta es perfecto. ¿Puedo comprobarlo?

Frunce el ceño, desconfiado.

—¿Qué mierda es esa?

—Quiero probar una teoría.

Antes de que pueda responder, gateo detrás de él, empujando su cuerpo contra los azulejos. Sigue mi orden silenciosa.

Entonces beso sus nalgas con suavidad. Muerdo ligeramente un lado, luego el otro.

Después separo sus nalgas con ambas manos, abriéndolas.

No dice nada. Solo respira más fuerte. La frente apoyada en el azulejo. El cuerpo rígido.

Y le doy el primer beso. Gime, entre queja y aceptación. No le dejo pensar demasiado.

Lamo. Beso. Chupo suave.

Gime otra vez.

Alto.

—Hija de puta… —tiembla. —¿Qué coño me estás haciendo?

Le sujeto la polla con una mano, masturbándolo mientras sigo ahí, con la lengua, llevando a Jordan a un lugar que probablemente no esperaba que le gustara.

Pero le gusta.

Mucho.

Cuando siento que está a punto de perder el control, lo giro hacia mí. Me coloco frente a él, miro sus ojos llenos de deseo, y vuelvo a chupársela con más hambre, más ritmo, más boca, más lengua.

Me agarra el pelo con fuerza en la coronilla, sus caderas se mueven con impulso y segundos después…

—Maddie, joder… voy a correrme…

Y se corre. Yo me aparto con un pop y sigo moviendo la mano, recibiendo su leche por toda la cara.

Caliente. Intensa. Descargando como si se rindiera por completo ante mí.

Me quedo ahí, de rodillas, con el agua cayendo sobre nosotros, intentando recuperar el aliento.

—Te he dejado toda sucia, princesa —bromea, sonriendo, aún jadeante. —Mi *Mad* Maddie. Estás aún más *Mad* ahora.

—Idiota —susurro, sonriéndole de vuelta.

Me levanta por las axilas y coge el jabón, empezando a lavarme con una calma sorprendente. Pasa el jabón despacio por mi rostro, luego por el cuello. Me lava el pelo con movimientos cuidadosos, casi demasiado suaves para alguien que hace poco gemía "tu coño es mío".

Y ahí, entre la espuma y los toques suaves, me doy cuenta de que ya no sé definir exactamente lo que estoy sintiendo.

Pero quizá, por ahora, no haga falta.



La luz tenue del pasillo se filtra por las rendijas de la puerta, pero no es eso lo que me despierta.

Antes incluso de abrir los ojos, mi mente ya está en expectativa de sentir el calor que está justo ahí: Maddie. Con su perfume suave, con la forma en que ocupa exactamente el lado izquierdo de la cama —como si hubiera descifrado mi patrón de sueño.

Ella es así.

Lo bastante inteligente como para entender dónde encajar sin hacer preguntas. Como si hubiera sido hecha para eso.

Abro los ojos despacio, esperando verla acurrucada de lado, con el pelo desparramado sobre la almohada.

Pero no hay nadie ahí.

Solo mi móvil pitando a mi lado, indicando que faltan 40 minutos para el entrenamiento. Es temprano. Algo raro. Porque siempre soy el último en levantarme —y cuando lo hago, es porque los chicos me arrastraron por la pierna.

Esta vez, no.

Esta vez quise despertarme porque pensé que tendría a alguien a quien abrazar antes de levantarme.

Mi mano se desliza hasta su almohada. Aún tibia. Aún con el olor cítrico de mi jabón en su piel. Aún con restos de nuestra noche juntos.

Pero se fue.

Maddie se fue antes de que saliera el sol, huyendo de mí.

Mierda.

Me quedo mirando el techo un segundo, sintiendo un vacío extraño que no sé explicar.

Ah, *Mad* Maddie.

¿Será que no te follé el coñito lo bastante fuerte como para que entendieras que no se usa a alguien y luego se larga?

Necesito tatuarme mi nombre entre tus piernas para que aprendas. Resoplo, frustrado.

¡Joder!

Ni siquiera las chicas aleatorias con las que salía hacían eso. Entonces ¿por qué tú, que eres…?

Eres…

¡Carajo! ¿Qué estoy haciendo?

Ella es la chica que ha estado desordenando mi mente y causando un alboroto en mis pensamientos. Estoy confundido incluso con mis propias convicciones de vida. Siempre elegía a la chica menos complicada y ella…

Sin comentarios.

Pero este sentimiento por haberse ido sin avisar no tiene nada que ver con eso, sino con actuar como Cameron aquella noche del rescate por el polvo malo. Y el nuestro… joder. Estoy seguro de que no fue malo. Al contrario.

Lo sentí en mi boca, en mis dedos y en mi polla: tuvimos un polvo épico.

No voy a dejarlo así. Nuestro día aún no ha terminado.

Si ella cree que puede huir de madrugada y que eso se va a quedar así… bueno, pronto va a descubrir que no es tan fácil librarse de mí.

No después de lo que tuvimos.

No después de hacerme querer despertarme temprano.

Me pongo el primer sudadero que encuentro y bajo a la cocina. Necesito café. Necesito un plan. Necesito recordarle a Maddie que puede huir si quiere —pero siempre habrá alguien detrás de ella.

Y ese alguien soy yo.

En cuanto bajo a la cocina, veo la luz ya encendida. Sí… ni despertándome veinte minutos antes consigo ganarle al grandote.

Kyle ya está allí a todo gas con un delantal que dice "No toques mi bacon", mezclando algo en un bol mientras silba una canción que parece sacada de un anuncio de margarina de los años 90. Descubro qué es en cuanto veo la masa caer en la sartén: panqueques.

—Buenos días —digo, con la voz ronca, sintiendo la garganta seca. Voy hasta la nevera para coger mi botella y empiezo a sacar los alimentos que pronto estarán sobre la encimera para el desayuno.

—¿Despierto temprano? ¿Estás enfermo, Miller? —provoca Kyle, sin molestarse siquiera en mirarme mientras le da la vuelta al primer panqueque en la sartén. —¿Tristeza matutina: cuando la chica con la que estás se va antes de que te despiertes? —Se ríe de su propio chiste y vuelve a coger el bol para retomar su tarea matinal.

Me quedo congelado, girándome hacia él despacio. ¿Cómo lo sabía?

—La vi bajando las escaleras temprano —responde a la pregunta que me parpadea en la frente. Hago una mueca de disgusto, tragándome el orgullo pisoteado por mi amigo.

—¿Reírte de mi dolor es lo que te motiva a cocinar? —murmuro, abriendo un armario para coger los cubiertos. —¿Necesitas ayuda con esos panqueques?

—Siempre. Coge más harina.

Suelto una risa baja, poniendo los ojos en blanco.

—¿Qué harina? ¿Esta de aquí? —pregunto, estirando el brazo.

—No, idiota. Eso es el cereal del Pollo. Si alguien se lo come otra vez, Austin le clava un stick de hockey en la yugular. El mascotita es temperamental.

—El mascote es un psicópata emplumado. —Doy un paso hasta la estantería y cojo la otra caja de papel con una bolsita dentro.

—Y mira que duerme mejor con el bicho que con cualquier tía que haya llevado a su cuarto. —Kyle se ríe, echando otra cucharada de masa en la sartén. —No sé cómo aguanta cuando el bicho empieza a cantar. Tiene pulmones de tenor.

—Ese sonido que hace a las tres de la mañana parece una alarma de prisión en fuga. Juro que una vez oí hasta sirenas de policía.

Reímos fuerte.

Por un instante, la ligereza de la cocina casi me hace olvidar el vacío de la cama.

Casi.

Mientras él sigue al mando de la sartén, me acerco y cojo el batidor.

—Oye, Kyle… —suelto, intentando sonar casual. —¿Cuándo supiste que Brooke era la chica correcta?

Se detiene un segundo. El chisporroteo de la mantequilla en la sartén parece llenar el silencio. Me mira de reojo. De esas miradas rápidas, cargadas de juicio disfrazado de burla.

Luego sonríe, torcido.

—Sabía que iba a venir una pregunta con drama.

—Solo responde, joder —gruño, manteniendo el foco en el bol. Luego decido preparar el café filtrado que me gusta, y que nunca sobra porque todo el mundo lo bebe.

—Fue cuando no se me iba de la cabeza. —Le da la vuelta al panqueque como quien da la vuelta a los recuerdos. —Tipo… me despertaba y quería saber si estaba bien. Si había dormido bien. Si había pensado en mí… —dice, haciendo un panqueque tras otro. —Y cuando el día acababa, quería saber cómo había sido su día. Si

alguien la había irritado, si alguien la había elogiado, si sonrió por algo que yo dije. Y eso no se fue, Jordan. Empeoró.

Me quedo en silencio.

El olor del café se extiende por la cocina, mezclándose con el de la masa y con el jodido nudo que se aprieta en mi pecho.

—Cada vez que estábamos juntos, me sentía mejor —añade. Me mira de nuevo, esta vez con más calma. —Como… en paz, ¿sabes?

Trago saliva.

Porque lo entiendo.

Lo entiendo de verdad.

—¿Y tú?

—No lo sé —suelto, sincero. —Está en mi mente desde que me despierto hasta que me duermo. Me vuelve loco. Me saca de quicio. Y aun así quiero más. Todo el tiempo —revelo, vertiendo el resto del agua caliente sobre el filtro con el café molido. —Es como si… se hubiera convertido en rutina sin ni siquiera pedir permiso.

Kyle alza una ceja. Suelta la espátula despacio.

—Estás enamorado, tío.

Suelto una risa seca, un poco incómoda.

—Estás loco. No lo estoy. Solo intento entender qué está pasando. Nunca viví algo así. Es nuevo. Y hace muy poco como para decir que estoy enamorado.

—Sigue mintiéndote hasta que ya no puedas más. —Vuelve a la sartén, pero la frase queda flotando en el aire. —Y para que conste, yo me enamoré de Broo en el instante en que la vi. Solo que bebí demasiado e hice una cagada. Así que cuidado para no cometer el mismo error.

Me quedo pensativo mientras sirvo café en mi taza.

Enamorado es demasiado… quizá fascinado sea la palabra correcta. Ella me intriga a un nivel que no sé explicar.

—¿Hay café? —la voz de Sebastian corta el clima como una cuchilla.

Y justo después: pasos. Muchos.

En cuestión de segundos, la cocina es invadida por una nube de testosterona, voces altas y olor a desodorante.

Sebastian entra primero, con la cara tensa de quien se despertó pensando en listas de tareas. Detrás viene Austin, cargando al Pollo como si fuera un niño —o un trofeo de competencia escolar.

—¡Papá trajo a su campeón! —anuncia, levantando al bicho en el aire como Simba. —¡Y hoy sí va a comer su cereal!

—Austin, ¿puedes compartir el cereal del Pollo? Está buenísimo, tío —dice Zack, confesándose culpable de la falta del alimento favorito de nuestra mascota.

—¿Estás loco, colega? ¿Quieres otra visita suya de madrugada o qué? El cereal del Pollo es sagrado, joder. —Le da un golpecito con una cuchara de cocina en la gorra.

Luego coloca al Pollo con cuidado en el taburete de la esquina y vierte con reverencia el cereal integral en el cuenquito, como si fuera una ofrenda en un altar.

—¡Buenos días, señores! —Theo entra el último, con una sonrisa sincera y educada. También le da los "buenos días" al Pollo, que lo mira de reojo. Incluso después de haber recibido un tratamiento capilar de nuestra mascota, el tipo sigue siendo educado con el bicho.

Me quedo mirando al emplumado, esperando que responda.

Si digo que vi un asentir de cabeza, ¿me llamarán loco?

Bueno… quizá sí lo esté.

Mason aparece a continuación, camiseta ancha, el pelo recogido en un moño improvisado y cara de quien ya respondió treinta mensajes de Brandon antes de llegar a la cocina. Apenas saluda, se sienta en un taburete y se sirve jugo de naranja.

—¡Eh, grandote! ¡Panqueques para siete! —grita Austin, agarrando ya la última banana del frutero. —¡El Pollo también quiere!

—El Pollo no come panqueques —avisa Theo con suavidad.

—Claro que sí, si los mezclo con el cereal —responde Austin. —Lo importante es que se sienta incluido.

—Lo importante es que no cague en el sofá —retruca Sebastian. —Otra vez.

Austin finge estar ofendido.

—¡Tuvo un episodio! Todos pasamos por eso. Yo mismo ya cagué en el sofá, emocionalmente hablando, ¿vale?

Mason se ríe por lo bajo, mirando el móvil.

—Brandon dijo que no echa de menos estas mañanas. Le mandé una foto del Pollo. Me bloqueó temporalmente.

La cocina sigue su ritmo de desayuno: Sebastian comiendo sus rodajas de piña. Austin robándole una. Y Kyle intentando organizarse para que todos tengan panqueques.

—Jordan —me llama Sebastian, sin levantar la vista—. Concéntrate en el hielo hoy. Si fallas el pase como ayer, te pasarás la semana lavando los calzoncillos del Pollo.

—Él no usa calzoncillos —comento en piloto automático.

—Sí que tiene uno —añade Austin—. Yo se lo compré. Está en el cajón de mi escritorio. Es temático. Tiene patitos.

Todo el mundo se detiene.

—¿Le compraste calzoncillos al Pollo? —pregunto con cautela. Ahora entiendo por qué me estoy volviendo loco: vivo en un manicomio.

—¿Y qué? Es parte de la casa. Winter nos dio al Pollo. Eso tiene peso simbólico. Historia.

—Winter me dio un castigo —dice Sebastian, dando un sorbo al café—. Y tú lo convertiste en mascota.

Zack silba bajito.

—Si el Pollo fuera un ser humano, probablemente sería el tipo más querido de la facultad.

—Lo cual dice mucho sobre la facultad —comenta Theo, abriendo un yogur—. Y sobre ustedes.

Mason mira al Pollo.

—A mí me cae bien.

El Pollo pia.

—¿Ves? Sabe que es amado.

Austin le da un beso en la cabeza al bicho.

—Mi hijo.

—Necesitas ayuda psicológica, tío —me río, incluso sin querer.

Y a pesar del caos, del ruido, del olor a panqueque ligeramente quemado porque Kyle se distrajo, me siento momentáneamente menos irritado con cierta nerd.

La ausencia de Maddie sigue pesando.

Pero por un instante, aquí con estos idiotas… consigo reír.

Aunque haya un Pollo psicópata mirándome fijamente.



Entro en la Kappa despacio, intentando hacer el menor ruido posible. Con suerte no me cruzo con nadie todavía.

¡Gloria! Todo está apagado.

Camino lentamente hasta la sala común y me dejo caer en el sofá, sin valor para subir a mi habitación. Mi mochila resbala por mi brazo y suelto un suspiro que parece salir de un lugar más profundo de lo que debería.

Todo es tan reciente.

Y pasó tan rápido.

Pero, al mismo tiempo, tan fuerte.

Durante el feriado de Acción de Gracias viví la mentira más difícil de mi vida. Todo porque lo que más quería estaba allí, envuelto en ese momento.

Asumí el papel de la novia falsa del jugador de hockey que fue mi primer crush en la universidad. Y peor aún, descubrí su lado cariñoso y de hijo dedicado. Conviví con su familia por pocos días, que causaron un verdadero estrago en mi emocional.

Parecía tan real que empecé a preguntarme si no estaba viviendo en una dimensión paralela. Quería que lo estuviera.

Sin contar que incluso había una niña adorable. Joder. Escuchar la voz dulce de su sobrina llamándome "tía Maddie" como si eso fuera lo más normal del mundo.

Mierda.

Fueron solo algunos días.

Pero días intensos.

Días que dejaron marcas.

Y ahora… estoy aquí.

Intentando fingir que volver a mi rutina es fácil.

Que lo correcto es proteger mi corazón y usar solo el cuerpo. ¿Pero cómo?

Estoy empezando a pensar que soy del tipo que tiene un hilito que conecta mi región pélvica con mi corazón.

Y eso es una mierda.

Salí de su habitación antes de que saliera el sol. En silencio. Sin nota, sin mensaje.

Como dictan los manuales no escritos sobre las relaciones casuales.

Porque eso es lo que somos, ¿cierto?

"Cuando es casual, lo correcto es irse antes de que él despierte."

"A los hombres no les gusta despertarse con la chica todavía en la cama."

"Cuanto antes desaparezcas, menos vulnerable parecerás."

Escuché esas frases tantas veces que, por impulso, obedecí.

Me fui antes de ver su rostro al despertar. Creo que alguien me vio salir de allí, pero que se joda. Nadie lo creería si lo contaran por ahí de todos modos. Es más fácil que alguien piense que dormí en la biblioteca de Alpha arreglando el ordenador de Jordan.

Suelto un soplo exasperado, cansada de lidiar con esta versión mía de chica tranquila y tan insignificante que jamás un jugador de hockey se interesaría por mí, y menos aún un Gladiador de Hielo.

Ojalá tuviera el valor de enfrentar el escrutinio de la gente y haberme quedado cinco minutos más allí a su lado, tumbada sobre

su pecho, escuchando su respiración lenta, sintiendo su mano haciéndome caricias en el cabello hasta volver a dormirme.

Porque él hizo eso. Todos los días que dormimos juntos en su habitación durante el feriado, sentí sus dedos deslizarse por mi cabello con suavidad hasta quedarme dormida.

Incluso diciendo que no es nada.

Incluso siendo el tipo directo, salido, que manda mensajes diciendo que extraña mi cuerpo y no mi corazón.

Él cuida.

Fue gentil con su madre. Cariñoso con su sobrina.

Y conmigo, fue algo que no esperaba.

Fue refugio.

Fue risa.

Fue provocación y cariño, todo mezclado.

¿Qué hago ahora?

Mi pecho parece un caos emocional, porque nunca viví algo así. Nunca dejé que alguien me tocara de tantas formas —no solo físicamente.

Jordan me deja confundida.

Él significa peligro.

Mierda. Necesito encontrar la forma de mantenerme distante, al menos por algunos días. Mantenerme lejos puede ayudar a disminuir este sentimiento que viene creciendo dentro de mí.

Si él es el alimento de lo que siento, es hora de ayunar. Solo hasta que mi corazón se calme y deje de latir de esta forma equivocada. Entonces podré retomar las clases que él se ofreció a darme.

Acomodo el cuerpo en el sofá, cerrando los ojos y respirando hondo. Tenía al menos media hora antes de que este lugar se volviera insoportable. Así que iría al edificio de Bellas Artes para asistir a las primeras clases del día.



Era casi mediodía cuando estoy volviendo a la Kappa. Aún tenía algunas clases por la tarde, pero mis piernas —y otras partes de mi cuerpo— necesitan descanso.

No soy el tipo de alumna que se salta clases, obvio. Así que podía darme ese lujo.

Cuando entro en la fraternidad, me recibe una bandada de conversaciones aleatorias. Chicas hablando todas a la vez, otras ensayan pasos de algún baile de las redes sociales, y algunas —raras — leen desperdigadas por la sala común.

Subo las escaleras, queriendo usar mi capacidad de ser invisible. Solo quiero entrar en mi habitación, ponerme ropa cómoda y disfrutar de mi cama.

Era la idea inicial, hasta que mi móvil empieza a sonar de forma insistente con un sonido simple, solo un pitido repetitivo, que indicaba mi convocatoria para enviar en la fecha de ayer el dossier que cierta persona había solicitado. Ayer mismo, para ser exactos.

A veces me daban ganas de responderle a Richard que vivo en el mismo planeta que él, y que la cantidad de horas para mí es la misma que para él. No da para hacer milagros en un espacio de tiempo tan corto.

—¿Hola?

—Ghost, ¿qué tienes para mí?

—La mitad he conseguido decodificarla, pero la otra parte del archivo sigue sellada.

—¿Puedes agilizarlo? Tenemos un sospechoso en Bielorrusia. Si las operaciones del archivo coinciden, lo encontraremos.

Encontrarlo…

El problema era que yo no quería encontrarlo. Ni siquiera estar buscándolo. Pero la familia Maxwell necesitaba su testimonio

para meter a su abuelo entre rejas. Y asumí esa misión como una forma de redención por los crímenes que cometí para él.

Hace unos días, estaba siguiendo una línea de conexiones que podía señalar lugares por los que había pasado, antes de ser convocada por mi Gladiador.

Fui un poco egoísta y lo paré todo para atender la necesidad de mi cuerpo. Mierda. Una excusa para tardar un poco más.

—Voy a sentarme ahora y no parar hasta tener algo consistente, ¿vale?

—Vale. Estoy esperando. Hasta luego.

—Hasta luego —respondo.

No hago nada más que sentarme en mi cama y abrir el portátil, introduzco la contraseña con agilidad y hago clic en la carpeta cifrada con los datos de la investigación.

La red de correos desviados aparece rápido. Nombres, fechas, códigos. Mis dedos vuelan sobre el teclado, cruzando información, trazando conexiones.

Unos minutos después, la adrenalina cambia de foco.

Uno de los archivos capta mi atención.

Una conversación en árabe, aparentemente genérica. Hasta que, en medio del intercambio de mensajes, veo una frase suelta, fuera de contexto:

"¿Me estás buscando?

No hace falta.

Estoy de camino."

Con una firma debajo: A$

El estómago se me hunde. La sangre se me enfría. Ese símbolo. Esa frase. No estaban ahí por casualidad.

A $.

Me tiemblan los dedos al tocar las teclas.

Nadie usaba eso. Solo él.

Mi padre.

Leonard Armitage.

Así firmaba notas secretas para mí cuando era niña. Era su símbolo personal, una fusión entre la A de nuestro apellido y el símbolo del dólar —herencia del imperio financiero que él mismo construyó… y corrompió.

Sabe que lo estoy buscando. El pecho se me aprieta con la sensación de que va un paso por delante. Siempre.

Aquello no era una broma.

Era una advertencia.

Mi padre sabía que yo vería ese archivo. ¿Será que sabe por qué?

¿Será que sabe que estoy viva?

El pecho se me cierra, me cuesta respirar, como si hubiera un peso presionando mis pulmones, aplastándolos dentro de la caja torácica. Entonces recuerdo… maldito corsé. Me lo volví a poner antes de salir de la habitación de Jordan, y me olvidé por completo de quitármelo.

Cojo aire, pero solo entra un hilo de oxígeno por la nariz. Me estoy ahogando. Sin nadie a mi alrededor para salvarme.

Entonces, el sonido amortiguado de la madera golpeando resuena por la habitación. Cameron entra y me ve. Y de ese modo alborotado, lanza su mochila cerca de su cama y deja unos cuantos libros sobre el escritorio. Me está hablando, gesticulando con los brazos que dibujan arcos en el aire.

Parece una directora de orquesta de su propio discurso acelerado. Sus palabras no tienen sentido, sus movimientos son demasiado rápidos y cuando me doy cuenta… todo está oscuro.

—¡AY, DIOS MÍO! —Fue el gran final de su concierto musical.

No sé cuánto tiempo ha pasado, pero siento palmadas en la cara y un olor fuerte me arde en la nariz.

—¿Qué cojones es esto, Cam? —pregunto en voz baja, incorporándome con dificultad.

—Eso lo pregunto yo, loca. ¿Cómo que llevabas el corsé hasta ahora? —pregunta, y la información me hace llevar la mano directamente al pecho, sin sentir ya nada apretándome, solo una tela. Miro mi cuerpo y noto que Cam me ha puesto una de sus camisetas anchas.

—¿Lo quitaste?

—¿He cometido un asesinato, no? —Levanta la tela que estaba a los pies de mi cama, o mejor dicho, las dos partes.

—¿Cortaste mi corsé? —Casi no me sale la voz, pero lo que sale alcanza un nivel aceptable de indignación.

—Claro que lo corté. Entro en la habitación y estoy contándole a mi mejor amiga cómo tengo un profesor gilipollas cuando ella, de la nada, se desmaya. —Y la directora vuelve para la siguiente sinfonía.

—Cameron… —gruño, frotándome la frente.

—Es en serio, Maddie. ¿En qué estabas pensando? Eres la tía más inteligente que conozco. ¿No pensaste que te iba a dar algo?

—Ni me acordé de que lo llevaba —respondo con la verdad. —Estaba tan concentrada que… —Me callo, recordando el motivo que de verdad me hizo desmayarme. No es que el corsé no tuviera culpa, pero el mensaje. Ese mensaje… fue el motivo.

—Debías estar haciendo algo muy importante para casi matarte con un corsé —sigue, enfadada.

Suelto una risa sin humor.

—Ojalá el problema fuera solo el corsé… —comento, cabizbaja, pensando en voz alta.

—¿Por qué? ¿No lo fue? —pregunta, frunciendo el ceño. —Maddieeee… ¿qué está pasando?

Me tiemblan levemente las manos y la respiración vuelve a fallar, como si tuviera asma.

—Estoy decodificando un archivo muy importante, ¿sabes? Y… —Dudo, replanteándome si estoy tomando la mejor decisión. Ella sigue ahí, apoyándome, del mismo modo que lo ha hecho durante

estos años en los que nos convertimos en mejores amigas. —Y leí un mensaje de mi padre.

—¿Cómo? —El sonido es agudo, de los que perforan el tímpano.

Me sacudo el oído con el dedo para recuperar algo de audición.

—Mi padre usaba un código siempre que me dejaba un mensaje. A$. —La veo imitar la letra y el símbolo con la boca. —Estaba en medio de códigos, y ahí… en medio de la nada… una frase aleatoria con su código, su firma. Sabe que lo estoy buscando, Cam.

—¿Qué frase era esa?

—"¿Me estás buscando? No hace falta. Estoy de camino." —revelo, expulsando palabra por palabra como un veneno amargo.

—Amiga… ¿cómo puede saberlo?

—No lo sé. Pero sabe que lo estoy buscando. Sabe que estoy viva, Cam.

—Pero no va a encontrarte —repite Cameron, con ese tono protector que usa siempre que quiere convencerme de que el mundo no es tan peligroso como yo lo veo. —No sabe dónde estás.

Respiro hondo. Apoyo la espalda en el cabecero de la cama.

—Sí…, pero solo el hecho de haber encontrado esto… ya me da una señal de alerta. ¿Y si me lleva, Cam? —mi voz sale quebrada, llena de miedo.

Cameron me abraza.

—Maddie… calma, amiga. Antes no me tenías a mí. Ni a Richard. Ni a nadie.

—Tenía a Beatrice.

—Que cumplió su papel. Ahora nos tienes a todos. Y nadie va a hacerte daño. Ya te lo dije. Ni aunque tenga que irme a China, amiga —promete con tanta valentía que siento un hilito de esperanza.

Entonces… Jordan aparece en mi mente.

Suelto un suspiro pesado, tomando una decisión.

—No puedo vivir como si todo estuviera bien. Como si pudiera ir a fiestas, distraerme, involucrarme…

Ella frunce el ceño, entendiendo a dónde quiero llegar.

—¿Estás hablando de Jordan?

—Estoy hablando de todo. Pero… sobre todo de él. Cam, necesito poner un freno a esto. Me alejé de la vida que tenía por un tiempo. Fingí que era solo una chica cualquiera.

—Vale… si tu instinto te dice que necesitas recular, lo respeto. Pero solo quiero recordarte que el miedo nunca fue un buen consejero. Y Jordan… —duda, luego sonríe débilmente. —Él te hizo sonreír. Respirar. Merece tener la opción de elegir.

—No voy a poder vivir si le pasa algo.

Y ella me mira con ternura, acariciándome el pelo y tirando de mí para meterme en su abrazo.

Me permito estar protegida por ella. Solo hoy.

Solo mientras tengo la certeza de que aún hay tiempo. Y de que necesito encontrar una forma de proteger a todos los que amo y que… son importantes para mí.

Incluido él.



La pista vibra bajo mis patines como si tuviera vida propia.

Afición ruidosa. Gritos que rebotan contra las vallas. El sonido del disco chocando contra los sticks. La tensión del partido contra Denver palpita en mi pecho como un segundo latido.

Debería estar concentrado. Es lo que espero de mí.

Pero hoy no estoy al cien por cien.

—¡Miller! ¡Rota la línea! —oigo gritar a Sebastian desde la zona neutral.

Hago el giro, acelero y me deslizo de vuelta al banquillo. Kyle pasa a mi lado en dirección contraria, concentrado, mientras respiro hondo y estiro la mano hacia el entrenador, que ya sostiene mi stick de repuesto.

A mi lado, Austin —el payaso de siempre— me da un codazo en el hombro, riéndose solo.

—¿Buscando a Maddie en la grada?

—Cállate, Prince —respondo, seco.

—En serio… tienes esa cara de quien perdió su juguete favorito en el parque.

Pongo los ojos en blanco, pero no se equivoca.

Miré. Otra vez.

Aunque sé que Maddie casi nunca viene.

Solo apareció en un par de partidos hasta ahora —y en uno de ellos se sentó en un rincón medio aislado de la grada lateral. Ahí fue donde grabé mentalmente "su sitio".

Hoy, ese sitio está vacío.

La pista entera está llena… menos ese trozo.

Dijo que no vendría. Y, peor aún, se rió cuando le dije que iba a mandarle mi jersey para que la usara.

"Prefiero evitar la escena. Buena suerte en el partido."

Frío. Directo.

¿Qué coño de chica no querría ponerse mi jersey, tío?

Ella es todo lo que no estoy acostumbrado.

Intenté no cabrearme por eso.

Intenté pensar que solo era porque dijo que estaba rozada.

Tiene sentido.

Pero la verdad es que, desde que volvimos, está distinta.

Fría. Seca.

Distante.

—¡Miller! ¡Vamos! —llama Sebastian desde el hielo, ya tirando de la rotación.

Golpeo el stick contra la borda, como si pudiera sacudir mis propios pensamientos, y patino de vuelta al hielo.

La línea está en movimiento. El disco lo tiene Theo, que me ve libre y hace el pase.

Lo recibo con facilidad, acelero por la izquierda, esquivo al defensor. Sebastian se coloca frente a la portería.

Le empujo el disco. Intenta definir, pero el disco rebota en el portero y vuelve.

Cae directo a mi stick.

La oportunidad perfecta.

Recoloco el cuerpo, cargo el stick con firmeza y, cuando estoy a punto de disparar…

Me bloquean.

Un defensor se me pega con todo y me empuja contra las vallas. Pierdo el control por un segundo, y también el disco.

—¡Mierda! —gruño entre dientes, luchando por mantener el equilibrio.

Ellos salen al contraataque, pero Kyle intercepta la jugada en el centro. La pista entera vibra con el golpe.

La sirena suena, pausando la jugada.

Vuelvo al lateral del hielo, respirando fuerte.

Y la verdad me golpea de lleno justo donde más intento proteger: el ego.

Me dije a mí mismo que estaba bien con lo de Maddie y yo.

Sin presión. Sin expectativas.

Amigos con beneficios. Sexo increíble. Fin.

Pero ya no es eso, ¿verdad?

Empezó a ocupar demasiado espacio.

Y no hablo de la cama.

Hablo de la mente.

De la forma en que gira el rostro cuando se pone tímida. De cómo me toca cuando cree que no estoy prestando atención.

Me mira como si supiera que finjo ser más frío de lo que soy.

Y ahora… se está alejando.

Quizá esté intentando mantener lo que acordamos.

Quizá esté asustada.

Quizá yo me esté volviendo idiota.

Pero lo que sé es que no está aquí.

Y que quería que lo estuviera.

Un rato después, estamos en el vestuario. Algunos aún en las duchas, otros ya cambiándose.

El partido fue intenso, sudado, y con esa sensación agridulce: no perdimos, pero tampoco ganamos. Aun así, cuando recibo la notificación de que las chicas de la Kappa están organizando una fiesta "para levantar la moral del equipo", sé

exactamente lo que significa: una excusa cutre para celebrar cualquier cosa.

Y me parece bien. Necesito una excusa.

Para verla.

Así que cuando cruzo las puertas de la casa de la Kappa y veo las luces de colores mezclándose con el sonido apagado de la música, mi expectativa crece. Va a estar aquí. No tiene forma de escapar.

Y voy a arrancarle ese escudo a la fuerza, si hace falta.

Atravieso la sala, saludando a algunas chicas por el camino. Recibo palmadas en la espalda, algunos "buen partido", otros "podríais haber ganado". Sonrío en automático. Porque no estoy aquí por eso.

Entonces la veo.

De pie al otro lado del salón, hablando con un grupo de chicas —y algunos chicos, jugadores de baloncesto y fútbol americano, todos vestidos como si acabaran de salir de un anuncio de bebida energética.

Maddie lleva un jersey ajustado de manga larga, de esos que se pegan al cuerpo como una segunda piel, y unos vaqueros skinny oscuros. Las gafas que usa siempre le dan ese aire nerd tan suyo, pero ahí, en medio de ese corro, es la más bonita de la sala.

¿Y lo peor? Está sonriendo.

Sonriendo mucho.

Me quedo quieto, observando unos segundos. Levanta la mirada como si me sintiera allí.

Inclino la cabeza, analizándola desde lejos. Ella sonríe.

Pero es una sonrisa seca. Contenida. Educada. Una sonrisa que le dedicaría a cualquier desconocido.

Le guiño un ojo, intentando romper el ambiente. Ella simplemente gira la cara.

¿Pero qué coño…?

Camino hasta el grupo.

Me encajo en el corro como quien llega sin hacer ruido, saludo a los conocidos y me coloco a su lado. El grupo sigue hablando —algo sobre entrenamiento funcional y ligamento roto— pero mi atención está completamente en ella.

—Buenas noches, *Mad* Maddie —digo con una sonrisa ladeada.

—Buenas noches, Miller —responde sin emoción, sin mirarme de verdad.

—Me enteré de que organizaron una fiesta solo para subirnos la moral. Mira qué querido soy —provoco.

—Tal vez fue por los otros jugadores —responde con ligereza, dando un sorbo a su copa como si hubiera dicho la cosa más banal del mundo.

Me muerdo la cara interna de la mejilla. Solo está disimulando. Eso es. Miro su cuerpo, recordando la excusa que usó para no verme. ¿Habrá usado alguna pomada para las rozaduras?

—¿Y cómo va ese… malestar? —sigo, recordando la excusa que puso para no ir al partido.

Ella me mira, y levanto las cejas de forma sugestiva para que entienda. Lo capta al instante.

—Mejor. Pero creí prudente no usar camisetas de hockey por un tiempo. Puede ser alergia.

Lo dice sonriéndole al chico de fútbol americano que tiene al lado, como si estuviera bromeando. Pero era para mí. Totalmente para mí.

Basta.

La agarro del brazo con cuidado, pero lo bastante firme como para dejar claro que quiero hablar.

—Ven.

Duda, y cuando se da cuenta de que no voy a ceder, me acompaña.

Nos detenemos en un rincón más vacío del pasillo. Se cruza de brazos y me mira con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa, Jordan?

—¿Qué pasa? Dímelo tú. Me estás evitando. No me respondes. No me buscas. Y ahora actúas como si yo fuera un completo desconocido. ¿Es en serio, Madison?

—Solo estoy haciendo lo que se acordó, ¿recuerdas? Sin apego. Sin drama.

—Pero yo quiero cambiar ese acuerdo —las palabras salen más fácil de lo que esperaba.

Me mira, seria.

—¿Y por qué iba a cambiarlo yo?

—Porque lo nuestro es algo bueno. Porque, aunque sea solo sexo, amistad, lo que sea… me estás quitando incluso eso.

—¿Y si ya no quiero?

—Eso es mentira. —Me paso una mano por la cara, incrédulo de estar diciendo todo esto.— Maddie, me estás mintiendo. Y eso es lo que mejor se te da, ¿no? Mentir. Estoy seguro de que hay algo más que no quieres contarme.

—¿Por qué? ¿Si no lo hay vas a volver a fisgonear en mis cosas?

—Entonces estás escondiendo algo… ¿qué es, Madison? Puedes confiar en mí —digo, y mi voz suena casi como un lamento.

Ella respira hondo. Su mirada cambia. Se vuelve más fría.

—No es eso —estalla, respirando a ráfagas que dilatan sus fosas nasales, como si fuera a explotar.— Jordan, acepta la verdad. Nunca estuviste realmente interesado en mí. Solo estás molesto porque tomé la delantera y me alejé antes de que te cansaras. Yo solo acorté el camino.

—¿Estás diciendo que no estoy interesado? —mi voz se eleva.

—Estoy diciendo que ya habrías perdido el interés si yo no hubiera salido de escena. Tú eres así. Cuando consigues lo que quieres, pierde la gracia. Yo solo me adelanté.

La rabia me sube por la garganta, se me derrama por la lengua y sale sin aviso:

—Estás loca.

—Puede ser. Pero no soy idiota. Ibas a hacerlo tarde o temprano. Solo te ahorré el trabajo.

Doy un paso atrás, tragando saliva.

—Sí que estaba cometiendo un error, pensando que podía ser diferente.

—Sí. Lo estabas.

Nos quedamos mirándonos un segundo demasiado largo.

Y entonces, sin más palabras, me doy la vuelta.

Ella hace lo mismo, y se va en la dirección contraria.

¡Joder! Creo que es la primera vez que discuto con una chica. Pero no me voy de la fiesta. No todavía. No antes de beber un poco más y… mirarla un poco más.

Mierda.

La música sigue alta. La gente sigue hablando a mi alrededor. Y yo no escucho ni una sola palabra. Seguro que hasta acepté hacer de niñera del Frango el próximo fin de semana sin darme cuenta.

Doy un trago a la cerveza tibia de mi vaso. No he conseguido beber bien desde que me alejé de ella.

Austin sigue hablando sin parar, riéndose de sus propias bromas.

Kyle está a mi lado con Brooke. Los dos parecen vivir en un universo paralelo de pareja perfecta. Sebastian y Winter se lanzan pullas disfrazadas de cariño. Y Emory… bueno, ella está ahí, callada, riéndose de las bromas de Austin, manteniendo cierta distancia.

Solo yo estoy fuera de eje.

Y entonces lo veo.

Al otro lado de la sala, mi chica sonríe. Una de esas sonrisas plenas, intensas. Pero no es para mí.

Es para el tipo con el que estaba hablando antes. Uno de los jugadores de baloncesto. El mismo que estaba en el corrillo hace un rato, escuchando cada palabra suya como si fuera brillante. El mismo al que no dejaba de mirar.

Veo cuando él le toma la mano. Ella se la deja.

Veo cuando ella lo tira suavemente hacia las escaleras.

Mis ojos siguen sus pasos.

Uno, dos, tres… y desaparecen en el piso de arriba.

El dolor en el pecho no es nuevo.

Pero es agudo.

Demasiado familiar.

Aprieto el vaso con fuerza. La cerveza se escurre entre mis dedos y gotea en el suelo.

—¿Jordan? —oigo llamar a Sebastian, pero no respondo.

Dejo el vaso aplastado sobre la mesita de al lado. Mis amigos me miran, confundidos.

—¿Ha pasado algo? —pregunta Kyle, frunciendo el ceño.

—Para mí, se acabó —digo, seco. La voz apenas me sale.

Austin se adelanta, con los ojos fijos en el mismo punto que yo ya no quiero ver.

—Eh, ¿quieres que te llevemos? Podemos…

—No. Está bien. Quedaos. Disfrutad de la fiesta.

Nadie intenta detenerme. Se miran entre ellos, pero no dicen nada.

Me doy la vuelta y me voy.

El ruido de la fiesta queda atrás mientras salgo. El aire nocturno me golpea la cara, frío, cortante.

Pero no más que esta mierda que siento por dentro.

Rechazo.

Otra vez.

Exactamente igual a lo que sentía en casa, cuando mi padre ignoraba cualquier victoria mía para exaltar lo que hacía Dylan.

Cuando mi madre me preguntaba cómo me había ido el día, pero solo después de preguntarles a sus hijos preferidos.

Cuando el silencio me decía que no era suficiente, por más que lo intentara.

Ahora es Madison.

No necesitó decir nada. Solo me lo mostró.

Me mostró que tampoco soy suficiente para ella.

Debería estar acostumbrado.

Pero no lo estoy.

Y eso me cabrea más que cualquier otra cosa.

Porque por primera vez… creí que quizá, solo quizá…

Yo sí era suficiente para alguien.



El sonido de la cuchilla siendo afilada me irrita.

Las conversaciones paralelas sobre jugadas ensayadas me irritan.

La nueva dependienta de la tienda mirándome sin parar, soltando risitas tontas, me irrita todavía más.

Todo porque yo quería ser el destinatario de risitas como esas, pero no de esta chica, sino de ella. De la persona a la que dejé entrar y que me enseñó que no sirvo para esta vida de pareja perfecta.

No.

Grizzly sigue con su trabajo, comentando sobre el partido del fin de semana, y yo solo consigo responder con monosílabos.

Joder. El tipo no tiene la culpa de mi mal humor.

—Eh, tío. Tengo que arreglar un par de cosas y luego vuelvo a por los patines, ¿vale?

—Tranquilo, Miller. Dale.

Salgo de la tienda como si el lugar estuviera en llamas. Una temperatura completamente distinta a la de la calle. Me acomodo el gorro para cubrirme mejor las orejas y sigo a un paso más lento, intentando que los escaparates de las tiendas ocupen el lugar de su rostro, que aparece cada segundo en mis pensamientos.

Mierda, Madison.

Primero veo su sonrisa, luego siento su toque en mi cara, haciéndome flotar el pecho. Su mano agarrando la mía con esos dedos pequeños y entonces… ella toma la mano del otro tipo.

Ese puto jugador de baloncesto.

La veo subir las escaleras.

A los dos desapareciendo en el piso de arriba.

Mi jodido corazón cerrándose como una trampa.

Intento ahuyentarlo, pero es inútil. Cuanto más ruido, más recuerdos.

La discusión. Sus palabras. La sonrisa seca.

Y lo peor de todo: la forma en que no me miraba. Cómo desviaba los ojos cada vez que intentaba buscar alguna señal. Lo que fuera.

Parecía otra persona.

No la Maddie que durmió conmigo.

No la Maddie que cantó con la voz quebrada e hizo llorar a mi madre en el comedor.

No la Maddie que encajaba en mi pecho como si hubiera sido hecha para estar ahí.

Aquella era una versión fría. Cerrada.

Una que me cabreó, sí. Pero que también me dejó jodidamente confuso.

Porque no tiene sentido.

No después de todo.

Cuando me doy cuenta, estoy parado frente a la Lan House.

Ni lo pensé. Mis pies me trajeron hasta aquí.

Entro.

La sala VIP está vacía. Mis pasos resuenan sobre el suelo encerado, hasta la vieja estación 12.

Me siento.

La pantalla apagada refleja mi rostro, cansado.

Bajo la mirada…

Y ahí está.

La inscripción escrita a bolígrafo en la madera de la mesa.

"GhostQueen, aún me la vas a dar.
Firmado: IceWarrior."

Suelto una risa sin humor.

Se enfadó cuando lo leyó… y ni imagina que ya hizo exactamente lo que está escrito aquí.

El problema es que yo pensé que me había dado algo más que solo el cuerpo.

Porque yo lo di todo. Todo de mí.

Suspiro y enciendo el ordenador.

No era el plan. No vine pensando en esto. Pero los dedos actúan solos, conectándose al juego.

Es costumbre. Mecánico. Casi involuntario.

Cuando me doy cuenta, el castillo de mi reino aparece. Los campos, los soldados, las notificaciones del reino. Todo ahí.

Y entonces veo las ventanitas.

Notificaciones en el chat.

GhostQueen envió un mensaje.

Mi pecho se aprieta.

Llevo días sin jugar. Abandoné a mi emperador y a mi reino a su lado. Aunque el juego era jodidamente adictivo, mi intención con él cambió cuando pasó a servir para otro propósito. Mi intermediario para alcanzarla.

Idiota. ¿Cómo alcanzar a alguien que tiene la habilidad de huir de mí, eh?

Y peor aún, dejar claro que no fui nada más que un aperitivo para ella. Yo solo corté la cinta inaugural para que entrara el resto de la clientela.

Mierda.

El estómago se me retuerce, recordándome que apenas comí a la hora de comer. No tenía hambre. Nada me pasaba por la garganta.

Decidí hacer una de mis rutinas, de esas que solían vaciarme la cabeza. Siempre que el sentimiento de rechazo asumía una importancia mayor de la que podía manejar, afilar mis cuchillas me devolvía al objetivo. Quiero ser jugador profesional después de levantar la copa del Frozen Four.

Quiero mantener mi estadística como el más veloz de mi categoría y, quién sabe, algún día de la Liga Nacional de Hockey. Para eso, mantener mis patines en perfecto estado forma parte del plan.

Esperaba que venir hasta aquí fuera suficiente para olvidar.

Pero mi cuerpo me trajo hasta ella.

Que está en nuestro reino.

En línea.

Y además me escribió un mensaje.

Mis ojos se quedan clavados en la esquina de la pantalla, donde el icono del chat parpadea, insistente. Como si pidiera: abre ya.

Mi mano flota sobre el ratón. Hago clic.

> ***GhostQueen:***
> **¿Alguna vez te han roto el corazón?**
> **¿Has sentido un dolor tan agudo en el pecho que apenas podías respirar?**

Me detengo.

Las manos se me congelan sobre el teclado.

Una parte de mí —la más estúpida, la más orgullosa— quiere escribir un "no".

Fingir que soy el chulo al que nada le afecta.

¿Pero la verdad?

La verdad me asfixia.

Así que respiro hondo y dejo la máscara a un lado.

IceWarrior:
Sí. ¿Por qué, mi reina? Tu pretendiente la cagó.

No lo hizo.

Lo hiciste tú.

Su respuesta llega rápido.

GhostQueen:
Tengo miedo de muchas cosas.
Mi vida nunca fue fácil. Soy demasiado complicada.
Y él había dejado claro que era solo sexo.
Pero entonces… empecé a sentir algo más.

Leo. Releo.

Y cada palabra suya parece una cuchilla afilada.

Porque parte de esto es culpa mía, lo sé. Solo que ella no quiso. Puso una barrera que no supe cruzar.

IceWarrior:
¿Él te dijo que no quería verte más?

Pausa.

Esta vez tarda más. Siento que está eligiendo las palabras.

GhostQueen:

Nunca dijo que no quería.
Pero tampoco dijo que quería.
Tiene fama de romper corazones.
No quería ser ese tipo de chica.

Cierro los ojos.

Escuchó historias. Claro que las escuchó. Historias que probablemente son ciertas.

Historias sobre mí, antes de ella.

¿Pero por qué no se dio cuenta de que con ella… fue diferente desde el primer momento?

IceWarrior:
¿Él sabía lo que tú querías?

GhostQueen:
Quizá no.
Como dije… mi vida es demasiado complicada, guerrero.
Para estar conmigo hace falta algo más que un escudo y una espada.

¿Qué cojones quiere decir con eso?

¿Tiene miedo de ser solo una más o está metida en un lío? Nada me asusta después de la historia del padre de Sebs y su abuelo, y sé que ella ha estado ayudando a la familia de mi amigo en la sombra. ¿Pero qué tiene que ver?

La chica solo usa su inteligencia para ayudar a quien lo necesita y mantenerse. No es nada del otro mundo.

Creo que prefiere actuar en secreto para evitar problemas con gente como el senador Maxwell, por ejemplo. Estoy seguro de que el abuelo de Sebs es peligroso. Lo que le hizo a su propio hijo es prueba viviente de ello.

¿Qué padre mete a su hijo esquizofrénico en una clínica y declara su muerte al mundo, eh?

Gregory Maxwell.

Es el tipo de hombre capaz de eso.

Maddie debería saber que a mí no me importaba. Nunca di a entender que la veía de otra forma cuando descubrí sus habilidades como hacker.

A menos que eso se sume a mi pésima elección de palabras cuando le pedí que fuera mi novia falsa.

¡Joder!

Que le den a lo que le dije.

Que le den a esta inseguridad maldita.

Yo solo quiero… recuperar a mi nerd.

Mis manos siguen suspendidas sobre el teclado, pensando qué decir.

Pero el globo del chat vuelve a parpadear.

> ***GhostQueen:***
> **Y tuve miedo de hacer daño a alguien que… que estaba empezando a sentir algo diferente.**

Leo despacio.

El corazón parece hundirse en el pecho, como si hubiera recibido una patada justo en medio del esternón.

Ella estaba sintiendo algo por mí.

¿Y aun así… se alejó?

¿Por miedo?

¿Por creer que me perjudicaría?

Maddie pensó que yo no era lo bastante fuerte para lidiar con el caos que viene con ella. Pero lo soy.

Respondo antes de que el impulso se esfume:

> ***IceWarrior:***
> **La decisión de seguir o no era suya.**

El cursor de ella parpadea unos segundos.

Y entonces aparece un mensaje nuevo.

Distinto. Más ligero.

> ***GhostQueen:***
> **Sí.**
> **Lo sé…**

El chat queda estático unos segundos. Mi respiración es irregular. Escribo dos frases sin sentido alguno para ella. Y las borro.

Me estaría delatando si preguntara por el tipo del baloncesto. Aún no había tragado esa parte.

> ***GhostQueen:***
> **Pero vayamos a lo que nos interesa a nosotros, marido.**
> **No voy a darte más la lata con mi vida de nerd aburrida.**

Nunca fue aburrida.

> ***IceWarrior:***
> **Dispara, mi reina.**

> ***GhostQueen:***
> **¿Por qué aún no has cercado la Villa de Talmania?**
> **Prometiste poner tropas allí para proteger el Condado de Armand. ¿Voy a tener que decapitarte y quedarme viuda?**

Sonrío al leer su mensaje mandón.

Tan *Mad* Maddie.

Mis dedos escriben solos, más rápido que la lógica.

IceWarrior:
Mil perdones, mi reina.
Hubo un motín en el Norte. Pero juro por el honor de mi espada: estoy a tu servicio.
Soy tu humilde siervo.
Tu guardián. Tu marido devoto.

El silencio en la pantalla ahora resulta más cómodo.

Por un momento, volvemos a ser solo dos personajes de un mundo ficticio, donde ella es mi reina y yo su emperador, dispuesto a defenderla con un escudo, una espada y todo mi ejército.

La verdad es que quiero defenderla en el mundo real también. Aquí soy un gladiador. Un Gladiador del Hielo. Y siempre lucho para ganar.

Por eso, no voy a aceptar perderla.

No así.

No sin luchar.

Puede que ella haya pensado que alejarse era lo correcto. Que me estaba protegiendo.

Pero si hay algo que este juego me enseñó es que los mejores planes son los que nadie ve venir.

Y yo soy un jugador. Un estratega.

Ella me dejó fuera…

Pero ahora voy a encontrar la forma de volver a entrar.

Es hora de montar mi plan invencible.

Y esta vez voy a usar todas las armas que tengo.

Porque Madison Turner no va a escapar de mí.

Nunca más.



El sonido del bar 213 vibra como un bajo palpitando bajo la piel. Cada nota, cada estrofa, parece querer arrancarme el corazón del pecho. O quizá sea solo el alcohol haciendo efecto.

Respiro hondo, sujetando mi segunda jarra de cerveza como si fuera un ancla. Cameron todavía no se ha dado cuenta de los dos shots de tequila que me tomé a escondidas cuando fue al baño. Espero que siga así.

Le daría un ataque.

Pero no es como si yo estuviera lo suficientemente sobria para tomar buenas decisiones.

Ni emocionalmente preparada para estar en este lugar.

Porque él está aquí.

También… ¿qué esperaba?

¿Que fuera el único jugador de hockey que no viniera a celebrar su victoria después de un partido?

Lo correcto habría sido que yo no viniera. Que estuviera encerrada en mi cuarto, haciendo cualquier otra cosa que no fuera presenciar a Jordan Miller entrando al bar de la mano de otra chica.

Pero cierta morena insistente prácticamente me vistió con uno de sus pantalones skinny ajustados, uno de mis sudaderas que deja el hombro al descubierto. Y jugó a las muñecas mientras me

maquillaba y me cepillaba el pelo. Al menos logré agarrar mis gafas a tiempo, antes de salir sin algo que me protegiera.

Mierda. Nada me protegería de esto.

Jordan cruzó el bar como si fuera el dueño del mundo, con la sudadera del equipo, el pelo despeinado y… esa chica patinadora colgada de él.

¿Por qué está de la mano con ella?

¿Acaso asumió mi puesto de novia falsa?

¿Es eso?

Bufó, irritada por no poder apartar la mirada, ni siquiera cuando él se dio cuenta de que lo estaba mirando. Casi le hice un gesto, señalando sus manos y preguntando: "¿Es en serio?".

Eso era lo que quería hacer. Me tragué la pregunta, con el orgullo herido, y mastiqué los pedazos de mi corazón hecho añicos.

Ella es bonita. Obvio. Del tipo que probablemente no desaparece de madrugada. Su sonrisa exageradamente entusiasmada indica que solo saldría de su cama a la fuerza, y no por voluntad propia en plena noche.

Seguro que tampoco tiene un padre buscado internacionalmente, ni una identidad falsa guardada en la carpeta "backup musical".

Siento una punzada real en el pecho. Física.

Ese dolor agudo que no debería existir fuera de las películas, pero que está aquí, clavado entre las costillas.

Vuelvo a beber.

El vaso se vacía demasiado rápido.

La jukebox está en modo aleatorio, como si tuviera vida propia. Saltamos de Paramore a Taylor Swift en un giro extraño, hasta que alguien —con el mismo nivel de valentía que de desafinación— se apodera del micrófono y suelta la voz con un clásico de Whitney Houston.

Estamos ocupando algunas mesas en un lateral del bar. Algunos de pie y otros sentados, disfrutando. Por desgracia, él se

sienta en el espacio libre al lado de Sebastian y Winter. Kyle había ido a buscar una bebida al mostrador para Brooke. Emory estaba conversando con Cameron un poco más apartadas. Y Sidney todavía dudaba entre sentarse o quedarse de pie. Por eso era la más cercana a mí.

—Esto debería ser delito federal… —gruñe Sebastian, y antes de que suelte otro comentario, Winter, sentada en su regazo, le tapa la boca.

—Ah, tiene potencial —comento, girando despacio, sintiendo cómo mi pelo acompaña el movimiento—. Si intentara en la menor y dejara el vibrato para el final de la nota.

—Eres imposible —suelta Cameron detrás de mí, riendo—. No consigues apagar el oído clínico ni borracha.

—¿Y tú no deberías divertirte? —le respondo, guiñándole un ojo.

—Estoy ocupada cuidando de cierta persona que hoy parece fuera de control —dice en voz baja, solo para que yo la oiga.

—Estoy bien, Cam.

—¿Seguro? —pregunta, lanzando una mirada discreta hacia la parejita, que parece estar teniendo una conversación divertidísima, ya que el idiota de mi exnovio falso no deja de sonreír.

Respiro hondo y asiento, dándoles la espalda para reducir al menos un poco lo que estoy sintiendo.

Cuando Brooke regresa con su bebida elaborada en una copa elegante, empieza a bailar al lado de Sidney. Luego me da un codazo y, antes de que pueda negarme, ya estoy entre las dos amigas en la pista improvisada, fingiendo que amo la canción —ni siquiera sé cuál es— y fingiendo que estoy bien.

Pero no lo estoy. Y ningún fingimiento del mundo sería suficiente para engañar el agujero que tengo dentro.

Porque él está ahí.

Riendo. Con una chica sentada en su pierna.

Hice lo correcto. Estaba protegiéndonos a los dos, de alguna forma.

Aun así, duele. Joder… cómo duele.

Cierro los ojos con fuerza, buscando valor para aguantar un poco más antes de irme, manteniendo el plan de indiferencia. Solo que no sé cómo voy a lograrlo.

En ese momento, una bandeja pasa junto a mí, llevando dos chupitos de tequila para alguien. La intercepto a mitad de camino y me los bebo de una vez antes de que la camarera tenga tiempo de protestar. Brooke bromea con la chica, que no se enfada conmigo, y volvemos a bailar.

Creo que acabo de descubrir cómo voy a sobrevivir un poco más viendo la escena que está destrozando mi corazón.

No sé cuántas canciones bailé. Ni si ya voy por la cuarta jarra de cerveza, pero sé que necesito hacer algo para gritar el dolor que ruge en mi pecho cada vez que él le sonríe a ella.

El cantante abandona el micrófono de la jukebox, y mis piernas caminan solas hasta allí. Es como si el valor brotara por mis poros, mostrándome lo que debo hacer para apartar a esa chica de su lado.

No pienso.

Agarro el micrófono con las manos temblorosas. Elijo la canción perfecta, la que en su letra dice todo lo que estoy sintiendo.

Drivers License, de Olivia Rodrigo, empieza y la melodía atraviesa mi cuerpo como una daga afilada.

Y entonces canto.

I got my driver's license last week

La semana pasada saqué mi carnet de conducir

Just like we always talked about…

Justo como siempre hablábamos…

Mi voz gana fuerza. Ya no importa quién esté ahí. Mis ojos no se apartan de él. La chica está de pie, molesta, fuera de su regazo.

El estómago se me revuelve. Pero mi garganta se mantiene firme, porque cada nota es una verdad que he tragado durante días.

Aprieto el micrófono con fuerza, sintiendo cómo la voz se me quiebra un poco en la siguiente parte, pero sigo:

'Cause I still fuckin' love you, babe
Porque aún te amo jodidamente, cariño

Sidewalks we crossed
Las aceras que cruzamos

I still hear your voice in the traffic, we're laughing
Aún escucho tu voz en el tráfico, estamos riendo

Over all the noise
Por encima de todo el ruido

God, I'm so blue, know we're through
Dios, estoy tan triste, sé que se acabó

But I still fuckin' love you, babe
Pero aún te amo jodidamente, cariño

Las palabras salen cargadas de todo lo que he estado conteniendo: rabia, tristeza, nostalgia.

Una lágrima resbala por mi rostro.

Y no me importa.

Todo mi cuerpo vibra. Las manos me sudan, pero sigo ahí, cantando… solo para él.

Jordan me mira.

Por un segundo creo que va a apartar la mirada. Que va a fingir que no es para él.

Pero no lo hace.

Me mira con esa intensidad absurda —la misma que tenía cuando estaba sobre mí.

La misma que usó cuando acarició mi rostro como si yo fuera algo precioso.

De pronto, se mueve.

Aparta a la chica de su regazo como si ni siquiera estuviera ahí, como si fuera solo otra presencia irrelevante en el universo. Luego cruza el bar en mi dirección.

¿Y yo?

Me quedo ahí.

Inmóvil.

Llega hasta mí sin decir una sola palabra. Extiende la mano, me quita el micrófono. Lo devuelve a la jukebox. Y me ofrece la otra mano.

Solo eso.

Solo la mano.

Yo agarro.

Porque no soy lo suficientemente fuerte como para no hacerlo.

Giramos juntos.

Él camina tirando de mí con suavidad, como si supiera exactamente lo que está haciendo —y quizá lo sepa.

Como si el mundo entero estuviera en silencio, salvo por nuestros pasos.

Cameron aparece, angustiada.

—¡Eh, loco! ¡Suelta a mi amiga!

Le hago un gesto para que no intervenga, para decirle que está todo bien. Ella amenaza a Jordan con un gesto de "te estoy vigilando", y él solo suelta una risa sin humor, siguiendo conmigo hacia la salida del bar.

Cuando me doy cuenta, estamos en el estacionamiento.

Sus dedos sueltan los míos solo para abrir la puerta del coche.

—Jordan… —intento decir, pero no responde.

Solo me ayuda a sentarme en el asiento del copiloto, con cuidado, con un silencio ensordecedor. Luego pasa el cinturón de seguridad por mi cuerpo, ajustándolo despacio, como si yo fuera de cristal.

Va al lado del conductor, enciende el coche y conduce sin decir una sola palabra.

Mierda. He cometido una cagada enorme.

Sus manos están firmes en el volante, los ojos al frente, como si mirarme ahora fuera peligroso.

Reconozco el camino cuando giramos hacia la calle de la Alpha.

El coche se detiene.

Él baja primero, rodea el vehículo y abre mi puerta.

—¿No vas a hablar conmigo? —susurro, bajando con su ayuda.

Nada.

—Jordan… ¿por qué no me hablas?

Solo el sonido de nuestros pasos.

—Canté para ti —mi voz falla—. Dije que… que te amo.

Él se detiene.

Pero aún no dice nada.

Sube las escaleras conmigo hasta su habitación. Entramos y cierra la puerta.

Finalmente, toma mi rostro con ambas manos y sus ojos se clavan en los míos con una intensidad absurda.

—No voy a decirte "te amo", Maddie —dice, y mi corazón se detiene por un segundo.

Pero entonces añade, firme, con la voz ronca:

—Voy a hacer mucho más… voy a hacer el amor contigo.

El aire se me escapa de los pulmones.

No sé si es alivio. O deseo. O las dos cosas a la vez.

Besa mi frente. Luego cada una de mis mejillas. Y solo entonces… mis labios.

El beso no es como antes. No tiene prisa. Es un contacto caliente, profundo, que se prolonga como si fuera el único idioma entre nosotros.

Su boca encaja con la mía con una precisión que me deja sin suelo. Los labios se entreabren. Desliza la lengua con tanta dulzura, explorando, sintiendo. Y yo me entrego por completo.

Rompe el beso con un suspiro y me quita las gafas con cuidado. Las deja sobre la mesilla.

Luego sus dedos encuentran el borde de mi sudadera. Tira despacio. La prenda sube, deslizándose por mi piel hasta salir por completo de mi cuerpo.

En silencio, me observa un instante. Después pasa los dedos por el botón de mis vaqueros. Me guía hasta sentarme en el borde de la cama y se arrodilla frente a mí para quitarme las botas.

Mis vaqueros son la siguiente prenda. Los baja sin apartar los ojos de los míos.

Me quedo solo con sujetador y braguita frente a él. Y aun así… me siento protegida. Cuidada.

Se levanta, se quita su sudadera por la cabeza y luego la camiseta, quedándose desnudo de cintura para arriba.

Sus dedos alcanzan el botón de sus vaqueros y empuja todo hacia abajo, hasta la ropa interior, quedando desnudo frente a mí. Gimo ante la visión del cuerpo que tanto había echado de menos.

Jordan empuja mis hombros para que me tumbe en su cama y vuelve a besarme… despacio. Con reverencia. Como si intentara

hablar a través de cada beso. Como si cada caricia fuera un recordatorio: estoy aquí. Te he echado de menos. Eres mía.

Su boca desciende a mi cuello, luego a mi clavícula.

Besa con firmeza y ternura al mismo tiempo, dejando rastros calientes por donde pasa.

Sus dedos tocan mi pecho y, cuando su boca encuentra mi piel allí, el mundo parece disolverse a nuestro alrededor.

Sopla la zona sensible, húmeda de saliva, y mi cuerpo se arquea de forma involuntaria mientras los escalofríos me recorren entera. Hace lo mismo del otro lado —beso, lengua, calor, aliento.

Muerdo mi labio, intentando contener un gemido.

Pero él lo nota.

Siempre lo nota.

Su boca vuelve a la mía, pero solo por un momento.

De repente se aparta… lo justo para girarme con delicadeza.

Quedo boca abajo en la cama, con el corazón acelerado.

Siento sus manos apartando mi pelo con cuidado.

Entonces agarra con firmeza los mechones, recogiéndolos en una coleta, como si estuviera reclamándome. Su boca deposita besos en mi nuca, lentos, calientes, alternando mordiscos y el roce de su lengua. Luego el soplo que me hace estremecer hasta la punta de los dedos.

Mi cuerpo responde sin resistencia.

Desciende por mi espalda con un rastro de besos y caricias que alimentan mi necesidad de más… más de él… más de Jordan… más de mi Gladiador.

Arqueo la cadera cuando alcanza la zona con su boca, manteniendo esa secuencia delirante como un mantra para volverme loca. El vello de mi piel se eriza como si su toque fuera pura electricidad.

Mi respiración ya es irregular.

Besa el límite entre mi espalda y mis piernas.

Tan cerca.

Tan cruelmente cerca del lugar que necesito. Pero pasa de largo. Y casi lloro.

Mi piel está en llamas.

Cada centímetro de mi cuerpo lo ansía, ansía el contacto que aún no llega, y eso solo me deja más entregada, más rendida de lo que jamás imaginé.

Baja por uno de mis muslos, besa lentamente la parte posterior de mi rodilla.

La lengua traza círculos suaves allí y suspiro fuerte, jadeando. Lo siento deslizarse hasta mi tobillo. Luego subir por la otra pierna, repitiendo todo con la misma dedicación ardiente.

Estoy mojada. Caliente. Lista.

Su sonrisa descarada contra mi piel demuestra que sabe exactamente lo que está haciendo.

Sube despacio, acomodándose de nuevo sobre mí, rodeándome con su cuerpo caliente y firme, envolviéndome por completo.

Sus labios rozan mi oído.

—¿Tienes idea de cuánto te he echado de menos?

Cierro los ojos con fuerza.

—Jordan…

—Necesitas saber que todo esto es diferente —susurra, con la voz ronca, cargada de deseo y algo más. Algo que aún no quiere nombrar—. Todo lo que hago contigo es diferente a lo que hice con cualquier otra chica, princesa.

Me giro, buscando sus ojos. Me acomodo, pegando la espalda al colchón.

Jordan toma mi rostro con ambas manos. Su pulgar acaricia mi mentón. Y cuando habla, es como si el tiempo se detuviera.

—Estoy jodidamente enamorado de ti. —Mi corazón se acelera tanto que creo oírlo dentro del pecho. Continúa—. No sé cuándo pasó. Siempre lo negué, pero creo que tiré aquella maldita

toalla a propósito. Creo que cuando te vi, quise inconscientemente buscar una excusa para perseguirte.

Suelto una risa baja y, antes de apartar la mirada, me sujeta el mentón.

—Siempre lo supe… tú tiraste mi toalla.

Me guiña el ojo con picardía y yo tiro de su nuca para besarlo de nuevo.

—Dime que es esto lo que quieres —pide, con nuestras bocas a un hilo de distancia.

—Es todo lo que quiero —susurro, y mi voz falla por la emoción y la entrega.

Con una rapidez ninja, toma un preservativo, lo desenrolla sobre su polla y entra en mí lentamente.

Todo desaparece a nuestro alrededor.

Mi cuerpo lo recibe con un calor desesperado, un encaje perfecto que me hace cerrar los ojos de placer. Mi sexo se abre con una punzada dolorosa para recibirlo entero.

Gime bajo, ronco, contra mi cuello, mientras se mueve despacio.

Sus caderas aceleran un poco, el ritmo aumenta a medida que el calor entre nosotros se vuelve insoportable.

Nuestras manos se aferran, nuestros cuerpos chocan con una urgencia dulce, y sus besos cubren mi rostro como promesas.

—Eres mía —susurra.

—Soy tuya —respondo, jadeando, con lágrimas en los ojos.

Mis músculos internos se contraen alrededor de su polla cuando el placer empieza a escalar dentro de mí.

Él lo siente y me sujeta con más fuerza, moviéndose más rápido.

—Ven conmigo, princesa. Gózate conmigo —dice, con los ojos fijos en los míos.

Y me corro.

En un clímax de placer extremo, me entrego por completo.

Mi cuerpo tiembla, el mundo estalla en estrellas detrás de mis párpados cerrados.

Su nombre escapa de mi boca y siento el mío, Maddie, resonar en mi cuello junto a la respiración descompasada de su orgasmo.

No hay palabras ahora.

Solo el silencio de dos cuerpos entrelazados…

Seguimos sin aliento.

Pasa los dedos por mi rostro, trazando la línea de mi mandíbula con cariño, y dejo escapar una sonrisa perezosa.

—Hacer el amor es increíble. Me encantó —murmuro, aún pegada a su pecho—. Pero… —añado, mordiendo la comisura del labio. Sus ojos se nublan, confusos, mirándome—. También me gusta cuando me follas con fuerza.

Él abre los ojos de par en par, se queda paralizado un segundo. Y luego se ríe. Una carcajada deliciosa que rebota dentro de mí de una forma extraña. Porque quiero más.

Lo empujo contra el colchón.

Su cuerpo se hunde bajo el mío y la risa se convierte en un jadeo ronco. Cambio rápidamente el preservativo, como una habilidad recién adquirida.

—Maddie… —me advierte, pero ya estoy deslizando la mano hasta su polla, sintiendo cómo vuelve a endurecerse por mí.

—¿Crees que estoy bromeando?

Él me sujeta la cadera, pero me deja el control.

Mi mano lo estimula con firmeza, los dedos se mueven con conocimiento e intención.

Su respiración cambia. La tensión sube.

Me coloco sobre él, acomodando de nuevo la punta en mi sexo, caliente y mojado. Muy mojado para él.

—Siempre listo para ti, princesa —dice, y su sonrisa burlona no logra ocultar la excitación.

—Lo sé —provoco, sentándome despacio, gimiendo al sentirlo dentro de mí una vez más.

Pero ahora es distinto.

No es ternura. Es necesidad. Es la urgencia de dos cuerpos que ya se conocen y quieren explorar cada centímetro del otro.

Empiezo a moverme.

Lento al principio. Luego más intenso.

Me apoyo en su pecho, mis uñas marcando su piel, mis caderas encontrándose con las suyas con fuerza.

Él gime, las manos apretando mi cintura como si quisiera controlarme —pero no lo hará.

Esta vez, mando yo.

—¿Te gusta esto? —susurro, inclinándome hacia delante, mis pechos rozando su torso—. ¿Te gusta cuando yo te follo así?

—Cuesta pensar cuando me cabalgas de esta manera —dice entre dientes, con la voz ronca.

Me río. Una risa baja, cargada de deseo.

Me muevo más rápido, más fuerte, sintiendo todo el cuerpo vibrar.

Él se incorpora lo justo para morderme el hombro y luego deslizar los labios hasta mi clavícula. Tiro de su cabeza para acercarla a uno de mis pechos.

—Muérdeme… —ordeno, y sus ojos se oscurecen de lujuria. No hace falta repetirlo: siento sus dientes clavarse en mi piel, marcándome. Chupa y muerde mientras yo subo y bajo sobre su polla.

El placer crece en oleadas.

Mis piernas tiemblan. Mi centro late.

Está tan profundo dentro de mí que apenas puedo pensar.

Su cabeza cae hacia atrás, señal clara de lo cerca que está y de lo mucho que se contiene para esperarme.

—Así, Maddie… así… sigue —susurra, con los ojos entrecerrados, los labios abiertos, sudado y perfecto.

—Yo… —empiezo, pero no consigo terminar.

Porque el placer me golpea como una explosión. Gimo alto, como una llamada para que me siga.

Mis piernas tiemblan, mis caderas siguen moviéndose por puro instinto… por deseo.

—Jordan —jadeo, y él me agarra la cintura con fuerza, ayudándome con el ritmo que también necesita.

Se incorpora, se sienta conmigo aún encima de él, pega su boca a la mía y me besa, devorándome entera.

Cuando se corre, siento cómo sus músculos se tensan, su respiración falla contra mi boca, sus brazos me rodean y comprendo que soy lo único en el mundo que quiere sostener.

—Joder… —jadea, apoyando la frente en la mía—. Vas a acabar conmigo.

Cae de espaldas en la cama, tirando de mí con él. Mi cuerpo se derrumba sobre el suyo y nos quedamos así, con los corazones todavía a ritmo de maratón.

Guardamos silencio unos segundos. Tal vez minutos.

Hasta que refunfuña:

—Estaba listo para hacerte una serenata hoy. Pero tú te subiste al escenario primero.

—Ah, ¿entonces ibas a cantarme?

—No. Iba a cantarle a tu culo. Se merecía una canción solo para él.

Suelto una carcajada, hundiendo el rostro en su cuello.

—Idiota.

—Pero ahora tendré que componer otra. Esta versión tuya encima de mí merece un Grammy.

—¿En la categoría "sexo más sudado y dramático"?

—Categoría "sexo más delicioso con la nerd más guapa que he conocido" —replica, dándome una palmada suave en el culo.

—Vas a inflarte el ego, Miller.

—Ya es tarde.

Nos quedamos en silencio unos segundos. Él también.

Y cuando mi respiración se calma, me doy cuenta de que los dos estamos sonriendo.

Sonriendo de verdad, de esa forma que calienta el pecho por dentro.

—¿Jordan?

—¿Hm?

—Necesito contarte que… —Respiro hondo, sabiendo que tiene que ser ahora, antes de que el valor se me escape—. No me líe con el chico de aquella fiesta.

—Gracias a Dios… —murmura. Le doy un beso en el pecho a modo de disculpa. Él toma mi rostro, las cejas fruncidas con la pregunta clara en los ojos—. ¿Por qué hiciste eso, Maddie? Estábamos bien.

Suelto el aire en un tic nervioso para mantener el valor ahí dentro.

—Porque mi vida no es complicada solo por hacer trabajos como descifrar un pendrive, como hice para Sebastian y Emory, Jordan. Hay algo mucho más grave en mi pasado.

Se pone en alerta. Sus ojos esperan, ansiosos, a que continúe. Cierro los míos y empiezo:

—Mi padre no es un buen hombre. Es un criminal prófugo y… creía que yo estaba muerta. Creo que descubrió que era mentira. —Se me corta la respiración y siento sus dedos acariciándome el pelo. El gesto suave me hace abrir los ojos y seguir—. Me utilizaba para cometer delitos cibernéticos. Muchos. Todos para aumentar su fortuna. Estuve en cautiverio desde los nueve años. Siempre encerrada en casa, en una habitación, haciendo todo lo que él quería. Había perdido a mi madre y… creía que debía agradar a mi padre. Siempre buscaba su aprobación.

—No es que mi situación fuera tan grave, pero entiendo lo de querer agradar a tu padre.

—Sí —sonrío triste—. Lo sé.

—Nunca voy a juzgarte por tu padre, Maddie. Yo sé quién eres.

Mi pecho se expande con sus palabras, como una caricia por dentro.

—Gracias —susurro.

—¿Por eso huiste de mí esta vez?

—Vi un mensaje de mi padre, Jordan. Como si me estuviera advirtiendo de que sabe que sigo viva. Y tuve miedo —confieso, dibujando círculos suaves sobre su piel, justo encima de su pezón—. Miedo de que viniera a por mí. De que hiciera daño a las personas a las que me he apegado… solo para vengarse de mí.

—¿Cómo así?

—Mi padre tuvo que huir porque yo me cansé de vivir presa. Quería libertad. Así que encontré la forma de entregar pruebas suficientes para que la CIA fuera tras él. Me llamó idiota entonces. —Se me escapa una risa seca—. Estaba tan acostumbrado a verme como una herramienta que nunca pensó que pudiera rebelarme. Fue su error.

—¿Estás aquí escondiéndote de él?

Asiento despacio. La verdad pesa más cada vez que la digo.

—¿Te alejaste porque te preocupabas por mí? —Toma mi rostro con ambas manos, obligándome a mirarlo. Asiento de nuevo —. Ah, princesa… yo no tengo miedo. Y no quiero que vuelvas a alejarte por eso, ¿vale?

Una lágrima se escapa antes de que pueda evitarlo. La limpia con el pulgar, y la ternura de ese gesto me desarma un poco más.

Jordan me envuelve en sus brazos, apretándome contra su pecho, como si quisiera guardarme ahí dentro.

Nos quedamos en silencio, como si el contacto fuera suficiente para decir todo lo que aún cuesta poner en palabras.

Besa la coronilla de mi cabeza e inspira hondo.

—¿Sabes…? Yo… —Noto que se pone nervioso de repente—. Quiero que seas mi chica, Maddie —dice, con la voz firme y caliente

—. Y no hablo solo de la cama. Lo quiero de verdad.

Mi corazón tropieza en el pecho. Las ganas de decir "sí" laten en el fondo de la garganta.

—Entraste al bar con otra chica y saliste conmigo esa misma noche, gladiador —bromeo, con media sonrisa—. Así que… quizá no sea el mejor día para oficializar nada, ¿no?

Pone los ojos en blanco con una media sonrisa irónica y se inclina hacia la mochila tirada cerca de la cama. De ahí saca su jersey de los Gladiadores —la suya. Número en la espalda. Nombre bordado— y me la entrega con un gesto solemne, como si me ofreciera el alma.

—Entonces guarda esto. Porque cuando la uses… todo el mundo lo sabrá. Que eres mi chica.

Una oleada de calor me recorre por dentro. Mis dedos acarician la tela con cuidado, absorbiendo el peso simbólico de aquello.

—Gracias por el pijama más exclusivo del campus —bromeo —. Prometo honrar el número 12 mientras duerma con él.

Él sonríe, esa sonrisa torcida que hace que el mundo parezca menos aterrador.

Y yo… respiro hondo.

Porque, por un instante, me permito creer que quizá sí pueda ser feliz con él.

A pesar de todo.



La jersey de los Gladiadores sigue sobre mi cuerpo.

Cubre mi piel como un recordatorio de esta madrugada, es decir, de su sabor, de su tacto, del caos que provoca en mi cabeza.

Cuando su coche se detuvo frente a la Kappa, apoyó la cabeza en el volante con esa sonrisa medio torcida que siempre me desarma.

—Te ves aún más sexy con mi jersey, princesa. Este debería ser tu uniforme a partir de ahora —dijo, señalándome con el mentón.

—Algún día, Gladiador. Todavía no, ¿vale? —replico, intentando mantener el control, incluso con el corazón en la garganta.

—Si hubiera sabido que ibas a usar mi plan de ponerte celosa como excusa para no asumirnos de una vez, habría intentado otra cosa.

—¿Usaste a esa chica para darme celos? —pregunto indignada. Él aprieta los labios con ese aire travieso que ya es respuesta suficiente—. ¡Jordan!

—No soy un genio. Actué por impulso. Te quería. ¡Y funcionó! —me señala con el dedo.

Me quedo quieta por un momento.

Sin respuesta.

Porque sí. Joder. Funcionó.

—Necesito dormir —digo, frotándome la frente, sintiendo el pinchazo del dolor de cabeza por todo el alcohol que bebí. Luego… reflexiono y lanzo la acusación—. Sabías que estaba borracha, ¿no? No sabía que te liabas con chicas vulnerables así.

—No estabas vulnerable. Y sabía que el alcohol solo había llegado a la fase del león.

—¿Eh?

—La del valor, Maddie —gesticula, como si todo el mundo debiera saberlo—. El alcohol actúa en tres fases: león, cuando te da valor; hiena, cuando te ríes de todo; y cerdo, que sinceramente espero que nunca alcances.

Aprieto los labios con fuerza, porque su explicación me suena a broma.

Y no puedo evitarlo, la risa se me escapa.

—Y yo estaba en la fase del león —constato, riendo.

—Exacto. Y joder… qué leona tan deliciosa. Lástima que no quisieras quedarte con tu macho hasta la mañana.

—Jordan… ya te expliqué que…

—Vale, lo entendí… pero ahí va el aviso: tú. Esa jersey. Conmigo al lado. Pronto.

Suspiro, rindiéndome a la discusión, aunque la sonrisa sigue en mi rostro.

Luego desliza los dedos por mi barbilla y susurra:

—Hasta luego, princesa.

Me besa los labios con un beso corto y suave.

Salgo del coche deprisa, porque si me quedaba un segundo más, era muy posible que me convenciera de volver a la Alpha.

Dios…

No puedo creer que haya cantado delante de todo el mundo. Gruño en voz baja. ¿Qué voy a hacer a partir de ahora? Todos van a mirarme diferente.

¡Arg!

Mis párpados están pesados, empeñados en cerrarse como cortinas que protegen mi cabeza palpitante. Estiro brazos y piernas, sintiendo a mis músculos quejarse también. ¡Genial! ¿En qué fase de la borrachera estaré ahora, eh?

—Ayyy, siento como si tuviera una cuchilla clavada en el cráneo —murmuro somnolienta, apretando los ojos antes de enfrentar la luz del cuarto—. Mierda, creo que bebí demasiado anoche.

Parpadeo varias veces, intentando enfocar las paredes de la fraternidad. Cameron aparece a mi lado con una botella de agua y una mirada cariñosa.

—Toma esto, lo vas a necesitar. El dolor de cabeza es lo de menos comparado con lo que está pasando ahora.

Levanto una ceja, medio aturdida, intentando descifrar a qué se refiere. Y entonces mis ojos caen en la pantalla del ordenador. Mierda.

—¡Mierda, mierda, mierda! —grito, saltando de la cama. Tropiezo por el camino, pero no me detengo.

Veo varias ventanas abiertas mostrando mi actuación en el Bar 213. Mis manos vuelan al teclado. Cameron había usado algunos de los comandos que le enseñé para intentar frenar la propagación, por lo que parece.

Empiezo a hacer lo mismo. Líneas de código aparecen y desaparecen. Proxy inverso. Redirección de puertos. Escaneo por *hash* de *upload*[3]. Hago lo que sé y rastreo los servidores donde el vídeo fue republicado.

—Necesito bloquear la IP raíz —murmuro—. No basta con tumbar el enlace, tengo que revertir el caché…

—Vale, no estoy entendiendo nada. ¿Qué estás haciendo exactamente? —oigo la voz de Emory.

Casi olvido que estaba allí. Respondo en piloto automático:

—Intento rastrear dónde se compartió el vídeo y minimizar los daños. Aún no se ha vuelto totalmente viral, pero lleva poco

tiempo…

Cuando me doy cuenta de lo que estoy diciendo, la miro.

—Emis, yo…

Ella suelta una risa corta y se acerca.

—Eres realmente una nerd de los ordenadores. Pero tienes un talento evidente para la música. Ahora entiendo por qué elegiste ese grado.

Respiro despacio y vuelvo al teclado.

—Tío… si hubiera sabido que tenías estas habilidades, te habría contratado para tumbar a mi abuelo —comenta, como si fuera una broma. Mis ojos la miran con culpa.

Entonces frunce el ceño y su expresión cambia.

—Espera… ¿tú eres la hacker? ¿El fantasmito es en realidad… la fantasmitA?

Cierro los ojos un segundo y bajo la cabeza.

No lo niego. Ella lo entiende.

—¡Dios mío! ¿Eres tú? ¿Pero por qué? ¿Por qué no me lo dijiste? ¿Y por qué…?

Levanto un dedo, pidiendo silencio.

—No confiaba en ti. Mi vida nunca fue fácil, Emis. Y confiar es algo muy difícil para mí.

—¡Confías en Cameron! —señala de repente a mi amiga.

—Cariño… no sabes lo difícil que fue conquistar a esta ratoncita. Pero ya sabes, soy irresistible —Cam se pasa la mano por el abdomen, posando.

Emory suelta una risa sin humor y niega con la cabeza.

—No quiero ser cotilla, pero… tía, ¡tú eres la fantasmitA! —susurra, exaltada.

—¿Quieres anunciarlo en las noticias, guapa? Un poco más y toda la Kappa se entera. Winter todavía vive aquí y puede oír ese apodo tan cariñoso, ¿lo sabías? —advierte Cam.

—Perdón, perdón… Te escondes porque eres una hacker increíble, vale. Entendido.

—Ojalá fuera solo eso… —murmuro, mirando a Cameron. La pregunta está clara en mi rostro asustado. Ella sabe qué me aflige—. ¿Crees que él lo vio?

—Puede que no, amiga. Logré borrarlo de un montón de sitios mientras estabas en tu sueño de belleza.

Noto que Emory nos mira a Cam y a mí como si jugáramos ping-pong. En estos meses de convivencia, vi que la menor de los Maxwell tiene sus propios demonios. Y ella, igual que Sebastian, entendería lo que es tener un familiar tan parecido al mío.

—Emis… mi padre no es un buen hombre. Huí de él y cree que estoy muerta. Claro que sospecha de la mentira, pero mientras no tenía ninguna pista de dónde estaba, sabía que estaba a salvo.

—Amiga… sigues a salvo. Estabas disfrazada, ¿recuerdas? Esa montura horrible es prácticamente una máscara que te cubre toda la cara —se burla Cameron.

—Eres una hacker cantante… ¡joder! ¿Qué combinación es esa? —suelta Emory, sorprendida.

—Precisamente la música me ayudó con el disfraz. Mi padre me oyó cantar pocas veces. Cantaba con mi madre… y después de que muriera, él… nunca más me dejó cantar.

—El cabrón aprovechó que Maddie es un genio y la encerró en una habitación para trabajar para él —completa Cameron.

—¿Genio? —repite Emory, boquiabierta.

—No me gusta mucho esa palabra…

—Tiene un coeficiente intelectual absurdo, Emis. Fue suficiente para aprender a programar sola antes de los diez años —explica Cam.

Entonces le cuento todo a Emory. Cómo mi padre usó mis conocimientos para enriquecerse cada vez más, manipulándome desde niña. Le hablé del cuarto, del arresto domiciliario al que fui sometida tras la muerte de mi madre.

Solo omití su verdadero nombre.

El mismo que ella y su hermano buscaban con tanto empeño para librarse de la amenaza del abuelo.

—Sebastian nunca lo va a creer —susurra más para sí misma.

—Por favor, Emis. No le cuentes nada. Ni a él ni a nadie. Necesito que guardes mi secreto.

—No lo diré —hace una pausa—. ¿Jordan lo sabe?

—Ha sido el motivo de nuestras peleas —confieso. Descubrió gran parte sin que yo tuviera que contarla—. Ayer le dije lo máximo que podía. Quiere entrar, pero yo… ¿cómo puedo hacerle eso?

—Maddie… tienes derecho a ser feliz —dice Cameron, sincera.

—Cam tiene razón, Madison. Tienes ese derecho —añade Emory.

—Ese ni siquiera es mi nombre. ¿Cómo voy a arrastrar a alguien como Jordan, con un futuro brillante, al abismo conmigo? Mi tiempo aquí es prestado, Emis. Y ahora… ni siquiera sé si podré terminar la universidad.

—No puedes vivir huyendo —argumenta Emory.

—Pero tampoco puedo volver a vivir en cautiverio. Prefiero morir —declaro lo que decidí el día que escapé. Y más ahora que sé lo que es vivir de verdad, que entendí que estaba enterrada en vida en aquel cuarto. Eso sí que era una muerte en vida: hacer algo cada día de forma mecánica, sin placer, sin propósito, recibiendo órdenes como si tu mente fuera solo un programa sin emoción.

—Amiga… no digas eso. Jamás permitiría que volvieras a estar encerrada en una torre. No importa el tamaño del dragón. ¡Yo lo enfrento! —afirma Cameron, alzando la mano como si empuñara una espada.

Primero suelto una risa baja al ver a mi amiga jurando protegerme, como siempre.

Y luego dejo caer los hombros junto con la desesperación. Respiro hondo y, al soltar el aire, llega el primer sollozo del llanto contenido. Ese que llevaba tanto tiempo clavado en el pecho.

El miedo acumulado durante años de huida es un ancla que me arrastra al fondo del océano. Estoy rodeada de muros construidos por la angustia de ser capturada y devuelta a la oscuridad, sin esperanza.

Entonces ellas me abrazan y se quedan conmigo, mostrándome que estos pocos años libre de las cadenas de mi padre valieron la pena. Sí, valieron la pena, y mucho.

Conseguí amistades sinceras, que se preocupan por mí. Conseguí un lugar dentro de una fraternidad.

Y, por lo que parece, incluso conquisté a un jugador de hockey que me persiguió para que fuera su novia falsa y ahora quiere que sea su novia de verdad.

Todo eso demuestra cuánto valió la pena.



Unas semanas después

Ocurrieron muchas cosas en las últimas semanas.

Peleas. Silencios. Frustraciones.

Y, como siempre, un poco de caos al estilo de los Gladiadores.

Sebastian descubrió lo de Emory y Austin. Y, claro, el mundo se vino abajo. Hubo golpes —en plural, sí—. Según la propia Emory, porque el Pollo terminó involucrado.

Desde entonces, nadie volvió a hablarse como antes. Ni siquiera Jordan y Kyle escaparon del hielo que Sebastian levantó entre él y todos los que sabían del noviazgo secreto de su hermana. Y eso que todos lo sabían. Menos él.

Jordan estaba bastante afectado por la situación.

La tensión se volvió insoportable durante algunos días.

Estar cerca de ellos era como pisar un campo minado.

Pero el hockey es terco. Y los entrenamientos, sumados a los partidos, obligaron a los chicos a convivir, aunque fuera sin hablarse.

Eso fue lo que salvó la unión de los Gladiadores del Hielo. Al menos, en parte.

La situación con Austin todavía está lejos de resolverse. Sebastian sigue tratándolo como persona non grata, lo que tiene a

Emory fuera de sí. Ella me comentó que su hermano debería confiar en ella y en sus decisiones. Pero Sebastian todavía la ve como si tuviera diez años. Va a llevar tiempo cambiar eso.

Pasé a formar parte del grupo. Tal vez cierto Gladiador sea el responsable.

Jordan empezó a recogerme después de las clases, acompañándome de una forma tranquila, como si fuera lo más normal del mundo. Salvo por la manera en que tomaba mi mano y entrelazaba nuestros dedos. Intenté algunas veces esconder la sonrisa.

Y traté de resistirme. Lo juro.

Pero me fui derritiendo con cada intento suyo. Con cada gesto. Con cada mirada.

Así fue como, después de algunos días, pasé a ser oficialmente la chica del último Gladiador. Si contamos el orden de compromisos, tenemos: Sebastian, Kyle, Austin y… Jordan.

En fin.

Todo se volvió aún más real cuando acepté la invitación para pasar el receso de las fiestas de fin de año con él y su familia.

Otro feriado —o en este caso, feriados— con la familia Miller.

Antes solía aprovechar esa pausa para ordenar la cabeza, hacer algunos códigos sueltos o fingir que odiaba la Navidad. Esta vez, fui con mi novio a visitar a mis suegros.

¿Y honestamente?

Fue uno de los recesos más inesperadamente buenos de mi vida.

Claro que Cameron armó un drama. Dijo que estaba celosa porque quería que fuera a su casa. En el fondo no se enojó tanto. De todos modos, pasaríamos juntas la llegada del año nuevo en una fiesta en la mansión Maxwell.

Jordan le pidió a Sebastian que la invitara por mí.

Era eso. Jordan Miller había entrado en mi vida de lleno. Ya no lograba imaginar un mundo en el que él no estuviera.

¿Sobre mi Navidad?

Siéntate, que te lo voy a contar todo. Puedes imaginar cómo estaba la casa de los Miller, llena de amor, ¿no?

El ambiente era navideño en cada detalle: las guirnaldas colgadas en la entrada, el aroma a canela escapando de la cocina. En serio… estoy adicta a la tarta de manzana de Lois.

A diferencia del feriado de Acción de Gracias, Dylan y Katrina ya estaban allí. Nos recibieron muy bien. En cuanto al señor Miller… bueno. Hizo su mayor esfuerzo por mantenerse callado. Debí dejar claro que menospreciar a mi novio delante de mí no era una opción. Y menos ahora que él era, de verdad, mi novio.

Cuando llegaron Mark, Margareth y la pequeña Daisy, Jordan quiso gastarle una broma a su sobrina. Yo acepté a medias.

—Quédate aquí en el hall. No hagas ruido —sonrió, con ese brillo travieso en los ojos—. Confía en mí.

Antes de que pudiera cuestionarlo, cruzó la puerta y se unió a los demás. Y, tal como él había previsto, unos minutos después escuché la voz emocionada de Daisy atravesando el pasillo.

—¿Dónde está Maddie? —preguntó, con un toque de decepción—. Pensé que ella también venía…

—Ay, mi florecita, ella no… —empezó Jordan, y antes de que terminara la frase, yo aparecí sonriendo desde donde me había escondido.

Daisy abrió una sonrisa enorme y corrió hacia mí, abrazándome como si yo fuera un regalo de Navidad.

—¡Lo sabía! ¡Sabía que no me ibas a dejar! —dijo, toda mimosa, y yo… yo simplemente me derretí.

Ser acogida por una niña fue una sensación única. Ese abrazo espontáneo, el cariño genuino, sin máscaras…

Tuve que contenerme para no derrumbarme en lágrimas de felicidad. La pequeña no lo entendería. Tal vez nadie en esa sala, salvo Jordan.

Bueno… la Navidad fue prácticamente una repetición del feriado de Acción de Gracias.

Con noches espectaculares que se volvían cada vez mejores en los brazos de cierto Gladiador. Dormir a su lado se había convertido en mi nuevo refugio.

Y, finalmente, en una de esas noches tuve el valor de revelar mi último secreto. Después de haber sido follada y llevada al límite, en una de nuestras tantas charlas post-sexo, empecé:

—Jordan… hay una cosa más que necesito contarte sobre mí.

—¿Hmm? —murmuró bajo, acariciando mi espalda con la yema de los dedos.

—Mi nombre… —dudo, sabiendo que a partir de ahí no habría vuelta atrás—. No es Madison Turner.

—Lo imaginé, princesa. ¿Quieres contármelo? —La pregunta hizo desaparecer cualquier temor. Ni siquiera le importó mi nombre. Como Cameron, él me veía más allá de eso.

—Es Madeline. Madeline Armitage.

Esperé la reacción. El gesto de disgusto. Cualquier cosa que desmintiera lo que había dicho antes.

¿Lo que vi?

La misma mirada que vi en mi mejor amiga: compasión y… amor.

Él sabía quién era mi padre.

Sabía lo que había hecho.

Y también sabía lo que significaba mi ayuda a la familia Maxwell.

—Entonces Maddie es tu verdadero apodo, ¿no?

De la noticia bomba que le solté, se fijó en lo más simple. En lo que importaba, sí… pero para mí.

—Ajá —confirmé, emocionalmente conmovida por su atención.

—Entonces voy a cuidarme de llamarte solo así cuando volvamos a pelear, *Mad* Maddie.

Solté una risa baja y volví a relajarme.

Las demás conversaciones fluyeron con facilidad, como si la última pieza de mi rompecabezas no fuera gran cosa.

Hoy es la noche de fin de año, y estoy presenciando desde primera fila un acontecimiento digno de película.

El escenario es la mansión de los Maxwell, que parece salida de un cuento antiguo, de esos que uno mira en silencio solo para admirar los detalles. Candelabros de cristal, escaleras amplias, orquesta de fondo y camareros desfilando con bandejas de copas.

Una noche destinada a quedar marcada por algo mucho más grande que la cuenta regresiva hacia el Año Nuevo.

John Maxwell, el hombre que el mundo creía muerto, reaparecía.

La familia Maxwell estaba esperando el momento adecuado, pero Gregory descubrió que su hijo ya no estaba internado e intentó amenazar a Sebastian y a Emory.

Cometió un gran error. Los nietos se encargaron de poner al senador contra las cuerdas, revelando a la prensa el regreso del ex presidente de Titan Defense —la empresa familiar—, que ocurriría en la fiesta de Año Nuevo.

La convocatoria de algunos miembros de la prensa se filtró y el viejo apareció sin invitación. Cuando fue confrontado, puso la excusa de que no sabía dónde estaba su hijo y aprovechó la justificación de Sebastian sobre la pérdida de memoria de su padre para encubrir su propio crimen.

Una lástima que, para arrestarlo, mi tranquilidad tuviera que acabar. Pero era necesario. Yo estaba trazando un plan para desaparecer por un tiempo hasta que todo se resolviera y ya no hubiera peligro para mí.

Sería la solución.

Richard estaba siguiendo la pista que encontré sobre mi padre. Y lo encontraría tarde o temprano.

De hecho, está presente en el baile y prácticamente escolta a su mejor amigo, John Maxwell, que entra al salón en cierto

momento junto a su esposa, Rachel. Todos visten esmoquin y vestidos glamorosos.

Cameron dijo que estaba reviviendo su baile de graduación. Winter comentó que no pudo ir al suyo, porque su hermana acababa de fallecer. Brooke y Sidney acompañaron a la amiga, porque eran un grupo cerrado de mejores amigas.

Así que no me sentí sola en el club de "cero bailes de graduación en el currículum".

Y, por supuesto, Cam se aseguró de que nuestra noche no pasara sin sus pinceles de maquillaje y su estuche con mil sombras.

Bajamos la escalera que llevaba al salón todas juntas, como si estuviéramos en un estreno de cine.

Estamos preciosas, lo admito. Cameron lleva un vestido rojo borgoña, ajustado, con brillo discreto y una abertura lateral. Brooke apostó por un dorado elegante, que parece oro líquido. Winter viste un azul royal con escote corazón y una pequeña cola. Sidney eligió un azul más claro, palabra de honor, con aplicaciones delicadas; mientras que Emory optó por un vestido rosa claro con mangas de tul y cintura marcada.

Y yo… bueno, llevo un vestido verde musgo. Manga larga, escote en la espalda y una caída que parece hecha para mí. Me siento extrañamente hermosa. Y muero por ver la reacción de Jordan.

Entonces aparecemos en lo alto de la escalera y los vemos abajo, esperándonos.

Sebastian, Austin, Kyle… y Jordan.

Todos de esmoquin.

Pierdo el aliento en el instante en que lo veo. El cabello peinado hacia atrás y la mirada clavada en mí son una promesa de que voy a estar completamente jodida esa noche.

—¿Qué hacemos con hombres de esmoquin que tienen fama dudosa? —Winter finge un suspiro teatral mientras empezamos a bajar.

—Los besamos hasta que se nos olvide la reputación —suelta Brooke, con un brillo malicioso en los ojos, mirando directo a Kyle, que ya tiene esa sonrisa boba de enamorado.

—Eso, o las amigas les hacen un milk-shake de lechita dulce —dice Sidney en voz alta, guiñándole el ojo a Sebastian, que resopla hacia un lado.

Cuando Winter llega a los brazos de su Gladiador, él se defiende:

—Ya no metí la pata nunca más. ¿Verdad, amor?

Ella mira hacia arriba, con el índice apoyado en el mentón.

—Sabes que si Sidney me patea los huevos otra vez, te arruina el parque de diversiones, ¿no? —alza la ceja.

—No… no volvió a meter la pata, amiga —responde Winter rápido, sonriéndole a su amiga, y Sebastian suspira aliviado. Sin embargo, al cruzar la mirada con su hermana del brazo de Austin, se pone de mal humor al instante.

Emory se da cuenta, claro. Pero no arma drama.

—Bueno… yo tengo un príncipe de novio. Así que nada de milk-shake por aquí.

—Eso, pequeñita. Defiende tu parque de diversiones —dice Austin, y al instante se escucha un gruñido de Sebastian.

—¿Qué tal si damos una vuelta para que el grupo se disperse? No quiero tener que echarle agua a perros de pelea hoy —dice Jordan, tomándome de la cintura. Todos asienten y, mientras Winter y Sebastian se van con Brooke y Kyle hacia un lado, nosotros y los demás vamos hacia el otro.

Al minuto siguiente, siento sus dedos recorrer lentamente mi columna descubierta por el escote del vestido, haciendo que mi piel se erice. Se inclina hacia mi oído, sin darme tiempo a reaccionar.

—Creo que ese vestido fue hecho para que yo te lo quite —murmura, voz baja y ronca—. ¿O vas a decirme que no pensaste en mi boca cuando elegiste ese escote en la espalda?

Giro el rostro hacia él, alzando una ceja.

—Pensé en verme bonita, señor Gladiador. No en lo que vas a hacer cuando salga de él.

—El problema es que ahora estoy atrapado entre el dilema de admirarte… o llevarte de aquí ahora mismo —susurra, el pulgar rozando mi espalda baja—. Qué ganas de partirlo al medio y ver qué tienes debajo.

Río bajito, apartando la mirada con falsa modestia.

—Cuidado con la tela. Es alquilado.

—Entonces vas a tener que ponerte a cuatro patas con él puesto.

Casi me atraganto, porque no bajó el volumen y una pareja mayor pasó justo a nuestro lado.

—¡Jordan! —lo reprendo. Él sonríe—. Esto es un evento formal, loco. ¿Puedes comportarte?

—Soy un hombre formal. Formalmente obsesionado con tu coño.

La risa se me escapa antes de poder disimular.

—Necesitas que te arresten.

—Tú necesitas que te follen en silencio detrás de aquella cortina de terciopelo.

Doy un paso más, fingiendo indignación.

Él se acerca, rozando los labios contra mi oreja.

—Apuesto a que estás mojada por mí, princesa.

Mi respiración se detiene un segundo, pero sonrío. Sonrío porque yo también estoy cayendo… y la caída ha sido jodidamente deliciosa.

—Jordan… —gimo bajito, inclinando el cuello de forma automática. Ya no me contuve y acepté que perder el control de mi cuerpo era natural cerca de él.

Y esa noche…

Esa noche se va a quedar para siempre en mi memoria.

Tuve un fin de año increíble, ¿no te parece?

Entonces… para mí, el mejor de todos.



Camino por las calles del centro de *Ann Arbor* con un café en la mano y el viento helado del invierno desordenándome el flequillo.

La ciudad retomó el ritmo universitario, pero nada me parece igual.

Tal vez porque ahora tengo una relación con uno de los Gladiadores. Una relación de verdad.

O tal vez… porque estoy volviendo a una parte de mi vida que nunca logré dejar atrás.

La *lan house* aparece en la esquina, con el letrero encendido y las ventanas empañadas. Mis pies avanzan en automático hasta la puerta de vidrio. Esta parte de mi vida jamás la abandonaría. Pase lo que pase, siempre habrá un refugio en este lugar.

Entro y saludo al encargado con un gesto discreto antes de ir directo a la estación 12 —mi favorita—. En cuanto me siento, enciendo el sistema y ajusto los auriculares, abriendo el juego con la misma familiaridad de siempre. La pantalla ilumina mi rostro, revelando mi reino y las notificaciones que se acumularon durante mi ausencia. *IceWarrior* sigue *off line*.

Perfecto. Puedo reorganizar algunas tropas, reforzar las fronteras y ocuparme de la política interna de Armand sin interrupciones.

Empiezo a distribuir tropas entre las aldeas, mover recursos y activar alianzas. Estoy tan concentrada que casi no noto cuando una sombra se acerca.

—Creí reconocerte cuando entraste —dice una voz demasiado baja como para ignorarla.

Doy un pequeño salto en la silla, asustada, girando el rostro despacio.

Jordan.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, entrecerrando los ojos—. ¿Ahora me sigues?

Se agacha a mi lado, con esa sonrisa torcida que siempre me descoloca.

—Digamos que estaba aquí por casualidad. Y cuando te vi entrar… bueno, no me resistí.

—¿Y decidiste invadir mi fortaleza, es eso? —alzo una ceja, intentando controlar el corazón acelerado.

—Depende. ¿Esto es una aldea, un castillo o qué? —señala la pantalla, fingiendo un interés exagerado por el mapa—. Porque, sinceramente, esto parece más el centro de un imperio.

Suelto una risa y niego con la cabeza.

—Es el condado de Armand. Y sí, básicamente es el centro de mi imperio. Pero no lo entenderías, es un juego de estrategia.

—Entonces… —se inclina, apoyando el codo en el respaldo de mi silla—. ¿Eres una especie de reina virtual? Interesante.

—Técnicamente, soy emperatriz.

—¿Y casada? —frunce el ceño—. Porque aquí dice que el emperador de Frosthold es tu marido. —Señala el ícono de mi matrimonio virtual.

Suelto una risa incómoda.

—Es solo una alianza. Un matrimonio estratégico. Él me ayuda con tropas y yo no invado sus tierras.

Jordan arquea una ceja.

—Qué conveniente. O sea que nunca me contaste que soy el amante.

Giro el rostro, impactada.

—¿Qué?

—No sabía que estaba compartiendo tu atención con un emperador —continúa en el tono más burlón posible—. Pero bueno, puedo manejarlo… siempre que no sea más guapo que yo.

—Eres ridículo.

Jordan observa la pantalla conmigo durante unos segundos, los ojos recorriendo el mapa detallado.

—Si yo fuera tú, mandaría refuerzos a los ejércitos del norte. Y quizá consideraría firmar una nueva alianza con el general que está en Talmania. Ya sabes… el de la aldea del sur. Puede aguantar bien una posible invasión del imperio vecino.

Parpadeo lentamente.

—¿Qué?

Él sonríe apenas, todavía concentrado en el monitor.

—Solo digo. Soy un gran estratega, por si necesitas consejos militares.

—Espera… —me inclino hacia adelante, entrecerrando los ojos —. ¿Cómo sabes el nombre de esa aldea?

Gira el rostro despacio y alza una ceja, como si lo hubieran pillado haciendo algo muy, muy mal.

—Eh… está ahí en el mapa, ¿no?

—No. No está —señalo la pantalla, con el cursor girando sobre la aldea—. El nombre no aparece en esta vista. Y solo lo sabrías si… si ya hubieras jugado este escenario.

El silencio se instala por unos segundos. Intenta disimular, pero sé exactamente lo que estoy viendo: una sonrisa ladeada creciendo en su rostro.

—Jordan… ¿ya jugaste CKIII?

Apoya los antebrazos en los apoyabrazos de mi silla, rodeándome por completo.

—No jugaba. Pero el verano pasado estaba aburrido y terminé descubriendo este universo. Y… conocí a una jugadora que me dio ganas de seguir.

Mis ojos se abren de par en par.

—No.

Él sonríe de lado.

—Sí.

—Tú eres el… —empiezo, pero no logro terminar.

—*IceWarrior*. A tu servicio, mi reina —guiña un ojo.

Me quedo sin aire durante unos segundos. La revelación gira en mi cabeza como una avalancha silenciosa. Todos los consejos. Las conversaciones. Las indirectas. Los sentimientos que nacieron ahí primero, antes de todo.

—¿Eres el maldito *IceWarrior*?

Él solo sonríe más.

—Y tú eres mi *GhostQueen*.

—Eres imposible —refunfuño, girando la silla hacia el lado contrario, pero él se ríe.

—No, solo estoy loco. Loco porque mi novia tiene un apodo adorable: *Mad* Maddie —dibuja las letras en el aire con los dedos—. M-A-D.

—Que tú pusiste.

—Y que te queda perfecto —continúa, riendo.

—Te crees muy gracioso… —digo, irónica, intentando mantener la rabia intacta, pero esa sonrisa me está desarmando.

—Gracioso no —responde, aún sonriendo—. ¿Irresistible, tal vez?

Pongo los ojos en blanco. Mi intento de seguir enfadada falla por completo y todo empeora cuando da un paso al costado y cierra la puerta de la sala VIP, girando la llave. El clic resuena en el ambiente silencioso. Milagrosamente, la sala estaba vacía. Era como si Jordan hubiera maquinado este plan y hubiera hecho que todos se fueran sin que yo lo notara.

—¿La cerraste con llave?

—Ajá. Ahora la sala es solo nuestra —susurra, volviendo despacio hacia mí.

—Jordan… —lo advierto, desconfiada.

—Solo estoy aprovechando la oportunidad. ¿Sabes cuántas veces me imaginé a nosotros exactamente aquí? —se coloca detrás de mí y roza mis dedos sobre mi hombro—. Tú en esa silla. Yo de rodillas. Tú sin pantalón y chorreando para mí.

—Eres un pervertido —murmuro, intentando sonar molesta, pero mi respiración ya me delata.

—Y a ti te encanta que sea así.

Antes de que consiga replicar, me gira en la silla con firmeza, sin apartar la mirada, y en pocos segundos estoy de pie frente a él, jadeando.

Desabrocha mis vaqueros y los baja despacio, sin prisa, como si estuviera desenvolviendo un regalo. Mi respiración sale entrecortada por los labios, guiada por la lujuria que emana de sus ojos, que no se apartan de los míos.

En un segundo aparta el teclado a un lado, haciendo espacio. Me alza por los muslos como si mi cuerpo fuera una extensión de sus manos. Me coloca sentada sobre la mesa, separa mis rodillas con calma, abriéndome para él sin decir nada.

—Jordan… —intento contener el jadeo, pero ya está arrodillado. Luego, simplemente tira del lateral de mi braga, dejando al descubierto mi coño ya húmedo. Su mirada casi quema la piel.

—Solo quiero probarte —dice, con la voz ronca. Se arrodilla frente a mí, entre mis piernas abiertas, y aprieta con firmeza mis muslos antes de sumergirse.

La primera lamida me hace echar la cabeza hacia atrás.

La segunda me roba el aire.

Chupa mi clítoris con la precisión de quien conoce cada parte de mí de memoria. Su lengua va lenta y luego acelera, como si hubiera creado un ritmo perfecto solo para llevarme al borde del colapso.

Mis dedos se aferran al borde de la mesa.

Mi respiración falla.

—Jordan… —gimo bajo, desesperada.

Me sujeta las caderas, manteniéndome inmóvil, e intensifica los movimientos con la lengua, rodeando, chupando, alternando entre presión y suavidad.

Dos dedos me invaden de golpe, abriéndome de forma más brusca, provocando un dolor que aumenta mi placer. Se mueve en ese vaivén demencial. No tarda en llegar el orgasmo y todo mi cuerpo tiembla.

Mis piernas se cierran a su alrededor de forma involuntaria y mi gemido se escapa alto —demasiado alto.

En un segundo se levanta y me tapa la boca con la mano, los ojos brillándole con malicia.

—Esto se está volviendo un patrón —susurra cerca de mi oído, aún con la mano sobre mi boca—. Cualquier día te pongo una mordaza antes de comer tu coño.

—Entonces no hagas esto donde puedan pillarnos —le susurro de vuelta.

—¿Y perder la emoción? —sonríe, canalla—. Nunca. Ahora, date la vuelta —ordena, con la voz baja y autoritaria—. Quiero enterrarme en ti antes de que vengan a comprobar si no te he matado.

—Qué romántico… —canturreo, irónica.

—Ah, princesa… sabes que sí. Pero si cuento cuántas veces me hiciste perder la paciencia en este juego por tu terquedad, tu coño está en deuda. ¿Pagas ahora o luego? —pregunta, alzando las cejas en desafío.

Podría responder que no debo una mierda. Pero tengo tantas ganas de que me folle aquí que decido girarme sin más.

Lo oigo aspirar entre dientes y murmurar un "guapísima". Se pone el preservativo en tiempo récord, porque en menos de un minuto siento cómo corona mi entrada.

—Mmm… *IceWarrior*… tu espada es tan grande… —lo provoco.

—Joder, Maddie… si empiezas a llamarme así, voy a correrme demasiado rápido.

Lo miro por encima del hombro, regalándole mi mejor sonrisa lasciva. Cojo su mano y guío dos de sus dedos hasta presionar mi clítoris, decretando con el gesto lo que quiero. Al fin y al cabo, aquí yo era su reina.

—Entonces fóllame y trabaja con esos dedos, guerrero. Que yo también voy rápido.

Y lo hace.

Jordan frota mi clítoris y embiste su espada gruesa en mi coño, hundiéndose y conquistando territorio dentro de mí.

—Eres una guarra de mierda, *GhostQueen*. Incluso así, con mi polla enterrada en ti, quieres mandarme, ¿eh?

—Y más te vale obedecer y hacerme correr, guerrero delicioso.

Suelta una risa floja.

—Tu deseo es una orden, mi reina. —Y embiste, moviendo las caderas más rápido y con más intensidad, sujetando mis caderas con una mano mientras los dedos de la otra rozan y presionan mi clítoris.

Embestida tras embestida, su respiración se mezcla con la mía. Nuestros gemidos se confunden. La mesa cruje levemente bajo la presión y el calor me recorre la espalda como una corriente eléctrica.

Entonces oigo un último gemido ronco y grave, más largo, escapando de sus labios. Mi interior, estimulado por el sonido, se contrae con fuerza, atrapándolo dentro de mí, haciendo que mi cuerpo vibre por completo con los espasmos que empiezan en mi musculatura interna y se extienden por todo mi cuerpo.

Mi respiración es agitada cuando una risa baja sopla en mi nuca.

—Ahora sí —murmura contra mi cuello—. Ahora eres oficialmente mi esposa, *GhostQueen*. Nuestro matrimonio está… consumado.

Suelto una risa débil, aún jadeante, sin fuerzas para responder.

Pero mi sonrisa reflejada en la pantalla lo dice todo.

Consumaría este matrimonio una y otra vez… todas las veces que Jordan aguantara hoy. No aquí, claro. En su habitación, hasta mañana por la mañana.



Aún tengo las piernas un poco temblorosas cuando me ayuda a volver a ponerme los vaqueros. Me apoyo en sus hombros mientras sube la cremallera y abrocha el botón, como ya ha hecho tantas veces y que, claramente, le gusta porque lo vive como una forma de cariño.

—Tienes suerte de que me gusten tus locuras —murmuro, acomodándome la camiseta.

—Y tú tienes suerte de que esté completamente enganchado a esa boquita insolente tuya —responde, dándome un beso largo y lento en los labios.

Nos miramos durante un segundo, ese silencio que no pesa, pero que lo dice todo.

—Tengo que pasar por The Grids a recoger mis patines. Los dejé para afilarlos. Es rápido, queda aquí cerca —dice mientras se abrocha el reloj en la muñeca—. ¿Quieres venir conmigo?

Muerdo la comisura del labio, indecisa.

—Ve tú primero. Quiero arreglar una cosita aquí en el juego. Termino enseguida y te alcanzo allí, ¿vale?

Duda.

—¿Seguro?

—Seguro. Prometo no tardar. —Sonrío suave, intentando parecer tranquila, aunque el corazón todavía me va acelerado.

Jordan se acerca otra vez, me sujeta con firmeza por la cintura y me habla bajito al oído:

—Cierra esa puerta cuando salgas. Y no dejes que ningún nerd se te acerque. Esta estación es mía.

Suelto una risa corta, y él me roba otro beso antes de salir de la sala VIP.

Sola, vuelvo a la silla gamer y clavo la mirada en la pantalla con el mapa de mi reino. Intento retomar la lógica de la campaña, recolocar las tropas, pero la concentración se fue con él.

Diez minutos después, cierro el juego y salgo de la lan house. El aire helado me golpea de lleno. Me subo el abrigo, apretándolo contra el cuerpo, y camino por la acera pensando si aún llego a alcanzarlo en The Grids.

Doblo la esquina. Y me encuentro con una furgoneta negra. Parada, sin matrícula visible, motor encendido.

En la segunda esquina que giro, vuelve a aparecer. Detrás de mí.

Misma distancia. Mismo ritmo.

Mierda.

Giro por la siguiente calle creyendo que soy lista.

Creyendo que puedo despistar a cualquiera con el mismo talento con el que descifro un firewall ruso.

Y entonces, la calle frente a mí se revela.

Vacía.

Silenciosa.

—Qué estupidez —susurro—. ¿Dónde está mi coeficiente de genia ahora?

Quiero volver. Quiero correr. Pero los pies se me quedan clavados al suelo.

La furgoneta acelera. Frena en seco a pocos metros.

La puerta lateral se desliza y dos hombres encapuchados saltan fuera.

—¡Mierda! —Intento correr, gritar, pero apenas consigo coger aire—. ¡AYUDA!

Son rápidos. Demasiado rápidos.

Un brazo me rodea la cintura. Otro me tapa la boca. Me revuelvo con fuerza, doy una patada, pero no sirve de nada. Siento un paño presionado contra mi cara.

—¡Suéltame! —grito, muerdo la mano que intenta sujetarme, pero todo ocurre en segundos.

Uno de ellos cubre mi rostro con un tejido húmedo. La fuerza con la que lucho me obliga a inhalar y el olor químico me golpea como un mazazo.

Cloroformo, reconozco al instante.

Las piernas me fallan de golpe mientras el mundo gira. La vista se nubla y el sonido se apaga.

Lo último que veo es el cielo nublado de *Ann Arbor* volviéndose cada vez más oscuro.

Y entonces… todo se apaga.



Despierto con un sabor metálico en la boca y un zumbido en el oído.

Parpadeo contra una claridad suave. Los párpados pesan.

Lucho por ajustar la vista al entorno.

Nada de celdas oscuras.

Nada de sótanos húmedos.

Es… ¿un apartamento?

Lujoso.

Cortinas de lino color crema. Una alfombra espesa bajo mis pies. Un sofá de cuero que parece hecho a medida para algún magnate.

Cuadros modernos. Aromas suaves de incienso y madera.

Me incorporo despacio. Estoy recostada en una chaise longue de terciopelo.

La muñeca palpita. La boca está seca. La mente, un caos.

—¿Dónde…?

El sonido de una puerta abriéndose con llave me hace congelarme. Pasos rítmicos y firmes resuenan sobre el mármol pulido.

Giro la cabeza.

Y entonces… lo veo.

Leonard Armitage.

Mi padre.

Alto, imponente, con un traje perfectamente entallado y un pañuelo color vino doblado en el bolsillo.

El cabello gris, impecablemente peinado hacia atrás, ni un solo mechón fuera de lugar. La piel bronceada. El rostro cuadrado.

Un encanto peligroso en la mirada —ese brillo que siempre fascinaba en público, pero aterraba a quienes lo conocían de verdad.

Sonríe.

Sin prisa.

Como quien saborea un reencuentro planeado al milímetro.

—Hola, Madeline —dice con una voz baja, elegante… cruel—. ¿Extrañaste a papá?

El cuerpo se me hiela. Mi nombre completo me golpea como un puñetazo.

—¿Papá? —susurro, y la palabra muere en mis labios.

Avanza con calma, las manos cruzadas a la espalda.

—Aún más hermosa en persona, hija —sus palabras podrían sonar cariñosas si vinieran de otra persona.

—¿Cómo… me encontraste?

—Siempre tuviste un talento especial, como tu madre. Y cuál fue mi sorpresa cuando escuché la voz en un vídeo de una chica muy parecida a ella y prácticamente con la misma voz —sus ojos se deslizan sobre mí, como quien evalúa una jugada de ajedrez.

—¿Qué quieres de mí?

—Quiero muchas cosas, Madeline —da una vuelta lenta a mi alrededor, como si observara una pieza rara de museo—. Pero, por ahora, solo quiero conversar. Tenemos tanto tiempo perdido que ponernos al día.

Aprieto la mandíbula.

—Me secuestraste.

—No, Madeline —dice, con un tono demasiado pulido para ser real—. Solo estoy recuperando lo que es mío.

Trago saliva.

—No eres mi dueño.

Él ríe. Un sonido bajo, cínico. Da un paso hacia mí.

—¿No? Naciste de mi visión, fuiste moldeada por mi inversión. Lo que eres… es porque yo te hice. No existe Madeline Armitage sin Leonard Armitage.

—Sí existe —susurro, con rabia en la mirada—. Y huyó de ti.

Leonard sonríe, acercándose hasta detenerse frente a mí.

—Sí, y eso me decepcionó profundamente. Tenía planes gloriosos para ti. Alianzas internacionales, un imperio de datos y acceso. Pero preferiste… —hace un gesto despectivo— desaparecer, estudiar música, fingir que eres alguien común.

—No finjo. Soy quien elegí ser.

Aprieta la mandíbula, la postura sigue tranquila, pero los ojos chispean.

—Tú no eliges, Madeline. No en el mundo real. Tuve que salir del país por tu culpa, ¿lo sabías? Las pruebas que llegaron a la CIA casi lo arruinan todo. Por suerte, mis contactos internacionales no hicieron más que crecer. Pero ahora es momento de regresar. Y para eso… necesito que deshagas el desastre que causaste.

Me quedo helada.

—¿Qué?

—Los archivos. Los que tan hábilmente ayudaste a filtrar. Los borrarás de la base de la CIA. Limpiarás mi nombre. Harás imposible cualquier juicio sin pruebas.

Río, sin humor.

—¿De verdad crees que haría eso?

—No lo creo. Lo exijo.

La respiración se me corta. Por un instante, pienso en lanzarme sobre él. Entonces saca el móvil del bolsillo y lo gira hacia mí. En la pantalla aparecen fotos de Cameron saliendo de la Kappa y otra de Jordan cruzando el campus.

—Por cierto, ella te mandó varios mensajes mientras dormías. Así que ya le respondí que estabas trabajando y que te necesitaban en persona.

—Ella no va a creerlo… —respondo, con la preocupación apoderándose de mi voz.

—Entonces haz que lo crea. Enviarás mensajes tanto a ella como a tu novio, y serán monitoreados. No quiero a nadie armando escándalo antes de limpiar el lío que causaste —gesticula como si fuera algo trivial—. Ellos tienen otras infracciones que ni tú podrías borrar porque están documentadas. Tendré que responder por algo, pero nada tan grave como para dejarme preso.

—¿Y quién te garantiza que no pediré ayuda? ¿No tienes miedo? —intento mantenerme firme.

—Un momento —estira el cuello y hace una seña con la mano. Un hombre alto, musculoso y con el brazo cubierto de tatuajes aparece a su lado—. Te presento a Rafael. Es tan bueno como tú, querida. Creo que vio un poco de tu trabajo mientras me perseguías, ¿no? —sonríe con maldad—. Él será la seguridad digital y la real.

—Mi carcelero, más bien —murmuro—. Si es tan bueno, ¿por qué no hace él el trabajo que me estás pidiendo?

—Es bueno. Demasiado bueno. Pero tú eres mejor. Y, por lo visto, has estado ayudando a la CIA a mantener los muros en pie, ¿no?

No soy yo, en realidad. Solo di algunas pistas y ellos las siguieron. Pero mi padre no necesita saberlo.

—Ahora sé una buena niña y obedece a tu padre, Madeline. Sería una pena que le pasara algo a cierto jugador de hockey o a una estudiante de medicina tan atrevida, ¿no? —murmura, como si admirara una copa de vino—. El chico tiene talento. Belleza. Carisma. Un futuro brillante. Pero…

La sangre se me hiela.

—Si los tocas…

—No necesito tocarlos. Tengo gente que lo hace por mí. ¿Entiendes?

Guardo silencio un segundo, intentando no mostrar el pánico.

Entonces chasquea los dedos una sola vez.

Una puerta lateral se abre de inmediato, como si el hombre del otro lado estuviera esperando la orden. Un guardaespaldas de traje negro, inexpresivo, aparece en el umbral.

—Creo que necesitaré ayuda, Andrei. Lleva a mi hija a su habitación —ordena. Uno de los hombres que me metió en la furgoneta se acerca, me agarra del brazo y me obliga a caminar por un pasillo. Mi padre viene justo detrás.

—¿A dónde me llevas? —pregunto, por instinto.

No tengo elección.

Se detiene frente a una puerta metálica. Al abrirla, me traga un ambiente frío, iluminado por la luz azulada de los monitores.

Me quedo paralizada.

La habitación es grande. Tres pantallas de cuarenta pulgadas dispuestas en L, varios teclados, routers, servidores zumbando en una esquina. Es como si hubieran replicado mi antiguo cuarto.

No, no, no…

Han hecho una réplica de mi antigua prisión.

La mesa… el soporte articulado… incluso el cable deshilachado en la esquina izquierda de la alfombrilla del ratón.

Todo mi cuerpo tiembla.

Es un detonante inmediato.

El pecho se me aprieta con dolor y el aire se escapa en un suspiro involuntario. Mis ojos recorren cada detalle. La rutina insana, las órdenes constantes, la jaula dorada en la que viví. Todo está ahí. De nuevo.

He vuelto.

—¿Te resulta familiar? —la voz de mi padre surge detrás de mí, como una sombra—. Un regalo, querida. Pensé que te sentirías como en casa.

Me giro despacio, el corazón desbocado.

—Qué pena que no tengamos a Beatrice para completar el cuadro —dice con ese tono gélido.

—¿Qué pasó con ella? —la pregunta sale baja, revelando el miedo que me oprime el pecho.

Se acerca otra vez, con la calma de quien tiene todo el tiempo del mundo.

—Ah… ¿no te enteraste? —pregunta, con una sonrisa maliciosa—. Beatrice… se cayó a la piscina de la última casa en la que trabajó y se ahogó. Una tragedia.

Las pupilas se me dilatan. Un frío helado recorre mi espalda.

Beatrice.

Mi gobernanta. Mi cómplice. Mi salvación.

¿Cayó a la piscina?

No. No.

Beatrice nadaba como una atleta. Fue ella quien me enseñó desde pequeña. Era imposible. Era mentira.

La imagen de su cuerpo flotando, inventada por él, intenta formarse en mi mente, pero la aplastan el dolor y la certeza.

Él mató a Beatrice.

Siento el estómago revolverse. Los ojos se me abren de par en par, pero la boca no responde. No sale nada. Y enseguida llega la culpa por haberla dejado desprotegida.

Leonard se acerca despacio, leyendo mi expresión con precisión.

—Es bueno que sepas de lo que soy capaz, Madeline —susurra, frío—. Ten mucho cuidado con tus próximos pasos.

Y entonces se da la vuelta y sale, cerrando la puerta tras de sí con un clic seco.

Me quedo allí, sola, rodeada de un ambiente que debería ser mi refugio… pero que ahora parece una celda de alta tecnología. Una prisión hecha a medida.

La rabia hierve. La tristeza me ahoga. Y el miedo… el miedo me paraliza un segundo antes de cerrar los ojos e inspirar hondo.

Tengo que salir de aquí.

Por mí. Por Beatrice. Por Jordan. Por Cameron.

Y esta vez… no voy a fallar.



Capítulo 49

Jordan Miller

Las cuchillas de mis patines rayan el hielo con precisión mientras observo el avance rápido de Sebastian con el disco. Está concentrado, con esa mirada asesina, avanzando hacia la portería como si nada más existiera en la pista. Pero yo veo. Veo a Blake Donovan viniendo por el lateral. Y veo a otro jugador de los Bulldogs alineándose por el otro lado.

Mierda.

Iban perdiendo y ya habían tirado la toalla. La intención ahora no era el juego, sino otra cosa.

—¡Prince! —grito con la garganta seca, anticipando la cagada que está a punto de pasar.

Todo parece en cámara lenta, pero sé que está ocurriendo demasiado rápido.

Mi amigo, padre del Frango, demuestra tener el cerebro del mismo tamaño que el psicópata con plumas. Está más cerca que cualquiera de nosotros. Siempre lo está. Incluso con Sebastian ignorándolo desde hace meses, incluso con ese orgullo ridículo interponiéndose entre ellos.

Prince nunca dejó de proteger a Sebastian. Ni por un segundo.

Se lanza delante de Blake. Literalmente se lanza.

El impacto es brutal.

El cuerpo de Prince sale despedido, girando en el aire, antes de caer sobre el hielo con un chasquido seco. Un sonido que jamás olvidaré. La gente en las gradas deja de gritar. Todo el mundo se detiene. El sonido de las cuchillas sobre el hielo, el disco, el silbato del árbitro —todo desaparece.

Solo existe el silencio y el cuerpo de Prince caído.

—¡Prince! —oigo la voz de Sebastian estallar en el hielo mientras se desliza hacia nuestro amigo.

Yo ya me estoy moviendo también, los patines deslizándose rápido. Kyle viene detrás. El entrenador empieza a gritar, el árbitro levanta el brazo pidiendo al equipo médico.

Pero Prince no se mueve.

—No, no, no… —murmuro, arrodillándome a su lado.

Sus ojos parpadean una vez.

Dos.

Luego, nada.

—¿Prince?! —Sebastian se arrodilla también, el casco aún en la cabeza, pero el pánico completamente visible en el rostro—. ¡Tío, háblame!

La mano de Sebastian agarra la hombrera de Prince, como si quisiera despertarlo a la fuerza.

Miro al médico que se acerca corriendo con la camilla. El corazón me martillea el pecho, como si intentara escapar de ahí.

Prince salvó a Sebastian.

Incluso siendo tratado como un extraño durante tres meses enteros.

Incluso después de toda la mierda.

Se lanzó delante.

Porque ese es el tipo de persona que es. Que somos nosotros, los Gladiadores del Hielo.

Vemos a Prince salir inconsciente y corremos al vestuario. Nos quitamos el equipamiento pesado y vamos directos junto a nuestro amigo.

Veinte minutos después, la sala de espera del hospital se queda pequeña para la cantidad de gente.

El lugar está demasiado silencioso para estar lleno de tipos grandes y nerviosos.

Miro a mi alrededor y me doy cuenta de que todo el equipo está aquí, repartido por las sillas de la sala de espera. El *coach* Williams habla por teléfono, un poco apartado. Quizá avisando a los padres de Austin, pienso.

Exhalo el aire en una bocanada larga y profunda mientras acomodo la espalda en el asiento en el que estoy sentado, al lado de Sebastian. Un rato después, llegan las chicas, y Winter no tarda en acercarse a él. Tiene la mano entrelazada con la suya, pero él apenas reacciona. Su mirada está fija en algún punto de la pared… o en nada.

Emory, por su parte, se pone al día sobre el estado de su novio con Kyle, que no se guarda nada al soltar lo que escuchamos de uno de los médicos del equipo.

Cuando se entera de todo, mira alrededor hasta encontrar a su hermano, caminando con pasos decididos hacia nosotros.

Me levanto y hago un gesto con la barbilla para que se siente en mi lugar. Ella lo entiende y ocupa el asiento, acercándose despacio a él. Me alejo unos pasos y me apoyo en la pared, con los brazos cruzados y el estómago revuelto.

Prince entró al quirófano hace cuarenta minutos. Se rompió algunas costillas y se fracturó la rodilla. Aun así, todo parece pequeño comparado con el sonido del impacto, con la forma en que cayó, con la manera en que no se levantó.

Intento no mirar todo el tiempo hacia la puerta del quirófano. Intento no pensar en lo peor. Lo intento, pero fracaso miserablemente.

Entonces me doy cuenta de que Emory está hablando con Sebastian. No escucho lo que dice, pero el tono es bajo. Firme. En algún momento, ella le toma la mano a su hermano, y Sebastian

asiente despacio. Ella sigue hablando, moviendo los labios con más intensidad.

Imagino que le está mostrando lo que todos vimos: que, incluso sin hablarse desde hace meses, Prince aún eligió recibir el impacto por él. Aún eligió salvarlo.

Sebastian balbucea algo en respuesta, pero dejo de escuchar. Podía ser terco, pero sabía que Austin jamás le daría la espalda.

Al final, todo vuelve a quedar en silencio. Veo a las chicas apoyando a sus novios, y en ese momento, la añoranza que siento por la mía es ensordecedora.

Saco el móvil del bolsillo para escribir el primer mensaje. Contaba con que estuviera disponible, porque la necesitaba.

Maddie se fue de viaje por trabajo sin despedirse de mí ni de su mejor amiga.

No tenía ni idea de que necesitaba ser convocada físicamente para algo así. Ni siquiera tuve oportunidad de despedirme bien. Prácticamente desapareció después de la consumación de nuestro matrimonio en la Lan House.

Cameron también estaba encontrando extraño el desaparecimiento de la amiga, pero como recibía mensajes a diario, igual que yo, y diciendo cosas que solo Maddie sabría, se quedó más tranquila.

Recordó que mi chica tuvo que ir al hospital de su padre para contener el daño de un virus en el sistema, algo que no se podía hacer de forma remota. Supuse que sería algo parecido. Solo que, como estaba tardando, empecé a pensar que el virus estaba en una ciudad entera.

En cuanto abro la app y veo nuestras conversaciones, siento ese nudo en el pecho.

Maddie – hace 3 días:
Estoy bien, no te preocupes. Pórtate bien y no desordenes el reino mientras

esté fuera. No voy a tener acceso al CKIII desde aquí.

Jordan:
¿Tienes idea de lo difícil que es reinar sin mi GhostQueen al lado?

Maddie – hace 2 días:
La supervivencia masculina en el campo de batalla no es mi problema ahora. Pero me muero de ganas. De todo. De ti.

Jordan:
Vuelve pronto, princesa. Quiero verte usando mi jersey otra vez… y nada más.

Maddie – ayer:
Tu humor hormonal está dentro de la media. Eso es bueno. Señal de que no te estás muriendo.

Jordan:
Pero estoy definiendo estrategias de ataque para cuando vuelvas. Spoiler:

implican pared, cama y la estación 12 de la Lan House.

Maddie:
Avísame cómo fue el partido. Y cuida de Sebastian. Te necesita más de lo que consigue admitir.

Sonrío al releer.

Incluso a distancia, incluso limitada en las respuestas, ella sigue siendo… ella.

Sarcasmo afilado, preocupación por los demás y una capacidad idiota de hacerme sonreír en cualquier lugar.

Respiro hondo y empiezo a escribir.

Jordan:
Prince salió muy mal hoy. De verdad. Está en cirugía. Estoy en el hospital con los chicos, esperando noticias. Sebastian también está aquí. Está fatal, aunque no lo admita.

Su respuesta llega pocos minutos después.

Maddie:
Dios mío, Jordan… ¿qué pasó?
¿Fue en el partido?

Jordan:
Sí. Un tipo del equipo rival fue a por Sebastian y Prince se lanzó delante. Absorbió todo el impacto. Fue feo. No se levantó.

Maddie:
Se me fue el corazón a la garganta ahora mismo. Austin es un idiota en muchos momentos, pero tiene un corazón enorme.
Como el TUYO, por cierto. ¿Todo el mundo está bien? ¿Y tú?

Jordan
Estoy intentando no entrar en pánico. Pero es difícil. Es mi amigo. Y, no sé… después de todo, es imposible no pensar en cómo todo puede cambiar en segundos.

Maddie
Eh, respira hondo.
Sé que ahora parece un infierno, pero él va a estar bien.
Mantenme informada, por favor. Y si necesitas hablar, estoy aquí. Incluso desde lejos.

Sonrío, aunque no quiera.

Guardo el móvil.

Simple. Directa.

A su manera.

Y aun lejos… ella sigue haciéndome sentir que no estoy solo aquí.

Um mês después

No importa cuántas veces vea el vídeo de la final.

La jugada del gol decisivo.

El sonido de la grada enloquecida.

Mis compañeros de equipo tirándose unos sobre otros.

La copa del Frozen Four levantada sobre nuestras cabezas.

Nada de eso parece real.

Le ganamos a Boston University y nos convertimos en campeones nacionales.

Aun así, lo único en lo que puedo pensar es que hace tres semanas que no veo a mi chica.

Tres semanas.

Al principio, nada pareció raro. Me mandaba mensajes todos los días.

Cortos, precisos, a su manera.

Decía que estaba segura, que el trabajo exigía acceso directo a la base del servidor, algo parecido a lo que había hecho antes con el pendrive de los Maxwell.

Dijo que estaba avanzando, pero que no podía usar redes abiertas.

Mandó el mismo mensaje para mí y para Cameron. Y como todo cuadraba, confiamos.

Porque conocemos a Maddie. Es inteligente, cautelosa. Y sabe lo que hace.

Pero ahora… ha pasado demasiado tiempo.

Y algo va mal.

Estoy esperando para hablar con ella sobre el último mensaje que recibí.

Cameron ya estaría aquí junto con las otras chicas para la barbacoa de primavera. Después de nuestra victoria, todo era excusa para celebrar.

Hay música sonando, cerveza fría, y las parejas tiradas por el césped, unos magreándose en la piscina, otros charlando.

Austin va en bermudas, con la pierna inmovilizada estirada encima de una tumbona y Emory sentada a su lado. La fisio empezó la semana pasada y, con suerte, vuelve para la próxima temporada. Kyle tiene a Brooke en el regazo. Sebastian y Winter están apartados bajo la sombrilla.

¿Yo?

Estoy sentado en los escalones del deck, con una cerveza abierta en una mano, mirando la fiesta sin ninguna gana.

Incluso con todo esto, mi cabeza está lejos.

Cameron se sienta a mi lado, en silencio. La misma ausencia en los ojos.

—¿Algo nuevo? —pregunto, sin apartar la vista del móvil.

Ella niega con un movimiento corto de cabeza.

—El último mensaje sigue el patrón de los otros. Suena a ella. —Cam tamborilea los dedos sobre el regazo.

Parpadeo despacio. Los mensajes parecían de verdad.

Con detalles que solo ella sabría.

Pero ahora me pregunto…

¿Y si los mandó bajo presión?

¿Y si pasa algo?

—Ella diría algo si estuviera en peligro. —Intento convencerme, pero la voz me sale rota.

—Maddie no haría que nos preocupáramos por nada. Pero… —Cameron me mira—. Estoy nerviosa. Su padre lo están buscando

el equipo especial de Titan Defense además de la CIA, ¿no? No se puede pensar que él… Ay, joder. ¿O sí se puede? Jordan…

Bajo la cabeza y me revuelvo el pelo pasándome una mano una y otra vez. No podía ser. No…

—Vamos a hacernos una foto —decido, siguiendo una intuición idiota de que nuestra imagen fuera una llave para el portal en el que se metió mi chica.

—¿Una foto? ¿Por qué? —Cameron no entiende, pero yo solo quiero abrir una conversación. Y cada vez que le mandaba una foto mía, las respuestas llegaban más rápido.

—Intuición. Hazme caso, ¿vale?

—Vale, vale… si eso hace que mi mejor amiga vuelva conmigo, le mando una sesión de fotos —protesta y se coloca a mi lado. Forzamos una sonrisa que nos sale con dificultad y esperamos.

Le doy a enviar.

Treinta segundos después, aparecen los tres puntitos en la esquina.

Maddie:
¡Guau! Os lo estáis pasando bien, ¿eh? ¿Para qué prepararse para exámenes, no?

Jordan:
Si tienes envidia, ven aquí a disfrutar, princesa. Te juro que te quería aquí, o en mi cuarto de arriba.

Maddie:
Yo también quería.

Se abre un vacío. Una pausa. Nada más que su deseo expresado en una frase y el silencio posterior que decía más que mil palabras.

Entonces, los puntitos vuelven a parpadear.

Maddie:
Si estás en la piscina, supongo que nuestro imperio está en orden, ¿guerrero?

Jordan:
Estoy esperando a que mi reina vuelva para gobernar a mi lado.

Maddie:
Tu reina está ocupada, pero puede enviarte una lista de tareas para que las cumplas:

Convoca a los soldados de la octava generación para combatir a las tropas de Talmania.

Basta ya del ridículo de perder tres guerras seguidas. No ganamos nada y solo perdemos.

Exige el encarcelamiento del hijo del Lord Grey, el que va sin barba. Estaba en connivencia con el obispo.

Y nada de aumentar torres en el castillo, ya tenemos suficientes, si no tendremos un pulpo boca abajo en vez de un castillo.

¿Qué cojones es esto?

Me quedo mirando el absurdo que tecleó, aleatorio, fuera de lugar con lo que pasa en nuestro reino. Aunque el juego hubiera

evolucionado con el tiempo, es imposible que ocurra nada de lo que escribió.

—¡Joder, Cameron! ¡Joder!

—¿Qué pasa?

—No es ella… no puede ser. Esto… está todo mal. No tiene nada que ver con nuestro reino del juego. Está demasiado fuera. Está… —Ella me arrebata el móvil de golpe.

—Déjame ver. —Frunce el ceño, gira el aparato como si así pudiera leer mejor el mensaje. Pero no. Y luego me lo devuelve, rindiéndose—. Explícame qué está mal.

—Vale… —gruño, analizando las "tareas"—. Primero, no hay motivo para mandar soldados a Talmania. Ese territorio es nuestro. —Ella murmura para que siga—. Segundo, el hijo sin barba de Lord Grey es nuestro aliado. Ella misma lo nombró general. Y tercero, siempre me quejé de la cantidad de torres que tenía en su maldito castillo. ¿Por qué iba a poner más?

—Pero Talmania existe y el tal hijo del Lord también, ¿correcto?

—Sí, pero…

—Sí es ella, Jordan. Solo que nuestra chica está enviando un mensaje en clave. Un código que solo tú entenderías.

Se me cae la mandíbula. ¡Hostia!

—¿Tú también eres un genio?

—No… —Suelta una risa sin humor—. Pero conozco a Maddie muy bien. Más que tú, por lo visto.

—Eh… yo conozco a mi chica. Solo estoy…

—Nervioso… lo sé —constata sin que yo termine—. Pero venga, necesito garabatear para intentar entender.

Una hora después, nos estamos rompiendo la cabeza con lo que estaba escrito.

—"Octava generación". Ocho. ¿Vale? —concluye Cam—. "Tres guerras". Obvio, ¿no? "No ganamos nada. Cero." Ahora lo del hijo sin barba del Lord Grey es que…

—Joder… es el cuarto hijo bastardo. Cuatro —descubro, notando un subidón breve—. Y ella tiene cinco torres en ese maldito castillo. Cinco.

—Al final comparó un castillo con un pulpo. Qué locura. Tiene que ser ocho.

83.0458.

—¿Qué estáis haciendo? —pregunta Emory pasando por el arco de la casa que daba del jardín a la sala común, donde estábamos.

—Cam leyó uno de los mensajes de Maddie y estamos intentando descifrarlo. Parece que mandó una especie de código —respondo.

—Y hemos llegado a este número. —Cam levanta el papel, enseñándoselo.

—¿Os parece raro que la nerd haya desaparecido, eh? —Austin pregunta, entrando colgado de la espalda de Kyle. Con ellos aparecen Sebastian, Winter, Brooke y Sidney, y se reparten a nuestro alrededor.

—¿Qué habéis encontrado? —Sebs repite la pregunta de su hermana.

—Este número de aquí. —Emis señala el papel—. No parece número de una casa.

—¿Será una cuenta bancaria? —intenta Brooke.

—No tiene sentido que envíe un número de banco —replico.

—Si hubiera otro número, yo diría que son coordenadas —dice Kyle, mirando el papel con la cabeza ladeada.

—Tiene sentido —asiente Winter—. Pero ¿cómo sabemos si es longitud o latitud?

—Espera… —Cameron se gira hacia mí—. Talmania queda dónde en vuestro jueguito… tipo sur, norte, este u oeste?

—Voy a dejar pasar lo de jueguito. Pero queda al sur.

—¿Longitud? —observa Kyle. Y todos se miran.

—Eso —acepta Cameron, chasqueando los dedos, aprobando la idea—. Pero si te pasó la longitud, ¿dónde está la latitud? —susurra para sí.

Un minuto después, suena un chasquido por el bofetón que la morena se da en la frente.

—Ella me pasó la latitud. No me di cuenta porque… mierda. Mira.

Cameron:
Emory lo está petando este año. Te encantaría venir conmigo a la próxima audición. ¿Crees que ya estarás aquí?

Maddie:
Eso espero. Pero por favor, si es en el anfiteatro del centro, pilla de la cuarta fila para atrás, o no veremos nada.
¿Te acuerdas la última vez que cogiste la segunda y acabamos con tortícolis?

—No tiene nada que ver… solo hay dos números —dice Emis, sin entender.

—Sí. Aquí es la primera parte… Luego mandó esto.

Maddie:
Si empiezas la tercera temporada de Erkensi Kus sin mí, no vuelvo a ver una novela turca contigo nunca más.

Cameron:

Ni de coña. Te enamoraste de ese melenudo.

Maddie:
¿Quién no? ¿Te acuerdas del episodio en el que se quita la camisa?

—Cameron… estás viendo cosas de más. Solo dijo tercera temporada, tía —Brooke suena preocupada.

—El número 3 y… —Abre su cuenta de pago donde ven esas novelas y enseña el número del episodio—. Y es este, en el que se quita la camisa. Número 14.

—Por probar, no perdemos nada, ¿no? —Kyle aparece, saliendo del despacho con un portátil, abriendo Google Maps.

Teclea la longitud y la latitud y cuando la localización aparece en la pantalla, el corazón me da un vuelco.

Detroit.

No sé explicarlo, pero estoy seguro de que mi chica está ahí.

Tan cerca y tan lejos.

Mandó su petición de ayuda por partes porque sí, la hipótesis de que la vigilen cada vez es más real.

Como si fuera un presagio, Kyle palidece, mirando la pantalla del portátil.

—Sebs… ¿tú sabías esto?

Sebastian, de zancada larga, ya está a su lado, estudiando algo que le hace fruncir el ceño con una mueca más cabreada de lo normal.

—¿Qué mierda es esto? —Le arranca el portátil a Kyle y lo deja sobre la mesa de centro, sentándose en el sofá e inclinándose mientras lee algo ahí.

Me paso la mano por la cara, imaginando que tendríamos otro problema en nuestro círculo. Joder.

—¿Qué estás leyendo? —Cam se pone detrás del sofá, junto con las chicas, para leer por encima del hombro de Sebastian. Kyle sigue en el sofá, a su lado. Y Austin no puede levantarse del sillón por la pierna inmovilizada. Se queda igual de curioso que yo.

—Leonard Armitage por fin se entregó… —susurra, con la voz ronca.

—¿Cómo que se entregó? —pregunta Prince.

—¿Entonces está detenido? —Me salta una chispa de alivio y esperanza.

—No, tío —añade Kyle—. Aquí pone que pagó una multa de un millón y medio y lo soltaron. Va a responder en libertad.

—¿Qué? —grito, pegando un salto y yendo hacia él, girando el portátil para leer la puta noticia—. ¡Joder! —El corazón me va más rápido—. ¡Mierda! —La respiración se me descompone. Me levanto y empiezo a andar en círculos.

—¿Y ahora qué? La ha cogido, Jordan —gimotea Cam, el pánico chorreándole en la voz—. Fue él…

Cierro los ojos, el pecho doliéndome con esa misma certeza.

—¿De qué estáis hablando? ¿Por qué Armitage querría algo con Madison? —Sebastian nos mira, la confusión girándole en la cara.

Y entonces el teléfono de Sebastian suena como una sirena, avisándonos de saltar del barco que se hunde. En la pantalla pone Richard. La noticia tenía que ser reciente.

—¿Sí? Ajá… vale. ¿Ya hablaste con mi padre? —Pausa—. ¿Y él? —Sus ojos suben hacia mí—. ¿Y él está dónde? —El silencio en la sala hace que la voz de Sebastian domine toda nuestra atención—. Vale. Pero… Richard, ¿hay alguna posibilidad de que Madison esté con él? En plan… ¿secuestrada?

—Pon esa mierda en altavoz, tío. —Señalo el móvil en su oreja. Si el nombre de ella estaba metido, esa información era clave para saber dónde está Maddie.

—Vale. Pues haz eso. —Y el gilipollas de mi amigo cuelga.

—¿Estás loco? —Doy un paso hacia él, y Cameron me pone una mano en el pecho.

—Él no lo sabe… —murmura bajo, recordándome que nadie aquí sabía el peligro real que Maddie corría con Leonard Armitage.

—Miller, ya lo había dicho todo… Armitage aceptó testificar en el caso de mi abuelo. Hicieron un tipo de acuerdo. —Mira a Emory, que asiente, aliviada.

Era un problema menos para nosotros. Porque así funcionamos. Lo que afecta a uno, afecta a todos. Pero ellos no sabían el motivo de mi agonía. Aún no.

—Sebastian, ¿dijo algo de Maddie?

Pone su cara de siempre al responder:

—Por alguna razón, está con Madison. Y sí, en Detroit.

—¡Joder! —Cameron levanta los brazos y se frota la cara como una loca—. ¡Mierda, tía! Perdóname.

—¿Qué pasa, Cam? —Brooke se levanta, intentando calmarla —. Sid, ve a la cocina y tráele un vaso de agua.

—Ahora voy. —Todas las chicas, Sidney, Brooke, Winter y Emis estaban entre confusión y preocupación. Pillaron enseguida que era grave.

¿Y yo?

Estoy en shock. Nunca pensé que sentiría el miedo real de perder a alguien porque su vida está en peligro. Pero ahora… sabiendo todo sobre Madison y lo que significa para mí, lo tengo.

—Tío… en serio… ¿qué estáis escondiendo? Estoy traumado con esto de ser el último en enterarme —dice Sebastian, mirándonos a Cameron y a mí.

—Maddie es la Fantasminha, Sebs —lo suelta ella.

—Espera. ¿Qué? —Sebastian sisea, con una cara de puro shock que demuestra que es muy lento para ciertas cosas—. Tiene sentido… —dice para sí.

Sí. Sebastian es jodidamente listo, pero su arrogancia a veces lo deja ciego. Vamos… si contamos lo que tardó en descubrir

lo de Emis y Prince… ¿no?

—Y ahora corre peligro. Ese puto puede desaparecer con ella —digo.

—Voy a llamar a Richard otra vez. Solo habló del acuerdo y de que preguntaría por Madison.

—Madeline —ahora es Cam quien suelta el otro secreto de mi chica.

—¿Perdón? ¿Qué? ¿Quién? —Es imposible saber de dónde salían tantas preguntas.

—El nombre de Maddie es Madeline. Madeline Armitage.

¿Sabes ese "oh" sonoro que sale a coro?

Pues eso es exactamente lo que se oye en este instante.

—¿Él es el padre que la tuvo encerrada toda la vida? Yo pensaba que solo era la Fantasminha.

—Sabe esconder secretos —resalto, bufando con desprecio.

—Se notó con la serenata que te llevaste aquel día, tío —Prince recuerda el momento de nuestra reconciliación.

Respiro hondo, queriendo volver atrás y revivir esa noche, cuando se me entregó en cuerpo y alma. Cuando por fin dejó de huir y entendió que lo nuestro iba en serio.

Mierda.

Quiero a mi chica de vuelta.

Con un timing perfecto, el teléfono de Sebastian vuelve a sonar como la maldita sirena. Lo juro… yo mismo voy a cambiar el tono de ese móvil.

Contesta, y se le va el color. Se me revuelve el estómago, imaginando lo peor. ¿Llegábamos tarde?

—¿Richard? —dice, y alguien responde al otro lado—. Sí… acabo de descubrir que también es su hija. Pero ella pidió auxilio en clave en los mensajes que le mandó a Cameron y a Jordan. ¿Qué se puede hacer?

Winter, en un momento muy Gelinho, le arranca el móvil a Sebastian de la mano, pulsando por fin el altavoz.

Y entonces, oímos la voz de Richard:

—Si la chica pidió ayuda, no le voy a negar nada. Su nombre en clave conmigo era Ghost, y ella tiene crédito con mucha gente. Tranquilo. Una llamada mía y el rescate estará en camino. Pero necesito saber dónde está primero. Tenemos la ciudad, pero…

—Nos dio coordenadas. No sabemos si indican un sitio exacto —se adelanta Cameron, metiéndose en la conversación.

—¿Quién está ahí, Sebastian?

—Está todo el mundo aquí, Richard —aclara Emory—. Estamos todos preocupados por Maddie y acabamos de descubrir los números que ha estado enviando en códigos por mensajes a Cameron y a Jodan.

—Pues pasadlos ya. Hay muchas posibilidades de que ese tipo desaparezca en cualquier momento. Es un pez resbaladizo. Y ahora que está con la hija…

—Te lo mando por escrito —dice Sebastian—. Para que no haya error.

Unos minutos después, me giro hacia Cameron, que ya está atenta, esperando lo que yo diga. Asiento una sola vez.

—Me voy a Kappa. Estoy lista en diez minutos —dice Cam, rápida, ya pasando a mi lado hacia la puerta.

—Nosotras también vamos —Brooke, Winter y Emory se despiden de sus novios, saliendo detrás de ella a toda prisa. Sidney va a su ritmo, como siempre.

—Ay, ay… siempre quise conocer Detroit en primavera —suelta Prince, intentando aliviar el ambiente—. Eh, Grandão, échame una mano para subir a mi cuarto. Tengo que cambiarme también.

—Vamos —Kyle, el elegido del día para ser el soporte físico de Prince, lo carga como si fuera una mochila humana y empieza a subirlo a la espalda.

—Ve despacio, caballito, que mis costillas todavía están gritando —se queja Prince, solo por tocar los huevos.

—¡Caballito será tu puto culo, tío!

—Ah, cierto. Tú eres el grandón por algo, ¿no? Delicia. El semental de Brooke. —No tiene instinto de supervivencia, claramente.

—Sebastian, ¿ya puedo tirar a Prince por las escaleras? —pregunta Kyle más alto, con un tono más borde que nadie se toma en serio. Es otro momento típico nuestro.

Están intentando distraerme. Y esa es la forma de los Gladiadores del Hielo.

Pero ni las bromas de Prince, ni los insultos de Kyle consiguen sacarme a Maddie de la cabeza. Algo dentro de mí grita que el tiempo se está acabando. Y si hay algo que aprendí en el hockey —y en la vida— es que no se puede esperar a que el partido cambie solo.

Mi chica está ahí fuera. Y voy a traerla de vuelta.



Sé exactamente cuántos días llevo aquí. Treinta y tres.

No se pierde la noción del tiempo cuando tu rutina incluye coordenadas de barcos en el estrecho del Bósforo, transferencias bancarias que se evaporan de cuentas en Zúrich, y análisis de ciberataques sincronizados con horarios militares en Europa del Este.

Sonriendo y con aire de superioridad, Leonard Armitage me entrega las instrucciones del día como si me estuviera ofreciendo un bombón.

—El dólar tiene que oscilar un 4,7% en las próximas doce horas. A ver qué consigues hacer —dice, entrelazando las manos a la espalda—. Si te portas bien, podrás mandarle un mensaje a tu noviecito más tarde. —Y entonces desaparece por la puerta del pasillo.

Noviecito…

Jordan es mi novio, y la persona que va a pasar adelante la coordenada que le envié ayer. Yo estaba lista para ser rescatada. Había conseguido montar una secuencia

Cuando mandó la foto con Cameron, supe que era el momento. Los dos estaban juntos, y seguro que él hablaría con ella sobre las órdenes sin pies ni cabeza que le envié.

Solo faltaba que Cameron uniera los puntos y recordara nuestros mensajes.

En la primera semana que pasé aquí, pensé que era el fin de mi libertad conquistada. Nunca tuve a un guardia para fiscalizarme antes. Y seamos sinceros, era innecesario. Yo estaba completamente engañada por el amor platónico que cultivé por mi padre. Era una calle de un solo sentido.

Beatrice me abrió los ojos. Me hizo cuestionarme el mundo ahí fuera y todo lo que me estaba perdiendo encerrada en un cuarto aislado.

Ella se sacrificó por mí. Y yo no la iba a decepcionar. Recuperaría mi vida.

Por eso fui cautelosa. Estudié el patrón de acceso de mi guardia a la máquina y desarrollé un micro-firewall temporal, que se camuflaba en el sistema como un pico de latencia. Para él, era solo un bug de arranque —un error rutinario de carga. Para mí, era la primera brecha real. La grieta invisible en el hormigón digital. La entrada de mi túnel hacia la libertad.

Todos los días, mi padre me entrega una lista nueva. Y yo ejecutaba. Pero no como él imagina.

Yo ajustaba.

Codificaba.

Dejando pistas entre líneas. Para que, cuando yo lo ordene, el mundo perfecto de Leonard Armitage se evapore.

Tuve que borrar las pruebas que la CIA consiguió con mi ayuda para detenerlo. Al menos, para eso les entregué una carpeta digital en bandeja de plata años atrás.

La misma carpeta que desapareció de sus archivos la semana siguiente a que mi padre me secuestrara.

Las autoridades solo lo detuvieron porque él se entregó. Porque él quiso que fuera así.

Trazó su plan para volver a Estados Unidos y retomar sus actividades de siempre. Lícitas e ilícitas.

Las acusaciones se resumían en infracciones fiscales del banco. Nada más. Una fianza. Mi padre estuvo detenido menos de tres horas.

Para sacar a Armitage del tablero de forma definitiva, tendría que aportar nuevas pruebas. Pruebas con fuerza suficiente para reventar cualquier blindaje jurídico que haya creado.

Y, para que no hubiera ningún error, ajusté un plan B. No contaría solo con la CIA, sino también con el otro lado de la moneda.

Disparar hacia todos los lados puede hacer que un día te alcance una bala rebotada. Yo contaba con eso.

Mi padre no solo financiaba a un grupo extremista, sino también a sus rivales. ¿Qué pasaría si esas facciones descubrieran sus muchas caras, eh?

—El juicio sería corto —murmuro a solas— y la sentencia, más rápida de lo que él podría defenderse.

No podía huir dejando cabos sueltos. Esta vez, la costura sería perfecta. Solo una orden mía, y plim… le arrancarían la carta base de su castillo.

Por ahora, tenía que actuar. Y el teatro tenía que ir más allá… porque necesitaba mantener alguna baza para que él mantuviera la promesa de testificar contra Gregory Maxwell.

La lucha de Emory y Sebastian no sería en vano.

Me tiemblan un poco las manos. No de miedo. De agotamiento.

Beatrice murió por mi culpa. Él la mató.

Y, ahora, me toca a mí terminar lo que empecé.

—Hoy vas más lenta, Madeline —oigo esa voz grave resonar.

El corazón se me congela un segundo.

No es Leonard.

Es Rafael.

El guardia digital. Miro por encima del hombro y suelto el aire con desprecio a modo de respuesta.

Aparece como un fantasma, apoyado en la pared con los brazos cruzados, luciendo los tatuajes oscuros que le bailan por el cuello y los dedos.

A veces aparece en persona. Otras, como hoy temprano, manda una animación pixelada —un avatar bailando encima de mi código como si dijera: te estoy viendo, cariño. O no. Sonrío para mí misma.

—¿Quieres sentarte y hacerlo tú por mí? —replico, fingiendo desdén.

—Solo si te cansas. Pero tú no te cansas, ¿eh? —Sonríe de lado. Y se va.

La verdad es que estoy agotadísima. Y no veo la hora de largarme de este lugar.

Jordan Miller

Cuarenta y siete minutos de viaje.

Fue el tiempo más largo de mi vida.

Alquilamos una furgoneta negra con cristales tintados, con el plan más idiota y arriesgado que se nos ocurrió. Y aun así, no oí ni una sola protesta. Todos aceptaron. Todos vinieron.

Kyle conduce como un psicópata. Austin va en el asiento del copiloto, con la pierna inmovilizada estirada. Él también se quedaría en el coche. Sería nuestro seguridad con muletas para proteger a las chicas.

Ellas aún no sabían lo que planeábamos. Pero si lo supieran, ni de coña habrían aceptado quedarse atrás, donde ahora están encerradas.

Por seguridad.

Fue la condición.

—¿¡Nos habéis encerrado aquí?! —gritó Cameron cuando sonó el clic de la cerradura.

—¡Es por vosotras! —grité de vuelta—. En cuanto encontremos a Maddie, os abrimos.

—¡Jordan, vas a morir!

—Solo si es después de rescatarla.

La fachada del edificio engaña a cualquiera. Paneles de cristal espejado, nombre genérico en letras plateadas —algo que podría ser una agencia de marketing o una empresa de seguros.

Pero ahí dentro, en el último piso, hay un ático de lujo que, según Richard, servía como búnker, cuartel general y cautiverio.

Y ahí es donde está ella.

—Último piso —repasa Sebastian, mirando el esquema que Richard mandó directo a la tablet—. Tres entradas principales, dos guardias fijos y un ascensor exclusivo con acceso biométrico directo al ático.

Doy un paso al frente y siento la mano de Kyle en mi pecho.

—Espera a la caballería. Titan Defense llega en tres minutos. Richard lo confirmó.

—Eso si no se pierden con el tráfico —gruñe Sebastian.

—Esto es Detroit. Hasta los cabrones se camuflan de consultores —responde Kyle.

Yo solo quiero que lleguen ya.

—Jordan… —Sebastian me mira—. Si entramos solos y sale mal, no volverás a ver a Maddie.

Eso me golpea más de lo que debería.

Aprieto la mandíbula. Contengo el impulso. Y me quedo donde estoy.

Segundos después, los coches negros con cristales tintados aparcan en la calle paralela. Salen tres hombres primero. Luego cuatro más. Todos armados. Trajes ajustados. Serios. Y entre ellos, Richard.

—Ahora sí. —Sebastian sonríe.

—Gladiadores y frikis de la CIA. Esto va a acabar en peli —comenta Kyle, chasqueando los dedos antes de colocarse.

Richard nos da la señal.

La puerta principal del edificio se abre con el clic de una tarjeta magnética. Los dos primeros agentes tumban a los guardias de recepción antes de que puedan tocar la radio. Avanzamos por el pasillo de mármol falso con pasos leves, rápidos, sincronizados.

Al final del hall, el ascensor biométrico bloquea el paso. Pero uno de los agentes de Titan Defense saca un equipo portátil y, en segundos, pita la liberación forzada.

—Ático, señores —dice—. Prepárense para cualquier cosa.

Las puertas del ascensor se cierran. El panel digital parpadea en rojo, pero la subida empieza.

—Jordan —susurra Kyle—. ¿Listo?

—Siempre.

Sebastian asiente una sola vez.

El ascensor se detiene. Los agentes al frente se colocan, y nosotros estamos listos para todo.

Las puertas del ático se abren de golpe con el impacto de las botas de los agentes. Uno grita "¡limpio!", mientras dos se dividen por pasillos opuestos. Todo es sincronizado, limpio, ensayado: el tipo de operación que solo funciona cuando la urgencia es real.

En el centro de la sala, Leonard Armitage está de pie.

Brazos en alto.

Postura altiva.

Una sonrisa de suficiencia clavada en la cara, como si estuviera recibiendo invitados para un cóctel.

—Señores… —levanta una ceja—. No hay necesidad de armas. Estoy en libertad bajo fianza. Incluso dentro de territorio estadounidense, con orden vigente.

Richard, vestido con equipo táctico —lo cual es rarísimo, porque siempre lo veía de traje—, aparece a un lado con esa mirada de quien ya ha escuchado todas las excusas del mundo.

—Ya no —declara, alzando una orden—. Leonard Armitage, queda detenido por secuestro y detención ilegal de Madeline Armitage.

—¿Secuestro? —Leonard se ríe, negando con la cabeza como si aquello fuera ridículo—. Jamás secuestré a nadie. Es mi hija. Está aquí porque quiso.

—Entonces no te importa que revisemos las habitaciones —responde Richard con un gesto. Los agentes se dispersan al instante.

Yo no espero ni un segundo.

Entro por una de las puertas de la izquierda, con la sangre hirviendo. La habitación está a oscuras, llena de pantallas encendidas: líneas de código pasando en tiempo real.

Y entonces oigo pasos.

—Qué juguetito más mono tienes con tu equipito —una voz burlona suena a mi espalda.

Me giro y veo a un tío tatuado, vestido de negro de pies a cabeza. Tiene una cicatriz mal curada en la barbilla y una sonrisa torcida, como si le hiciera gracia todo.

—Tú debes de ser el tal Jordan. El novio.

—Y tú eres tan insignificante que ni me sé tu nombre —le devuelvo, con sarcasmo.

—Entonces deja que me presente. —No era un apretón de manos cualquiera: el cabrón se me viene encima. Me aparto y falla el primer golpe. El segundo me roza la costilla.

Pero el tercero es mío.

La derecha entra seca en su barbilla. La izquierda atraviesa el estómago. Y la secuencia termina con el sonido exacto de alguien estampándose contra una bancada llena de monitores. El cristal estalla y él cae.

Totalmente KO.

El pecho me sube y me baja. Los puños me arden. Pero entonces…

—¿Jordan? —la voz que me salva.

Está ahí.

De pie.

Ojos enormes y húmedos, pero firme. Fuerte. Como solo mi *Mad* Maddie sabe ser, incluso después del infierno.

Corre hacia mí sin dudar. Salta, me engancha las piernas a la cintura y me aprieta en un abrazo que casi me rompe. La sujeto con fuerza, inhalando el olor que tanto me faltó.

—Sabía que vendrías… —dice, con la voz quebrada, pero firme.

—Habría invadido el puto mundo entero si hiciera falta —susurro, enterrando la cara en su cuello.

Y entonces se separa lo justo para mirarme a los ojos.

Sus dedos me tocan la cara con cuidado, como si necesitara asegurarse de que soy real.

Y, con un gesto delicado, sus labios encuentran los míos.

Empieza suave.

Un beso de reencuentro, de quien necesitaba sentir que el otro está ahí, entero, vivo.

Pero enseguida se vuelve otra cosa.

Le muerdo el labio inferior, tiro con los dientes y saboreo el sabor de la añoranza mezclada con el alivio. Maddie gime bajito, y eso me desarma por completo.

Mi lengua busca la suya con hambre, y cuando se encuentran, el mundo se para. Una de mis manos sube por su espalda, le agarra la nuca con fuerza y profundiza el beso. Es húmedo. Intenso. Desesperado. Como si un mes de ausencia y miedo se deshiciera en ese instante.

Sus dedos se enredan en mi pelo, tirando suave mientras su boca baila con la mía en un ritmo que solo nosotros conocemos.

—Estás aquí… —murmura entre besos—. Has venido de verdad…

—Siempre vendría a por ti.

Seguimos en mitad de una operación de rescate, con un edificio siendo registrado por agentes armados, y yo… yo solo puedo pensar que por fin la tengo otra vez.

En mi boca. En mis brazos.

En la puta vida.

Respiro hondo, la bajo de mi cintura y entrelazo mis dedos con los suyos para largarnos de esa prisión.

Cuando volvemos a la sala principal, con los agentes reunidos y la tensión todavía eléctrica en el aire, Leonard está esposado, pero aun así sigue sonriendo.

—Es mi hija. No fui yo quien la secuestró. Madeline, díselo —provoca, con esa voz cargada de manipulación.

Maddie se detiene. Lo mira. Sin prisa. Sin temblar.

Y solo niega con la cabeza.

Sin decir una palabra.

Él entrecierra los ojos. Como si fuera a amenazar. Como si aún tuviera algún control.

Pero Maddie sonríe de lado, le da la espalda y deja que el silencio aplaste a Leonard. Y yo camino con ella, con la certeza absoluta de que, por mucho que el mundo intente romper a esta chica…

Ella siempre se va a levantar.

Y yo voy a estar aquí, listo para luchar a su lado.

Siempre.



Tres horas después, en una base federal restringida a las afueras de Lansing[4], estoy aquí, esperando para ver caer a Gregory Maxwell.

Por fin se acabó.

Por fin, los años perdidos sin mi padre, viéndolo ir de clínica en clínica por culpa de mi abuelo, serán vengados hoy.

Sigo perseguido por la imagen de John Maxwell con los ojos nublados, sin la asistencia médica necesaria para controlar a sus demonios. Algo que era tan simple… se convirtió en un auténtico caos en nuestras vidas.

Confié en él. Confié en Gregory Maxwell. Hasta que me arrancaron la venda. Es un maestro manipulando mentes, convenciendo a la gente para que siga sus planes.

Planes que solo incluían sus intereses, nada emocional, nada de familia. Ah, no…

El control de Titan Defense y las cifras obscenas en sus cuentas bancarias encajaban perfectamente con lo que él quería.

Dicen que la venganza no lleva a nada. Pero en este caso, esto es justicia. Y sabe dulce… dulce como algodón de azúcar. Y aquí, en esta sala cerrada, esperando a que Richard empiece el interrogatorio, es un postre de los buenos.

Tener a un amigo llevando el caso está al alcance de pocos. Y no vamos a negar su influencia: es abogado especializado en

seguridad internacional. Lo descubrimos a lo largo de estos meses, cuando mi padre y mi madre vivieron en su apartamento hasta el día en que John Maxwell resucitó de entre los muertos. El mejor amigo de mi padre lleva años siendo el enlace legal entre la CIA y operaciones de alto riesgo.

Y por eso reclutó a Madison… o mejor dicho, a Madeline. La chica con un CI de genia y una de las mejores hackers del mundo —palabras suyas.

Esa chica es increíble. Joder… ayudó a encontrar a su propio padre, aunque eso significara poner su seguridad en riesgo.

Su carácter no tiene nada que ver con el de su progenitor.

Madeline Armitage se ha ganado mi respeto.

Respiro hondo, sintiendo el aire helado del aire acondicionado quemarme las fosas nasales.

Mi padre está sentado a mi lado, con la mirada fija en el cristal antirreflejos que impide que los interrogados vean quién está observando.

—¿Estás bien? —susurro, inclinándome apenas.

Él solo asiente. Le tiembla la mano, pero la mirada sigue altiva, firme. John Maxwell no es un hombre débil: tiene la capacidad de dirigir la empresa familiar con puño de hierro. Tanto, que controló la enfermedad durante años él solo.

Sigo su mirada y, al otro lado del cristal espejado, está Leonard Armitage. Sentado con la calma de quien parece estar cenando en un *rooftop*[5] carísimo de Manhattan. Es un puto desgraciado, eso es lo que es.

Delante de él está Richard, que mira el cristal como si nada, reafirmando el nivel de amistad que existe entre él y mi padre. Entonces empieza:

—Señor Armitage… —abre una carpeta fina—. ¿Entiende que esta colaboración puede usarse como parte de un acuerdo?

—Claro que lo entiendo. Estoy aquí por eso —responde Leonard, sonriendo. Como si no hubiera secuestrado a su propia hija

y obligado a cometer delitos por él—. Pero que quede claro… jamás pretendí hacerle daño a mi hija. Ella solo estaba…

—Encerrada en una habitación, trabajando horas y horas, después de haber sido secuestrada… —Richard no le deja ni terminar—. Sí, ya lo sé. Pero sus cargos han aumentado, por si no se había enterado.

—No hay pruebas del desfalco de 2020 —contesta rápido, refiriéndose al año en que Maddie huyó por primera vez. Claro, él pensaría que la acusación era vieja.

—No. Pero dos diplomáticos murieron de forma misteriosa en el trayecto entre Varsovia y Estambul. Hay rumores de que negociaban la implantación de vacunas en la región del Cáucaso, lo cual sería extremadamente perjudicial para ciertos sectores de la industria farmacéutica y, mira tú… —Richard levanta un papel, mostrando algo que desde aquí parece un gráfico—. El conglomerado Genix Global Holdings era uno de los mayores accionistas de la iniciativa de bloqueo. Más interesante todavía: el presidente del holding tiene un rostro idéntico al suyo, señor Armitage. Y aún más curioso: el flujo de caja de la operación se movió con tarjetas corporativas registradas a nombre de un tercero que, vaya… también se parece mucho a usted. Como puede ver en estas fotos de las cámaras de seguridad.

La sonrisa de Richard se refleja también en la mía y en la de mi padre detrás del cristal.

—Eso es… es…

—Dicen que tenemos siete dobles por el mundo. ¿Significa eso que esa persona es uno de ellos? —pregunta Richard con ironía —. Por favor, aclare, porque siempre tuve curiosidad.

—Ella… —Armitage gruñe, apartando la mirada, y dándose cuenta de que Maddie le ha vuelto a cerrar el cerco para que no se vaya de rositas.

—Ahora, vamos a hablar de Gregory Maxwell.

Noto cómo mi padre se pone rígido a mi lado. Le pongo una mano en el hombro y él respira hondo, recomponiéndose.

—¿Qué gano yo con la delación? —Claro que iba a regatear primero.

—Responderá en libertad y su pena puede reducirse a la mitad.

—No. Quiero, como mínimo, arresto domiciliario durante el tiempo de condena y la pena reducida a la mitad.

—Estamos hablando de asesinatos… —puntualiza Richard, marcando la gravedad.

—Que aún no se han probado y ocurrieron fuera de suelo estadounidense. Quiero inmunidad. Garánticemela y le daré una lista de nombres además de Gregory Maxwell.

La sala se llena de un silencio angustioso.

Entonces Richard se aprieta los labios, saca el móvil y teclea algo. Un minuto se estira como una eternidad hasta que asiente.

—La pena se reducirá en un tercio. Y mantenemos las demás condiciones. Pero… —levanta el índice—. Solo si los nombres valen la pena.

—Ah… entonces más le vale prepararme una buena cena, doctor. Vamos a pasar horas conversando.

Leonard empieza a desenredar la telaraña. Y, claro, Gregory Maxwell es el primero.

Mi padre y yo nos quedamos ahí, escuchándolo todo. Y de vez en cuando, sorprendiéndonos con los crímenes que mi abuelo cometió, todo por poder.

Armitage creó un sistema paralelo de cuentas fantasma que Gregory usaba para blanquear dinero de varias fuentes —incluyendo tráfico de influencias, evasión fiscal y financiación ilegal de campañas—. Sin contar el desvío de recursos de Titan Defense.

No hizo falta todo el día, pero el interrogatorio se alargó hasta el inicio de la noche. Entonces, se llevaron a Armitage dos agentes, aún esposado.

Estábamos agotados y tensos. No imaginábamos que hubiera tanta mierda debajo de nuestra alfombra.

Las fuerzas vuelven en el instante en que se abre la puerta por la que salió Armitage y entra mi abuelo, Gregory Maxwell, con ese aire cargado de arrogancia.

Siempre con un traje hecho a medida. Camina con calma. Una mirada inofensiva, pero rebosante de falsedad.

—No diré nada —dice al sentarse frente a Richard.

—Está en su derecho. Pero el mundo ya está escuchando lo suficiente —responde Richard, sin titubear.

Mi padre se mueve a mi lado. Los dedos se le crispan sobre la rodilla. Yo apoyo mi mano sobre la suya, firme, sosteniéndolo.

Gregory Maxwell, el senador arrogante, clava la mirada en el espejo que ocupa casi toda la pared frente a nosotros, dejando claro que sabe que lo están observando. Entrecierra los ojos, en una línea fina, recriminando a quien esté al otro lado.

Pero esta vez, lo sabe.

Sabe que el juego ha cambiado.

Y ahora, el que va a acabar encerrado y apartado de todos… es él.

una hora después

El ascensor pita en la última planta del ático del Hotel Saint Claire, en Detroit. La agente personal de mi padre consiguió esta suite VIP para refugiarnos hasta que podamos volver a *Ann Arbor*.

Parte de la burocracia para su regreso a la presidencia de Titan Defense ya estaba hecha. Así que mi preocupación debería ser únicamente el hockey y la universidad. Era el trato que tenía con mi padre desde crío. Primero seguiría mi carrera como jugador profesional. Y después, cuando me retirara, me sentaría a su lado en mi silla de accionista de la empresa.

El plan que jamás habría tenido una pausa si mi abuelo fuera un hombre decente. Seamos sinceros… no lo es.

Respiro hondo cuando cruzamos la puerta de entrada de la suite, que es prácticamente un ático con habitaciones para meter a cada pareja en una y a mi padre en otra.

Doy dos pasos y la siento incluso antes de levantar la vista. Mi Gelito. Mi amor. Mi refugio frente al torbellino que llevo dentro con la detención de mi abuelo.

—¿Sebs…? ¿Amor? —la voz de Winter me trae de vuelta, como si alguien hubiera encendido la luz en una habitación a oscuras—. ¿Todo bien? —me sostiene la cara con las dos manos, con esa manera suya de ir recogiendo las piezas que se me caen sin que yo me dé cuenta.

Parpadeo un par de veces, hasta que su rostro enfoca.

Preocupada. Preciosa.

Mi rayo de sol con cara de tormenta.

Sonrío.

Y pensar que hubo un día en que solo me miraba con asco y comentarios envenenados.

Ahora está aquí. Llamándome amor. Como si fuera lo más natural del mundo. Y, gracias a Dios, lo es. Esta chica es mía. Y yo soy suyo. Entero.

—Sí, mi amor. Solo que… es difícil de explicar.

Una mano más pesada me aprieta el hombro derecho. Mi padre.

—Te entiendo, hijo. Es normal estar así. Tu abuelo fue, durante mucho tiempo, nuestro ejemplo. Da igual cuántas veces oiga lo que hizo… sigue doliendo —mi padre resume esa sensación de vacío—. Hoy ha sido como volver a tocar el agujero que nos dejó.

John Maxwell tenía razón, en parte.

Ya era consciente de la mala calaña de mi abuelo. Su peor versión me la metieron por la garganta desde que sospeché del cambio de medicación de mi padre.

Pero escucharle a otra persona todas las acusaciones me dejó la cabeza hecha un lío, porque es imposible encajar los recuerdos de un abuelo presente, fuerte y admirado, con la imagen real del hombre manipulador, cruel y capaz de destruir a su propio hijo por poder.

Joder. Es como si las piezas de mi infancia las hubieran recogido del suelo y las hubieran vuelto a montar alguien que odiaba el puzle original.

—Sebs, estoy aquí… —susurra Winter, abrazándome por la cintura. La cabeza encajada bajo mi barbilla.

—Lo sé… —beso su pelo, rodeándola con los brazos, sintiéndome protegido por esta chica bajita, cabezota, que me vuelve loco de mil maneras…

Ahora mismo, la locura que más quiero es la que nos estira hasta mi cama.

—Eh… ¿parejita? También queremos saber qué pasó ahí dentro. ¿Podéis dejar la parte del calentón para luego y venir a contarnos el interrogatorio del Dos Caras y del Espantapájaros? —grita Prince desde el salón, cómodamente tirado en uno de los sillones, con la pierna estirada sobre la mesa de centro.

A su lado, sentada en el brazo acolchado, está mi hermana: mirada tensa, ansiosa, esperando respuestas que solo yo puedo darle.

Ella no quiso venir con nosotros para quedarse con su novio, que sigue inmovilizado, recuperándose de la cirugía de rodilla. Aunque me cueste pensar en ella y Austin juntos… estoy intentando acostumbrarme. Pero hoy, después de todo, no consigo sentir rabia. Solo alivio de tenerlos aquí enteros.

En el sofá grande, Brooke y Kyle ocupan un lado, mientras Jordan y Maddie están en el otro. Sidney se acomodó en una de las sillas de la mesa del comedor al fondo. Y Cameron está de pie, apoyada en una de las columnas de la suite, brazos cruzados y expresión seria.

—Niños… me voy a retirar —anuncia mi padre, con un gesto breve de la mano—. Vuestra madre debe estar tan nerviosa como vosotros. Voy a llamarla y luego a descansar. —se despide con tres palmadas en mi hombro antes de irse hacia la habitación del fondo.

Winter y yo caminamos de la mano hasta uno de los sillones libres. Me siento y la tiro sobre mi regazo. Es tan pequeña, y esta posición ya es costumbre. Su cuerpo encaja en el mío como si hubiera nacido para esto.

Respiro hondo. Todos me miran en silencio. Hora de soltarlo.

—Bueno… Leonard no solo confesó, sino que soltó el esquema entero en el que Gregory estaba metido. A cambio, pidió responder en libertad, con reducción de pena y arresto domiciliario.

—¿Y aceptaron? —pregunta Maddie. Su voz está firme, pero los ojos le delatan el miedo.

—No vi nada firmado. Pero sí… aceptaron.

—No… —se pasa las manos por las sienes, echándose el pelo hacia atrás como si estuviera conteniendo algo que explota por dentro—. No puede salir.

—Princesa… no va a acercarse a ti —Jordan intenta calmarla, pegándola más a él, el brazo firme alrededor de su cintura.

—¿No lo entiendes? —le chispean los ojos. Es como ver el miedo y la rabia peleándose en la misma cara—. Puede esperar a que baje el polvo… y entonces vendrá a por mí. Otra vez. Porque eso es lo que hace. Espera. Calcula. Y ataca cuando nadie está mirando.

Jordan se inclina, le sujeta la cara con ambas manos y la obliga a mirarle.

—Y yo voy a estar mirando. Siempre. Ya no estás sola, Maddie. Nunca más.

Ella cierra los ojos, como si así pudiera impedir que le salieran las lágrimas. Y cuando los abre, no hay debilidad: solo la determinación de quien ha sobrevivido al infierno y ha salido entera.

—Tiene que pagar por todo —murmura—. No solo por lo que me hizo…, sino por todo lo que causó. Por todas las vidas que

destrozó.

En ese instante, coge el móvil y empieza a teclear como si estuviera ajustando la trayectoria de misiles de la Tercera Guerra Mundial.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto, inquieto. Nada de lo que venía de Madison… quiero decir, de Madeline, era inofensivo.

—Debe estar revisando los archivos del interrogatorio —me sopla Winter al oído.

Cameron se coloca detrás de Maddie, apoyándole las dos manos en los hombros mientras mira lo que está haciendo.

—Amiga, no hagas nada de lo que luego te arrepientas.

—Me voy a arrepentir si no hago nada.

—Madeline, el testimonio de tu padre solo vale cuando quede formalizado judicialmente. No lo jodas ahora —me sale más borde de lo que quiero, y me arrepiento en cuanto ella me clava la mirada.

Tiene ojeras moradas de puro agotamiento. Está más delgada. Y yo aún pensando solo en mi familia. Mierda.

—Perdón, Maddie —digo, sin poder sostenerle los ojos—. Es que…

La oigo inspirar y soltar el aire despacio.

—No soy tan gilipollas como para eso, Sebastian.

Maddie cierra los ojos un segundo. Respira. Cuando los abre, es pura decisión.

—Sé que os habrá parecido raro lo que tardé en pedir ayuda…, pero no fue por miedo. Fue por estrategia.

Cameron se endereza y da la vuelta para sentarse al lado de su amiga.

—¿Estrategia? —pregunta Kyle.

—No todo lo que hacía era solo para escapar —dice Maddie, con la voz firme—. Estaba metiendo comandos, soltando información, abriendo pequeñas grietas en la estructura que mi padre montó con esos grupos extremistas. Solo que… no era para explotar al instante. Todo lo que hice tiene un tiempo de

propagación. Una cadena de gatillos. Mensajes plantados donde menos se lo espera.

—¡Espera! —Prince se incorpora—. ¿Programaste a sus propios aliados para que se le volvieran en contra?

—Exaliados —corrige ella—. Mi padre jugaba a dos bandas. Alimentaba a dos facciones rivales con promesas, rutas y dinero. Y creía que nadie se daría cuenta.

—¿Y si lo descubren? —pregunta Sidney, casi en un susurro.

—Si lo descubren… —Maddie toma aire, y ahora su mirada es puro acero—. Va a probar su propio veneno.

El silencio que cae es hielo puro.

—Entonces estás esperando —murmura Jordan, cayendo en la cuenta—. Estás conteniendo la explosión… hasta que hable. Hasta que hunda a Gregory Maxwell.

Maddie asiente apenas.

—Cree que aún puede salir ganando. Pero cada mensaje que tecleé… cada algoritmo que dejé corriendo en segundo plano… va a hacer exactamente lo que yo quiero.

Jordan la mira como si la estuviera viendo por primera vez.

Y yo también.

Esta ya no es la chica que le cantó en el Bar 213. Esta es Madeline Armitage.

La hija del monstruo.

Y el arma que él nunca debió entrenar.



North Dakota es rápido.

Pero… yo lo soy más.

El disco corta la pista como una navaja. El marcador va 2-2. Último periodo, el tiempo apretando, y la tensión en el hielo está más espesa que el sudor bajo mi casco.

—¡SEGUNDA LÍNEA! —grita Sebastian, reorganizando nuestra formación.

Kyle patina hacia el lateral y yo cruzo por detrás. Prince retrocede para cubrir. El ritmo de las cuchillas sobre el hielo suena como tambor de guerra. La jugada cambia. La respiración cambia.

Y ahí, justo en el sonido exacto de la voz de Sebastian —afilada, firme, inrompible— me golpea el recuerdo del día del juicio de su abuelo. Tenía la misma determinación en la mirada.

Me acuerdo de la sala bochornosa del tribunal.

Del viejo Gregory Maxwell sentado delante, sin su traje de siempre, sustituido por una chaqueta gastada, las manos temblorosas, los ojos bajos.

Hundido. Derrotado.

Sin el brillo de arrogancia que cargó durante décadas.

Sin el poder que les robó a los demás.

Y entonces el anuncio de su condena:

“Gregory Thomas Maxwell, este tribunal lo declara culpable de los siguientes delitos:

Corrupción sistemática, malversación de fondos públicos, obstrucción a la justicia y manipulación de informes médicos con el fin de obtener ventaja personal e institucional.

Por las pruebas presentadas, testimonios confirmados bajo juramento y la deliberación del jurado, esta Corte le condena a 92 años de prisión en un centro penitenciario federal, sin posibilidad de fianza ni libertad condicional.

Esta sentencia entra en vigor de imediato”.

Sebastian le sujetó la mano a su padre al salir del juzgado. Fuerte. Firme. Con orgullo.

Lo vi todo desde donde estábamos —yo, Prince, Kyle, Zach, Theo, hasta Mason… Todo el equipo estaba en la fila reservada al público. Nuestras chicas también. De hecho, creo que el juicio estaba a reventar porque las dos fraternidades, Alpha y Kappa, fueron en masa.

Estábamos ahí. Por él.

Porque él es nuestro capitán dentro y fuera del hielo.

Y en ese momento no solo estaba sujetando la mano de John Maxwell, su padre.

Estaba sosteniendo a un hombre al que silenciaron durante años, al que tuvieron bajo manipulación, y que por fin caminaba de vuelta hacia su propia historia.

Igual que Sebastian sostiene nuestra defensa en la pista.

Con lectura de juego. Con precisión. Con cuidado.

Cuando alguien resbala, está ahí.

Cuando perdemos el disco, lo recupera.

Cuando todo se aprieta… su voz organiza, calma, manda.

Y es la misma mirada la que veo ahora, cuando gira en el hielo, cubre nuestra línea y sostiene la retaguardia como quien sostiene el mundo.

La grada se vuelve loca cuando aceleramos en línea recta, separándonos sin darle a la defensa ni una pista de con quién se va a quedar el disco. Austin me la suelta, yo giro sobre mí mismo, meto un impulso y voy hacia Sebastian.

En ese instante veo a Kyle empujar con el hombro a un defensa que quería colarse por la línea, mientras Theo marca al otro.

Asumo mi papel, cortando el hielo mientras aumento velocidad para recibir el disco en el punto exacto de la jugada que hemos ensayado mil veces. Y…

Llega.

¡GOOOOOL!

3-2 para Michigan.

Levanto los brazos, soltando un grito de victoria. Luego saco la margarita de plástico que llevaba enganchada en el elástico del pantalón, debajo de todo, la alzo y le mando un beso a una de las cámaras que retransmiten el partido.

Aún le debía una a mi sobrina. Ella quería un gol bonito, no un gol de rebote. Y este lo fue.

Estoy concentrado en el homenaje, cuando me sorprende Austin alcanzándome:

—¡Somos los Gladiadores del Hielo, joder! —se me tira encima, y me hace preguntarme por sus habilidades paranormales: habla con el Frango; vuela…

Algún día le pregunto si tiene plumas.

Pensándolo bien… mejor no.

Kyle me choca el hombro, me empuja un paso, y Sebastian aprovecha la inercia. Me convierto en un sándwich de jugadores sudados y felices.

—Tío, que aún queda tiempo en el cronómetro, ¿lo sabes? —protesto, riéndome y buscando aire.

—¡Verdad! ¡Reagrupa! Dos minutos son tiempo de milagro… y de tragedia —gruñe Sebastian, todavía con esa energía concentrada de capitán incluso en plena celebración. El equipo lo pilla y se dispersa.

Antes de seguir yo también, peino las gradas, buscándola en su rinconcito.

En cuanto nuestras miradas se encuentran, ella me saluda, tímida, con mi jersey y mi número.

Mad Maddie ha cambiado de mil formas.

Las gafas se jubilaron.

Su talento está siendo aclamado en el Bar 213.

Ya no huye de mí.

Y… lo más importante… ya no hay miedo en su mirada.

A veces me despierto de madrugada solo para asegurarme de que está ahí, a mi lado. Tuve tanto miedo de perderla cuando supe del secuestro. Y el día que Leonard Armitage murió, pensé que la perdería también.

La noticia llegó justo después de un entrenamiento. Estábamos sudados, riéndonos de alguna gilipollez de Prince, cuando mi móvil vibró. Era ella. El mensaje fue corto. Frío. Objetivo.

"Armitage se tiró desde la azotea. La que estaba vigilada".

La que él no podía abandonar. Esa de la que nadie entraba. Nadie salía. Movimiento bloqueado y vigilancia 24/7.

Y aun así… se tiró.

O… ¿lo empujaron?

Nunca lo dijeron. Y quizá nunca lo sepamos.

Llamé al instante, pero el teléfono caía al buzón. Probé con Cameron. Estaba en clase, pero dijo que Maddie estaba en la habitación cuando salió.

Y yo corrí. Corrí como un puto desesperado, como si todavía llevara patines en los pies. Me subí al coche, dejé a los tíos atrás y conduje directo a la Kappa.

En tres tiempos estaba delante de su puerta.

Estaba entornada, y no salía ni un sonido de dentro.

Raro.

Maddie siempre tenía algún ruido: teclado, música o esa maldita novela turca con el melenudo que ellas babeaban. Nada.

Entré despacio y cuando la vi, la llamé una vez.

Estaba sentada en la cama, piernas cruzadas, los ojos fijos en la pared. Sin parpadear. Sin moverse.

Como si alguien hubiese puesto pausa a la vida.

Me acerqué y me senté en el borde, despacio, rozándole la mano con cuidado. La tenía helada. Me la llevé al regazo, envolví sus dedos con los míos para calentarlos.

No se apartó. Aceptó mi contacto y siguió ahí, estática. Como si estuviera en otro sitio.

Me quedé en silencio. El tiempo pasó lento, pero me dio igual. Si hacía falta, me quedaba todo el día.

Entonces respiró hondo. Parpadeó. Y poco a poco giró la cara hacia mí.

—Jordan… —su voz fue un susurro—. ¿Soy un monstruo?

Le apreté los dedos con más fuerza.

—No —solté sin pensar. Ella jamás sería un monstruo—. Eres la chica que salvó el mundo… incluso cuando casi te destroza.

Cerró los ojos, como si mis palabras le arrancaran un poco del peso que llevaba encima.

No lloró.

No se rompió.

Pero se me subió al regazo y me dejó sostenerla.

Yo la sostendría toda la vida.

—¡Vamos, Miller! ¡Deja el trance, que viene el disco!

Austin grita a mi izquierda. El sonido de las cuchillas cortando el hielo, los gritos de la grada… todo me cae encima a la vez. Y vuelvo. Entero.

North Dakota intentaba un contraataque en el último minuto. Pero pocos pasan por Kyle, y ahora yo tengo el disco.

Mis patines se deslizan como hojas afiladas por la pista. Inclino el cuerpo y meto velocidad.

Tengo espacio.

Tengo ángulo.

Y lo mejor… tengo talento.

Hago la finta, y cuando mi stick revienta contra el disco, lo clavo perfecto.

—¡Uhuuu! ¡Eso es, joder! —celebro, levantando el palo por encima de la cabeza, y patino con la suavidad de un cisne… hasta que mi cuerpo vuelve a ser el saco de golpes de nuestro equipo, que celebra a base de choques.

4-2, suena el pitido. ¡Ganamos!

Aparto a mis colegas para volver a mirarla a ella.

La veo de pie, saltando al lado de Cameron y gritando, eufórica con nuestra victoria.

Joder… amo a esta chica.

Y esta noche lo va a saber.

—Eh, Miller. —El *coach* me llama a un lado del banquillo con un gesto rápido, aún con los cascos colgando del cuello.

Si me está llamando en mitad de la fiesta, es porque ha pasado algo gordo.

Me seco el sudor de la frente con la manga del jersey y patino hacia él, con el pecho todavía subiendo y bajando. El corazón a mil por el gol, por la victoria… y por ella.

Se acercan dos tíos trajeados.

Uno tiene cara de haber visto cientos de partidos. El traje oscuro y la bufanda roja y blanca lo dicen todo.

—¿Jordan Miller? —pregunta, tendiéndome la mano con firmeza—. Soy Tom Reynolds, del departamento de scouting de los Red Wings. Y este es David Larrabee, del front office. ¿Podemos hablar?

Su mano aprieta la mía con intención.

Pero mi cabeza aún está intentando procesar que esto está pasando de verdad.

Detroit Red Wings.

NHL.

El equipo profesional.

El mismo que yo veía de pequeño en el sofá, soñando con ponerme ese jersey algún día.

Tardo medio segundo en responder. Porque, antes de todo, la miro a ella.

Maddie. Mi *Mad* Maddie. En la grada, con las manos entrelazadas delante del pecho. Sonriendo.

La gente aplaude alrededor, pero ella solo me ve a mí. Solo existimos ella, yo y este momento suspendido en el tiempo.

Y por primera vez desde que empezó todo…

Desde los entrenos en la nieve; desde la primera vez que agarré un stick; desde los silencios dolorosos en la mesa con mi padre; desde el día que vi a Maddie por primera vez con esas gafas enormes y aquel jersey horroroso… —que fue en el Bar 213 cuando ella era una de las camareras. Sí. Me acuerdo.

En fin… desde el inicio de mi historia…

Todo encaja.

Le devuelvo la sonrisa a mi novia.

Y le respondo a Tom Reynolds:

—Claro. Vamos a hablar.

Porque quizá el mundo esté hecho un caos.

Pero ahora, por primera vez, todo parece exactamente donde tiene que estar.



Estoy sentada en el borde de su cama, con los pies balanceándose, todavía con su jersey puesta por encima de la ropa. Sinceramente… no quiero quitármela. Huele a él. Y es tan jodidamente agradable.

Jordan está apoyado en el marco de la ventana, con los brazos cruzados y la mirada perdida, de esas que se nos quedan cuando algo que deseamos de verdad se cumple. Supongo que esa es exactamente la sensación que tiene ahora mismo.

—Este es tu sueño, ¿no? —pregunto en voz baja, mirándolo como quien observa una estrella fugaz—. Graduarte. Que te drafteen. Parece que todo ha seguido justo el camino que querías.

Gira la cara hacia mí y aparece esa sonrisita ladina suya, la que siempre anuncia que va a soltar alguna barbaridad:

—Claro. Soy un estratega, princesa. —Se aparta de la ventana y camina hacia mí—. Siempre lo he sido. De los que trazan planes para cada parte de su vida.

—¿Yo también soy parte de un plan? —alzo una ceja, medio burlona.

Se detiene frente a mí y baja un poco la cabeza para quedar a la altura de mis ojos.

—Sin ninguna duda. —Sus labios rozan los míos, atrapando mi labio inferior entre ellos—. Conquistarte. El plan siempre fue

conquistarte, *Mad* Maddie. Desde el día en que cayó aquella maldita toalla.

—La tiraste tú —aclaro, con tono severo pero divertido.

—Y tú te fuiste a dormir pensando en mí esa noche.

—No lo hice.

El muy cabrón vuelve a rozar mis labios, tirando del jersey que llevo puesto. Hago un puchero que dura poco, porque en cuestión de segundos me alza por las axilas y me deja caer en el centro de la cama.

—Hagamos una cosa —dice, alejándose para coger el móvil y elegir una playlist… interesante. Empieza a sonar "Pony", de Ginuwine. Alzo una ceja sin poder evitar sonreír—. Si cuando acabe esta canción sigues tan seca como un bote de helado en el congelador de la Kappa… —empieza a quitarse la camiseta negra, dejando a la vista los abdominales—, te creo. Te creo que no me querías enterrado en ese coñito delicioso aquel día. ¿Qué te parece?

—¿Quieres apostar conmigo? —estoy jodida.

—No lo había pensado —mira al techo, pensativo. Mierda. Mi maldita boca—. Pero mira, sí. Una apuesta.

—Para que quede claro: mi culo no cuenta como premio.

—Ah… no, princesa —acepta, aunque la sonrisa que acompaña sus palabras dice justo lo contrario—. Tu culo es mi premio por ser drafteado.

Sonríe, y su sonrisa quema más de lo que debería.

Mierda.

—Jordan… —intento advertirle, pero la música marca el ritmo y una mano se engancha al bajo de su camiseta. La otra se desliza por debajo, provocándome.

Levanta la tela despacio, revelando un abdomen definido como si cada músculo hubiese sido tallado para mí. La V de su pelvis brilla como una alerta roja.

Me dedica otra sonrisa canalla y un guiño. El cabrón sabe que está bueno.

Su cadera se mueve con precisión. Se contonea. Se contonea como si supiera que mi cordura depende de que ese pantalón no baje más.

Pero, claro, baja.

Despacio. Sádico. Delicioso.

Mi lengua traza una línea húmeda sobre mi labio y oigo su gruñido ronco cuando alzo la mirada y me doy cuenta de que no soy la única afectada.

Murmuro un "bien hecho" y él entorna los ojos, recorriéndose con la mano. Luego tira del elástico del calzoncillo, que chasquea contra su piel.

—Me estás dando ideas, Gladiador. Ese sonido de látigo le pega mucho a tu piel —bromeo, y él se ríe a carcajadas.

—Luego te quejas de que tu apodo sea *Mad* Maddie, princesa —replica, todavía riendo—. Pero ojo, a este culito solo besos y caricias.

—Me encanta besar ese culo.

—Lo sé…

Y lo dice mientras da otro paso de baile que termina de mandar el calzoncillo al suelo. Jordan se queda de espaldas, luciendo el cuerpo de atleta.

Gira sobre sí mismo, haciendo que su polla se balancee, dura, justo en la dirección perfecta hacia mi boca.

Cuando se acerca, pregunta:

—¿Lista para montar a mi toro mecánico, princesa?

Me río y gimo al mismo tiempo.

—No existes, Jordan Miller.

—Claro que existo… —se deja caer sobre mí en la cama, obligándome a recostarme—. Y soy todo tuyo.

Mi gemido muere entre sus labios cuando me besa, un beso más sensual de lo habitual. Su lengua se desliza en mi boca, reclamándome.

Jordan pasa los dedos por el lateral de mi muslo, subiendo despacio. Sus manos tiran del bajo de mi camiseta y se la quita con calma, con los ojos clavados en cada centímetro de piel que descubre, como si fuera un mapa que le pertenece.

En segundos me quedo solo con la lencería color magenta. Me observa unos instantes y vuelve a devorarme. Sus labios bajan por mi cuello, por encima de mis pechos aún cubiertos, inhalando hondo contra mi piel.

Muerde suave. Chupa despacio. Haciéndome gemir antes siquiera de tocar de verdad.

Mi cuerpo se arquea cuando desabrocha el sujetador y envuelve mis pechos con sus manos grandes y calientes. Besa, lame, succiona con la misma hambre de siempre, pero con un cuidado nuevo.

—Estás temblando, princesa… —murmura, bajando la boca hasta mi vientre—. ¿Por qué?

—Porque… —quiero hablar. Necesito decirlo. Él ya lo sabe de todos modos—. Te quiero, Jordan. Te quiero tanto que me da miedo perderte.

Su expresión se vuelve seria.

—No me vas a perder. Nunca —afirma con firmeza—. ¿Hablas por lo de que la sede del equipo esté en Detroit? Te vienes conmigo, princesa. No concibo mi vida sin ti.

Se me escapa una risa suave.

—Planes…

Él vuelve a sonreír.

—Exacto. —besa mi vientre—. Y en mi futuro estás en todos ellos. Porque yo también te quiero, princesa. Te quiero como un loco.

Su boca baja un poco más y la braguita empieza a deslizarse fuera de mi cuerpo.

Luego sube, sus labios calientes y húmedos recorriendo mi piel hasta atrapar uno de mis pechos hinchados. Chupa, lame, dibuja

círculos con la lengua alrededor del pezón hasta dejarlo dolorido. Extrañamente delicioso. Repite con el otro.

Me muevo sobre el colchón, perdiendo la cabeza con la sensación que se extiende por cada terminación nerviosa.

—Ahora, princesa, vamos a ver si estás mojada para mí.

—No vale. Has hecho todo esto y…

—Shhh… sé que estabas mojada incluso antes de que me quitara la camiseta, tonta. Pero ¿te ha gustado el espectáculo?

Muerdo la comisura del labio y asiento.

—Puedes bailar para mí cuando quieras, mi *Magic Mike*.

—¿Y qué me voy a llevar de propina?

—¿Qué quieres? —lo miro, desconfiada.

—Ya lo descubrirás…

Y entonces Jordan me gira boca abajo y tira de mis caderas, dejándome el culo bien levantado. Antes de que pueda protestar, me lame la coño entera.

—Deliciosa.

—A veces pienso que tu lengua es del tamaño de mi coño.

—Lo es… siente esto. —Y lo siento. El calor de su lengua recorriendo toda mi vulva. Para demostrarlo, mueve la puntita justo en el punto exacto sobre mi clítoris—. ¿Ves? Todo en ti fue hecho para mí.

Aprovecha y se cuela por mi vulva, trazando una línea desde mi clítoris hasta mi entrada. Ahí entra y sale unas cuantas veces, y luego vuelve a torturar mi clítoris, lamiendo en círculos y chupando.

La secuencia es precisa y rítmica. Jordan puede no tener un CI de genio, pero aprendió rapidísimo las señales de mi cuerpo. Y por eso sabe exactamente cuándo empieza a formarse el orgasmo. El interior de mis muslos hormiguea y siento cómo mis músculos se contraen, pidiendo más contacto.

Cuando falta solo un poco más, se detiene. Y yo gruño, frustrada. Me muerde un lado del culo.

—Tranquila, princesa. Vas a correrte. Pero no como esperas.

—¿Eh? —Lo miro por encima del hombro—. Jordan… Yo no…

—Sí. Vas a romper el precinto de ese culito apretado y será hoy.

—Eres demasiado grande para entrar ahí.

—Y puedo no meterla hasta el fondo para no hacerte daño. Pero entraré lo suficiente como para que te corras como nunca. ¿Y bien? ¿Vas a seguir siendo cabezota?

—Jordan… —mi voz suena como una advertencia, pero insegura.

—Conozco tu cuerpo, princesa. Y solo entraré hasta donde tú me dejes. Confía en mí —pide.

Resoplo, aceptando mi destino de no ir al baño número dos por un tiempo. Dudo que me quede culo para eso.

De repente veo lubricante, aceite, un plug anal y un succionador de clítoris.

—¿Veo que venías preparado, no? —digo con sarcasmo.

—No te imaginas cuánto —responde, divertido y cargado de malicia.

Quiero soltarle algo ingenioso, pero la sensación de un líquido viscoso y frío cayendo sobre mi culo me hace echarme atrás. Mejor que esté tranquilo, ¿no?

Siento su dedo trabajar, extendiendo el lubricante alrededor. Luego prueba la entrada con la puntita. Aspira el aire entre dientes, seguido de un gemido ronco.

—Joder… creo que me corro solo con la idea de entrar aquí en ti.

Lo que se me pasa por la cabeza es*: Vale, fóllame el coño e imagina que es mi culo.* Pero la sensación de su dedo ahí es tan buena que solo gimo, dejándole entrar un poco más.

—Eso… ábrete aquí también, guapa.

Otro dedo.

—Ni siquiera voy a necesitar el plug. Lo estás haciendo genial, princesa. —Sus dedos entran y salen, girando y dilatándome—. Abre las piernas. Quiero ponerte esto.

Oigo una vibración y, cuando abro los muslos, siento una succión constante acompañada de una vibración deliciosa.

—Ah… Jordan… Esto es tan bueno.

—¿Aguantas, princesa? —Pongo la mano sobre el juguete donde lo ha colocado. Mi clítoris está siendo masacrado por la bolita —. Ahora relájate. Voy a entrar despacito.

Siento el glande presionando justo ahí detrás y, cuando atraviesa el anillo, contengo la respiración.

—Respira, Maddie. Respira y relájate. Déjame entrar.

La sensación inicial es un escozor leve al estirarse el tejido. Pero el lubricante hace que su miembro se deslice más adentro. La bolita infernal me provoca placer y, cuando me doy cuenta, también hay vaivén en mi culo.

—Jordan… —jadeo—. Creo que no voy a aguantar.

—¿Te duele, princesa? —su voz preocupada me calienta el pecho.

—No. Creo que me voy a correr ya.

Dejaré para después cabrearme por la risa satisfecha que escucho cuando todo termine. Ahora estoy concentrada en las sensaciones que recorren mi cuerpo con contracciones mucho más intensas que antes.

—La tengo toda dentro, princesa. Te has tragado mi polla entera en el culo. Dime, ¿está mal?

—No… —susurro, con la voz ahogada contra el colchón. Y entonces siento una palmada en la nalga. Otra novedad… y me gusta.

—No te he oído, guapa. Dilo alto.

Me quedo callada, esperando que me castigue otra vez. Él lo entiende.

—¿A mi *Mad* Maddie le gustan las palmadas, eh? —me da en la otra mejilla—. Guarra. Jodidamente buena. Ya no aguanto más, Maddie. Si no terminas ahora, te voy a hacer terminar en mi boca, porque tu culo está demasiado bueno. No sé si aguanto.

—Solo un poco más, amor —digo, y entonces la ola del tsunami llamado "Jordan Miller follándome el culo" arrasa una ciudad entera hecha de mis terminaciones nerviosas. La bolita se me escapa de los dedos, los brazos me fallan y me desplomo hacia delante, llevándome a Jordan encima.

El orgasmo es tan irreal que todo mi cuerpo tiembla. Siento cómo se vacía dentro de mí, y ni siquiera pensé en el preservativo. Sabía que Jordan estaba limpio por los controles periódicos. Y yo era virgen. Además, aún no conozco ningún caso en biología en el que una mujer se quede embarazada por el ano.

El delirio se esfuma cuando escucho el rugido alto de mi novio resonando por la habitación.

Nos quedamos unos segundos así, quietos, esperando a que la respiración se calme.

—Voy a salir, princesa —avisa. Y en ese momento se me eriza todo el cuerpo.

Sigo boca abajo, completamente rendida y sin fuerzas. Jordan está a mi lado, igual.

Se gira, apoyando un codo en la cama. Siento sus dedos apartando mechones de mi pelo del rostro. Me besa la mejilla con ternura y roza mi nariz con la suya.

—Te quiero, *Mad* Maddie… *GhostQueen*… o Madeline Armitage. Te quiero. Con todos tus códigos, tus traumas, ese coño adictivo y ese culo delicioso.

—No puedo creer que hayas hecho una declaración así, Jordan —digo, con la risa metida en la voz.

—Vale… la repito. —Se aclara la garganta—. Te quiero, mi princesa. Quiero cada pedacito de ti. Quiero incluso tu silencio, cuando dice más que las palabras.

—Ahora sí ha sido una declaración de respeto.

—¿Y yo? ¿No me llevo una? Me la merezco después de hacerte correrte así, ¿no? —pide sin pudor, acariciándome la espalda.

Me incorporo sobre el colchón y lo miro.

—Te quiero, Jordan Miller, mi Gladiador del Hielo. Quiero tu cabezonería. Quiero tu cuidado. Quiero tu sonrisa. Incluso tu arrogancia, que me saca de quicio, la quiero.

—Te has olvidado de mi polla deliciosa, princesa —guiña un ojo.

—Y quiero tu polla deliciosa —confirmo, porque de verdad la quiero.

Me dedica una sonrisa enorme, que le devuelvo.

—¡Vamos! Al baño, que quiero la segunda ronda allí.

De un tirón me levanta en brazos como a una novia y me lleva hasta el baño.

La noche siguió regada de orgasmos intensos y declaraciones de amor al estilo Jordan Miller.

Y entre un "te quiero" susurrado en mi cuello y un "muévete más" gritado contra el cristal empañado de la ducha, entendí que esta era mi vida ahora.

Completamente caótica.

Profundamente deliciosa.

Quizá nunca escriba una canción de amor que esté a la altura de lo que siento por él.

Pero si algún día lo consigo…

Tendrá un estribillo solo para su polla y un puente dramático dedicado a la paciencia que tuvo hasta conquistarme.

Al final, puede que el mundo siga siendo un caos de códigos y amenazas internacionales.

Pero en medio de todo eso…

Lo tengo a él.

Y Jordan Miller es mi bug favorito del sistema.



Epílogo 1

Maddie

3 años después

La marcha nupcial suena, pero lo único en lo que puedo pensar es en cómo Cameron consiguió pegarnos todas las pestañas postizas a nosotras, las damas de honor, en mitad de aquel caos en el salón del hotel.

En el altar, Winter está preciosa. Impecable con su vestido blanco de mangas bordadas y un moño bajo digno de Pinterest.

A su lado están Brooke y Sidney, Emory y yo —con nuestros minibouquets en la mano, formando el séquito de madrinas de la novia—, todas vestidas en tonos suaves de lila. El vestido es satinado y cae perfecto, moldeando el cuerpo.

Al otro lado, Jordan sostiene su propio ramo invisible —también conocido como la solapa perfectamente alineada en el traje de padrino—. Kyle y Austin completan el equipo. Los padrinos van de traje color grafito, mientras el novio lleva uno azul marino, con una corbata más sofisticada.

El capitán de los Gladiadores del Hielo ahora es oficialmente el señor Gelinho. Sonrío, intentando no reírme mientras las chicas a mi lado lloriquean emocionadas.

Cuando la ceremonia termina, salimos todos de la iglesia bajo pétalos y risas, y Jordan me ofrece el brazo. Lo acepto, encajando el mío con el suyo.

—Estás preciosa con este vestido —me murmura, bajito, al oído.

—Y tú estás demasiado bueno con este traje —le devuelvo, guiñándole un ojo.

Sí… aprendí el truco, porque lo veo suspirar.

—Vuelve a llamarme "bueno" y vas a llegar despeinada a la fiesta —me avisa, con una sonrisa maliciosa en los labios.

—No hagas eso. Cameron te mata. —Sonrío, pero empiezo a contar cuántas horquillas me metió en la cabeza. Luego hago un cálculo logístico: velocidad de cadera de Jordan versus mis rizos perfectos.

Llegaría despeinada. Seguro.

—Debería haberlo planeado mejor y haber venido en coche en vez de aceptar compartir la limusina con todos los padrinos.

—¿Problemas de estrategia, guerrero? Creía que lo tenías todo calculado.

Me acerca un poquito más.

—¿Aún lo dudas? Míranos. Lo planeé todo desde el principio, *GhostQueen*. Incluso cuando solo llevabas aquel maldito hoodie y esos gafones enormes —dice, burlón. Luego me mira con ternura—. Y lo más loco es que sigo aquí… completamente tuyo.

Sonrío.

Demasiado feliz con nuestro después.

En un parpadeo llegamos al salón. La recepción está decorada con luces colgantes, mesas largas con arreglos florales en azul y blanco, y un escenario donde, más tarde, Sebastian seguro que acabará arrastrado a bailar con Winter.

Emory está radiante, luciendo una barriga de seis meses. Austin ya tiene cara de padre baboso.

Sidney y Cameron charlan animadas, observando a un grupito de chicos que, aparentemente, ya intuyen que serán cazados en algún momento.

Jordan me lleva a un lounge más reservado y coge una copa de cava.

Recordamos la boda cuando Sebastian tartamudeó y casi se le cae el anillo de Winter, que rodó hasta meterse bajo la sotana del cura.

Nos estamos riendo cuando Kyle se acerca, con una mano en el bolsillo y la otra sosteniendo una copa. Intenta sumarse a las bromas, pero en cuanto sus ojos recorren el salón, su expresión cambia al instante.

—Ella sigue siendo preciosa —dice, mirando a Brooke al otro lado. La voz le sale cargada de tristeza.

—Kyle… lo siento —Jordan habla bajo, con cuidado. Podían pasar años y él seguiría enamorado de ella.

Hace tres años, Brooke tuvo un accidente en una exhibición. Se golpeó la cabeza contra el hielo y se fracturó el fémur. Cuando despertó, no recordaba nada de lo que vivió con Kyle. Su memoria se quedó clavada en la primera fiesta en la que se liaron. Y, claro… él la cagó.

No recordaba nada más.

Su padre se la llevó a Inglaterra. Allí haría todo el postoperatorio. Pero su estancia se alargó. Y nunca volvió, igual que su memoria.

—Apenas me mira.

—No recuerda que salisteis —intento suavizarlo con hechos. Soy malísima consolando, lo sé—. Deberías intentar empezar de cero, pero de otra forma.

Suelta una risa sin humor.

—Lo intenté. Me fui a Inglaterra e intenté de todas las maneras. Ella solo me echaba.

—Mira, grandullón… Brooke sí ha vuelto. Pero ha vuelto con una hija. Ha vuelto con una vida. Tienes que pensar si estás listo para lidiar con eso… o si ya va siendo hora de pasar página —dice Jordan, señalando a la niña rubia que la está liando en el corro de las chicas.

Brooke perdió la memoria. Pasó años fuera. Y cuando vuelve, vuelve con una hija… de su fisioterapeuta.

Kyle mira otra vez, soltando un suspiro que duele.

—Quizá tengas razón. Quizá ya va siendo hora de pasar página. Empezar de nuevo. —Se bebe la copa de un trago y se va hacia el otro extremo del salón, donde Brooke no esté en su campo de visión.

Nos quedamos en silencio unos segundos, tristes por esa pareja que se quiso tanto y se perdió por una fatalidad. Sin muertes físicas, pero sí la muerte de un amor.

Entonces el DJ anuncia que los novios van a abrir la pista. Todos se acercan. Winter y Sebastian aparecen juntos, bailando despacio al ritmo de una canción que parece escrita solo para ellos.

Jordan me aprieta la mano. Sus dedos se entrelazan con los míos con la seguridad de quien siempre supo que un día estaríamos ahí. Unidos. Hechos el uno para el otro.

Me atrae lentamente hasta que nuestros cuerpos están lo bastante cerca como para que el ruido del salón desaparezca.

Solo me llega su calor.

Solo el olor de su perfume, mezclado con esa sensación de pertenencia.

Echo una mirada rápida al salón y vuelvo a ver a la pareja rota. Y entonces veo a la niña rubia correr por la pista, riéndose mientras huye de su madre.

Para ella, todo es un juego. Para Brooke, casi una misión imposible: mantener el equilibrio con ese vestido y seguir el ritmo de su hija.

Y el universo, como siempre, conspira.

La pequeña se choca de lleno contra las piernas de Kyle. Él pone una cara de pocos amigos… pero solo durante medio segundo. En el instante siguiente, la niña ya le está tirando de la mano con toda la naturalidad del mundo y lo arrastra hacia su madre.

—Aquí, mamá. Ya lo encontré. —Junta la mano de Kyle con la de Brooke, como si estuviera presentando un tesoro.

—¿Qué has encontrado, Caroline?

—Un novio para ti, mamá. Este es muy guapo, mira… —Caroline exhibe a Kyle orgullosa, como si estuviera enseñando un premio. Él se queda quieto, mirando a Brooke sin saber qué decir, pero sin apartar los ojos de ella.

—Esto va a estar interesante —Jordan me sopla al oído, divertido.

—Sí… —murmuro, girando con él al ritmo de la música. Apoyo la cabeza en su pecho y dejo escapar, bajito—: Para que lo sepas… si algún día me olvidas, te reprogramo —digo, pegada a él mientras bailamos lento.

—Y para que lo sepas… eso no va a pasar. Está grabado aquí. —Se pone la mano en el corazón—. Y ni tú puedes hackear este sistema, princesa.

Le tiro del cuello para alcanzar su boca. Ni con tacones dejo de notar que me saca medio mundo. Aprieto mis labios contra los suyos en un beso que firma su promesa.

—Pero si pasara… no te rindas nunca conmigo, amor. Porque sé que yo volvería a ti. De alguna manera.

—Nunca voy a rendirme contigo. Nunca.

Y en ese instante lo tengo clarísimo:

Del universo paralelo a las gradas de la Universidad de Michigan…

De una toalla tirada —sin querer— y de un juego medieval…

Nosotros nacimos para esto.

Para encontrarnos.

Para conquistarnos.

Y para no olvidarnos jamás.

Epílogo 2

Maddie

Estación 12.

Dos años después, y este sitio todavía me provoca mariposas en el estómago.

Jordan dijo que quería pasarse por la Lan House antes de ir a cenar con los Gladiadores. Solo que ahora está "arreglando una cosa" con el dueño en la recepción y me mandó subir sola.

—Entra, princesa —me dijo—. Ya está todo listo ahí dentro.

Me dio mala espina, claro. Pero tengo demasiada curiosidad como para negarme.

En cuanto entro en la sala VIP, la luz tenue me envuelve como un abrazo antiguo. La silla gamer está exactamente como antes. La mesa… con los nombres *GhostQueen* e *IceWarrior* grabados discretamente en la madera.

Me siento.

El ordenador ya está encendido.

El juego está abierto —Crusader Kings III, versión personalizada.

Pero… algo es distinto.

El mapa cambió.

Mi castillo fue reconstruido.

Y una notificación parpadea en la esquina inferior:

EVENTO ESPECIAL — IMPERIO DE FROSTHOLD

El Emperador desea hacer un anuncio real.

[Haz clic para abrir]

Sonrío. Mis manos rozan el ratón.

La pantalla se oscurece un segundo y empieza a aparecer un texto. Escrito con la misma fuente de los eventos del juego.

Durante guerras, tormentas e invasiones… ella estuvo conmigo.
La *GhostQueen*.
Reina del Norte.
Y de mi corazón.

Claro que hay una pausa dramática. Si no, no sería Jordan.

Y ante todos los ejércitos del imperio…
Ante todos los aliados y enemigos…
Solo existe una misión que importa ahora:
"Madeline Armitage… ¿aceptas casarte conmigo?"

Debajo del mensaje aparecen las opciones:

- **Aceptar como reina del reino… y del resto de mi vida.**

- **Rechazar y ser maldecida con 10 años sin sexo con Jordan Miller.**

—Eres idiota —susurro, riéndome, con la garganta hecha un nudo.

Entonces oigo pasos detrás de mí.

Me giro despacio.

Jordan camina hacia mí, y me quedo mirándolo como si tuviera tiempo de sobra para memorizar cada parte de su cuerpo. Lleva camisa negra arremangada hasta los antebrazos y vaqueros oscuros. El pelo peinado igual que en nuestra primera cena oficial como pareja.

Pero lo que más me llama la atención es la cajita de terciopelo que abre delante de mí.

Cierro los ojos. Y cuando los abro, él está de rodillas.

Y la sonrisa más bonita del universo se le queda clavada en los labios.

—Mentí cuando dije que todo era parte de un plan —empieza—. Nada de lo que viví contigo estaba planeado. Simplemente pasó. Y fue lo mejor que me ha pasado en la vida.

—Jordan…

—Pero si dices que sí ahora, te prometo planear cada detalle del resto de nuestra vida. Con o sin castillos. Con o sin guerras. Con muchos besos, muchos orgasmos y, quién sabe… —sonríe, un poco torpe—. Un reino a nuestra medida.

Lloro. Obvio.

No solo porque es precioso, sino porque es él.

Mi amigo. Mi amante. Mi guerrero.

—Claro que acepto, idiota.

Se levanta y me pone el anillo en el dedo.

Me lanzo sobre él, le rodeo el cuello con los brazos y le pego la boca a la suya en un beso lleno de emoción.

Siento sus labios calientes, suaves, que se apoderan de los míos, chupándome así, como si cada segundo viniera con una promesa. Jadeo y él me invade la boca con esa lengua suya que siempre sabe cómo desarmarme, dejándome ardiendo y lista para seguir con mi plan. Que es simple… sacarlo de aquí y hacer el amor con mi prometido toda la noche.

—Te amo, *Mad* Maddie… mi *GhostQueen*… mi princesa.

—Te amo, *IceWarrior*… jugador de hockey arrogante… Gladiador del Hielo.

En ese momento tengo clarísimo que no existe trono más poderoso que los brazos de la persona a la que amas.

Y así, el *IceWarrior* por fin consumó su alianza con la *GhostQueen*.

No como una farsa.

Sino con la pedida más friki, más sexy y más perfecta de la historia.

Agradecimientos

Toda vez que llego aquí, me paro y pienso: "¿Cómo voy a conseguir poner en palabras lo agradecida que estoy?"

Spoiler: nunca parece suficiente. Pero vamos a intentarlo, ¿no?

Si has llegado hasta aquí, es porque me has acompañado en todo este viaje. Página a página. Emoción a emoción.

Gracias por eso. De verdad.

Gracias por elegir a otro de mis Gladiadores —y encima a él, que llegó con esa sonrisita torcida y terminó seduciendo a nuestra nerd favorita.

Espero, de corazón, que esta historia te haya hecho reír, suspirar, emocionarte y, sobre todo, sentir. Porque yo sentí todo eso mientras la escribía.

A mi marido (que me saca de quicio y me hace reír en la misma proporción): gracias por estar siempre a mi lado. Incluso cuando estoy en modo "no me hables que estoy escribiendo".

A mis hijos, que ya saben que "mamá tiene la cabeza en el libro otra vez" y aun así me apoyan. Todo merece la pena por vosotros. Siempre.

Ahora, agárrate, que viene textazo de amor. Porque tengo un equipo que se pone la camiseta (¡y la capa!) de los Gladiadores con tanto cariño que a mi corazón le da hasta volteretas.

¡Jackieee!

¿Qué digo de ti, mi beta, mi compañera de alma? Has llegado para quedarte. ¡Qué suerte la mía haberte encontrado! ¡Que vengan muchos más ataques de locura literaria juntas!

Fran y Vitorinha, mis diseñadoras maravillosas, que transforman nuestro guion en un feed impecable. ¡Gracias por tantísimo!

Flavinha, mi beta intensa y enamorada, que vibra con cada detalle como si fuera el último capítulo de su serie favorita. Me das fuerzas en cada capítulo.

Camila Brinck, mi correctora ninja, que lo entrega todo con tantísimo cuidado y puntualidad. Gracias por estar conmigo en este camino.

Y, por supuesto…

Tú, mi lectora preciosa.

Que te animas a meterte conmigo en otra locura de amor, drama y hielo fino. Que confías en mis palabras y haces que todo esto merezca la pena.

Gracias por existir. Por leer. Por sentir.

Por formar parte del Silvieverso.

Con todo mi cariño,

Sil.

Silvie Basset

Sobre la Autora

Soy una mujer que descubrió su verdadero propósito cuando decidió dar vida a las historias que no dejaban de resonar en su cabeza.

Durante mucho tiempo seguí caminos que no encajaban con quien yo era de verdad. Hasta que un día, en mitad del caos de la rutina con mi marido, mis dos hijos, cuatro perros y un gato, simplemente… escribí. Y ya no paré.

Escribir se convirtió en mi hogar, mi pasión, mi punto de equilibrio. No fue una decisión fácil, pero sí la más honesta que he tomado nunca. Cada libro es un pedazo de mi alma; cada personaje carga con emociones que he sentido o que he soñado sentir. Y, incluso en los días difíciles, ver mis palabras sobre el papel sigue siendo liberador.

Hoy me reconozco como autora de corazón y, ahora, también de profesión… y eso lo es todo.

Bienvenidas al Silvieverso, donde el amor es intenso, los dramas son deliciosos y los suspiros están garantizados.

¡Seguidme en redes para no perderos lanzamientos, bastidores y confesiones literarias!



Instagram: @autorasilviebasset
Perfil Instagram
Facebook: Silvie Basset
Perfil Facebook

---

[1] máquina de entrenamiento con pesas para piernas.
[2] No tengo sexo y luego ando hablando de ello.
[3] Es como un código secreto que el ordenador crea cuando envías un archivo. Sirve para demostrar que nada fue modificado después.
Si se cambia cualquier mínima cosa, el código también cambia.
Es decir, es una forma de garantizar que el archivo sigue siendo el original, exactamente igual a como fue enviado.
[4] Capital administrativa de Michigan.
[5] bar en la parte superior de un edifício.

[CB1]Colocar o nome da Maddie